

CINCUENTA

años de cultura e investigación en España:

LA FUNDACIÓN JUAN MARCH

(1955-2005)

Durante los últimos cincuenta años, un medio siglo crucial en la historia de España, la Fundación Juan March ha promovido como probablemente ninguna otra en nuestro país la cultura y la investigación. Así, cuando prácticamente nadie se preocupaba por dar oportunidades para que los jóvenes investigadores o, incluso, los profesores establecidos, pudiesen ampliar sus conocimientos, la Fundación creó un ambicioso programa de becas para el extranjero y, también, para España. Asimismo, nadie hizo más que ella para que los españoles —los madrileños sobre todo, pero no únicamente ellos— pudiesen acceder a las tendencias y logros que dominaban en otros lugares. Si fuimos algo menos provincianos, en parte fue gracias a la Fundación Juan March.

En este libro, y basándose en los ricos fondos documentales depositados en su archivo, José Manuel Sánchez Ron ha reconstruido el medio siglo de existencia de esa institución, pero no ha narrado sólo esta historia particular, sino que la ha insertado en la historia general de la España de ese período, mostrando facetas antes ignoradas. En un auténtico *tour de force*, el profesor Sánchez Ron nos conduce a mundos tan diferentes como los de las exposiciones artísticas, la biología molecular, la música, la sociología o las revistas culturales; al igual que nos relata interesantes y, en alguna ocasión, conmovedores casos individuales, como los de las ayudas que la Fundación Juan March concedió a personajes de la talla de, entre otros, Carmen Martín Gaité, Gonzalo Torrente Ballester, Pedro Laín Entralgo, Rafael Sánchez Ferlosio o Francisco Nieva.

967757-9



9 788484 326380

JOSÉ MANUEL SÁNCHEZ RON



CINCUENTA
años de cultura e investigación en España:

LA FUNDACIÓN JUAN MARCH
(1955-2005)

CRÍTICA

JOSÉ MANUEL SÁNCHEZ RON es miembro de
la Real Academia Española y catedrático de Historia
de la Ciencia en la Universidad Autónoma de Madrid.

CINCUENTA AÑOS DE CULTURA
E INVESTIGACIÓN EN ESPAÑA:
LA FUNDACIÓN JUAN MARCH
(1955-2005)

JOSÉ MANUEL SÁNCHEZ RON

CINCUENTA AÑOS DE CULTURA
E INVESTIGACIÓN EN ESPAÑA:
LA FUNDACIÓN JUAN MARCH
(1955-2005)

CRÍTICA
BARCELONA

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Diseño de la cubierta: © Jaime Fernández

Ilustración de la cubierta: Gustavo Torner, «Vesalio, el cielo, las geometrías y el mar» (1964-1965)

Realización: Átona, S. L.

© José Manuel Sánchez Ron, 2005

© 2005 de la presente edición para España y América:

CRÍTICA, S. L., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

e-mail: editorial@ed-critica.es

<http://www.ed-critica.es>

ISBN: 84-8432-638-1

Depósito legal: B. 41.302-2005

Impreso en España

2005. A&M Gràfic, Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Introducción

La memoria no es ni sensación ni noción,
sino una forma de ser, una pasión o afección
de ellas, cuando ha pasado el tiempo.

ARISTÓTELES, *Sobre memoria y reminiscencia*.¹

Este libro trata de una institución privada, la Fundación Juan March, de su primer medio siglo de existencia, que se cumple este año 2005. En las páginas que siguen intento reconstruir la esencia de la historia de esas cinco décadas de actividades, por lo que es natural que se considere este libro una historia de la Fundación Juan March. Permítanme, queridos lectores, antes de que comiencen a adentrarse en su lectura que les diga que en cierto sentido es tal cosa, naturalmente, pero en otros es algo más. Me explico.

Hace unos tres años, hablando un día con José Luis Yuste, entonces director gerente de la Fundación Juan March, me comentó que pronto se cumplirían los cincuenta años de la constitución de la institución que dirigía, cuyo archivo era muy completo y cuidado, que si me interesaba pondría a mi disposición. Evidentemente, José Luis, cuya consideración por mí supera con creces mis habilidades, me estaba incitando a escribir la historia de la Fundación. Y aunque mi especialidad, la historia de la ciencia, no es, en principio, la

1. Citado por Emilio Lledó en *Elogio de la infelicidad* (Cuatro Ediciones, Madrid, 2005, p. 149).

más adecuada, o la más cercana, a los campos en los que ha actuado la Fundación March, terminé haciendo mía su sugerencia. ¡La tentación era demasiado fuerte! Tenía ante mí una oportunidad única, la de acceder a un archivo magnífico, a través del cual podría realizar una mirada «diferente» a la historia de la España del último medio siglo, y así conocer mejor la historia de mi país. Al fin y al cabo, esto es lo mismo que en el pasado me llevó a escribir la historia de centros como el Instituto Nacional de Técnica Aeronáutica (INTA), aunque la historia de la aeronáutica no había entrado hasta entonces en el ámbito de mis intereses profesionales. Si me ocupé de la historia del INTA es porque percibí que a través de ella podría alcanzar un mejor conocimiento de, en primer lugar, la historia de España del siglo XX, y, en segundo lugar, llegar a ser un mejor historiador de la ciencia. Estoy convencido de que no me equivoqué.

Idéntica convicción tengo ahora, tras haber terminado este libro, que aunque es, claro, una historia de la Fundación Juan March, es, al mismo tiempo y acaso por encima de ello, una mirada y análisis de, como reza el título que he elegido, cincuenta años de cultura e investigación en España. Ni cuando José Luis Yuste me animó a emprender la empresa a la que ahora pongo punto final, ni ahora, he estado especialmente interesado en componer una de esas historias tradicionales en las que se van desgranando las actividades que la institución que se estudia ha llevado a cabo en el pasado (aunque en algún lugar del presente libro no he podido evitarlo del todo). Siento un gran respeto por ese tipo de contribución a la historia como disciplina, pero mis intereses van en otras direcciones. Y además, en el caso de la Fundación Juan March disponemos de un excelente conjunto de anuarios, memorias y boletines que se han ido publicando —y a los que cualquiera puede acceder— desde el comienzo de su existencia, en los que se recoge con cuidado y detalle todo lo que se ha hecho: becas y ayudas que se han concedido, conferencias que se han pronunciado, exposiciones o conciertos que se han celebrado, cursos, reuniones o programas de estudios

que se han desarrollado, al igual que, por poner un último ejemplo, libros que se han editado, sin olvidar, claro, qué personas estuvieron detrás de todo ello, ya fuese como responsables o como beneficiarios. Lo que me animó a iniciar una investigación que podría concluir en un libro como el presente, en lo que yo estaba interesado, era utilizar la historia de los cincuenta años de vida de la Fundación Juan March como instrumento para ayudar a comprender la historia de la cultura española del último medio siglo, entendiendo por «cultura» lo que dice el vigente (vigesimalsegunda edición; 2001) *Diccionario de la Lengua Española* de la Real Academia Española: «Conjunto de conocimientos que permite a alguien desarrollar su juicio crítico. Conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época, grupo social, etc.»; esto es, cultura como algo que no se limita a actividades «humanísticas» como pueden ser pintura, música o literatura, sino que tiene en cuenta también a otras como la ciencia, la sociología, la historia o la filosofía, por mencionar algunas.

Cuando hice mío el deseo de José Luis Yuste creía —debido a mi experiencia como oyente, conferenciante, colaborador ocasional de su revista *SABER/Leer* y miembro (entre 1999 y 2001) de su Consejo Asesor— que, en muy diversos sentidos, la Fundación Juan March ha sido algo así como un espejo de la cultura española del último medio siglo. Es difícil, en efecto —aunque, claro, no imposible— encontrar algún personaje que haya contribuido de manera destacada a la cultura, las ciencias de la naturaleza o sociales, al igual que a las artes plásticas o literarias españolas, que no se haya beneficiado de una forma u otra de las actividades de la Fundación, o que no haya sido protagonista de alguna de ellas. Creía en esto hace tres años, cuando inicié la presente investigación, y continúo creyéndolo (más incluso) ahora.

José Luis Yuste cumplió su promesa, la de poner a mi disposición, sin ningún tipo de trabas, el rico y muy completo archivo de la Fundación, dándome, asimismo, permiso para citar textos de do-

cumentos depositados en él. Cuando Javier Gomá pasó a ocupar el puesto de Yuste, tras la jubilación de éste, nada cambió: como antes, sólo facilidades encontré. Idéntica ayuda he recibido, cuando lo requerí del Patronato de la Fundación, incluyendo a su presidente, Juan March Delgado, y a su hermano y vicepresidente, Carlos March Delgado, al igual que de otras personas vinculadas (algunas ya no) a la institución, entre las que quiero recordar a Andrés Berlanga, Antonio Gallego, José Capa, Eulalia Béjar, Javier Goñi, Victoria Senén y Marisa Machi. Algunos de los que acabo de mencionar realizaron lecturas críticas del manuscrito que me sirvieron para mejorarlo sustancialmente.

Otra deuda impagable es la que he contraído con Gustavo Torner, que durante años asesoró y colaboró con la Fundación March, y que respondió a las cuestiones que le planteé con entusiasmo y generosidad. Asimismo, quiero dejar constancia de mi agradecimiento a Elvira González, que respondió a mis preguntas sobre el atentado que sufrió en 1971 la Galería Theo que ella dirigía, y que me mostró —fue una experiencia inolvidable— las 25 estampas de la *Suite Vollard* de Picasso que padecieron aquella innoble destrucción, y que ella conserva con la misma dignidad y amor con que hace treinta y cuatro años las ofreció a la sociedad española.

Finalmente, quiero dejar constancia de mi agradecimiento —una vez más— a mis editores y amigos, Gonzalo Pontón y Carmen Esteban, por su ayuda y comprensión.

El fruto es este *Cincuenta años de cultura e investigación en España: la Fundación Juan March (1955-2005)*. Espero haber conseguido mantener mi idea inicial de perseguir ese doble propósito que ya he mencionado: reconstruir la historia de la Fundación y al mismo tiempo añadir algo a la historia de la cultura española del período. Las páginas que siguen no sólo nos hablan de la cultura española, sino también de la historia, a secas, o si se prefiere, la historia social y política, de la España de los últimos cincuenta años, especialmente de las primeras décadas de ese medio siglo. De esas décadas sobre todo, sí, porque cuando la cultura más necesitada

está de ayuda de instituciones privadas es en aquellos tiempos en los que las libertades políticas escasean; cuando la libertad florece, la cultura sigue su propio, impredecible e incontrolable camino y esa ayuda es, en principio, menos necesaria. En mi reconstrucción he dado preferencia a las fuentes documentales primarias que se conservan en el archivo de la Fundación, pensando que nada puede sustituir a la palabra de los propios protagonistas, más aún cuando éstos han sido referentes en la España de la época. Si el lector piensa que me he excedido en este aspecto, quiero que sepa que ha sido una decisión plenamente consciente.

Y hablando de palabras, quiero llamar la atención sobre el disco compacto que acompaña a este libro, en el que se recogen fragmentos de intervenciones de 33 personalidades de la cultura española que pronunciaron conferencias en la Fundación March. Como indico en el capítulo 6, pensé que podría tener algún valor —en la tradición del viejo Archivo de la Palabra iniciado en la década de 1930 en el Centro de Estudios Históricos de la benemérita Junta para Ampliación de Estudios— incluir este documento oral.

No ignoro, naturalmente, que un autor que escribe la historia de una institución, animado por uno de sus dirigentes, es de entrada sospechoso de parcialidad. Podría mencionar a este respecto que entre mis condiciones para que se me permitiese acceder al archivo y fuentes documentales de la Fundación, figuraba la de ser completamente libre e independiente, y que, como ya he señalado, en ningún momento he recibido nada que se pueda parecer a una presión, pero sé también que existen muchas formas en las que una persona puede ser influida, incluso sin que los responsables de la institución estudiada lo pretendan. Simplemente la amabilidad, disponibilidad, facilidades que se ponen al alcance de uno, pueden influir favorablemente deformando el juicio. Y como sé todo esto, no puedo decir sino que los lectores se formen su propia opinión. Espero que mis planteamientos y reconstrucciones hayan sido justas y ecuanímes, pero eso no lo puede asegurar nunca un autor.

Una vez hechas estas consideraciones, deseo dejar en claro desde el primer momento algunas de las conclusiones a las que he llegado. La primera es que la Fundación Juan March ha contribuido a la cultura española de una forma más que notable, y que lo ha hecho mostrando en general una visión de conjunto de las necesidades de España; un, casi se podría decir, *sentido de Estado*, ella que únicamente ha sido y es una institución privada, responsable ante sí misma, no, en principio, ante otros.² Una de las principales manifestaciones de ese sentido de Estado ha sido cómo han ido variando algunas de sus actividades. Durante muchos años, la Fundación March fue uno de los pocos lugares —incluyendo el ámbito público— al que podían acudir jóvenes licenciados o doctores, al igual que establecidos profesores o profesionales, para solicitar ayudas, becas, con las que viajar a centros extranjeros en los que ampliar estudios o con las que llevar a cabo proyectos que de otra forma seguramente no habrían podido realizar. Llegó un momento, sin embargo, en que, ¡por fin!, aumentó sustancialmente la oferta pública de becas, y entonces la Fundación abandonó prácticamente por completo ese mecenazgo, pensando —correctamente en mi opinión— que ya había cumplido una misión y que sería mejor intentar cubrir otros dominios culturales y académicos en los que las carencias eran mayores. Fue entonces cuando se dedicó a fomentar la investigación científica, seleccionando especialmente, como veremos en las páginas que siguen, dos campos, el de la biología y el de la sociología.

2. No resisto la tentación, para mostrar que otros opinan también favorablemente acerca de la acción de la Fundación Juan March en la cultura y la ciencia españolas, de citar lo que Mercedes Cabrera y Fernando del Rey han escrito en un libro en el que estudian las relaciones entre política y economía en la España contemporánea (lo que significa que han tenido que ocuparse, entre otros, de Juan March Ordinas): «Juan March puso en pie una de las instituciones hoy en día más prestigiosas del mundo académico y científico: la Fundación Juan March»; Mercedes Cabrera y Fernando del Rey, *El poder de los empresarios* (Taurus, Madrid, 2002, p. 278).

Hasta tal punto ha servido la Fundación Juan March al fomento de la investigación científica, en todos los campos primero, a través de becas y ayudas, y luego en algunas disciplinas, que no se podría escribir la historia de algunos ámbitos de la ciencia española de la segunda mitad del siglo XX sin tener en cuenta lo que en ella se ha hecho, de la misma manera que, por ejemplo, no es posible entender el desarrollo de las ciencias biomédicas o de la física estadounidense (y parte de la europea también) durante, al menos, el primer tercio del siglo XX olvidando el papel que han desempeñado fundaciones como la Rockefeller (como tal o bajo el nombre de International Educational Board) y, aunque en menos medida, la Carnegie también.³

No ha sido frecuente en la historia de las fundaciones españolas, especialmente hasta hace no mucho, que la ciencia figurase entre sus fines, favoreciendo de esta manera, aunque fuese inadverti-

3. En lo que se refiere al papel de la Fundación Rockefeller-International Educational Board en el desarrollo de la ciencia europea, recuérdense, por ejemplo, las ayudas que esta institución aportó en la década de 1940 a los laboratorios de Niels Bohr en Copenhague y de Frédéric Joliot-Curie en París, al igual que a la construcción del Instituto Nacional de Física y Química de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en Madrid, dirigido por Blas Cabrera, que abrió sus puertas en 1932. Una obra que trata de la aportación de las fundaciones, incluyendo la Rockefeller, a la ciencia es Robert E. Kohler, *Partners in Science. Foundations and Natural Scientists, 1900-1945* (The University of Chicago Press, Chicago, 1991). En su libro sobre la introducción de la física cuántica en Estados Unidos, Katherine R. Sopka, *Quantum Physics in America, 1920-1935* (Arno Press, Nueva York, 1980), ha destacado el papel que desempeñó la Fundación Rockefeller. Acerca de la ayuda que recibió el Instituto de Bohr en Copenhague, véase F. Aaserud, *Redirecting Science. Niels Bohr, Philanthropy, and the Rise of Nuclear Physics* (Cambridge University Press, Cambridge, Mass., 1990). Sobre el papel de la Fundación Rockefeller en la construcción del Instituto Nacional de Física y Química de Madrid, consúltese el capítulo 5 de José Manuel Sánchez Ron, *Miguel Catalán. Su obra y su mundo* (Fundación Ramón Menéndez Pidal-Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1994).

damente, que continuase siendo válido en nuestro país, *especialmente válido en nuestro país*, me atrevería a decir, esa dañina, maligna, separación que siguiendo a Charles Snow llamamos «dos culturas», la «humanística» y la «científica», separadas por una sima de profunda incomprensión. Y hay que repetir, machaconamente, una y otra vez, que no existen dos culturas, que lo que hay son personas (muchas, es evidente) —e instituciones que las estimulan, por no decir engañan, deformando gravemente su pensamiento— que ignorantes, voluntaria o involuntariamente, de lo que la ciencia representa y enseña, se mueven en universos culturales limitados, parciales, en los que «lo científico» no está presente. Coherentemente con esta triste situación, y como acabo de señalar, durante una parte importante de su historia no han sido demasiadas las fundaciones españolas que han prestado atención destacada a la ciencia, a la promoción de la cultura entendida en su acepción más completa y general. La Fundación Juan March no ha seguido, afortunadamente, semejante tendencia. Ha sido, de hecho, una de las pioneras —acaso, *la pionera*— entre las fundaciones españolas en lo que a incluir entre sus intereses a la ciencia se refiere.

Un último comentario. José-Carlos Mainer ha señalado que «todo corte cronológico en asuntos de historia cultural es arbitrario y solamente se justifica, siempre a medias, por una hipótesis de trabajo cuya demostración pueda redundar en mayores bienes de conocimiento que los males que causan los tajos practicados». ⁴ Aunque no sea exactamente igual, y los riesgos menores, algo del estilo se podría decir sustituyendo «todo corte cronológico» por «toda selección de una institución concreta». Espero, no obstante, que también en este caso se cumpla la esperanza de Mainer: que mi «hipótesis de trabajo», la de que la historia de la cultura e investigación españolas de los últimos cincuenta años se

4. José-Carlos Mainer, «La vida de la cultura», en José-Carlos Mainer y Santos Juliá, *El aprendizaje de la libertad, 1973-1986* (Alianza Editorial, Madrid, 2000, p. 81).

puede entender un poco mejor si se dedica un capítulo aparte a las aportaciones de la Fundación Juan March, «redunde en mayores bienes de conocimiento que los males que causan los tajos practicados».

Y dicho todo esto, ya sólo resta entrar en materia.

1

Los orígenes: España *circa* 1955

Y no es verdad, dolor, yo te conozco,
tú eres nostalgia de la vida buena
y soledad de corazón sombrío,
de barco sin naufragio y sin estrella.

ANTONIO MACHADO,
versos del poema LXXVII de *Soledades* (1899-1907).

Este libro trata de una institución creada por un hombre, el mallorquín Juan March Ordinas (1880-1962), del que se ha escrito mucho.¹ Difícilmente, por supuesto, podría haber sido de otra manera, dado tanto la riqueza que acumuló a lo largo de su vida como del papel que desempeñó en la España de su tiempo, no sólo en la

1. Véanse, por ejemplo, Ramón Garriga, *Juan March y su tiempo* (Planeta, Barcelona, 1976); Pere Ferrer Guasp, *Joan March, els inicis d'un imperi financer* (Edicions Cort, Palma de Mallorca, 2000); Eugenio Torres Villanueva, «Juan March Ordinas», en *Los 100 empresarios españoles del siglo XX*, Eugenio Torres, dir. (LID, Madrid, 2000, pp. 268-277). A pesar de todos esos esfuerzos biográficos, es, en mi opinión, cierto que, como señala Torres Villanueva en la referencia antes citada (p. 268), «si se exceptúa el trabajo de Pere Ferrer, no se ha emprendido todavía una investigación histórica rigurosa sobre este personaje, probablemente por el enorme esfuerzo que supone revisar documentación muy variada y conservada, por otro lado, en archivos repartidos por varios países. Además, estudiar la vida de March no es fácil, porque actuó con mucha frecuencia a través de agentes que representaban sus intereses...».

economía y en los negocios sino también en la política. No es, sin embargo, mi tarea —ni me sentiría capacitado para llevarla a cabo— la de reconstruir su biografía, sólo la de la Fundación que estableció. Habrá quien se pregunte cómo es posible hacer lo uno dejando de lado lo otro. Es, ciertamente, una pregunta razonable, pero a la que puedo contestar señalando que yo no he encontrado paralelismo entre los intereses (económicos o políticos) personales de March Ordinas y los programas que la Fundación que lleva su nombre estableció y desarrolló. Ni siquiera en los primeros tiempos, más duros en el resentimiento y en la intransigencia.

Es verdad que la Fundación Juan March comenzó a abrirse camino —sin ninguna dificultad— en un universo político, el del franquismo de los años cincuenta, con una ideología en absoluto generosa para con «los otros», y que su promotor y mecenas, el hijo de una familia de pequeños propietarios campesinos de Santa Margarita (Mallorca), colaboró en el establecimiento de tal régimen. No es menos cierto, como se puede comprobar en alguno de los capítulos que siguen, que en la toma de decisiones (por ejemplo, los jurados que se establecieron para otorgar premios o becas) participaron personas e instituciones (como el Instituto de España) fuertemente implicadas en el régimen nacido gracias a la victoria militar en la guerra civil; individuos que, inevitablemente, veían el mundo de una manera determinada. Ahora bien, hay que tener en cuenta también otros hechos, dos especialmente. El primero es que no podría haber sido de otra manera en aquella España, ¿qué otras personas habrían podido participar en esas tomas de decisiones? Y el segundo, que si nos atenemos a los resultados, a los proyectos que se establecieron y a las personas que se beneficiaron de ellos (esto es, a lo que es verdaderamente importante en una institución que pretende promover la cultura, la educación y la investigación), la perspectiva cambia completamente, pudiéndose decir —ésta es, desde luego, una de las conclusiones a las que he llegado en mi investigación— que la Fundación Juan March pretendió contribuir, con nobleza, a que la educación y la cultura fuesen mejores en

España. Incluso, como también se podrá comprobar en las páginas que siguen, favoreciendo en ocasiones a individuos a los que el régimen comandado por el general Franco no contó entre sus adeptos.

Nada de lo que acabo de señalar se debe entender como algún tipo de excusa por no intentar siquiera esbozar la biografía de Juan March Ordinas: es, simplemente, la explicación. Este libro es únicamente, pero también nada más y nada menos, la historia de una de las iniciativas que con su fortuna hizo posible aquel hombre y, aunque pueda a veces, o a algunos, resultar difícil de creer, no es necesario conocer la vida de March Ordinas —salvo, claro, que era multimillonario— para reconstruir la historia de la Fundación que estableció.

LA CULTURA Y LA CIENCIA ESPAÑOLAS CIRCA 1955

En 1955, cuando se creó la Fundación Juan March, habían transcurrido ya dieciséis años del final de la guerra civil, pero, como es bien sabido, sus ecos no se habían apagado todavía. Tardarían, de hecho, aún mucho en apagarse. Con acierto, y sin duda con un gran pesar, Carlos Castilla del Pino lo reflejó en las primeras líneas del segundo tomo de sus memorias: «La Córdoba que presento sobre todo en las primeras páginas de este libro», escribió allí, «es reflejo de una capital de provincia en la España de los cincuenta (toda España se había hecho provinciana y cateta inmediatamente después de la guerra civil). Durante muchos años, el país se quedó quieto, inmóvil; si “algo” ocurría se ocultaba: unas semanas después nadie se acordaba de lo ocurrido, es decir, *nada* había sucedido».²

Esos ecos a los me refiero se manifestaban de muy diversas formas en la cultura española. La marginación, la discriminación, el

2. Carlos Castilla del Pino, *Casa del Olivo* (Tusquets, Barcelona, 2004, p. 13).

exilio que había producido la victoria de las fuerzas del general Franco, fue, por supuesto, uno de los elementos que debilitaron la cultura hispana, que durante el primer tercio del siglo había experimentado un auge que José-Carlos Mainer denominó, con fortuna, «la Edad de Plata de la cultura española».³

Lo que España perdió lo ganó Hispanoamérica, que fue el destino de la gran mayoría de los exiliados. Escritores, historiadores y ensayistas como Juan Ramón Jiménez, Francisco Ayala, Max Aub, Rafael Alberti, Pedro Salinas, Américo Castro, Claudio Sánchez-Albornoz, Tomás Navarro Tomás, Manuel Altolaguirre, José Moreno Villa, Ramón Sender, Salvador de Madariaga, Jorge Guillén o Luis Cernuda, se exiliaron, y no olvidemos el asesinato de Federico García Lorca ni la muerte temprana, favorecida por su encarcelamiento, de Miguel Hernández.⁴

En el ámbito de las ciencias de la naturaleza, existe bastante consenso en que las ciencias biomédicas (incluyendo en este término desde la simple práctica médica, hasta la fisiología, farmacología y bioquímica, pasando por la psiquiatría) fueron las más afectadas. Se ha llegado a señalar que quinientos médicos españoles se exiliaron en México al finalizar la guerra, pero, independientemente de la magnitud de las cifras, nombres como Augusto Pi i Sunyer, José Puche Álvarez, Isaac Costero, Gustavo Pittaluga, Ángel Garma o Severo Ochoa muestran la dureza del golpe que recibieron tales disciplinas en España. Por su parte, las ciencias naturales sufrieron la pérdida del decano de los naturalistas hispanos, el gran entomólogo Ignacio Bolívar, presidente de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, que según reza la tal vez apócrifa, pero hermosa en cualquier caso, leyenda,

3. José-Carlos Mainer, *La Edad de Plata (1902-1939): ensayo de interpretación de un proceso cultural* (Cátedra, Madrid, 1981).

4. En el capítulo 3 mencionaré otros tipos de represión que se produjeron en las primeras décadas del gobierno del general Franco entre algunos intelectuales o creadores (Menéndez Pidal entre ellos) que vivían en España.

abandonó España siendo ya un anciano, «para morir con dignidad». Exiliado en México también estuvo su hijo Cándido Bolívar, que era entonces catedrático de Zoografía en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid. Otro anciano exiliado ilustre fue Odón de Buen, que llegó a México con ochenta años, y a quien, como en el caso de Bolívar, acompañó su hijo Rafael de Buen Lozano, que desarrolló su carrera en Latinoamérica desempeñando importantes puestos relacionados con la sanidad pública. Otro «hijo ilustre» exiliado fue el biólogo Enrique Rioja Lo-Blanco, que continuó en México la obra de su padre, José Rioja, que fue director de la Estación de Biología Marina de Santander.

También se vio afectada la química, fundamentalmente porque Enrique Moles, que durante la guerra fue director general de Pólvoras y Explosivos de la República, gozaba todavía de más vigor e ideas que Blas Cabrera, pero también debido a que entre los químicos exiliados figuró un número mayor de competentes investigadores y docentes, como Augusto Pérez Vitoria o Antonio García Banús. En cuanto a la matemática, la consecuencia a la postre más importante fue la del exilio de uno de los más jóvenes miembros del Laboratorio Seminario Matemático de la Junta para Ampliación de Estudios (JAE), Luis Santaló, que en la guerra había sido profesor de matemáticas en el lado republicano para la formación de nuevos mandos en Aviación y que, instalado en Argentina, donde llegó a presidir su Academia de Ciencias, se convirtió en una autoridad mundial en campos como la geometría diferencial, aunque no podemos olvidar nombres como los de Pedro Pi Calleja o Manuel Balanzat.⁵

5. No es éste el lugar, evidentemente, de pasar revista a los logros de la JAE, creada en 1907 bajo la dependencia, aunque fuese autónoma, del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, e inspirada en las ideas de la Institución Libre de Enseñanza. Diré únicamente que en los centros de física, química, matemáticas, ciencias naturales y biomédicas, al igual que en los de humanidades (filología, historia, arte, filosofía, arqueología), que creó o ayudó a

Cuando pasamos a la física, el exilio en sí se debe valorar de manera cuidadosa al tratar el tema de la indudable decadencia que se produjo tras la contienda. Es cierto que entre los físicos exiliados aparecen nombres tan ilustres como el de Blas Cabrera, pero cuando el director del Instituto Nacional de Física y Química abandonó España ya era un hombre de salud precaria y había dado de sí todo lo que podía en su ciencia. En cuanto al astrónomo Pedro Carrasco, catedrático de Física matemática en la Universidad de Madrid, nunca fue un científico distinguido internacionalmente, y acerca de Manuel Martínez-Risco, se puede decir de él que probablemente dio más de sí como científico desde su exilio parisiense que desde su cátedra madrileña. No es muy diferente el caso de Arturo Duperier, quien en Inglaterra efectuó importantes —mucho más que las que había llevado a cabo en Madrid— investigaciones en la física de los rayos cósmicos, investigaciones que no pudo retomar, dadas las dificultades que se encontró cuando regresó en 1953.

mantener la JAE, investigaron los mejores cerebros de la ciencia española de aquella época: entre otros, Santiago Ramón y Cajal, Blas Cabrera, Ignacio Bolívar, Miguel Catalán, Enrique Moles, Julio Rey Pastor, Nicolás Achúcarro, Pío del Río Horteiga, Juan Negrín, Gonzalo Rodríguez Lafora, Antonio de Zulueta, Eduardo Hernández-Pacheco, Julio Palacios, Arturo Duperier, Manuel Martínez-Risco, Antonio Madinaveitia, Jorge Francisco Tello, Luis Calandre, Fernando de Castro y jóvenes como Francisco Grande Covián, Rafael Lorente de No, Severo Ochoa y Luis Santaló. El mejor estudio sobre la JAE, por cierto, fue uno financiado por la Fundación Juan March, y que, aunque inédito, ha inspirado y servido de soporte documental a los mejores trabajos sobre la JAE: Francisco Laporta, Alfonso Ruiz Miguel, Virgilio Zapatero y Javier Solana, *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas*, 5 vols., 1.970 pp. (Fundación Juan March, Madrid, 1980). Un resumen de este manuscrito inédito ha sido publicado en F. Laporta, A. Ruiz Miguel, V. Zapatero y J. Solana, «Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de estudios», *Arbor*, n.º 493, enero de 1987, pp. 17-87, y n.º 499-500, julio-agosto de 1987, pp. 9-137. Sobre aquella institución, véase también José Manuel Sánchez Ron, comp., *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, 2 vols. (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1988).

En consecuencia, fue más importante lo que las ausencias de estos científicos significaron como ruptura, que lo que dejaron de aportar ellos mismos al contenido de la física. No se puede decir lo mismo, sin embargo, del exilio interior que se vio obligado a sufrir Miguel Antonio Catalán, cuyo descubrimiento en 1922 de los multipletes —una agrupación de líneas espectrales que fue esencial para que Arnold Sommerfeld introdujese un nuevo número cuántico— le había llevado a la cumbre de la espectroscopia internacional. Al mismo tiempo que desempeñaba las tareas propias de su cátedra en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid, Catalán llevaba a cabo su investigación en el Instituto Nacional de Física y Química de la Junta para Ampliación de Estudios, pero esta institución, debido a las relaciones que había mantenido con miembros de la Institución Libre de Enseñanza, estuvo inmediatamente en el punto de mira de las fuerzas comandadas por el general Franco. Por ello, a Catalán se le desposeyó durante algunos años de su cátedra, al mismo tiempo que se le negaba la entrada en su antiguo laboratorio, ahora un Instituto de Química-física en el nuevo Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Tampoco lo tuvo fácil Julio Palacios, no en este caso por sospechoso de republicano sino por monárquico. Veremos, por cierto, que a ambos, Catalán y Palacios, recurrió en cierto momento la Fundación Juan March buscando consejo.

Una muestra de la discriminación que padeció la élite del Instituto Nacional de Física y Química, la joya de la corona de las ciencias físico-químicas españolas, en el que sería el Siglo de la Física, es lo que José María Albareda, el todopoderoso secretario del CSIC consignó, en torno a 1940, en una de sus anotaciones:⁶ «Que-

6. Citado en José Manuel Sánchez Ron, «Política científica e ideología: Albareda y los primeros años del Consejo Superior de Investigaciones Científicas», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, n.º 14, agosto de 1992, pp. 53-74, y en J. M. Sánchez Ron, *Cinzel, martillo y piedra* (Taurus, Madrid, 1999, p. 343).

da, pues, como Centro inmediatamente ligado al Consejo, el Instituto de Física del Rockefeller. Exige pensar concienzudamente en su situación. Los físicos de la escuela de Cabrera están persuadidos de que hoy la Física en España es un coto cerrado, en el que, formado el cuadro, nadie podrá penetrar. Dicen que ni siquiera se puede aprobar una tesis doctoral, porque no hay más que un catedrático, Palacios. Y de ahí deducen que es imprescindible la vuelta de Cabrera y el traslado a Madrid de alguno de sus discípulos: de su hermano, que está en Zaragoza; de Velasco, que esperó tranquilamente en Inglaterra el desenlace de la guerra y fue repuesto con la sanción de seis meses de suspensión, por lo que está más rojo que nunca, etc. El hecho es que hoy, en la Sección de Física del Rockefeller sólo hay una tesis doctoral a punto de ultimar, la de un rojo: Berasain, que estaba en Canarias, y no lo incorporó el Servicio Meteorológico militarizado durante la guerra por falta de confianza. Hay en esta materia, como en otras, un agotamiento de temas que impone la renovación. Se agotan las rayas del espectro de Catalán, sin que haya logrado, como ha intentado largamente, realizar trabajos sobre tema más moderno: el efecto Raman. Está exhausto el magnetismo de Cabrera. Van muy trilladas las redes cristalinas de Palacios. Mientras tanto, la Física hace brotar impetuosamente temas novísimos, de los que nuestra investigación está al margen. No podemos seguir condenados a no tener más investigación física que la que produce la técnica que nuestros físicos aprendieron en su juventud. Es necesario traer un físico extranjero, mucho más barato, sencillo y eficaz, que empezar por enviar pensionados». Y a continuación mencionaba algunas posibilidades de extranjeros: «En la escuela del italiano Fermi, premio Nobel de Física, hay alguna figura que habría que traer. Hay que traer también a un matemático; italianos los hay magníficos. Rey Pastor es una gran figura, pero es sólo el científico puro de la Matemática, y al margen de esa dirección pura, hay ramas muy fecundas y prácticas —Volterra en matemáticas aplicadas a la Biología, Humberto Cisotti en mecánica de fluidos, etc.— que nos interesa enormemente trasplantar, más, si la in-

vestigación, además del progreso de la ciencia pura, ha de tener sentido práctico». La idea era, como vemos, totalmente opuesta a la que había guiado la actuación de los responsables de la JAE, que se habían esforzado por formar españoles en el extranjero, para que luego aplicaran dentro de España lo que habían aprendido fuera.

El CSIC fue, clara y rotundamente, un producto de la guerra civil. Respondía, por un lado, al deseo de romper con un pasado al que se acusaba de las mayores tropelías. Un pasado que en el ámbito de la investigación científica se denominaba Junta para Ampliación de Estudios. «La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas —válgame lo retumbante del título—, el gran organismo unificador institucionista, algo así como el gran Oriente o el gran timo de la Institución, capitaneada por el forajido Castillejo», llegó a escribir Joaquín de Entrambasaguas.⁷ Ahora bien, la ruptura con el pasado no pudo, por mucho que lo deseasen los vencedores de la guerra, ser completa: en lo referente a instalaciones y material, el CSIC fue heredero de la JAE. Así, en el artículo 6 del título II («De los centros de investigación y del intercambio científico») de la ley de 24 de noviembre de 1939 por la que se creaba el Consejo, se establecía que «Todos los Centros dependientes de la disuelta Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, de la Fundación de Investigaciones Científicas y Ensayos de Reformas y los creados por el Instituto de España, pasarán a depender del Consejo Superior de Investigaciones Científicas».

De hecho, la semilla de lo que sería el Consejo se había plantado antes incluso de que terminase la guerra. A comienzos de 1938, el gobierno presidido por el general Franco en Burgos creaba el Ministerio de Educación Nacional, bajo la dirección de Pedro Sáinz Rodríguez, quien puso todos los centros docentes bajo el patronazgo de Santo Tomás de Aquino. El 19 de mayo de 1938 se cumplían 26 años de la muerte de Marcelino Menéndez Pelayo, con-

7. Joaquín de Entrambasaguas, *Pérdida de la Universidad española* (Delegación Nacional de Prensa, Propaganda de FET y de las JONS, Bilbao, 1938).

memorando la ocasión con un decreto firmado por el propio Sáinz Rodríguez, en el que se declaraba la esperanza en el renacimiento científico de España, y se decretaba la disolución de la Junta para Ampliación de Estudios, repartiéndose sus servicios entre las universidades y el Instituto de España —que agrupaba a todas las Reales Academias—, anunciándose para «fecha próxima y ocasión también de alto significado nacional la organización de otro grupo de Instituciones concernientes al estudio de las Ciencias de la naturaleza y matemática». Se avanzaba de esta manera la creación de lo que sería el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Si me he detenido en el Consejo es en primer lugar para introducir la discriminación que se aplicó en la cultura y ciencia españolas de la posguerra de la mano de la institución más sobresaliente en esos ámbitos antes de 1936, la JAE, a la que, repito, sustituyó el CSIC. Ahora bien, y éste es un segundo punto que es necesario mencionar: desde su creación, el Consejo fue un referente inexcusable para la ciencia española. La universidad quedó maltrecha y desvencijada, y pasarían muchos años antes de que pudiese desempeñar un papel de importancia en el mundo de la investigación, salvo algunas excepciones, naturalmente. Cuando nos encontremos con que en los primeros tiempos de existencia de la Fundación Juan March sus dirigentes escogían entre los miembros de sus jurados a personas del CSIC, lo debemos entender desde esta perspectiva.

Junto al Consejo, es preciso mencionar, como los otros referentes de la ciencia y la técnica —y en este caso, «ciencia» quiere decir únicamente «ciencias de la naturaleza»—, al Instituto Nacional de Técnica Aeronáutica, constituido en 1942, dependiente del Ministerio del Aire, y a la Junta de Energía Nuclear, que dependía del Ministerio de Industria.⁸ Ambas instituciones hicieron mucho

8. Sobre el INTA, véase José Manuel Sánchez Ron, *INTA. 50 años de ciencia y técnica aeroespacial* (Ministerio de Defensa-Doce Calles-INTA, Madrid, 1997). Acerca de la JEN, véase Ana Romero de Pablos y José Manuel Sánchez Ron, *Energía nuclear en España. De la JEN al CIEMAT* (CIEMAT, Madrid, 2001).

no sólo por la técnica, por la aeronáutica o la nuclear, sino también por la ciencia, y lo hicieron hasta la fecha, aunque la segunda cambió su nombre y fines primordiales en 1988, dentro del marco de la conocida como «Ley de la Ciencia». Desde entonces es el Centro de Investigaciones Energéticas, Medioambientales y Tecnológicas (CIEMAT).

CSIC, INTA y JEN eran las instituciones que dominaban la ciencia española en 1955, con la universidad en un segundo plano.

UN PAÍS POBRE

Juan March Ordinas era rico, muy rico, pero su país, España, era en la década de los cincuenta pobre, más pobre, aunque es cierto que en los cuarenta había sido peor. Un indicador fiable de la riqueza o pobreza de un país es la renta per cápita. Pues bien, en 1955 España estaba empezando a salir del abismo provocado por la guerra civil. Recordemos, en este sentido, que en 1940 esa renta era de 21.740 pesetas (en pesetas constantes de 1970), mientras que en 1935 había sido de 30.693. De hecho, para encontrarnos con una cifra menor que la de 1940 hay que remontarse a 1905, año en que la renta per cápita fue de 21.546 pesetas (en 1900 había sido mayor: 22.467 pesetas).⁹ En 1955, la renta fue de 33.624 pesetas, 35.791 en 1960, 50.038 en 1965, 64.736 en 1965, 64.736 en 1970, 83.238 en 1975 y 86.962 en 1980.

La autarquía, impuesta más que deseada por las condiciones políticas, no favoreció a la economía española (y tengamos en cuenta que esa autarquía se mantuvo explícitamente hasta 1959). Naturalmente, las importaciones disminuyeron radicalmente: durante los años cuarenta y cincuenta, el comercio exterior se redujo en un

9. Albert Carreras, «La renta y la riqueza», en *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX y XX*. Albert Carreras, coord. (Fundación Banco Exterior, Madrid, 1989, pp. 533-588; p. 562).

cincuenta por ciento al nivel de 1935. Como ha señalado Michael Richards, la estrategia adoptada por el régimen, como la esbozó José María de Areilza, director general del Ministerio de Industria en 1939, era la siguiente:¹⁰ «En primer lugar, algunos materiales esenciales, de importancia vital para España y que hasta entonces habían sido importados, debían ser producidos en el país. Entre ellos estaban los fertilizantes, esenciales para la producción de artículos alimentarios, los automóviles y el caucho sintético. En segundo lugar, debía reducirse la importación de otros artículos importantes para la industria: algodón, maquinaria, material eléctrico y productos farmacéuticos. Por último, debían realizarse todo tipo de esfuerzos para evitar la importación de una serie de productos alimentarios, entre ellos algunos que formaban parte de la dieta habitual de la población del país. El intento de alcanzar la autarquía total en el sector de la producción de trigo, todavía sin reformar, se reveló desastroso y, curiosamente, desde 1946 hasta comienzos de los años cincuenta el país dependiendo de las importaciones de la Argentina de Perón, simpatizante con el régimen».

Son múltiples las formas posibles de mostrar esa pobreza, pero he optado por recurrir a algunos documentos que se conservan en el archivo de la Fundación Juan March. Se trata de cartas —hay cientos de ellas— que personas necesitadas dirigieron al propio Juan March Ordinas solicitando su ayuda. No es, me doy cuenta, una manera canónica de argumentar acerca de la pobreza de un país: al fin y al cabo, los ricos siempre reciben este tipo de solicitudes, en las que junto al verdaderamente necesitado aparece el que quiere aprovecharse del poderoso, engañándole o deformando sustancialmente la realidad, *su* realidad y necesidad. Sin embargo, la mayoría de esas cartas conservadas en el archivo de la Fundación March, cartas que datan de la época, 1955, en que la Fundación fue creada, destilan tanto desamparo, tanta necesidad, tanta sinceridad

10. Michael Richards, *Un tiempo de silencio* (Crítica, Barcelona, 1999, p. 101).

que es difícil no creer en su verdad. En más de un sentido, algunas de ellas me recuerdan a aquellas películas de la España de los cincuenta, como *Bienvenido, Mister Marshall* (1952), de Luis García Berlanga, y de actores como Tony Leblanc, José Isbert o Manolo Morán, que nos hacían reír, sí, pero también llorar por toda la miseria que mostraban. De hecho, y aunque por supuesto esto sea algo que no es posible demostrar, yo tiendo a pensar que todas esas cartas que March Ordinas recibía influyeron en su decisión de crear la Fundación que llevaría su nombre, aunque ésta no fuese, salvo excepciones, de carácter asistencial. Al fin y al cabo, como él mismo repetía, era «un hombre del pueblo», que había partido casi de la nada. Puede que cuando se calificase así se comportase un tanto demagógicamente, pero dudo de que no fuese también sincero, al menos en parte. Él podía comprender mucho mejor que otros magnates al pueblo, al pueblo menesteroso, indefenso y empobrecido.

Pero vayamos ya a esas misivas, a unos pocos ejemplos.

Desde Madrid, Luisa C., viuda de B. se dirige a Juan March el 17 de junio de 1955 en los siguientes términos:

Muy Sr. mío y de mi mayor consideración:

Ante todo le ruego me perdone mi atrevimiento al dirigirme a V.; debido a lo apurada de mi situación, tan penosa en que me encuentro, y habiendo recurrido antes a otras personas que me prometieron solucionar mi situación, y viendo que todo se quedó en promesas, tuve que vender y empeñar todo lo que me quedaba para poder atender a los míos; he decidido recurrir a V. por saber por algunas personas que tiene V. un buen corazón y sentimientos nobles para todos aquellos que padecen y sufren.

Soy viuda con tres niños de corta edad (9, 7 y 5 años), mi mamá anciana con 74 años, y desde el mes de Sepbre. del pasado año está enferma con un reblandecimiento cerebral; estando también el más pequeño de mis hijos con una anemia bastante grande, por no tener los medios suficientes para alimentarlos; y por si todo esto fuera poco y para mayor dolor, debo al casero 11 meses de casa, y hace unos días

dicho casero, y con razón; por parte de él, con buenos modales me dijo que le pagara lo antes posible; así que viendo esta situación tan penosa y grave, sobre todo para mi pobre madre e hijos que no se vean en el trance de verse en la calle, recurro a V. abusando de su bondad para que por su mediación me fuese concedido un donativo en metálico para poder pagar dicha deuda que me tiene bastante afligida pues con mi corto sueldo (500 pts.) que percibo como telefonista en un centro oficial [no puedo pagar].

Si se quiere informar por el casero, yo no tengo ningún inconveniente en darle las señas tuyas, pues la portera no sabe nada de mi situación (aunque se lo figure) que atravieso ahora, cuando vivía mi marido (q.e.p.d.) estaba en otra situación a Dios gracias desahogada, lo que es más triste ahora para mí.

Le agradecería señor, me salvara de esta triste situación en que nos encontramos, hágalo por lo que V. más quiera en el mundo. A Dios pediré por V. por el favor, si me puede atender en dicha petición.

No molestándole más, y esperando su contestación y ruego nuevamente perdone mi atrevimiento, se despide de V. con todo el respeto y consideración...

Desde Barcelona, el 6 de mayo de 1955 Antonio B. B. escribía al hombre de negocios mallorquín:

Muy señor mío:

Os suplico leáis estas líneas sin enojaros por el atrevimiento que supone lo que os voy a decir. Soy un hombre que voy a cumplir los 77 años (estuve en la guerra de Cuba). Soy pobre por circunstancias de la vida y víctima de la República. Mi oficio es escritor con abundantes medios de producción, pero todo nulo al no poder mecanografiar mis trabajos por falta de máquina, que no puedo adquirir por su elevado coste (de 4 a 5 mil pesetas), estando condenado a una inactividad verdaderamente catastrófica.

¿Quiere V., Don Juan, regalarme una máquina de escribir? Para V., es un grano de arena, una limosna, si se quiere; pero para este servidor de V., es más que eso, es la tranquilidad de los años que le quedan de vida.

En esta confianza y pidiéndole perdón, le saluda y queda a sus gratas órdenes...

Desde Santiago de Compostela, el 30 de noviembre de 1955, Esther A. R., imploraba:

Muy distinguido señor:

Perdone el atrevimiento de dirigirme a un señor como usted, pero por lo que más quiera lea esta carta que me atrevo a escribirle porque hace unos meses oí que en una tienda leían de un señor buenísimo que había hecho no sé qué cosas en bien de los pobres, y pregunté quién era y me dieron su nombre.

Hace unos días di a luz a mi segunda hijita, pero créame señor, en las circunstancias más tristes que puede haber en el mundo, y en medio de mi pena y de mis lágrimas se me acordaba su nombre tantas veces que al levantarme decidí escribirle. Hace cuatro años que me casé y tengo una niña de tres años y ahora otra de días. Hace seis meses que mi marido se marchó a Venezuela diciéndome que iba a ganar dinero y mandarme para pagar la casa y poder ir viviendo, pero enseguida me enteré de que se fue por otra mujer y que me ha abandonado. Yo al saberlo creí que me moriría de pena, pero ya ve que aún vivo y será para cuidar de mis hijitas. Como desde que marchó mi marido no he pagado la casa, que me cuesta 35 duros al mes, el dueño me llevó al juzgado para que se le deje y el Juez me dio de plazo más tiempo, es decir hasta que diese a luz y me reponga un poco. Soy persona delicada porque tengo desviación de columna y no puedo hacer trabajos pesados, así que señor, yo le suplico por lo que más quiera en el mundo tenga la bondad de socorrerme con algo. Comprendo que es un atrevimiento muy grande dirigirme a un señor tan principal, pero como se me acuerda tantas veces lo que oí leer quería que usted supiese mi situación.

Si usted piensa que le engaño puede pedir le informen tanto el Sr. Cura de la Parroquia o en la Secretaría del Sr. Alcalde, donde varias veces me han dado bonos para ir a comer a la Cocina económica, o a quien quiera preguntar, que todos le dirán mi situación tan triste.

Pidiéndole otra vez me perdone el aberme [*sic*] atrevido a escribir a usted le saluda con todo respeto deseando que el Señor le conceda toda clase de felicidad y suerte. Su humilde servidora.

Desde Madrid, Javier L., párroco de la parroquia del Santo Ángel del Puente de Vallecas, escribía:

Muy Sr. mío:

Me imagino la lluvia de cartas y peticiones que cada día llegarán a su oficina; una de tantas es la mía; aunque no quisiera que fuera una de tantas destinadas a la papelera.

Es que, D. Juan, son tantas nuestras necesidades en estos Suburbios madrileños... Para todo acuden a nosotros, los Párrocos; si nosotros fuéramos como el divino Salvador que tenía en sus manos el poder remediar todas las necesidades... ; mas nosotros nos vemos sin recursos y Vds., los favorecidos por la fortuna, son la Providencia de los pobres y nuestra Providencia. Ese es el plan de Dios; que haya pobres y ricos; y el pobre necesita del rico y el rico del pobre.

Acudo, pues, a la bondad y generosidad de su buen corazón y le expongo mis TRES principales necesidades: 1ª EL DISPENSARIO que tenemos gratuito para los pobres; no tenemos dotación fija de nadie: tan sólo la caridad; y este año cerraremos el curso con un déficit de 4.850 pts. 2ª La CATEQUESIS de mujeres; vienen 145 todos los sábados y estamos para clausurar el curso sin recursos; hay que darles una prenda de vestir y algún otro artículo... total que me suponen 2.000 pts. 3ª NECESIDADES de la Parroquia. Tenemos el edificio material, pero sin equiparlo; sin altares, ni candelabros, ni ornamentos sagrados... Hemos hecho encargos para la Iglesia por valor de 12.500 pts. No sabemos de dónde sacarlas.

Por eso acudo a la bondad y generosidad de su buen corazón.

Ya que se trata de necesidades tan acreditadas y tan cristianas espero que harán eco en su paternal corazón. Dios se lo pagará y se lo aumentará en bienes espirituales y temporales.

Muy agradecido le encomienda en sus oraciones.

A veces las peticiones rayaban en lo cómico, aunque no es imposible detectar en ellas la amargura, la frustración al constatar que lo que se deseaba era imposible. Así, desde Alcoy, el 28 de septiembre de 1955, Paqui A. T. escribía: «Distinguido Sr. Si meditase solamente un día más sobre esta carta, no llegaría a escribirla, pues la juzgaría loca y atrevida, pero me anima hacerlo, pensar que las cosas más sensatas tienen siempre su pequeña locura. Es mi primera ilusión, ilusión que quedará incumplida, si no ayuda alguna persona buena... Sr. deseo una «Vespa» con todo mi corazón. Mis papás no pueden comprármela. Papá nunca tuvo suerte, tal vez por su carácter demasiado independiente. Somos mamá y yo quienes trabajamos en la “Costura”, y nos ganamos la vida perfectamente, pero sólo eso, para vivir».

Finalmente, es mi último ejemplo, desde Madrid, el 24 de junio de 1955, tres estudiantes de ingreso en Escuelas Especiales, F. G. B., C. Z. B. y J. F. G., «sin la menor intención de solicitar una limosna o de pegar un vulgar sablazo», le pedían que «considere lo que exponemos a continuación y que tanto supone para nuestras vidas y nuestras familias»:

Hemos agotado cuantas posibilidades de becas y ayudas de todo género se nos han presentado, y nos han cubierto los gastos de los varios años que llevamos estudiando, pues la posición de nuestras familias es tal que no podemos contar con ellas en absoluto y el único camino que vemos para poder seguir dedicando nuestro tiempo al estudio, es que una persona como Vd. nos creyese dignos de su confianza otorgándonos un préstamo que pudiésemos pagar al ejercer nuestra carrera.

Tal vez aquella petición estimulase en alguna medida a que entonces rico y poderoso, pero surgido del pueblo, Juan March Ordinas, crease una Fundación entre cuyos objetivos figuraba precisamente el de ayudar a estudiantes e investigadores.

La creación de la Fundación Juan March

Naces para vivir unos minutos
en el frágil castillo
de naipes que se eleva tembloroso
como el tallo de un lirio,
y meditas allí ciega y sin alas
que pudiste haber sido
el atleta grotesco que sonríe
ahorcado por un hilo,
el barco silencioso sin remeros ni velamen,
el lírico
buque fantasma del miedoso insecto,
o el triste borriquito
que escarnecen, haciéndolo Pegaso,
los soplos de los niños.

FEDERICO GARCÍA LORCA,
«Pajarita de papel» (julio de 1920).

En el capítulo precedente he sugerido que un posible elemento que animó a Juan March Ordinas a crear la Fundación que lleva su nombre fueron las constantes peticiones de ayuda que recibía. Obviamente, al no ser la Fundación que creó una institución de caridad, esa influencia hay que matizarla mucho; más bien, lo que pudo es llamar su atención hacia el papel de mecenas. En su biografía de Juan March, Ramón Garriga ha situado la constitución

de la Fundación bajo otras coordenadas, en mi opinión bastante ajustadas. «Había llegado», señalaba Garriga, «el momento de festejar el gran triunfo que había obtenido sobre Heineman y el mundo de las multinacionales. El asunto de La Canadiense seguiría durante años debatiéndose en el Tribunal Internacional de La Haya, lo que sería una gran ocasión para que los grandes jurisconsultos del país y del extranjero lucieran sus conocimientos jurídicos y pudiesen cobrar buenos emolumentos; el tribunal mundial escucharía informes y prepararía dictámenes, pero callaría la última palabra sobre la cuestión. March sabía que tenía la partida ganada, y en 1955 resolvió crear una Fundación que pudiera compararse con los grandes mecenas, como son Carnegie, Rockefeller, Ford, Andrew Mellon, Alfred Sloan. Así surgió a la vida la Fundación March, dotada con un capital de 300 millones de pesetas y 1.200.000 dólares, ampliando esta donación más tarde él y sus hijos Juan y Bartolomé March Servera. El hijo del pueblo de Mallorca, que a lo largo de su vida vio con exactitud los beneficios que se pueden lograr de una excelente educación recibida en los años mozos, creyó tener que contribuir a la buena educación de la juventud. En España fueron muchos, en todos los tiempos, los que hicieron grandes donativos a la Iglesia porque entendían así que su permanencia en el Purgatorio se reduciría considerablemente; se fundaron muchos monasterios y conventos para que nunca faltaran quienes elevaran sus preces al cielo en demanda de la piedad divina por los desaparecidos. March siguió la ruta moderna sobre el empleo de las fortunas en fundaciones culturales, técnicas y artísticas. No conocemos bastante su intimidad para estimar hasta qué punto su ascendencia chueta le empujó por el camino moderno».¹

1. Ramón Garriga, *Juan March y su tiempo*, *op. cit.* en el cap. 1, pp. 394-396.

LAS FUNDACIONES EN ESPAÑA

Antes de entrar de lleno en el detalle de la creación de la Fundación Juan March es conveniente recordar lo que en España son las fundaciones. Según el *Diccionario de la Real Academia Española*, una «fundación» es (en la acepción que a nosotros nos interesa aquí, la que corresponde al Derecho), «Persona jurídica dedicada a la beneficencia, ciencia, enseñanza, o piedad, que continúa y cumple la voluntad de quien la erige». De una forma más ajustada, Javier Gomá, actual director de la Fundación March, considera que «entendemos hoy por fundación una persona jurídica que agrupa cosas, bienes y derechos, que se hallan por este motivo vinculados o afectos en un patrimonio separado. Se pueden constituir sociedades o asociaciones de interés particular, que son la mayoría, pero la legislación española no autoriza fundaciones de interés particular, en otros países muy habituales. En España *todas* las fundaciones tienen que estar animadas por un interés general, sólo a ellas la Ley reconoce personalidad jurídica. Por tanto, en nuestro suelo no es posible constituir una fundación —o *trust*— con una finalidad particular que puede ser la que uno quiera, el legítimo lucro, los negocios, la conveniencia o la preferencia personal».²

En otras palabras, una fundación en España tiene, por ley, que estar destinada a promover alguna faceta del bien público. La Fundación Juan March ha sido, en mi opinión, buena prueba de semejante característica de las fundaciones españolas. De hecho, tal vez su ejemplo tenga algo que ver con que el número de fundaciones

2. Javier Gomá, «La esfera de las fundaciones», *Revista de Occidente*, n.º 274, marzo de 2004, pp. 43-50 y 43-44. Véase, asimismo, Javier Gomá, «¿Qué es una fundación? Propuesta de una aproximación realista a su estudio», en Martín Garrido Melero y Josep María Fugardo Estivill, coords., *El patrimonio familiar, profesional y empresarial. Sus protocolos*, vol. I («Los patrimonios y la responsabilidad. Administración y gestión. Persona jurídica y patrimonio»; Bosch, Madrid, 2005, pp. 773-794).

haya crecido considerablemente en los últimos años:³ hasta 1975 había en España 136 fundaciones culturales, mientras que desde 1976 hasta 1994 se registraron 463, un 29,4 por ciento del total de las constituidas en ese período. Y es que las fundaciones no son únicamente «culturales», también las hay de otros tipos, como las «de investigación». De éstas, de las que también forma parte la Fundación March, había hasta 1975, 79, mientras que entre 1976 y 1994 se crearon 395 (25,1 por ciento del total), la mayoría dedicadas al dominio de la salud (entre 1990 y 1995 se registraron 84 nuevas fundaciones de investigación de ámbito estatal, de las cuales 46 se clasificaron como dedicadas a ciencias médicas o de la salud, 16 al fomento de la investigación en general y 10 a ciencias sociales o económicas).

ACTA DE CONSTITUCIÓN DE LA FUNDACIÓN JUAN MARCH

De Juan March Ordinas se pueden decir, y se han dicho, muchas cosas, en ocasiones poco halagadoras: que si fue un inteligente y oportunista hombre de negocios con no demasiados escrúpulos; que si era una persona para la que la política no era tanto el servicio a una ideología concreta que se ha adoptado, por una u otra razón, sino un medio para favorecer sus propios intereses, y algunas otras. Ahora bien, cuando se lee la Escritura de la Constitución de la fundación que estableció en 1955, y que sus herederos han mantenido y cuidado ejemplarmente, es imposible, al menos para quien esto escribe, no reconocer que en este punto tuvo verdadera grandeza de espíritu.

3. Los datos que siguen están tomados de una conferencia pronunciada por José Luis Yuste el 26 de julio de 2002 en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo: «Colaboración y financiación privada en la investigación biomédica».

La literatura oficial es con frecuencia opaca, nada elegante y aburrida, pero en ocasiones, bien por cómo lo dicen (recuerdo en este sentido, por ejemplo, el decreto con el que el entonces ministro José Echegaray fundó el Banco de España, con las funciones que hoy mantiene) o por lo que dicen, se elevan por encima de la vulgaridad y ramplonería habituales. Una de esas ocasiones es la que proporciona la «Escritura de constitución de una Fundación mixta, benéfica y docente, denominada “Fundación Juan March”, en 4 de noviembre de mil novecientos cincuenta y cinco ante Alejandro Bérnago Lladrés, notario por oposición de Madrid». Por cierto que el notario en cuestión, Alejandro Bérnago, persona muy relacionada con la familia March, sería el consejero secretario del Consejo de Patronato de la nueva Fundación. A continuación citaré de esa escritura con cierta extensión, entre otros motivos porque explicaba con claridad qué debía ser la Fundación que mediante ella se constituía.⁴

En primer lugar se exponía lo siguiente:

I. Esta Fundación es fruto de un propósito que el otorgante lleva muchos años madurando. Al darle realidad, quiere comenzar exponiendo los motivos que le han impulsado a crearla y los criterios en que se inspira su voluntad de fundador.

De una parte, el punto de partida y el motivo primordial de su decisión es el convencimiento de que todo hombre, dentro de sus posibilidades y en proporción a sus medios, debe contribuir al bien del prójimo y al mejoramiento de la vida de sus semejantes. Y es para él una inmensa alegría poderse desprender, en vida suya, de una parte de sus bienes, destinándola a fines que, con la ayuda de Dios, podrán redundar en beneficio de muchas futuras generaciones.

De otra parte, siente el otorgante el anhelo profundo de dejar un testimonio permanente de su amor a España, a la cultura patria y a la civilización cristiana.

4. El texto completo de la escritura se reproduce en *Anales de la Fundación Juan March I, 1956-1962* (Fundación Juan March, Madrid, 1965, pp. 7-34).

Dichos dos motivos fundamentales se conjugan y complementan entre sí y hasta se perfeccionan recíprocamente: la Fundación que ahora se crea, inspirada en ambos se propone cumplir aquel fin, respondiendo a este espíritu.

Tras expresar, en el segundo punto, su satisfacción porque «su propósito de crear la Fundación y destinar una parte importante de su patrimonio para subvenir a los fines de la misma» fuese «compartido plenamente por su esposa Doña Leonor Servera Melis, y por los hijos de ambos Don Juan y Don Bartolomé March Servera», March Ordinas manifestaba que aspiraba «igualmente a que su familia, en las sucesivas generaciones, se siga sintiendo ligada a dicha finalidad. Se favorecerán así mutuamente la acción común en una obra buena y los vínculos de unión familiar». Por estas razones, al mismo tiempo que recomendaba «a los suyos que perseveren en el amor por la obra que ahora se emprende, estatuye la vinculación familiar del Patronato y la presencia permanente en el Consejo del Patronato de, al menos, dos de sus descendientes directos».

En un canto al valor de la iniciativa privada, en el tercer punto se manifestaba, como apoyo a la acción que se estaba realizando, que «no es sólo en el mundo de la economía y de los negocios donde la iniciativa privada tiene un campo y cometido propios; también lo tiene y lo debe tener en el mundo de las actividades altruistas».

«Inspirada en esas apreciaciones y juicios», leemos en el cuarto punto, «la presente institución nace con el carácter y naturaleza jurídica de Fundación esencialmente particular y privada». Ahora bien, había que «garantizar a la Fundación, dentro de las previsiones humanas, contra el riesgo de desnaturalización de su significado espiritual y de su naturaleza jurídica». Y nadie mejor que Juan March para darse cuenta de cómo salvaguardar los fines que deseaba para su fundación. En este sentido, el quinto punto especificaba:

A nadie se oculta que otro de los peligros en los que se han hundido innumerables fundaciones ha sido el del empobrecimiento económico. A prevenir ese riesgo responden las medidas que toma en la ley fundacional para salvaguardar el patrimonio de la Fundación y, al mismo tiempo, dejar abierta la posibilidad de sucesivas incorporaciones patrimoniales que refuercen todavía su posición económica y que le permitirán intensificar la consecución de sus fines.

Asegurar a la Fundación un patrimonio bien defendido y además dotado con posibilidades de futuro desenvolvimiento constituye requisito esencial que quien acomete la creación de una Fundación debe atender. El fundador así ha procurado hacerlo y confía en que los sucesivos patronos, a quienes lo recomienda encarecidamente, han de velar con todo cuidado por que se cumpla aquel deber.

Claro que no se trataba sólo de medios económicos, también eran importantes las personas:

Si se ha precavido en lo posible, en el orden jurídico, el riesgo de que la Fundación quede desvirtuada o mediatizada y si, de igual modo, en el orden económico, ha procurado prevenir el riesgo de un empobrecimiento de la misma, todavía existe un tercer riesgo que igualmente hay que prevenir. Es el riesgo de anemia, de empobrecimiento y consunción en el orden espiritual.

En dicho orden, es de absoluta necesidad que los órganos rectores y asesores de la Fundación sean órganos vivos y alertas, bien orientados y compenetrados con los fines de la misma.

Esta compenetración, la espera confiado en los miembros de su propia familia. La espera igualmente de aquellas personas que, por su probada capacidad, por su elevación espiritual, por su visión de los problemas y de las necesidades de los tiempos, serán llamadas a participar en las funciones de la Fundación.

Y así como por su parte procurará poner todo cuidado para el mayor acierto en la elección de estas personas, recomienda que el mismo cuidado se mantenga en las sucesivas renovaciones, a fin de que nunca se seque la savia espiritual de la Fundación y ésta pueda satisfacer las esperanzas puestas en ella.

¿Cuáles eran los fines a los que se iba a destinar la nueva Fundación? Aunque pueda parecer vago lo que se decía al respecto, en mi opinión esa vaguedad ha constituido uno de sus mayores aciertos, ya que ha permitido a la Fundación Juan March ir modificando sus políticas benefactoras a lo largo de los años, buscando cómo ayudar mejor a las necesidades del país al que pretendía servir. Veamos lo que se decía en la Escritura de Constitución sobre esta cuestión:

VII. En cuanto a los fines de la Fundación, no ha querido vincularla a objetivos concretos, ni menos a una obra única. Señalarle un fin singular podría traer entre otros, el riesgo de que, con la variación de los tiempos, la Fundación perdiese su razón de ser o se anquilosara. Por ello, más bien se puede decir que no hay finalidad benéfica, presente o futura, que sea en principio, ajena a la Fundación.

Será el Consejo de Patronato quien deberá seleccionar para su realización entre las actividades posibles, aquellas que mejor respondan a las necesidades de los tiempos.

Si la Fundación tuviera que atender, necesariamente, a todos los fines que, como posibles, se prevén en los Estatutos, su actividad se dispensaría ineficazmente, porque todas sus aportaciones sumadas serían como una gota de agua en el mar de las necesidades existentes. La Fundación, por así decirlo, habría perdido la iniciativa en la batalla contra el dolor y la ignorancia si limitara su acción a atender las innumerables y heterogéneas solicitudes que podrá recibir. De ahí lo mucho que espera del celo y capacidad del Consejo de Patronato y lo delicado de la misión que le encomienda.

No obstante, March Ordinas mostraba su interés por un tema: «Por último, quiere el otorgante señalar una finalidad objeto de su predilección. Es su criterio que la Fundación debe estar inspirada, en su actividad benéfico-docente, en el propósito de contribuir al conocimiento y solución de problemas que afectan al futuro de la Humanidad. El progreso y difusión del saber, y, dentro de él, el estudio del hombre y de la sociedad, puede contribuir muy eficaz-

mente al perfeccionamiento humano. El Consejo de Patronato procurará atender a este fin, tan en consonancia con el espíritu cristiano de la Fundación. Si, a más de socorrer a necesitados y ayudar a estudiosos, la Fundación lograra contribuir en algo a dicho fin, se habría cumplido la más íntima aspiración del fundador».

De hecho, más adelante, en el Artículo 6.º del «Título II», la «Escritura de Constitución» era más precisa en lo referente a los objetivos de la nueva institución. Así, tras señalar que la Fundación «tendrá por objeto la satisfacción gratuita de necesidades intelectuales o físicas», se añadía:

En su virtud, dentro de este amplio objetivo de caridad y auxilio, podrá crear y sostener, a su libre elección, premios a la cultura y a la virtud; costear títulos, matrículas o pensiones de estudiantes económicamente necesitados e instituir becas para los mismos; proporcionar material de enseñanza; fomentar la educación e instrucción de los obreros y, en general, auxiliar la formación moral, profesional y educativa; propulsar la investigación científica y la cultura e intensificar, incluso con intercambios de profesorado, artistas, profesionales, técnicos o estudiantes, las relaciones científicas, culturales y artísticas entre España y los demás países, supliendo la carencia de medios propios necesarios por parte de quienes reciban la ayuda económica de la Fundación y siempre dentro de las líneas en que se ha inspirado la civilización católica española.

Más explícitamente, se entendían comprendidos en el objetivo enunciado (aunque no era obligado atender a todos):

A) Crear, sostener o auxiliar instituciones de asistencia para personas económicamente necesitadas, tales como dispensarios, casas de socorro, clínicas, hospitales, sanatorios, refugios para desvalidos, talleres de oficios, casas para ciegos, dementes o sordomudos, centros de recuperación funcional, etc., practicar el socorro domiciliario y, en general, atender a cualquier otra finalidad protectora análoga o semejante a las indicadas.

B) Premiar obras o trabajos, entre otros, sobre las materias siguientes: Religión, Filosofía, Medicina, Cirugía, Derecho, Ciencias exactas, físico-químicas y naturales, Ciencias políticas, sociales y económicas, Literatura, Historia, Bellas Artes, Beneficencia y Corporación social.

No obstante, «atendidas las circunstancias en cada momento», la Fundación tendría «plena libertad para proyectar su actuación a cualquiera de las finalidades» precedentes «o hacia otras que encajen dentro de su espíritu».

Para intentar cumplir con semejantes deseos, March Ordinas «crea, instituye, dota, disciplina», según se lee en la escritura, «una Fundación mixta, benéfica y docente, de carácter eminentemente particular privado, con plena personalidad jurídica que se denominará “FUNDACIÓN JUAN MARCH”». Como sede, se especificaba que «el domicilio de la Fundación radicará en Madrid, en el local que el Patronato señale», aunque el mismo Patronato podría «libremente trasladar dicho domicilio a cualquier otro lugar».

Para cumplir su voluntad, Juan March dejaba «todo cuanto atañe a la Fundación, sin excepción alguna, a la fe, conciencia y leal saber y entender del Patronato y del Consejo de Patronato».⁵

5. Obsérvese la expresión «a la fe y conciencia» que se utilizaba. Eran fundaciones «a fe y conciencia» aquellas en las que el fundador eliminaba, con mayor o menor amplitud según los casos, el control del Protectorado (el organismo administrativo del ministerio correspondiente, que era competente en materia de fundaciones); esto es, los patronos de estas fundaciones sólo tenían obligación de declarar solemnemente que en conciencia actuaban cumpliendo la voluntad del fundador. Este tipo de fundaciones era legalmente admitido desde antiguo. Así, la Real Orden del 25 de mayo de 1846 (anterior, por consiguiente, a la Ley General de Beneficencia) admitía que «cuando por disposición explícita del fundador quedare el cumplimiento de su voluntad a la fe y conciencia del patrono o administrador, cesa toda facultad coercitiva por parte del Protectorado, porque la voluntad de un fundador debe ser respetada en tanto que no se opone ni a la moral ni a la naturaleza ni a las leyes». Con posterioridad, la Instrucción de 27 de abril de 1875, dictada para el ejercicio del Protectorado del

En cuanto al capital inicial con que Juan March dotó a su fundación, estaba integrado, como ya indiqué, por trescientos millones de pesetas y un millón doscientos mil dólares, a invertir «por el fundador, o en su caso por sus sucesores en el Patronato, en valores mobiliarios de su elección».⁶

Cabe señalar que se especificaba («Naturaleza de la voluntad del fundador») que: «Tanto las disposiciones de la presente escritura, como los Estatutos de la Fundación, como las disposiciones testamentarias de Don Juan March Ordinas relativas al régimen general de la sucesión, composición y funcionamiento del Patronato y al régimen general de la sucesión en los dos puestos de Consejeros vitalicios reservados a los descendientes legítimos del fundador, no podrán ser revocados, alterados ni modificados por persona, autoridad o jurisdicción alguna». De hecho, se especificaba que si algún «Estado u otro Organismo, Autoridad o Tribunal pretendieran interferir, mermar, alterar, modificar, contrariar o de cualquier otra forma no respetar, observar, guardar y cumplir la voluntad del fundador... relativas al régimen general de la sucesión en los dispuestos de Consejeros vitalicios reservados a los descendientes legítimos del fundador, el Patronato, invocando la ley fun-

Gobierno en la Beneficencia, disponía que «Cuando el fundador relevare a sus patronos o administradores de la presentación de cuentas, no tendrán éstos la obligación de rendirlas regular y periódicamente; pero sí la de justificar el cumplimiento de las cargas de la fundación, siempre que sean requeridos al intento por la autoridad competente». Y se añadía: «Cuando por disposición explícita del fundador quedase el cumplimiento de su voluntad a la fe y conciencia del patrono o administrador, sólo tendrá éste la obligación de declarar solemnemente dicho cumplimiento, acreditando que es ajustado a la moral y a las leyes». El que Juan March Ordinas estableciese que su Fundación fuese de «a fe y conciencia» facilitaba, por consiguiente, la tarea a los que en el futuro controlasen la institución.

6. Éste es un punto que no deja de tener su importancia, ya que significa que las posibilidades de actuación de la Fundación iban a depender de cómo se invirtiese su capital.

dacional, opondrá su negativa plena y absoluta; y si, no obstante éste se insistiere en cualquiera de dichas pretensiones quedará automáticamente extinguida la Fundación y, en tal caso, la persona o personas que a la sazón desempeñaren el Patronato, podrán, de acuerdo con el Consejo de Patronato... disponer de los bienes constitutivos del patrimonio fundacional, libremente y sin obstáculo alguno, como si se tratase de bienes propios, con fines benéficos o docentes, según su conciencia les dicte y sin necesidad de dar cuenta de dicha disposición».

Coherentemente con lo anterior, el 1 de enero de 1956 se abrió una cuenta a nombre de la Fundación Juan March «en constitución», en la que se ingresaron como primera partida la suma de trescientos millones de pesetas.

El documento notarial fue, como se observa en el original, visto para su legalización también en las embajadas de Suiza y Estados Unidos en España, así como en los consulados de Francia y Reino Unido en España.

El Estado aprobó inmediatamente los estatutos de la nueva Fundación y la prensa se hizo eco de la noticia. Así, el 11 de enero de 1956, en el diario *ABC* se podía leer lo siguiente: «Si el hecho en sí parece como un regalo a nuestra patria de los Reyes Magos, la explicación de motivos, es decir, el mecanismo jurídico y psicológico de la voluntad que lo ha creado, es fértil en ejemplos susceptibles de incitar a la emulación y en impulsos que acreditan un indomable y recto designio de ejercer el bien hacia todos y para todos. La Fundación responde no ya al peculio y la sensibilidad, sino al entendimiento también de un español septuagenario, respetado y admirado en los más eminentes medios del mundo internacional de las finanzas, y que pertenece a la raza de productores de riqueza, con la cual hace Inglaterra sus lores y Norteamérica sus jerrarcas».

Como emblema de la Fundación se eligió la propuesta del arquitecto Gabriel Alomar: la reproducción de la urna cineraria atribuida al pretor romano Marco Claudio Marcelo, sobrino de Augus-

to y contemporáneo de Suetonio y Tácito, que se conservaba en el Museo de Palma de Mallorca. Como lema para acompañar a la urna, se escogió la siguiente leyenda: «AD MAIUS HISPANIAE LVMEN», esto es «Para el mayor esplendor de España».

LAS FINANZAS DE LA FUNDACIÓN JUAN MARCH

Naturalmente, Juan March Ordinas fue el presidente de la Fundación, manteniendo el puesto hasta su muerte, en 1962, momento en que fue sustituido por su hijo Juan March Servera, que estaba vinculado a los negocios de su padre (fue presidente de la Banca March), entre cuyas grandes aportaciones a la Fundación fue propiciar la construcción de una sede propia para ella, que se inauguró en 1975, y a la que me referiré más adelante. Por entonces, sin embargo, March Servera había fallecido, en 1973, pasando a ocupar (el 20 de diciembre) su cargo su hijo, Juan March Delgado.

De hecho, uno de los primeros actos como presidente de la Fundación de March Servera fue en realidad cumplir con uno de los últimos deseos de su padre: realizar una importante ampliación de capital para la Fundación (mil millones de pesetas).⁷

En sus memorias, Manuel Lora Tamayo, que ocupó el Ministerio de Educación en unos años en los que tuvo que relacionarse con la Fundación March en relación con el proyecto, del que me ocuparé en el capítulo 5, de construir un nuevo Teatro de la Ópera en Madrid, mencionó algunos detalles acerca del origen de esa ampliación de capital. Refiriéndose a la relación que habían mantenido Juan Antonio Suanzes, presidente del Instituto Nacional de Industria, y Juan March Ordinas, Lora Tamayo recorda-

7. Antes, como se indica en las tablas que incluyo más adelante, tanto él como su hermano Bartolomé habían realizado otras aportaciones al capital de la Fundación.

ba que:⁸ «Uno de los premios [de la Fundación Juan March] a personalidades relevantes fue otorgado en 1961 a D. Juan Antonio Suanzes, a la sazón presidente del Instituto Nacional de Industria y del Patronato Juan de la Cierva del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Era habitual hacer entrega de ellos en un acto íntimo, pero solemne por la calidad de las personas, que se celebraba en la sede de la Fundación. Suanzes no acudió a recibir el suyo, y D. Juan March, que lo estimaba mucho, fue a su despacho para hacerle entrega del cheque. Lo aceptó aquél, aunque después distribuyó su importe entre el personal subalterno del Instituto, pero la conversación mantenida entre ambos durante aquella visita, de cuyos detalles tuve conocimiento por el propio Suanzes, fue de interés, por el talante superior de ambos interlocutores, y de enorme trascendencia para el futuro de la Fundación.

...Suanzes y March habían tenido relación cuando aquél, siendo ministro de Industria y Comercio, suscitó la causa de la «Barcelona Traction», de resonancia internacional, cuyos detalles en su esencia e interpretación, desconocidos por mí, no serán tampoco de este momento; pero parece ser que de aquellos encuentros surgieron las primeras ideas sobre la Fundación. Recordando esto Suanzes, hombre de grandes concepciones y en lo personal de espíritu abierto y generoso, debió decir a March que se había quedado corto en la dotación de esta obra, por la que se mostraba orgulloso y, lanzándose en directo, le estimuló con toda la fuerza de su enorme capacidad dialéctica a que incrementara aquélla con una cifra no inferior a mil millones de pesetas. No esperaba March aquel «atracó» como consecuencia de su visita, pero no rechazó la idea y unos días después, casi los justos por una ausencia de Suanzes, le visitó de nuevo para decirle, resuelto y satisfecho, que había consultado con sus hijos y aun con los nietos, de los que, al decir de Suanzes, se sentía orgulloso por su reacción, y estaba dispuesto a

8. Manuel Lora Tamayo, *Lo que yo he conocido. Recuerdos de un viejo catedrático que fue ministro* (Puerto Real, Cádiz, 1993, pp. 377-378).

hacer donación de esa cantidad para incrementar los fondos de la Fundación. Pocos días más tarde sufría un grave accidente de automóvil y creo que en la clínica misma otorgó la escritura de la donación.

...Fallecido poco después, seguramente se refiere a esta nueva donación la Memoria de la Fundación cuando menciona que el 15 de marzo de 1969 el presidente del Consejo del Patronato, su hijo don Juan March Servera, mediante el otorgamiento de la correspondiente escritura pública, donó la cantidad de mil millones de pesetas, con propósito compartido por su esposa doña Carmen Delgado Rosas y por todos los hijos del matrimonio, «inspirándose en el ejemplo de su inolvidable padre».

Pero es mejor, en lugar de recurrir a los recuerdos de unos u otros, utilizar documentos más fiables, como, por ejemplo, las *Memorias* publicadas por la propia Fundación, en las que se especifican los gastos a lo largo de los años, datos que he completado con información procedente de la institución. En cuanto a la dotación inicial y los incrementos patrimoniales, fueron los que se detallan en la primera tabla.

En cuanto a los gastos fundacionales y los impuestos abonados al Estado durante sus cincuenta años de existencia, éstos han sido los que se indican en las dos tablas siguientes:

FUNDACIÓN JUAN MARCH - DOTACIÓN FUNDACIONAL INICIAL MÁS INCREMENTOS
 DOTACIONALES (EN PESETAS Y EN DÓLARES ESTADOUNIDENSES). 1955/1969

Fecha	Donante	Clase de donación	<i>Dotación fundacional inicial</i> (Dólares)	<i>Dotación fundacional inicial</i> (Pesetas)	<i>Incrementos a dotacion fundacional</i> (Dólares)	<i>Incrementos a dotacion fundacional</i> (Pesetas)	<i>Total fundacional inicial + incrementos dotacionales</i> (Total pesetas)
1 04.11.55	Juan March Ordinas	Efectivo		300.000.000			
		Efectivo (1)	1.200.000 =	84.000.000			
2 24.12.57	Juan March Ordinas	efectivo				14.000.000	
3 24.12.57	Juan March Servera	efectivo				35.000.000	
4 24.12.57	Bartolomé March Servera	efectivo				26.000.000	
5 29.12.58	Juan March Ordinas	efectivo				5.000.000	
6 29.12.58	Juan March Servera	efectivo				5.000.000	
7 29.12.58	Bartolomé March Servera	efectivo				5.000.000	
8 20.11.59	Juan March Ordinas	efectivo (2)			5.000.000 =	350.000.000	
9 20.11.59	Juan March Servera	efectivo				17.000.000	
10 20.11.59	Bartolomé March Servera	efectivo				17.000.000	
11 20.11.59	Juan March Ordinas	efectivo				204.000.000	
	Juan March Servera						
	Bartolomé March Servera						
12 26.02.62	Juan March Ordinas	efectivo				1.000.000.000	
13 13.03.69	Juan March Servera	efectivo				1.000.000.000	
		TOTAL		384.000.000		2.678.000.000	3.062.000.000

(1) Donación en dólares estadounidenses, 1.200.000 = 84.000.000 ptas.

(2) Donación en dólares estadounidenses, 5.000.000 = 350.000.000 ptas.

GASTOS FUNDACIONALES E IMPUESTOS DE LOS CINCUENTA AÑOS
(AGRUPADOS EN LUSTROS)

<i>Año</i>	GASTOS FUNDACIONALES		IMPUESTOS		TOTAL GASTOS FUNDACIONALES + IMPUESTOS			
	<i>Euros corrientes</i>	<i>Euros constantes del 2005</i>	<i>Euros corrientes</i>	<i>Euros constantes del 2005</i>	<i>Pesetas corrientes</i>	<i>Pesetas constantes del 2005</i>	<i>Euros corrientes</i>	<i>Euros constantes del 2005</i>
De 1955 a 1965	1.831.699	52.787.996	0	0	304.769.056	8.783.183.515	1.831.699	52.787.996
De 1966 a 1970	1.414.823	26.209.520	0	0	235.406.802	4.360.897.261	1.414.823	26.209.520
De 1971 a 1975	4.566.991	55.743.429	0	0	759.883.371	9.274.926.113	4.566.991	55.743.429
De 1976 a 1980	4.497.866	25.068.591	0	0	748.381.932	4.171.062.544	4.497.866	25.068.591
De 1981 a 1985	7.915.751	21.218.946	1.089.915	2.911.317	1.498.416.738	4.014.937.937	9.005.666	24.130.263
De 1986 a 1990	18.900.997	35.876.878	365.473	763.355	3.205.670.906	6.096.421.811	19.266.470	36.640.233
De 1991 a 1995	29.096.614	42.498.367	1.673.515	2.254.819	5.119.718.717	7.446.303.675	30.770.129	44.753.186
De 1996 a 2000	36.072.485	44.713.387	5.004.606	6.203.714	6.834.652.862	8.471.892.784	41.077.091	50.917.101
De 2001 a 2005	48.154.290	51.384.180	2.906.204	3.285.175	8.495.751.305	9.096.215.388	51.060.494	54.669.356
TOTAL	152.451.517	355.501.294	11.039.713	15.418.381	27.202.651.688	61.715.841.027	163.491.229	370.919.675

Fuente: *Anales de la Fundación (1955/2004)*.

FUNDACIÓN JUAN MARCH - DONACIONES RECIBIDAS,
GASTOS FUNDACIONALES E IMPUESTOS
EN LOS CINCUENTA AÑOS Y PATRIMONIO ACTUAL

I. DONACIONES RECIBIDAS	MILLONES DE EUROS CONSTANTES A 2005	
FUNDACIÓN		
Dotación fundacional	518,38	
Donaciones sin afectación	0,82	
INSTITUTO		
Dotación fundacional (excluida la aportación por la Fundación)	0,37	
Donaciones sin afectación (excluida la aportación por la Fundación)	3,61	
TOTAL DONACIONES RECIBIDAS	523	(Aprox. 87.049 millones de ptas.)
II. GASTOS FUNDACIONALES + IMPUESTOS	371	(Aprox. 61.716 millones de ptas.)
III. PATRIMONIO ACTUAL	210	(Aprox. 34.941 millones de ptas.)

Que una familia haya desembolsado, de su propio patrimonio, aproximadamente 87.000 millones de pesetas (523 millones de euros) en una Fundación dedicada a la promoción de la cultura y la investigación es, creo, algo insólito en toda la historia española. Insólito y, por supuesto, ejemplar.

En cuanto al patrimonio en sí, está formado en la actualidad por cartera de valores mobiliarios (70 por ciento del patrimonio), edificios (25 por ciento) y obras de arte (5 por ciento). Siguiendo los criterios que estableció Juan March Ordinas, el patrimonio rentable es el que está invertido en valores mobiliarios, y su objetivo básico es obtener, mediante una diversificación de títulos representativos de sociedades e instituciones seguras, una rentabilidad tal que soporte todos los gastos que realiza la Fundación, sin que ésta se descapitalice con el paso del tiempo. Existe, de hecho, un Código de Conducta para las inversiones temporales de la Fundación, en el que se resaltan los criterios de «rentabilidad», «seguridad», «diversificación» y «transparencia»: «Los activos en los que se invierta, tanto de renta fija como de renta variable, será de entidades que tengan una gran transparencia en sus estados financieros y gobierno corporativo».

En este punto es asimismo oportuno señalar que el fundador creó un modelo «puro» de fundación, que su familia ha mantenido: es una fundación privada, familiar (no de un banco o una caja), patrimonial (con un patrimonio dinerario propio que le permite autofinanciarse y no tener que buscar ayudas, ni estar condicionado por patrocinadores). Al contrario de lo que sucede en otras fundaciones, la Fundación Juan March es totalmente independiente de los negocios de la familia March (como puede ser el Grupo Alba) y tiene su cartera diversificada.

Pero ya va siendo hora de pasar a los detalles de cómo cumplió la nueva Fundación los deseos de su creador.

De los Premios Fundación Juan March a las Ayudas a la Investigación y becas

Viajero, ven conmigo.
Daremos
magnitud a los dones de la tierra.
Cambiaremos la espiga.
Llevaremos la luz al más remoto
corazón castigado.

PABLO NERUDA,

«Oda a la intranquilidad» (en *Odas elementales*, 1952-1954).

Una cosa es crear una institución y otra ponerla en marcha. Vimos en el capítulo precedente que entre los objetivos establecidos en la escritura de constitución figuraban los de «crear y sostener ... premios a la cultura y a la virtud; costear títulos, matrículas o pensiones de estudiantes económicamente necesitados e instituir becas para los mismos; proporcionar material de enseñanza; fomentar la educación e instrucción de los obreros y, en general, auxiliar la formación moral, profesional y educativa; propulsar la investigación científica y la cultura e intensificar, incluso con intercambios de profesorado, artistas, profesionales, técnicos o estudiantes, las relaciones científicas, culturales y artísticas entre España»; esto es, casi todo.

LOS PREMIOS FUNDACIÓN JUAN MARCH

Enfrentados al problema de qué hacer en primer lugar se optó por lo que en más de un sentido era más fácil: «premios a la cultura». Con ellos se podía, además, no sólo reconocer el mérito, la excelencia profesional, sino también, a través de los personajes seleccionados, que la propia Fundación obtuviese un cierto reconocimiento público; lograr, en expresión que nos encontraremos inmediatamente, «un golpe de efecto». En el archivo de la Fundación se encuentra un documento preparado, todo parece indicarlo, por el consejero secretario, Alejandro Bérnago, que merece la pena reproducir, ya que en él se recogen no sólo las posibilidades, sino también algunos de los problemas que se preveían si se tomaba uno u otro camino. Es, en otras palabras, este documento un buen instrumento para advertir elementos de la cultura española de la época que no afloran habitualmente, permaneciendo en la trastienda aunque su importancia podía ser grande.

*Ideas sobre la primera convocatoria de Premios
Fundación Juan March, 1956*

Existen dos proyectos fundamentales.

I. Proyecto número 1

A) LÍNEAS GENERALES.

a) El Consejo de Patronato convoca, sobre la base de tema libre o señalado, según los casos, para proveer doce premios.

b) *Cuantía*. Cuatro premios de 500.000 pesetas y ocho de 250.000 pesetas.

c) *Materias*. En principio, las siguientes: Filosofía, Medicina, Literatura, Derecho, Física, Química, Matemáticas, Historia, Sociología, Economía, Agricultura y Ensayos. No está determinada todavía la cuantía de cada premio.

d) *Tema*. En algunas materias (Medicina, Física, Química, etc.) debería ser libre. En otras (Derecho, Ensayos, etc.) podría fijarse de antemano.

e) *Jurado*. A elegir por el Consejo de Patronato. En algunas materias, dada su dificultad (Medicina, Literatura, etc.), deberían nombrarse organismos oficiales (Reales Academias, Facultades, etc.). En otras (Agricultura, Sociología, etc.), por resultar difícil recurrir a dichos organismos oficiales, habría que proceder a la designación directa del Jurado.

f) *Plazo*. Los trabajos deberían presentarse un año después de la convocatoria, o, a lo sumo, en ciertas materias, dos.

Inconvenientes del proyecto número 1

1.º) El Consejo de Patronato, constituido en estos momentos por el fundador y sus dos hijos, *no debe resolver por sí* sobre temas ni jurados. Sería impolítico.

2.º) Tampoco debe el Consejo de Patronato *asesorarse de otras personalidades* para efectuar la convocatoria. La mera designación de tales personalidades adolecería de igual defecto. Por otra parte, los designados podrían creerse *con derecho a formar parte* en su día, del Consejo de Patronato.

3.º) Hay materias (Física, Química, Matemáticas, etc.) en las que, por la escasez de cultivadores de altura, resultaría difícil adjudicar los premios *a quienes realmente los merecieran*.

4.º) No se puede preparar un trabajo científico digno, *sin disponer, por lo menos, de dos o tres años* de estudio e investigación.

5.º) Podría producirse un *lógico retraimiento* de las personas que, por su prestigio científico, interesa que concurran a los certámenes de la Fundación.

6.º) Podría darse el caso de que los premiados (por disponer de más tiempo, etc.) fuesen personas desconocidas. Es cierto que interesa estimularlas. Pero ésta debe ser *misión de otras etapas de la actividad de la Fundación*, no de la primera.

7.º) La «guerra civil» que existe actualmente declarada en ciertos sectores del mundillo cultural español (Medicina, Literatura, etc.) *hace imposible nombrar un Jurado a dedo*. Tal designación del Jurado, y hasta los temas, prejuzgaría, en bastantes materias, quién va a resultar premiado.

8.º) La Fundación no debe ser tachada de «liberal». La designación por el Consejo de Patronato de temas o de Jurados, por acertada que fuese, *daría motivos para emprender campañas en este sentido*.

II. *Objetivos que deben cubrirse con la convocatoria*

Son los siguientes:

1.º) *El golpe de efecto*. La Fundación, a las pocas semanas de haber sido instituida, debe anunciar una convocatoria de premios dotados *con cuatro millones de pesetas*.

2.º) *La rapidez de la resolución*. Por esta vez, no debe tardarse un año, ni mucho menos dos, en conceder los premios. Todo lo más, *seis meses*.

3.º) *El sentido «reverencial» de los premios*. Los primeros nombres que se estampen en la lista de los premiados por la Fundación, *deben ser los mejores*: por ejemplo, Pío Baroja, Azorín, Menéndez Pidal, Rey Pastor, Arruga, Castán, etc., por no citar otros. No pueden ser el de un estudiante del I.C.A.I. o el de un opositor a Notarías o Judicatura.

4.º) *La objetividad del jurado*. Oficialmente, los organismos culturales de máximo rango del país son las Reales Academias. *Éstas deben integrar el Jurado*. De tal modo, las polémicas que en todo caso desate su decisión, refluirán sobre ellas. Jamás sobre el Consejo de Patronato.

5.º) *Nada de temas*. Por esta vez, la Fundación debe premiar hombres, vidas de trabajo, *obras realizadas*. Más adelante vendrán las becas; e, incluso, otros premios con tema señalado.

6.º) *Atención al Consejo de Investigaciones Científicas*. No debe permitírsele la interferencia sistemática en las cosas de la Fundación. Pero sería peor echárselo de enemigo desde el primer momento. *Hay que darle algo*.

7.º) *El aspecto religioso.* Es preciso no olvidarlo. Sin demérito de la organización, se le debe asignar un premio de 500.000 pesetas.

Para cubrir estos objetivos, podría pensarse en la siguiente solución:

III. Proyecto número 2

He aquí sus líneas generales:

a) *Número de premios:* Ocho.

b) *Cuantía:* 500.000 pesetas cada uno.

c) *Materias y Jurados:*

1.º) *Premio de Literatura.*

Jurado: Real Academia Española.

2.º) *Premio de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.*

Jurado: Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

3.º) *Premio de Medicina.*

Jurado: Real Academia de Medicina.

4.º) *Premio de Derecho.*

Jurado: Real Academia de Jurisprudencia.

5.º) *Premio de Ciencias Morales y Políticas.*

Jurado: Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

6.º) *Premio de Bellas Artes.*

Jurado: Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

7.º) *Premio de Investigación.*

Jurado: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

8.º) *Premio de Teología.*

Jurado: Por ejemplo, el que designen el Cardenal Primado de España y el Patriarca de las Indias Occidentales.

d) *Finalidad del premio.* Idea general: honrar a la persona que, *viviendo el día de la convocatoria*, más se haya destacado dentro de su respectiva actividad.

El premio de Teología podría recaer no sólo sobre el mejor cultivador de Teología en sí, sino sobre quién más hubiera destacado en otras actividades eclesásticas: filosofía, historia, derecho canónico,

predicación, vida misional, etc. Esta cuestión, a resolver por el respectivo Jurado.

e) *Organización*. Cada Jurado adoptará su decisión por el método que juzgue más conveniente.

f) *Consultas previas*. Antes de convocar, será preciso obtener la conformidad de:

1.º) El Presidente o Director de cada Real Academia designada.

2.º) El Presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

3.º) El Cardenal Primado y el Obispo de Madrid-Alcalá.

g) *Día que se anunciaría la convocatoria*. El día de Navidad de 1955.

h) *Modo de anunciar*. En todos los periódicos de Madrid y en los que se estimen adecuados de provincias.

i) *Plazo para emitir el fallo*. Los Jurados emitirán su resolución antes del día 30 de Mayo de 1956.

j) *Indivisibilidad de los premios*. En principio, cada premio debería recaer sobre un solo agraciado. Convendría pensar en la posibilidad de facultar al Jurado para dividir el premio entre dos personas, a lo sumo.

k) *Entrega de los premios*. En un acto público, a celebrar en el mes de Junio de 1956, organizado por el Instituto de España.

Nota

IDEA DE POSIBLES PREMIADOS.

Por vía de ejemplo, y sin que la lista pretenda ser exhaustiva, se ofrece a continuación una relación de posibles premiados:

a) *Literatura*: Pío Baroja, Azorín, Menéndez Pidal, Julio Casares, Pemán, etc.

b) *Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*: Rey Pastor, Padre Pujiula, Padre Verhulst, Puig Adam, etc.

c) *Medicina*: Marañón, Jiménez Díaz, Arruga, Barraquer, etc.

d) *Derecho*: Castán, etc.

- e) *Ciencias Morales y Políticas*: Royo Villanova, Gascón y Marín, etc.
- f) *Bellas Artes*: Sotomayor, Benedito, Clará, Macho, Hermoso, etc.
- g) *Investigación*: Menéndez Pidal, Marañón, Amezúa, García Gómez, Baltá, etc.
- h) *Teología*: Dependería del enfoque que le diera el Jurado.

En la propuesta de Bérnago, que se mantuvo en la mayoría de los detalles cuando la Fundación convocó finalmente los premios, se detectan muchos detalles interesantes, que nos hablan de la situación de la época. Salta a la vista, en primer lugar, la importancia que desempeñaron las reales academias que formaban el Instituto de España —esto es, la cultura y ciencia oficiales— en la composición de los jurados. Es cierto que los peores momentos de la represión y marginación habían pasado, pero es preciso recordar que cuando el Ministerio de Educación Nacional, el 5 de junio de 1941, ordenó la destitución, por razones políticas, de un número de miembros de las reales academias, únicamente la Real Academia Española se negó a excluir de sus filas (aunque con matices que mencionaré más adelante) a los seis académicos que el gobierno pretendía expulsar, Ignacio Bolívar, Niceto Alcalá Zamora, Tomás Navarro Tomás, Enrique Díez Canedo, Salvador de Madariaga y Blas Cabrera. En la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Cabrera, que había llegado a presidir la institución, no tuvo tanta suerte y fue expulsado de la misma, como otros dos académicos: Emilio Herrera y Enrique Moles.

Volviendo a la propuesta de premios, encontramos que en ella se dice, por ejemplo, que hay que atender al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, «darle algo», pero sin permitirle que interfiera sistemáticamente en «las cosas de la Fundación». Este comentario indica que el Consejo era entonces una institución que dominaba el escenario científico y cultural español. Y así era: la universidad había quedado demasiado debilitada —por no decir

destruida— como para servir de contrapeso a una institución en la que la ideología desempeñaba un papel destacado (sin que esto quiera decir que no fuese un organismo muy importante y razonablemente productivo desde el punto de vista de la investigación científica, y también la tecnológica, recuérdese en este último apartado el Patronato Juan de la Cierva), como prueba que el ministro de Educación Nacional, José Ibáñez Martín ejerciese de presidente, manteniendo de hecho el cargo incluso cuando salió del ministerio, sin olvidar que el secretario general, el edafólogo José María Albareda, fue un influyente miembro del Opus Dei.

Y puesto que ha aparecido el apartado religioso, obsérvese que Bérnago no dejaba de mencionar que era preciso no olvidar el aspecto religioso. El poder de la Iglesia católica en la España de mediados de la década de los cincuenta era inmenso y la Fundación no quería problemas en este sentido.

Se hablaba también del «sentido reverencial de los premios», con lo que se quería decir que había que seleccionar personas de absoluto prestigio. En aquella primera actuación, la Fundación Juan March no pretendió lo que tantas veces buscaría en el futuro, ayudar a la cultura y ciencia españolas del futuro. «Por esta vez», recordemos lo que anotaba Bérnago, «la Fundación debe premiar hombres, vidas de trabajo, *obras realizadas*. Más adelante vendrán las becas; e, incluso, otros premios con tema señalado».

A pesar de que en el proyecto se decía que el Consejo de Patronato no debía «asesorarse de otras personalidades para efectuar la convocatoria. La mera designación de tales personalidades adolecería de igual defecto. Por otra parte, los designados podrían creerse *con derecho a formar parte* en su día, del Consejo de Patronato», sabemos que sí se recabó la opinión de algunas personas. Así, en el archivo de la Fundación se encuentra una carta que Julio Palacios dirigió a Alejandro Bérnago, fechada el 13 de septiembre de 1955, cuando por el contenido es claro que debía ser octubre: «D. Bartolomé March», escribía Palacios, «me hizo el honor de pedir mi modesta opinión acerca de la manera de conceder premios en la fun-

dación que proyecta su padre. Por considerar el asunto de extraordinaria importancia, quise cambiar impresiones con mi colega D. Miguel Catalán, dándose la feliz coincidencia de que también él había sido requerido para el mismo fin. Como hemos coincidido en todo, sin la menor discrepancia, hemos redactado entre los dos el adjunto informe, que aclararemos gustosos si fuere necesario».

Por su parte, Catalán escribía el 13 de octubre, también a Bér-gamo:

Hace pocos días recibí la visita de D. Bartolomé March y el abogado Sr. Leira. En ella cambiamos impresiones respecto a las posibles maneras de otorgar premios en la Fundación March y me pidieron que concretara, en un escrito que le enviara a Vd., los puntos más sobresalientes de la entrevista.

Me puse en contacto con mi compañero de Universidad D. Julio Palacios, a quien también le habían consultado y al notar que estábamos en perfecto acuerdo decidimos dar un informe conjunto, que es el que tenemos el gusto de adjuntarle.

Vemos, por consiguiente, que la Fundación, a través de uno de los hijos del fundador, Bartolomé March Servera, que como su hermano Juan era uno de los consejeros vitalicios (cuando falleció su padre, su hermano se convirtió en presidente, mientras que él pasó a ser vicepresidente), se puso en contacto con los dos mejores físicos españoles que existían en España, pero también con los que de éstos probablemente más persecución o marginación habían sufrido o sufrirían, aunque bien es cierto que (el caso de Catalán) los peores tiempos habían pasado. Es interesante comprobar cuál era la visión que ambos científicos tenían tanto de la acción de la nueva Fundación como de su propia disciplina.

Informe de D. Julio Palacios y D. Miguel A. Catalán respecto a la concesión de Premios por la Fundación March.

El hecho de que un español destine una parte considerable de su cuantiosa fortuna a fines culturales es tan insólito que merece la

pena de que todos los que puedan contribuir al éxito de tan loable propósito pongan en ello el mayor interés.

Por esta razón hemos accedido gustosos al requerimiento de D. Bartolomé March quien ha pedido nuestro consejo, respecto de la concesión de Premios con cargo a la fundación de su padre, D. Juan March.

Nos atenderemos a lo concerniente al estudio de la Física, en el que puede tener algún valor nuestro consejo, por habernos consagrado a él durante toda nuestra ya larga vida profesional.

De las posibles razones que justifiquen el otorgamiento de cuantiosos premios en metálico a quienes se dediquen a trabajos de Física cabe considerar los siguientes apartados:

a) Lograr que los físicos españoles dediquen toda su actividad a la investigación en las materias que sean de su preferencia con la esperanza de obtener un premio.

b) Estimular a los ya capacitados para que se dediquen a la resolución de determinado problema de gran interés teórico o práctico.

c) Premiar trabajos ya realizados y que hayan resultado de reconocida importancia.

d) Premiar a quienes se hayan dedicado asiduamente a la formación de físicos en España, contribuyendo con sus enseñanzas y publicaciones de un modo eficaz al progreso de esta ciencia en nuestra patria.

Examinemos ahora las ventajas y los inconvenientes de cada una de las cuatro modalidades anteriores.

(a) *Premios con tema libre.*

En lo que se refiere a premios anunciados con anticipación, sin señalar el tema, dudamos que tengan eficacia. El que ha sido iniciado en la investigación y puede dedicarse a ella sin preocupaciones económicas adquiere pronto tal entusiasmo, si está dirigido por buenos maestros, que no necesita de aliciente pecuniario. Y no es de suponer que los faltos de recursos dejen ocupaciones provechosas y adquieran deudas con la remota esperanza de que su trabajo de investigación, si llegara a terminarlo, merezca un premio que les compense de sus sacrificios.

(b) *Premios con tema marcado.*

El conceder premios a trabajos con pie forzado tiene como precedentes los anunciados en fechas memorables por las Academias Científicas de renombre internacional con el propósito de hallar la solución de algún problema que había resistido a los esfuerzos de los sabios más renombrados. Ciertamente no faltan ahora en el campo de la Física, especialmente en el campo de la Física atómica, problemas de la mayor trascendencia, pero por ello mismo son tan inmensos los medios puestos en actividad por los países más interesados en su pronta solución, que son también los que más recursos poseen, que la aportación de España en estos momentos sería totalmente ineficaz.

No obstante, puede haber problemas de gran interés en cuya resolución pueden colaborar los físicos, por ejemplo, en la aplicación de los radioisótopos en Medicina (en especial para la curación del cáncer), en la manera de evitar la erosión del suelo, etc. En este caso, lo que se persigue es el beneficio que se lograría con la solución del problema en cuestión y, por tanto, la concesión de premios no debería limitarse a los autores españoles, sino que deberían ser acogidos los investigadores de cualquier nacionalidad.

(c) Es esta la modalidad que, a nuestro juicio, puede dar mejores frutos y ser implantada rápidamente, con las suficientes garantías de eficacia. Esta manera de conceder premios es la más frecuente en todos los países y su mejor ejemplo es el premio Nobel de renombre mundial.

El rasgo fundamental de este procedimiento consiste en que no se conceden a solicitud de parte, sino a propuesta de entidades, corporaciones o individuos de reconocida solvencia científica.

(d) Estamos seguros de que a todos parecerá bien que se concedan eventualmente premios con la finalidad que se ha descrito en este apartado, pues en nuestro país la consagración callada y asidua a la docencia no suele tener, por parte de los medios oficiales ni de la sociedad, la recompensa a que es acreedora.

Resumen

1.º Proponemos que se empiece concediendo premios a trabajos ya realizados y que hayan resultado de reconocida importancia.

Se deberá atender a toda la obra realizada por la persona premiada (artículos, libros, etc.). Será preciso estudiar la manera de designar las entidades o individuos que han de hacer las propuestas y el jurado que ha de calificarlas. En todo caso, convendrá contar con el asesoramiento de físicos extranjeros concededores de nuestra posición científica.

2.º Cuando surja la conveniencia de resolver prontamente un problema que afecte a nuestra industria, a nuestra agricultura, etc., se podrá anunciar un premio, con el correspondiente tema, al que podrán concurrir españoles y extranjeros.

3.º Finalmente, se podrá reservar una cantidad prudencial para, sin plazo fijo, premiar a la persona que se haya dedicado con reconocida eficacia a la formación de físicos españoles.

Madrid, 13 de octubre de 1955

Los premios que se concedieron en 1956 fueron a parar a Ramón Menéndez Pidal (Literatura), Manuel Gómez Moreno (Historia), el pintor Fernando Álvarez de Sotomayor (Bellas Artes), el matemático Julio Rey Pastor (Ciencias Exactas, Físicas y Naturales), Severino Aznar Embid (Sociología), Fernández Enríquez de Salamanca (Medicina), el químico orgánico José Casares Gil (Química), el magistrado del Tribunal Supremo José Castán Tobeñas (Derecho), el parasitólogo Carlos Rodríguez-Neyra (Investigación) y el canónigo Teófilo Ayuso Marazuela (Ciencias Sagradas).

Evidentemente, no todos estos nombres han superado de igual manera ese exigente juez que es el crisol de la historia. Sin duda, el que mejor ha pasado semejante tamiz es Ramón Menéndez Pidal.

RECORDANDO A RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

El premio de la Fundación Juan March constituyó un buen reconocimiento para Menéndez Pidal en un país que hasta hacía poco apenas le había tolerado. Como es bien sabido, don Ramón, que en 1936 era director de la Real Academia Española, pasó en el ex-

tranjero los años de la guerra civil, no regresando a su patria hasta julio de 1939. Y la vuelta no fue fácil, como ha recordado no hace mucho su nieto, Diego Catalán, eminente filólogo e historiador de la literatura:¹ «De conformidad con esa oleada de revanchismo, cuando Menéndez Pidal se disponía a regresar a España, un alto cargo militar, Jorge Vigón, publicó el 7 de Mayo de 1939, en el semanario *Domingo*, un artículo titulado «La voz de nuestros muertos. Infiltraciones»... Deseoso de impedir la reentrada en España de Menéndez Pidal, Vigón conmemoraba un suceso vivido por don Ramón el 14 de Diciembre de 1936, en compañía de Gregorio Marañón: su visita en el Madrid revolucionario al 5.º Regimiento, de la cual publicó el día 16 de aquel mes y año un reportaje gráfico el periódico *Milicia Popular*... con dos fotografías «en las que el camarada Ganivet, el miliciano Menéndez y el camarada Líster aparecen conjugados con el conocido perfil de don Gregorio y con la barba de don Ramón, sobre la que florecía una complacida sonrisa».

Ya instalado en Madrid, a Menéndez Pidal se le hizo saber (académicos entre ellos) con claridad que no era conveniente que participase en las actividades de la Real Academia Española, lo que don Ramón hizo, llegando a devolver su medalla.² En los ocho años siguientes no volvió a pisar la Real Academia Española (sí la de Historia, a la que también pertenecía, en la que encontró una buena acogida). En diciembre de 1947, en efecto, le fue levantado el veto gubernativo y fue elegido nuevamente director de la Española.

Antes de que esto sucediese tuvo que sufrir alguna humillación (bien es cierto que como otros o, incluso, siendo algo mejor tratado). Me refiero a la norma que se aprobó en la «Sesión de las Co-

1. Diego Catalán, *El Archivo del Romancero, patrimonio de la humanidad. Historia documentada de un siglo de Historia* (Fundación Ramón Menéndez Pidal, Madrid, 2001, pp. 245-247).

2. Este hecho matiza el que mencioné anteriormente: que la Real Academia Española se negó a acatar la orden del gobierno de expulsar a ciertos académicos.

misiones reorganizadoras de las Academias de España y fundadoras del Instituto de España» celebrada en Burgos el 27 de diciembre de 1937, en la que se determinó que en cuanto las circunstancias lo permitiesen tanto los nuevos como los antiguos miembros de las Reales Academias que constituían el recién creado Instituto de España deberían reingresar en su Academia siguiendo el siguiente ritual:³

El juramento de los Sres. Académicos se ajustará al ceremonial siguiente:

Abierta la sesión por el Presidente de la misma, el secretario perpetuo del Instituto llamará por su nombre y según orden de antigüedad en la elección a todos los Sres. Académicos que se hayan presentado a reingresar o ingresar en la sesión de que se trate.

Sucesivamente se irá colocando cada uno ante la Mesa presidencial en la cual se encontrarán un ejemplar de los Santos Evangelios, con el texto de la Vulgata, bajo cubierta ornada con la señal de la cruz y un ejemplar del «Don Quijote de la Mancha» con cubierta ornada con el blasón del yugo y las flechas. De pie ante estos libros, con la mano derecha puesta en los Evangelios, y el «Don Quijote» y vuelta la cara al Presidente de la Academia aguardará a que el secretario del Instituto le pregunte según la fórmula del juramento:

«Señor Académico, ¿juráis a Dios y ante nuestro Ángel Custodio servir perpetua y lealmente a España, bajo imperio y norma de su tradición viva; en su catolicidad, que encarna el Pontífice de Roma; en su continuidad, hoy representada por el Caudillo salvador de nuestro pueblo?».

Responderá el Académico: «Sí, juro».

Dirá el Presidente: «Si así lo hiciéreis, Dios os lo premie, y si no, os lo demande».

3. Las citas que siguen están tomadas de las Actas de las sesiones del Instituto de España que se mencionan, y que se encuentran depositadas en la sede del Instituto en Madrid. Agradezco a Pedro García Barreno el que me facilitase el acceso a ellas.

Ramón Menéndez Pidal, el patriarca de las letras españolas, un, simplemente, liberal, no pudo evitar cumplir semejante requisito, aunque se le permitió hacerlo por escrito. En el acta de la sesión L de la mesa del Instituto de España, celebrada en Madrid el 22 de abril de 1940, se lee:

Relativamente al último [Menéndez Pidal], el Sr. Secretario de Publicaciones, Secretario de la Historia, da cuenta de haber recibido del Ministerio de Educación Nacional, la siguiente Orden, comunicada:

«Este Ministerio, atendiendo el ruego de esa Corporación de su digna presidencia y no obstante haber dejado transcurrir los plazos que para ello se le concedieron, ha resuelto autorizar al Académico de número D. Ramón Menéndez Pidal para prestar por escrito el juramento prescrito por la legislación vigente. Dios guarde a V. I. muchos años. Madrid, 29 de Marzo de 1940. Firmado: José Ibáñez Martín. Sr. Presidente de la Real Academia de la Historia».

En virtud de esta autorización, el mencionado Académico de la Real Academia de la Historia, ha dirigido a la misma, la comunicación siguiente:

«El que suscribe, Académico de Número de la Real Academia de la Historia, tiene el honor de enviar a V. I. el juramento corporativo según la fórmula, inserta en el Boletín Oficial del Estado de 1º de enero de 1938. Juro en Dios en mi Ángel Custodio servir perpetua y lealmente a España bajo Imperio y norma de su tradición viva; en su catolicidad que encarna en el Pontífice de Roma; en su continuidad representada por el Caudillo, Salvador de nuestro pueblo.- Dios guarde a V. E. Muchos años. Madrid, 12 de abril de 1940.- Firmado: Ramón Menéndez Pidal.- Excmo. Sr. Presidente del Instituto de España».

La Mesa del Instituto autoriza la lectura de ese texto por el Sr. Secretario de la Real Academia de la Historia en la sesión solemne de mañana.

Firmaban el acta Julio Palacios, como presidente accidental, y Eugenio d'Ors, como secretario perpetuo, con el visto bueno de Pedro Saínz Rodríguez, presidente.

El año en que Menéndez Pidal recibió el premio de la Fundación March, 1956, no fue un año cualquiera ni demasiado bueno para el patriarca de las letras españolas. Los intentos del ministro de Educación, Joaquín Ruiz Giménez, de satisfacer algunas de las peticiones de mayor libertad por parte de grupos universitarios acabaron de mala manera. La sede central de la Universidad de Madrid en la calle de San Bernardo, y también el Colegio Estudio, que impulsó sobre todo Jimena Menéndez Pidal (hija de don Ramón y esposa de Miguel Catalán), fueron (febrero-marzo de 1956) asaltados por grupos ultras. El rector de la universidad, Pedro Laín Entralgo y el ministro Ruiz Giménez fueron cesados, mientras que el rector de la universidad de Salamanca, Antonio Tovar, dimitió. Una de las consecuencias de todo aquello fue, como señaló Diego Catalán, que «el Seminario Menéndez Pidal quedó prontamente arrinconado como un mero apéndice de la Cátedra de Historia de la Lengua de Rafael Lapesa, y privado... de ayuda económica estatal continuada».⁴

MÁS GALARDONES

Volviendo a los premios de la Fundación, tenemos que el año siguiente, 1957, los galardones fueron menos, tres únicamente, y recayeron en el médico, escritor e historiador Gregorio Marañón (Ciencias), que, por cierto, cedió el importe de su premio al Instituto de Endocrinología Experimental, José María Pemán (Letras) y el pintor Hermenegildo Anglada Camarasa (Artes). En 1958, a José Martínez Ruiz, el inolvidable Azorín (Letras), el físico Julio Palacios Martínez (Ciencias) y el escultor José Clará (Artes).

Como ya he señalado, Julio Palacios, uno de los físicos que desde los laboratorios de física de la Junta para Ampliación de Estudios contribuyeron a que la física hispana levantase el vuelo, tuvo

4. D. Catalán, *El Archivo del Romancero, patrimonio de la humanidad*, *op. cit.*, p. 340.

problemas en España después de 1939, en buena medida por sus propias opciones políticas, monárquicas: integrado en las filas de Renovación Española, desempeñó cargos cada vez más importantes en la entonces denominada por muchos «monarquía juanista». Cuando en marzo de 1944 don Juan de Borbón hizo público el conocido como «manifiesto de Lausana», Julio Palacios, junto a otros intelectuales monárquicos como Alfonso García Valdecasas, Juan José López Ibor y Jesús Pavón, firmó un escrito solidarizándose con don Juan; como consecuencia el gobierno decidió confinarlo en Almansa.⁵ En semejante situación, no es extraño que terminase reduciendo sustancialmente sus actividades académicas en España, aceptando en 1947 la oferta del gobierno portugués de dirigir el Centro de Estudios de Física de la Facultad de Ciencias de Lisboa y el Departamento de Física del Instituto Portugués de Oncología. En los *Anales* de la Fundación Juan March no sólo se mencionaba este hecho sino que también se reproducían las opiniones del propio Palacios acerca de su relación con Portugal.⁶ Con todo, lo que el propio Palacios estima como lo más valioso de su obra es lo realizado en Portugal. «Allí —dice— comencé por formar alumnos en la Facultad de Ciencias de Lisboa y los preparé para la investigación, ideando y confirmando experimentalmente una nueva teoría electroquímica. Con su colaboración monté el laboratorio de núclidos radiactivos en el Instituto Portugués de Oncología, y otro de Física atómica bajo los auspicios de la Comisión de Energía Nuclear.» En el país vecino escribió además dos de sus más importantes libros: *Análisis dimensional* (traducido a varios idiomas), en el que por vez primera se explaya una teoría completa de esa fundamental rama de la física, y *Relatividad, nueva teoría*. El insigne físico pone de relieve ciertas contradicciones en la teoría de Einstein y desarrolla una teoría libre de dificultades lógicas y que explica sa-

5. En 1961, don Juan nombró a Palacios miembro de su Consejo Privado.

6. *Anales de la Fundación Juan March I (1956-1962)* (Fundación Juan March, Madrid, 1965, p. 107).

tisfactoriamente todos los hechos que se consideran como confirmaciones experimentales de la teoría einsteniana. El juicio que en las líneas anteriores se hacía de *Análisis dimensional* no era completamente injustificado, pero sí el relativo a *Relatividad, nueva teoría*, en el que Palacios insistía en su oposición a la teoría de la relatividad de Einstein, que mantuvo, sin ningún éxito y en ocasiones (cuando criticó a Einstein no sólo como científico sino incluso desde el plano personal) con dudoso gusto y menos acertado.

Continuando con los premios, en 1959 recayeron en el pintor Manuel Benedito Vives (Arte), el historiador José María Vallicrosa (Letras), autor de un libro ejemplar: *Assaig d'història de les idees físiques i matemàtiques a la Catalunya medieval*, publicado en 1931, y en el físico Arturo Duperier Vallesa (Ciencias).

Los detalles, especialmente en aquellos años, son importantes, pues revelan aspectos que a primera vista pueden pasar desapercibidos. Éste es el caso con uno de los premiados en 1959, el físico Arturo Duperier. Miembro del prestigioso Instituto Nacional de Física y Química de la Junta para Ampliación de Estudios, y catedrático de Geofísica en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid desde 1933, Duperier fue uno de los científicos que eligió el exilio.⁷ El 30 de abril de 1938, en efecto, Duperier, que había sido leal a la República (en 1937, por ejemplo, formó parte de la delegación del gobierno republicano que representó a España en la inauguración del Palais de la Découverte de París), salió de Barcelona rumbo a París, trasladándose en mayo a Inglaterra. Allí, primero en Manchester y luego en Londres (en ambos casos trabajando con Patrick Blackett, que obtuvo el premio Nobel de Física en 1948), obtuvo resultados importantes en el campo de los rayos cósmicos. No fue, en consecuencia, un científico que el régimen

7. La mejor referencia para estudiar la vida y obra de Duperier es el libro de Francisco González de Posada y Luis Bru Villaseca, *Arturo Duperier: mártir y mito de la ciencia española* (Diputación Provincial de Ávila-Institución Gran Duque de Alba, Ávila, 1996).

pudiese ver como uno de los suyos de siempre. De hecho, no pudo regresar definitivamente a España ni recuperar su antigua cátedra, hasta 1953. Los ingleses, que sabían que nadie mejor que él podría utilizar los instrumentos de que disponía en Londres, decidieron, en octubre de 1953, prestárselos. Pero las autoridades españolas no parecían valorar demasiado ni al científico recuperado, ni a sus instrumentos, y los cajones con el material durmieron el sueño, no de los justos sino el de los desesperados, durante varios años, por falta de pagos de los aranceles. No fue hasta el otoño de 1958 cuando, tras las protestas del gobierno británico, se pudo efectuar el traslado del equipo a la Universidad de Madrid, y aun entonces fueron a parar a los sótanos, esperando un lugar apropiado. Si tenemos en cuenta que Duperier falleció el 10 de febrero de 1959, nos podemos imaginar lo que pudo hacer —nada— con aquel material.

Pues bien, la Fundación Juan March premió a este físico, el año de su muerte; un físico en cuyo currículum figuraba un importante número de artículos firmados en colaboración con quien fue uno de sus maestros, además de jefe, Blas Cabrera, al que el gobierno del general Franco nunca permitió volver a su patria, que había abandonado en septiembre de 1936. Con delicadeza, sin mencionar explícitamente ninguna de estas cuestiones, en los *Anales de la Fundación* se señalaba:⁸

Duperier marcha invitado a Inglaterra, donde la Universidad de Manchester puso a su disposición medios con los que Duperier ideó y se hizo construir los más modernos aparatos de observación de rayos cósmicos existentes entonces. Publica los primeros frutos de su trabajo (1941) en los anales de la *Royal Society of Physics*. En 1942 hizo la trascendente observación de la baja de intensidad de los rayos cósmicos en coincidencia con una gran tempestad magnética (estas tempestades magnéticas se originan en las borrascas solares, manifestadas en forma de manchas) ... Su éxito fue extraordinario.

8. *Anales de la Fundación Juan March I (1956-1962)*, op. cit., p. 114.

Regresó a su cátedra de Madrid en 1953 y comenzó a explicar en España la nueva disciplina de Radiación Cósmica. Poco después de reintegrarse a las tareas universitarias, el Departamento de Investigaciones Científicas y el Imperial College de la Universidad de Londres le donaron las instalaciones que él había creado y en las que con tan admirable fruto trabajó durante años.

Retornando a la secuencia de premios concedidos, tenemos que en 1960 los galardonados fueron el catedrático de Derecho Administrativo José Gascón y Marín (Ciencias Jurídico-sociales), Obdulio Fernández Rodríguez (Ciencias Químicas), Carlos Jiménez Díaz (Ciencias Médicas) y Ramón Pérez de Ayala (Letras). En 1961, Juan Antonio Suanzes (Aplicaciones Técnicas e Industriales), especialmente conocido por su relación con el Instituto Nacional de Industria, que dirigió, el oftalmólogo Emilio Díaz-Caneja (Ciencias, Oftalmología), Federico de Castro Bravo (Ciencias, Derecho Civil), Dámaso Alonso (Ensayo de Creación) y Gerardo Diego (Letras).

Aquel año se dio por finalizada la concesión de este tipo de premios: entre 1956 y 1961 se concedieron 27. La cuantía, por cierto, era importante: quinientas mil pesetas de la época. No es sorprendente, por consiguiente, que se ambicionasen.

PREMIOS LITERARIOS

Al margen de los Premios Fundación Juan March, que también incluían, como hemos visto, el apartado de Letras, entre 1959 y 1962 se concedieron unos premios literarios, dotados cada uno con trescientas mil pesetas, en distintas modalidades. Veamos cómo se anunciaron:

Convocatoria de Premios de Literatura, año 1959 (Novela, Teatro, Poesía).

Entre los objetivos de la Fundación figura, con un rango especial, el de fomentar el cultivo del espíritu. Consecuente con esta nor-

ma, el Consejo de Patronato, en sucesivas Convocatorias, ha creado, aparte del «Premio de Letras», destinado a honrar una vida ejemplar de trabajo, distintas «Pensiones de Literatura» en España y «Becas de Estudios en el Extranjero», que han permitido a los escritores españoles una dedicación eficaz al cumplimiento de determinadas tareas, dentro y fuera de la Patria. Pero la debida atención a nuestra Cultura, requiere algo más. A ello, y sin que implique el agotamiento de la función protectora, trata de subvenir la presente Convocatoria, instituyendo tres Premios literarios destinados, este año, a los cultivadores de la Novela, el Teatro y la Poesía. No se ignora que, sobre todo en el curso de los últimos años, dichas tres ramas de la Literatura han sido, así como otras, objeto de un cuidadoso y ejemplar mecenazgo, a través de numerosos certámenes promovidos por instituciones y particulares. De ahí que esta Convocatoria, aun persiguiendo idéntica meta que la mayoría de los Premios que hoy se conceden, utilice cauces en cierto modo diferentes. Aspira a recompensar a quienes, durante el período comprendido entre el 1 de enero de 1955, año en que se creó la Fundación, y el día de hoy, publicaron o estrenaron la obra que ha producido un impacto más profundo en la respectiva rama. A modo experimental, se confía la labor selectiva a la Real Academia Española y a una representación de la crítica literaria.

La idea era cambiar de tema cada año, y así en 1960 el premio era de Literatura, pero en las especialidades de Ensayo, Periodismo y Crítica. En 1962 eran de Literatura, pero para «Madrid», «Cataluña» y «Galicia»; esto es, «a los escritores españoles que, viviendo el día de la presente Convocatoria, más hayan destacado, a juicio de los respectivos Jurados, en la exaltación literaria de Madrid, Cataluña y Galicia».

Los premiados fueron: en 1959, Gonzalo Torrente Ballester (Novela), Antonio Buero Vallejo (Teatro) y José Hierro (Poesía); en 1960, Dámaso Alonso (Ensayo de Creación), José Pla (Periodismo Literario) y Melchor Fernández Almagro (Crítica); en 1962, Ramón Gómez de la Serna («Madrid»), Martín de Riquer Morera («Cataluña») y Ramón Otero Pedrayo («Galicia»).

Continuando por esta senda, estaba previsto que en 1964 el premio estuviese destinado a Vascongadas, Valencia y Andalucía. Nunca fue, sin embargo, convocado. En el archivo de la Fundación se encuentran algunos documentos que pueden ayudar a comprender el porqué. Voy a utilizarlos a continuación, omitiendo, por razones obvias, los nombres de los firmantes, no tanto para explicar por qué no se continuó con una iniciativa tomada, sino para mostrar cómo era, todavía, la España de aquellos años. Era, sí, la década de 1960, y algunos, aquellos que no conocieron ni aquel régimen político ni aquellos años, pueden pensar que la guerra de 1936-1939 ya quedaba lejos. No tanto, como vamos a ver.

Desde San Sebastián, el 10 de febrero de 1964, un muy alto cargo del Estado en Guipúzcoa, y del Movimiento, enviaba a Alejandro Bérnago la siguiente carta: «Acabo de leer en el periódico y oír después por radio la fundación de un premio “Vascongadas”, dotado creo recordar con trescientas mil ptas. Y aunque no sé más detalles del asunto me satisface mucho por plurales razones, una por revertir nuevamente a esta provincia parte de la renta de la Fundación y además por el título españolista que encabeza el premio y que ya eso simplemente da en los nudillos a los gudarís y euzkadianos —me refiero a los de Sabino Arana, no a los que jugaban al alimón con los proculeyanos, como bien sabes...».

Claro que peor, esto es, mucho más dura, intransigente y revanchista era la carta que unos días después de la anterior, el 28 de febrero, enviaba a Felipe Lafita, que formaba parte del Patronato de la Fundación, un miembro de la Real Academia Española (utilizando, naturalmente, papel con el membrete de la *docta casa*, y con no demasiado elegante estilo literario; no ponía, por ejemplo, tildes, que yo he añadido por respeto al idioma del que aquel hombre era, o debía ser, uno de sus más preclaros representantes):⁹

9. En esta ocasión y para distinguir los puntos suspensivos del propio autor de los que yo suelo utilizar para indicar que he suprimido algunas palabras, uso (...).

La Fundación Juan March ha convocado a tres premios literarios entre ellos uno «Vascongadas» el cual será atribuido a un escritor español que viviendo el día de la convocatoria más haya destacado a juicio del jurado en la exaltación literaria de las Vascongadas. Yo aspiro a él (...) Tengo un contrincante guipuzcoano, José Arteche, ensayista, periodista y biógrafo que ha escrito una biografía de San Ignacio y otra de Saint Cyran.

Este hombre fue condenado al terminar la guerra como separatista vasco creo que a la pena de muerte. Sigue siendo separatista porque esa enfermedad con la oposición después de condonada la pena le ha seguido en aumento. La convocatoria está bien clara es para escritores españoles, no para los separatistas. Además qué exaltación ha podido hacer de estas provincias nuestras quien no las consideran españolas y quiere separarlas de la grandeza y de la unidad de España. Prescindiendo ahora de toda vanidad literaria y de todo deseo de logro económico pues el premio es de 300.000 pesetas... A mí que desde mi primera novela (...) vengo defendiendo la unidad de España y he tratado de desenmascararles el borrón y la vergüenza más grande como escritor español que me podría caer es salir derrotado por un separatista. La Fundación March no sabe por lo visto la lucha que dentro del país ha habido entre españoles, separatistas vascos... Que a la hora de los premios se premie a un no español sería lo último y todo podía ser. Él está en San Sebastián muñéndose el premio y yo aquí en Alicante con mi mujer que está delicada de salud (...)

Pedro (X) me dice que tú eres hombre influyente cerca de estas gentes y que te escriba por si quieres hacer...

Si esto tuviera la desgracia de dar la vuelta y triunfase ese separatismo cada vez más candente en nuestra tierra y nos cogiese a ti en Santurce, a mí en Portugalete, no te quiero decir cómo andaríamos... para encima a la hora de los premios dárselo a los que son nuestros enemigos de toda la vida.

Pero ¿no crees que sería elemental que la Fundación tuviese como norma no dar un premio a los escritores vascos con proceso y condena, a los escritores que ya ellos no se consideran como españoles? A mí que me denominan un escritor español sería una pena

para mí pero no una deshonra que sería en el caso de que el vencedor fuese un hombre que tiene como profesión denigrar a España.

Tengo entendido de otra parte que Don Juan March no era separatista ni mucho menos.

¡Difícil era en aquel ambiente, más propio para algunas cosas de 1939 que de 1964, continuar con la idea de un premio «Vascongadas»!

EL CASO DE JOSÉ HIERRO Y LA POESÍA EN LA FUNDACIÓN JUAN MARCH

Es de suponer que a quienes se habían manifestado con tanta rotundidad y fervor «nacionalista» en el «caso Vascongadas» no les debió de haber gustado demasiado la decisión que la Fundación March había tomado en 1959, cuando concedió su Premio Literario, en la modalidad de poesía, a José Hierro.

José Hierro Real había nacido en Madrid en 1922, aunque pronto hizo de Santander su patria chica. Su primer poema, «Una bala le ha matado», apareció en el número 26 de la revista *CNT*, de Gijón, en enero de 1937. Detenido el 13 de septiembre de 1939, acusado de pertenecer a una organización clandestina de ayuda a presos y de ser miembro de la Unión de Escritores y Artistas Revolucionarios, ingresó en la Prisión Provincial de Santander. Con la excepción de unos pocos meses de libertad condicional en 1940, no saldría de la cárcel, después de peregrinar por diversos presidios, hasta enero de 1944. Ya en libertad, y enfrentado con la necesidad de ganarse la vida, tarea que para un poeta es especialmente difícil, Hierro desempeñó empleos muy diversos, como, y menciono solamente algunos, listero en un taller metalúrgico, corrector de pruebas e ilustrador de cubiertas en la Editora Nacional, miembro del equipo de promoción de la editorial *Reader's Digest*, crítico de arte o colaborador de Radio Nacional de España desde 1966 has-

ta 1980, año en que pasó a formar parte de la plantilla fija del Ente Público Radio Televisión Española, hasta su jubilación en 1987.

La concesión del Premio March en 1959 a un hombre de este tipo, a una persona a quien el régimen del general Franco había tenido encarcelado, no era, en aquellos tiempos, un mero acto de justicia literaria, en vista de lo que ya había producido como poeta: era también una acción a la que se podía calificar de anacrónica, de poco coherente con aquel mundo político y social. No me atrevo a decir, por supuesto, «arriesgada»: es difícil imaginar que una institución presidida por Juan March Ordinas, que tanto había ayudado a Franco, pudiese sufrir riesgos.

El premio a Hierro no fue el único que recibió de la Fundación March un poeta. Ya he mencionado que en 1961 lo lograron (en modalidades diferentes) dos componentes de la Generación del 27: Gerardo Diego (Letras) y Dámaso Alonso (Ensayo de Creación). De hecho, por entonces la Fundación ya llevaba algún tiempo ayudando a poetas, actividad que continuaría en las décadas siguientes. En 1958, por poner un ejemplo, recibieron pensiones literarias Luis Felipe Vivanco y Rafael Morales, además de Luis Rosales, José Manuel Caballero Bonald, Antonio Oliver y Antonio Blanch para estudios poéticos, mientras que en 1959 los poetas beneficiarios fueron Carlos Bousoño, Luis López Anglada y Rafael Montesinos. Y no debemos olvidar las conferencias y audiciones de poemas que se llevaron a cabo a partir de 1975, cuando la Fundación dispuso de un edificio propio.¹⁰

AYUDAS A LA INVESTIGACIÓN

A partir de 1957 la Fundación también actuó en un campo en el que más que el reconocimiento a una tarea realizada, lo que se

10. Se pueden encontrar más detalles acerca de la relación de la Fundación Juan March con la poesía en Antonio Gallego, «La poesía en la Fundación Juan March», en *Antonio Colinas* (Fundación Juan March, Madrid, 2004, pp. 53-60).

buscaba era estimular la investigación en los distintos campos de la ciencia y la técnica, valorando el trabajo en equipo, aunque esto, como veremos, no fuese una condición para la concesión de las ayudas. Como se señalaba en los *Anales* correspondientes al período 1956-1962, la decisión se tomaba «considerando la valía técnica y moral de los concursantes, la solvencia de la investigación propuesta y sus presumibles resultados prácticos», concediéndose un plazo de dos años para la realización del trabajo seleccionado. Es interesante ver cuáles fueron los campos establecidos y cómo fue variando el número de solicitudes, al menos durante los primeros años.

1957

Ciencias médicas	30
Ciencias sagradas y filosóficas	27
Aplicaciones técnicas e industriales.	25
Ciencias jurídicas.	23
Investigación filológica y literaria	18
Ciencias agrícolas	16
Ciencias físicas.	12

1958

Ciencias sagradas, filosóficas e históricas	30
Ciencias jurídicas, sociales y económicas	29
Ciencias médicas	24
Ciencias naturales y aplicaciones.	17
Ciencias matemáticas, físicas y químicas	16
Aplicaciones técnicas e industriales.	15
Energía nuclear	5

1959

Ciencias jurídicas, sociales y económicas	27
Ciencias sagradas, filosóficas e históricas	24
Estudios técnicos e industriales.	20
Ciencias naturales y aplicaciones.	17

Ciencias médicas	11
Ciencias matemáticas, físicas y químicas	10

1960

Ciencias sagradas, filosóficas e históricas	29
Ciencias médicas	17
Aplicaciones técnicas e industriales.	13
Ciencias jurídicas, sociales y económicas	11
Ciencias matemáticas, físicas y químicas	10
Ciencias naturales y aplicaciones.	9

1961

Estudios técnicos e industriales.	24
Ciencias médicas	17
Ciencias jurídicas, sociales y económicas	14
Ciencias naturales y aplicaciones.	12
Ciencias sagradas, filosóficas e históricas	5

1962

Aplicaciones técnicas e industriales.	31
Ciencias médicas	31
Ciencias sociales	28
Ciencias naturales y aplicaciones.	15
Ciencias filosóficas	14
Ciencias físicas.	7
Ciencias químicas	7
Ciencias matemáticas	3

Según los *Anales de la Fundación Juan March*, durante el período 1956-1962, el reparto de fondos fue el siguiente:

Becas	81.251.156 ptas.
(en el extranjero)	43.526.156
en España.)	37.725.000)
Atenciones benéfico-culturales	56.563.754
Ayudas de investigación.	20.000.000

Premios Fundación Juan March	13.500.000
Pensiones de Bellas Artes y Literatura . .	8.800.000
Premios literarios	2.700.000

En la España de aquella época, cuando uno de los principales problemas era formar a los jóvenes, especialmente en el extranjero, aquella política de becas fue acertada. De hecho, las listas de los becarios de la Fundación es casi un *Who is Who* o, mejor, un *Who will be Who* de la cultura —científica y humanística— española, tanto de entonces como en los años venideros. Y otro tanto sucedió con las personas que la Fundación elegía como asesores. A modo de ejemplo, mencionaré, en primer lugar, los nombres de los miembros de la Comisión Asesora que desde 1971, año en que se estableció, hasta 2003 aconsejó a los dirigentes de la Fundación, y en segundo lugar (sin ninguna pretensión de completitud) algunos de los becarios o pensionados, bien en España o en el extranjero, hasta 1971, cuya obra es especialmente conocida, incluyendo los títulos de los proyectos por los que fueron seleccionados.

Los miembros de la Comisión Asesora fueron (por orden alfabético):¹¹ Emilio Alarcos, Rafael Argullol, Miguel Artola, Ramón Barce, Miguel Benzo, Juan Manuel Bonet, Valeriano Bozal, Guillermo Carnero, Pedro Cerezo, Antón Civit Breu, Miguel Delibes, Luis Mateo Díez, Sergio Erill, Antonio Fernández Alba, José Luis García Delgado, Eduardo García de Enterría, Antonio González González, Claudio Guillén, José Hierro, Josep Laporte, Emilio Lledó, José-Carlos Mainer, Tomás Marco, Aurelio Menéndez, Rafael Morales, Rafael Moneo, Javier Muguerza, Víctor Nieto Alcaide, José Luis Pinillos, José Manuel Pita Andrade, Francisco Ramírez Gómez, Luis Ángel Rojo, Margarita Salas, Gregorio Salvador, José Luis Sampedro, Carlos Sánchez del Río, José Manuel Sánchez Ron, Manuel Seco Raymundo, Josep Soler, José Luis Sure-

11. Se nombraban habitualmente en grupos de cinco, que ejercían su papel asesor durante dos años, y en algún caso tres.

da, Rodrigo Uría, David Vázquez, Francisco Vilardell, Pedro Voltes, Alonso Zamora Vicente y Fernando Zóbel.

Y en cuanto a los becarios a los que me refería mencionaré a (no incluyo a aquellos cuyo caso trataré en el capítulo 4):

En 1957, José Manuel Blecua («Edición y estudio de las obras poéticas de Quevedo»); Miguel Artola («Los orígenes de la España contemporánea»); Manuel Jiménez de Parga («Leyes sociológicas y políticas que regulan la influencia de los sistemas electorales sobre la vida política, con especial consideración a los datos que suministra la realidad política española anterior a 1936»); José Manuel Romay Beccaría («Régimen administrativo de la concentración parcelaria en España»); Juan Velarde Fuertes («Impacto de la Dictadura sobre la economía española»); Fernando Reinoso («Modificaciones de la actividad bioeléctrica encefálica en corteza y centros subcorticales»); Alberto Sols («Etapas enzimáticas del metabolismo de los azúcares»); en 1966 recibió otra ayuda para trabajar en el tema «Regulación enzimática de la glucogénesis»); Manuel Fernández Álvarez («Preparación de un *Corpus* documental de testimonios históricos sobre el *Idearium* de Carlos V»); en 1968 recibiría otra beca para desarrollar el tema «*Corpus* de Carlos V. Edición crítica de su correspondencia española inédita»); Federico Mayor Zaragoza («Aislamiento y purificación de la glutamato-descarboxilasa de cerebro»); Federico García Moliner («La teoría de la conductividad eléctrica y térmica de metales y semiconductores y la mecánica estadística de procesos irreversibles»); José Javier Etayo («Estudio de los sistemas de diferenciales y plurigéneros de una variedad algebraica»); Diego Catalán Menéndez-Pidal («Edición crítica y estudio de la *Gran Crónica de Alfonso XI*»); y Francisco Rodríguez Adrados (becas en Alemania e Italia, donde comenzó a trabajar en lo que más tarde sería su libro *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo*). En 1959, Alberto Dou («Estudios sobre la teoría de las ecuaciones en derivadas parciales»); Luis Martín Santos («Colonia y Friburgo sobre la obra póstuma de E. Husserl»). En 1960, Luis Sánchez Agesta («Los principios cristianos del orden político»);

Manuel Lora-Tamayo («Preparación de nuevos ésteres bifuncionales a partir de la dimerización del estireno»); Luis Sánchez Granjel («Evolución del pensamiento anatómico en el siglo XVIII»); Emilio Muñoz («Sistemas enzimáticos líticos producidos por *Streptomyces* y con acción sobre levaduras»); Margarita Salas («Mecanismos de regulación de la glucokinasa del hígado»; en 1970 recibió otra beca para desarrollar el tema «Biosíntesis de preinsulina e insulina»); Javier Muguerza («G. Frege y el problema de las entidades abstractas en Semántica [metalógica]») y José María Jover (Friburgo de Brisgovia; «Estado actual de la historiografía germánica»); entre los que recibieron pensiones aquel año también se encuentran los escritores Miguel Delibes, Ana María Matute, que con la ayuda March pudo escribir la novela *Primera memoria*, galardonada con el premio Nadal de 1960, Carlos Bousoño, Ignacio Aldecoa y Leopoldo Panero, el escultor Pablo Serrano, el músico Cristóbal Halffter y el pintor Antonio López García. En 1962, Antonio García-Bellido (Zúrich; «Mecanismo fenogénético del *locus furrowed* de *Drosophila melanogaster*»); en 1965 recibió otra beca para trabajar sobre «Combinados celulares de tejidos normales y de mutantes homeociticos de *Drosophila melanogaster*»); Elías Díaz (Múnich; «Teoría general del Estado de derecho»); Amando de Miguel (Estados Unidos; «Estratificación social y juventud española»). En 1963, Eladio Viñuela («Replicación del ácido ribonucleico del virus MS2»). En 1964, Eduardo García de Enterría («Teoría y derecho de los funcionarios públicos»); Francisco José Ynduráin («Renormalización y espectro de energías en teoría cuántica de potenciales y campos»); Gonzalo Anes («Las inversiones extranjeras en España, 1850-1914»); Antonio Domínguez Ortiz («La Iglesia española y el Estado en el siglo XVII»); Gonzalo Torrente Ballester («Las Ínsulas Extrañas»). En 1965, Luis Bru («Estructura y crecimiento de capas delgadas obtenidas por condensación en vacío. Estudio de dislocaciones en los cristales por el método de la decoración»); Antonio Luque («Teoría general del láser, realización y estudio de las ecuaciones de salida del láser de rubí»); Luis Gonzá-

lez Seara («Los medios de comunicación de masas y la formación de la opinión pública»); Julio Valdeón («Estudios sobre la sociedad castellana de la segunda mitad del siglo XIV»); Luis de Pablo («Módulos II»); Manuel García Velarde («Contribuciones a la mecánica estadística de los procesos irreversibles»); Francisco García Olmedo («Bioquímica de los cereales. Los lípidos en la germinación del trigo»); Jesús Mosterín («Epistemología de la matemática»); Luis María Ansón («Los problemas actuales de Oriente»). En 1966, José Luis Villar Palasí («Caracterización dogmática de la inversión extranjera y sus regulaciones sectoriales e implicaciones en el derecho español, en el marco del comparado»); Vicente Palacio Artad («La estructura del servicio diplomático y de la política internacional española en el siglo XVIII, 1714-1795»); Juan Manuel Rojo Alaminos («Aglomerados de defectos puntuales en metales cúbicos centrados en caras»); Álvaro de Rújula («Álgebras de corrientes y partículas elementales»); David Vázquez («Síntesis de proteínas: modo de acción de la espiramicina y el cloranfenicol»; en 1971 recibió una nueva ayuda, esta vez para trabajar sobre «Antibióticos y drogas que bloquean la biosíntesis de proteínas a nivel del ribosoma. Estudio de su sitio y modo de acción de la resistencia ribosómica»); Gustavo Torner («Edición de seis serigrafías con recreaciones sobre obras de artistas antiguos y dos anónimos indios»); Federico Mompou («Cinco piezas para piano»); Jordi Savall Bernadet («La técnica y la interpretación de la música para viola de gamba durante los siglos XVI-XVIII»; obtuvo una nueva beca en 1969 con el tema «La música instrumental española y europea y la práctica musical en las épocas renacentista y barroca, 1450-1800»). En 1968, Alberto Galindo («Partículas elementales en campos externos y sus efectos no lineales»); Valentín García Yebra («La metafísica de Aristóteles. Edición trilingüe»). En 1969, Fernando García de Cortázar («La Iglesia española en la Regencia de María Cristina»); José Varela Ortega («Estructura de poder y política del grupo cerealista castellano de 1874 a 1902: caciquismo y gamacismo»); Jesús López Cobos («Ampliación de repertorio de Director

de Orquesta en la Escuela “Juilliard” de Nueva York»). En 1970, Miguel de Guzmán («Operadores integrales hipersingulares»); Enrique Trillas («Espacios métrico-estadísticos de Menger»); Enrique Cerdá Olmedo («Genética de estructuras celulares: una cadena de montaje de carotenoides»); José María López Piñero («La obra de John Hughlings Jackson [1834-1911] y su influencia en la neurología, la psiquiatría y la psicología médica contemporánea»); Antonio Fernández Alba («Investigación sobre la enseñanza de la arquitectura en España»); Antonio Córdoba («Análisis armónico. Operadores integrales singulares»); Andrés Mas Colell («Política económica descentralizada con información limitada»); Juan Navarro Baldeweg («Fundamentos para una teoría del planeamiento informativo, y operatividad de la aplicación de modelos cibernéticos en sistemas urbanos»); Román Gubern («Estandarización y originalidad de los mensajes vehiculados por los *mass media* y sus efectos persuasivos»); Antonio Hernando («El magnetismo de *whiskers* ferromagnéticos»). En 1971, Tomás Marco (para la composición de una obra musical de carácter escénico); Félix Ynduráin («Barrera de potencial en la superficie de un semiconductor»); Luis Oro Giral (Universidad de Cork, Irlanda; «Estudio de complejos de metales de transición por resonancia paramagnética electrónica»); Emilio Lamo de Espinosa (Yale University; «Talcott Parsons y la crítica al análisis estructural-funcional»); y Xavier Rubert de Ventós (Berkeley; «Pautas y determinantes espaciales del comportamiento y comunicación social»).

En cuanto a número, el listado de becarios incluye los nombres de 5.354 personas que se han beneficiado de las ayudas de la Fundación Juan March. Una cifra ciertamente respetable.

Podemos preguntarnos, claro, a qué disciplinas —si es que a algunas— favoreció la Fundación con su política de becas. De nuevo, los *Anales* representan una gran ayuda en este sentido, aunque las agrupaciones que presenta no resulten completamente satisfactorias. Así, en el período 1957-1962, la distribución de becas fue la siguiente:

Becas en España

Estudios técnicos e industriales	96
Ciencias matemáticas físicas y químicas	105
Ciencias naturales y sus aplicaciones	75
Ciencias médicas	90
Ciencias jurídicas, sociales y económicas	81
Ciencias sagradas, filosóficas e históricas	75
Literatura	60
Bellas Artes	89

Becas en el extranjero

Estudios técnicos e industriales, Ciencias matemáticas físicas y químicas, Ciencias naturales y sus aplicaciones	153
Ciencias médicas	96
Ciencias jurídicas, sociales y económicas/ Ciencias sagradas, filosóficas e históricas	148
Bellas Artes	101

Si pensamos en términos de «ciencia-tecnología» *versus* «humanidades», englobando en la primera a los estudios técnicos e industriales, las ciencias matemáticas, físicas y químicas, las naturales y sus aplicaciones y las médicas, y en la segunda a las ciencias jurídicas, sociales y económicas, las sagradas, filosóficas e históricas, la literatura y las bellas artes, entonces la distribución es:

Ciencia-tecnología

Becas en España	366
en el extranjero	249

Humanidades

Becas en España	305
en el extranjero	249

Lo que quiere decir que, básicamente, la distribución fue muy parecida entre ambos grupos.

A partir de 1966 se modificó la estructura de los grupos que se utilizaban para asignar becas y ayudas, quedando éstos como sigue:

1. Estudios técnicos e industriales; 2. Ciencias matemáticas; 3. Ciencias físicas; 4. Ciencias químicas; 5. Ciencias biológicas; 6. Ciencias geológicas; 7. Ciencias agrarias; 8. Ciencias médicas, farmacia y veterinaria; 9. Ciencias jurídicas; 10. Ciencias sociales; 11. Ciencias económicas; 12. Ciencias históricas y filosóficas; 13. Ciencias sagradas; 14. Arquitectura y urbanismo; 15. Ciencias de la información; 16. Literatura y pedagogía; 17. Artes plásticas, y 18. Música.

Sin embargo, y aunque se pueden identificar algunos rasgos de interés, se puede decir que la estructura básica de la política de ayudas a la ciencia, tecnología y humanidades de la Fundación no se vio modificada sustancialmente. Todo ello cambiaría unos pocos años después, en 1971-1972, con la introducción de los denominados «Programas de Investigación sobre temas seleccionados», de la cláusula de las convocatorias de becas relativa al interés o novedad del tema, y de los «Planes Especiales».

Nuevas políticas: los Planes Especiales

Veamos lo que los *Anales de la Fundación Juan March 1972* decían al respecto (p. 35):

1972 fue para la Fundación Juan March un hito importante en el camino que inició diecisiete años antes. Por fidelidad a la misión confiada entonces de colaborar, en su medida, a la promoción humana y social del país, la Fundación fue elaborando a lo largo de 1972 unas nuevas líneas de acción, con el afán de responder mejor a las inquietudes y exigencias actuales y con la conciencia de que tales orientaciones tienen un relieve especial y una singular importancia para su actividad futura.

El establecimiento en 1971 de los Programas de Investigación sobre temas seleccionados y la cláusula de las Convocatorias de Becas relativa al interés o novedad del tema, como criterio selectivo, era ya un exponente de la preocupación creciente de la Fundación por dos cosas íntimamente relacionadas: el *objeto mismo de la investigación*, supuesta la competencia científica del que la hace, y la *perspectiva superior* en la que confluyen las necesidades del país y la misión de la propia Fundación.

Esto ha llevado a un intento de dar más coherencia a la acción de la Fundación mediante la *atención especial a determinados sectores científicos y culturales*.

Tras una serie de consultas y análisis de especialistas, se seleccionaron como Planes Especiales la biología y sociología. Como temas escogidos dentro de la biología aparecían:

1. Técnicas físicas para la Biología. a) Electromagnetismo; b) Óptica.
2. Ingeniería Bioquímica.
3. Investigaciones en Neurobiología y Genética.

Mientras que en sociología eran:

1. Dotación de Centros. a) Bancos de datos de encuesta; b) Centros de Documentación e Información sobre Sociología española.
2. Formación de especialistas en: Sociología de la Educación, de la Política y del Desarrollo, Sociología rural y urbana, Sociología del conocimiento y de la Ciencia, Sociología de la organización y Antropología Social.
3. Investigaciones Sociológicas.

Es evidente que aquella decisión fue determinante para las actuaciones posteriores de la Fundación, y que no es posible comprender, completamente al menos, la situación que se produjo más tarde —la existencia del Centro de Reuniones Internacionales so-

bre Biología y del Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, de los que me ocuparé en los capítulos 10 y 9, respectivamente— sin tener en cuenta aquella decisión.

¿UNA FUNDACIÓN EXCLUSIVAMENTE MADRILEÑA?

Para finalizar este capítulo me voy a referir a una cuestión que tiene mucho de problema histórico para España o, si se prefiere, de «asignatura pendiente». La cuestión de si la Fundación Juan March ha sido básica y por encima de todo una institución madrileña, esto es si sus beneficiarios han sido sólo los ciudadanos de Madrid.

¿Por qué hablo de esta cuestión como perteneciente a un problema histórico español? No es difícil, creo, entenderlo. Resulta que muchas de las iniciativas —en el ámbito de lo público, principalmente, que es, por otra parte, donde fueron más numerosas y mejor dotadas, aunque tampoco demasiado— en pro del fomento de la cultura y/o la investigación en España han tenido un ámbito mayoritariamente madrileño. Un ejemplo paradigmático es el de la ya citada Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, la institución dependiente del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes (e inspirada por la Institución Libre de Enseñanza) creada en 1907 y cuya labor en el ámbito de la ciencia y las humanidades, al igual que en el de la enseñanza, constituyó una bocanada de aire fresco, una Edad de Plata, para la cultura española del primer tercio del siglo XX, hasta que, en 1938, los negros demonios del revanchismo y la intransigencia la aboliesen sustituyéndola por una institución parecida, pero no igual, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Una «bocanada de aire fresco *para la cultura española*» he dicho, pero ¿es justo emplear ese término, «española», cuando aquella Junta creó una serie de magníficos centros —como el Laboratorio de Investigaciones Físicas, el Laboratorio Seminario Matemático, el Centro de Estudios His-

tóricos, la Residencia de Estudiantes— situados la inmensa mayoría en Madrid? Sin entrar en detalles que no son ahora pertinentes, responderé que hay que ser cuidadoso a la hora de hablar de «contribución al conjunto de la ciencia y cultura españolas» en una institución semejante, aunque no se debe olvidar que a través de su política de becas también se beneficiaron alumnos, profesores o investigadores de cualquier región del país.

Pero volvamos al caso de la Fundación Juan March, que es la institución que a mí me interesa aquí. En primer lugar, como en el caso de la Junta para Ampliación de Estudios, las becas y ayudas que ha concedido a lo largo de su historia no conocen, en principio, residencia (solamente a través de ese mecanismo irresistible que es la pertenencia a un grupo o centro ya establecido pujante, que facilita, en muy diversas formas, las peticiones que se hacen). En segundo lugar —aunque me será imposible hacer justicia a semejante apartado en este libro, si es que no quiero hacerlo demasiado prolijo—, un número muy elevado de exposiciones organizadas por la Fundación se mostraron en muy diversos lugares de España (aunque la mayoría de éstas habían sido expuestas previamente en la sede de Madrid). Tampoco me detendré, salvo en alguna ocasión (lo mismo que en el caso anterior), en las realizaciones «asistenciales», que, de acuerdo con los principios establecidos en 1955, la Fundación March llevó a cabo. Ayudas como financiar (1971) con dos millones y medio de pesetas la consolidación y restauración de la portada del monasterio de Santa María de Ripoll, obra cumbre del arte románico español, que sufría del «mal de la piedra»; o la construcción (1971-1975) del Instituto Neurobiológico y de Investigación Flor de Mayo, en Cerdanyola (Barcelona), a la que la Fundación dedicó ciento ochenta millones de pesetas, en lo que fue una de las operaciones de asistencia social más ambiciosas de su existencia (la Fundación cedió, en septiembre de 1975, el edificio construido a la Diputación Provincial de Barcelona, quien se encargó a partir de entonces, según lo acordado, de su infraestructura y mantenimiento).

Cultural Albacete

También habría que recordar que en su deseo de extender a cuantos más mejor sus acciones, la Fundación Juan March se comprometió en 1983 con el primer gobierno socialista, en una iniciativa cultural en Albacete que se denominó «Cultural Albacete» y que pretendía ser algo así como una experiencia piloto.

En realidad, se trataba de un proyecto que la Fundación March había ofrecido a gobiernos anteriores, pero que sólo fue acogido por el del PSOE, más concretamente por su ministro de Cultura, Javier Solana, que tenía alguna relación con la Fundación. Él mismo lo ha recordado en los siguientes términos:¹² «En este país había tanto que hacer, tanto, tanto... Pero había también tantas, tantas ganas, en todos los sectores... Yo no quería hacer solamente relaciones públicas —podía ser una tentación—: queríamos desarrollar una infraestructura duradera que sirviera, además, para borrar esa imagen de la cultura como una página superficial de la acción del Gobierno. Y lo hicimos solos, o en cooperación estrecha con la iniciativa privada; trabajamos muchísimo con la Fundación Juan March. Incorporamos la iniciativa privada en operaciones de gran envergadura, por ejemplo, en Albacete: habíamos elegido esta provincia para probar cómo, con un esfuerzo relativamente modesto, desde el punto de vista económico, se podía elevar, se podía dar un impulso notable, en un período corto de tiempo, a la vida cultural».

Lo que se pretendía era promover actividades culturales en ciudades españolas tradicionalmente olvidadas en lo que a la promoción de la cultura se refiere, y hacerlo buscando la cooperación de instituciones locales (un comportamiento muy diferente al que se seguía con las actividades que se realizaban en Madrid), con el propósito de favorecer así que la iniciativa continuase cuando la Fundación dejase de controlarla. Los argumentos que los dirigentes de

12. María Antonia Iglesias, *La memoria recuperada* (Aguilar, Madrid, 2003, p. 199).

la Fundación (José Luis Yuste, Andrés Berlanga y Andrés González en especial) manejaron para seleccionar Albacete fueron varios: que se tratase de una ciudad especialmente olvidada en lo que a la promoción de la cultura se refiere, lo que incluía hallarse fuera de cualquier tipo de «circuito cultural», como podría ser el caso de localidades como, por ejemplo, Alicante; que no estuviese demasiado alejada de Madrid, para facilitar los constantes viajes que personas de la Fundación tendrían que realizar; y, finalmente, que la población de la capital y de la provincia fuese pareja (el que entonces los gobiernos central, provincial y autonómico estuviesen ocupados por el mismo partido también facilitó las cosas).

Durante dos años la Fundación March puso en esta empresa su experiencia y recursos, para que luego el proyecto continuase sin necesidad de padrinos, tutores ni mecenas. Un empleado de la Fundación, José Pérez, fue nombrado director, pero no lo fue a distancia sino que se trasladó a vivir a Albacete con su familia durante los dos años.

A lo largo del primer curso del programa, entre octubre de 1983 y junio de 1984, se organizaron 142 actos culturales, con una asistencia de 82.039 personas y unos gastos de 49.575.465 pesetas.¹³ La primera actividad del programa fue una exposición, que tuvo lugar en el Museo de Albacete, en la que se mostraron 222 grabados originales (*Caprichos*, *Desastres*, *Tauromaquia*, *Disparates*) de Goya (la exposición, a la que me refiero en el capítulo 6, fue puesta en marcha en 1979 por la Fundación March y había sido concebida con carácter itinerante con el fin, entre otros, de divulgar en aquellas localidades no integradas en los circuitos culturales habituales la faceta de grabador —menos conocida— del artista ara-

13. El segundo año (julio 1984-junio 1985), fueron 166 los actos culturales organizados, con la asistencia de 94.644 personas y unos gastos de 68.396.572 pesetas. Para más detalles sobre las actividades realizadas, véanse las *Memorias. Cultural Albacete* y el *Boletín Informativo. Cultural Albacete*, publicados por la Fundación Juan March.

gonés).¹⁴ Se organizaron también, aquel primer año, recitales de música, ciclos de conferencias y representación de obras de teatro (estimuladas —y contratadas— por la Fundación, algunas compañías de teatro —Els Joglars, Mara Recatero, Gustavo Pérez Puig...— escogieron Albacete para «rodar» sus obras, antes de estrenarlas propiamente; otras simplemente representaron obras, como fue el caso de la Compañía Dramática Nacional, que puso en escena *Fuenteovejuna* de Lope de Vega). Entre los ciclos de conferencias mencionaré «Literatura española actual», con la presencia de José Hierro, Juan Benet, Francisco Ayala, Camilo José Cela, Antonio Buero Vallejo y Carmen Martín Gaité, y otro que llevaba el título genérico de «El estado de la cuestión», en el que se pretendía que destacadas personalidades científicas y humanísticas explicasen, con cierto detenimiento, el nivel actual de conocimientos en la rama de su especialidad. En 1985 la nómina de conferenciantes incluyó, entre otros, a Rosa Chacel, Carlos Bousoño, Luis Rosales, Francisco Grande Covián, Pedro Laín, José Luis Pinillos, Francisco Nieva, Antonio Tovar, Federico Sopena y Gonzalo Torrente Ballester.

Es importante señalar que la Fundación March impuso a los conferenciantes la condición de que debían hacer algo más que dar una conferencia: debían, de una forma u otra, relacionarse con personas o instituciones de Albacete, lo que exigía que pasasen al menos una noche en la ciudad. Por otra parte, la Fundación también utilizó en algunos casos el hábil recurso de asociar una conferencia o curso en su sede de Madrid a una intervención en Albacete; expresado de otra forma: «Si usted quiere que le invitemos a Madrid, debe ir también a Albacete».

14. La idea era, además, extender las actividades al conjunto de la provincia. Así, después de Albacete la exposición se pudo contemplar en la Casa Municipal de Almansa, el Centro de Educación Especial de Hellín, la Caja Rural Provincial de La Roda, el Círculo Mercantil de Villarrobledo y el Colegio Público de Casas Ibáñez.

Para terminar, y como ejemplo de lo que podía significar para una localidad como Albacete este tipo de actividades, recordaré que uno de los invitados al último ciclo que cité fue Manuel Perucho y explicaré de lo que habló allí.

Manuel Perucho (y los oncogenes) en Albacete

Por entonces, Perucho era ya uno de los científicos más destacados en el campo de los oncogenes (identificación de genes que producen cánceres)¹⁵ y un ejemplo sobresaliente de la «fuga de cerebros» que padecía y continúa padeciendo España: licenciado y doctor en Biológicas por la Universidad Complutense, en, respectivamente, 1971 y 1976, en 1977, y después de haber sido becario de la Fundación March en el curso 1975-1976, había iniciado el largo, y para muchos irreversible, camino del exilio en 1977, primero en el Max-Planck Institute für Molekulare Genetik de Berlín, después (1979-1982) en el Cold Spring Harbor Laboratory, para convertirse finalmente en *Assistant Professor* de Bioquímica en la Universidad del Estado de Nueva York, en Stony Brook.

La presencia de Perucho en Albacete era especialmente significativa, ya que había nacido (1948) en un pueblo de la provincia,

15. Como el tema merece ser explicado lo más claramente posible, citaré las primeras líneas de un resumen que el propio Perucho preparó para la conferencia que dio antes en Madrid, y que se encuentra entre los fondos del archivo de la Fundación March: «Las células cancerosas o tumorales se diferencian de las células normales en una gran cantidad de características fenotípicas, aunque la fundamental sea su crecimiento aberrante. Pero el proceso de conversión que lleva a una célula normal a hacerse cancerosa es complejo y atraviesa toda una serie de etapas. Lo que está claro es que la mayoría de los tumores son monoclonales, esto es, proceden de las alteraciones sufridas en principio por una única célula que luego da origen a todas las demás; por lo tanto se puede considerar el cáncer como enfermedad genética. De forma que una o varias etapas del proceso de transformación implica la alteración de determinados genes».

en La Roda. En la capital albaceteña, Perucho pronunció (28 y 29 de febrero de 1984) dos conferencias tituladas «Ingeniería genética y sus aplicaciones biotecnológicas» y «Oncogenes y cáncer». Como explicaba en una carta que dirigió el 21 de diciembre de 1983 a Andrés González, director de los servicios administrativos de la Fundación, en su primera charla, de carácter más general, pretendía comentar aspectos diversos de la biotecnología (ADN recombinante e ingeniería genética) con relación a sus aplicaciones, tanto médicas (interferón, vacuna contra la gripe, etc.) como ganaderas y agrícolas, mientras que en la segunda explicaría la naturaleza y el papel de los oncogenes en relación al cáncer. Como se ve, y más aún desde nuestra perspectiva actual, inmersos como estamos, veinte años después, en una revolución tecnocientífica que tiene a la biología molecular en su epicentro, los temas sobre los que disertó en Albacete Perucho no podían ser ni más actuales ni estar, como diría el poeta Gabriel Celaya, más cargados de futuro. Ya sólo la presentación que se hizo de la primera conferencia de Perucho debió de despertar el interés de los albaceteños que le escucharon aquellos dos días. Como el texto de esa presentación se ha conservado en los archivos de la Fundación Juan March y como constituye un magnífico ejemplo de cómo por entonces los más informados veían ya las posibilidades de la revolución científica que se venía encima, citaré parte de ella:

En su siglo de existencia (precisamente se cumple este año el centenario de la muerte de Mendel, que puede considerarse punto de partida de la ciencia genética), la Genética ha pasado de la simple observación visual de plantas o tejidos a la comprensión de los fenómenos biológicos en su nivel molecular.

Para darse cuenta de la dificultad y del grado de finura técnica que este avance supone, basta considerar el tamaño de las moléculas con que se trabaja: haría falta colocar 500.000 moléculas de una proteína sencilla alineadas una tras otra para rellenar un milímetro de longitud. O haría falta reunir el ácido nucleico (ADN) de doscientos mil millones de células para conseguir un gramo de peso.

Se está llegando a un grado increíble de conocimiento del material genético. Nuestros genes (pequeños segmentos de ADN que sirven para ordenar la fabricación de proteínas) contienen a veces minúsculos errores en su estructura química, con lo que las proteínas que deberían codificar no se producen, o resultan inservibles. De ahí derivan diversas enfermedades de base genética. Pues bien: estas enfermedades están comenzando a detectarse incluso antes del nacimiento, con lo que pueden a veces (caso de la fenilcetonuria, que produce importantes retrasos mentales) evitarse sus efectos patológicos, compensando los fallos producidos por el gen defectuoso a través de dietas alimenticias o medicaciones.

Hay avances aún más asombrosos. La insulina, por ejemplo, es una proteína bien conocida cuyo defecto provoca la diabetes, y que es preciso obtener en grandes cantidades para el tratamiento de esa enfermedad. Hasta hace poco tiempo su fabricación era sólo posible a través de la síntesis química, complicada y costosa. Hoy los genéticos han conseguido que las bacterias sean capaces de fabricar insulina. ¿Cómo? Injertando en el ADN de las células bacterianas unos segmentos de ADN humano capaces de codificar la producción de la insulina. Es difícil de creer que pueda realizarse un injerto de tan minúsculas dimensiones, pero estas técnicas (lo que hoy se llama ingeniería genética) van a conocer enorme desarrollo y espectaculares aplicaciones prácticas en los próximos años.

La ciencia-ficción está aún más presente en el caso de la clonación de seres vivos. Para los experimentos de laboratorio conviene a menudo disponer de células con material genético idéntico al de un modelo que se desea reproducir, pero procedentes de seres vivos diferentes. Esta replicación idéntica o clonación se ha conseguido ya en ratones, colocando el ADN del modelo a reproducir en un óvulo recién fecundado, que se implanta artificialmente en el útero de una hembra adecuada. Preocupa pensar en los límites de esta experiencia, ya que no hay razón alguna para que no pueda repetirse con ADN de animales superiores, o incluso del hombre.

Uno de los desafíos básicos de la genética molecular en este momento es el cáncer. Se ha demostrado ya en el laboratorio que pequeñísimos errores en la estructura química de ciertos genes (llamados on-

cogenes), pueden alterar las reglas de convivencia de las células en el organismo, eliminando los mecanismos de autocontrol del crecimiento de la célula enferma, que se replicará entonces desmesuradamente, dando origen a tumores de diversa especie. Es de esperar que el conocimiento perfeccionado de estos oncogenes pueda conducir en plazo razonable a la curación o prevención de ciertos tipos de cáncer.

Éste es el trabajo del Dr. Manuel Perucho, que investiga en oncogenes en la primera línea mundial de avance sobre este tema...

En pocos lugares de la España de aquellos años podían escucharse explicaciones como las anteriores, que, además, precedían a las que iba a pronunciar uno de los protagonistas de aquel nuevo mundo científico.

Para finalizar con este ejemplo, señalaré que Perucho había participado el día anterior (27 de febrero de 1984) a su primera intervención en Albacete en un ciclo de conferencias sobre «ADN y cáncer» que la Fundación March había organizado en su sede de Madrid, y en la que además de él disertaron luminarias como Frederick Sanger (véase el capítulo 10), Aaron Klug y G. Klein, los dos primeros premios Nobel (de hecho, Sanger atesoraba dos, uno de los pocos científicos que pueden presumir de ello).¹⁶ Obviamente, y como mencioné antes, Albacete se beneficiaba de algunas actividades que la Fundación March llevaba a cabo en Madrid.

Albacete dejó de necesitar la Fundación March

A partir de 1986, como ya se indicó, el programa «Cultural Albacete» prosiguió sin necesidad de la Fundación Juan March. Reco-

16. La conferencia de Perucho en Madrid se tituló «Transferencia génica y oncogenes». Como explicaba a Andrés González en una carta del 7 de diciembre de 1983, en ella pretendía «dar una introducción general sobre la técnica de transferencia de genes en células animales en cultivo y centrarme más en concreto en la aplicación de la técnica de detección, identificación, aislamiento y caracterización de oncogenes de tumores humanos».

nociendo la ayuda que había recibido de ella, el 28 de noviembre de 1986, el Pleno del Ayuntamiento de Albacete acordó conceder la Medalla Municipal del Mérito en la Cultura a la Fundación (también se otorgó la misma distinción al Ministerio de Cultura). En 1988 «Cultural Albacete» tenía aseguradas inversiones de alrededor de noventa millones de pesetas procedentes de fuentes propias, locales. Y de eso se trata. Hoy, afortunadamente, gracias tanto a la acción de los gobiernos locales y autonómicos al igual que de instituciones locales (como pueden ser Cajas de Ahorros) no se necesitan tanto «Fundaciones March».

En cualquier caso, para volver al tema de partida y finalizar con él, no hay duda de que los ciudadanos de Madrid se han visto privilegiados en algunos aspectos de las actividades organizadas por la Fundación March: conciertos, conferencias y exposiciones.

La acción de la Fundación Juan March a través de algunos ejemplos

Aceptamos su legado llenos de agradecimiento, no sólo como un regalo de su genio, sino también como una misión que se nos ha encomendado. A la nueva generación le corresponde la tarea de hallar vías para el uso correcto del regalo que se nos ha entregado. Sólo si lleva a cabo esta misión, será la nueva generación merecedora de su herencia y llegará a sentirse realmente más feliz que las generaciones anteriores.

ALBERT EINSTEIN,
«Thomas Alva Edison, 1847-1931» (1931).

He dicho ya que este libro no pretende ser una crónica minuciosa de las actividades de la Fundación Juan March, algo que, insisto de nuevo, se puede encontrar en los *Anales* o *Boletines* que ha ido publicando a lo largo de su existencia. Lo que pretendo es, sobre todo, mostrar a la Fundación como un espejo —aunque, por supuesto, éste no pueda recoger todo lo que realmente ocurrió— del último medio siglo de la vida cultural española. Una forma de intentar lograr esto es comprobando cómo sus ayudas o becas ayudaron a personajes centrales en esa vida cultural. Esto es lo que haré en las páginas siguientes, utilizando no las reseñas que se publicaron en los citados *Anales* o *Boletines*, sino los materiales depositados en el archivo de la Fundación. Además de reconstruir de esta manera la historia

de la institución, como se comprobará los documentos que utilizo sirven también para comprender la obra de los individuos que recibieron estas ayudas.¹

MANUEL CARDONA: UN FÍSICO MAGNÍFICO QUE NUNCA REGRESÓ

La denominada «fuga de cerebros» ha sido uno de los grandes males de la ciencia española del siglo XX (¡y no está claro que no continúe siéndolo durante el siglo XXI!). El caso con el que voy a abrir este capítulo ilustra este hecho. Se trata del físico Manuel Cardona, cuya carrera científica ha transcurrido en el extranjero, en Estados Unidos primero y luego en Alemania, país en el que permanece. Para hacernos una idea de la valía de Cardona basta recordar que en 1988 recibió el premio Príncipe de Asturias de Investigación Científica y Técnica (compartido con el mexicano Marcos Moshinsky), por, como reza el anuncio oficial, «sus decisivos descubrimientos en Física de Materiales, base de muchas de las nuevas tecnologías, y porque su obra combina interesantes aportaciones a la ciencia básica con ideas claves para aplicaciones posteriores». No resisto la tentación de citar lo que el editor de la *Revista Española de Física*, Antonio Fernández Rañada, escribía en el editorial del número de esa publicación de la Sociedad Española de Física en el que se celebraba el premio recibido por Cardona:² «Manuel Cardona es uno de los españoles que emigró ante la penuria en que se

1. Podría haber incluido en este capítulo al compositor Joaquín Rodrigo, pero como su caso ha sido estudiado ya por Antonio Gallego, lo expondré en el capítulo 6, cuando trate las actividades a favor de la música de la Fundación.

2. Antonio Fernández Rañada, «El premio Príncipe de Asturias de Investigación Científica y Técnica 1988 para Manuel Cardona y Marcos Moshinsky», *Revista Española de Física* 2, n.º 2, p. 3 (1988).

desarrollaba nuestra vida intelectual, cuando terminó sus estudios en Barcelona en 1955. Desde entonces muchas cosas han cambiado en España, pero ¿podría producir hoy y aquí la física que hace en Stuttgart? La escasez de medios, las burocracias y la falta de interés de las fuerzas sociales y económicas lo impiden sin duda, a pesar de que el crítico 1992 está tan cerca. Hemos mejorado mucho, pero ¿tanto como era necesario? Porque no debemos medirnos con la vara de nuestro pasado, sino por la del lugar que tenemos o debemos tener en el mundo. Cardona, como otros científicos menos conocidos, nos muestra que existen las personas precisas para una ciencia española a la altura de los tiempos. Pero ¿se hace lo necesario para conseguirla?».

Un sumario repaso del currículum de Manuel Cardona Castro (Barcelona, 1934) muestra que fue un alumno extraordinario y muy activo: matriculas de honor en el bachillerato, becario de la Universidad de Barcelona durante los cinco cursos de la carrera, licenciado en 1955 con la calificación de sobresaliente y premio extraordinario, habiendo realizado antes de graduarse, durante los veranos de 1951, 1952 y 1953, viajes de estudio por Francia, Suiza, Bélgica, Alemania, Dinamarca, Suecia, Noruega y Finlandia (al mismo tiempo que cursaba la carrera, estudió inglés y alemán, como si presagiara el futuro que le esperaba).³ También antes de licenciarse, desde septiembre de 1953 hasta junio de 1955 estudió las manchas y protuberancias solares desde el Observatorio de la Universidad de Barcelona bajo la dirección del profesor Febrer, resultados que publicó en el anuario del Observatorio de Madrid correspondiente a 1955. En septiembre de 1955 fue nombrado profesor adjunto interino adscrito a la cátedra de Electricidad y Magnetismo de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid, ocupada por José Baltá Elías. En enero de 1956 fue nombrado becario del Instituto Alonso de Santa Cruz del Consejo Superior de

3. Utilizo el «*Curriculum vitae* del solicitante» que Cardona presentó en su solicitud a la Fundación Juan March. Está datado el 22 de diciembre de 1956.

Investigaciones Científicas, donde, también bajo la dirección de Baltá, se inició en el campo de los semiconductores y, en especial, de los compuestos intermetálicos; esto es, en la especialidad de la física del estado sólido, como se llamaba entonces, de la materia condensada en su denominación actual, una rama de la física que contribuyó posiblemente más que ninguna otra a cambiar el mundo a lo largo del siglo XX. Al finalizar, en septiembre de 1956, las prácticas como oficial de complemento, se trasladó a Estados Unidos, a la Universidad de Harvard, con una beca del gobierno norteamericano.

En su solicitud —que envió desde Cambridge (Massachusetts) el 21 de noviembre de 1956— a la Fundación Juan March, Cardona expresaba claramente qué pretendía:

Soy ciudadano español, me licencié en Ciencias Físicas en la Universidad de Barcelona en junio de 1955, obteniendo el Premio Nacional Fin de Carrera del SEU 1955 y el Víctor de Plata al mérito profesional. Actualmente estoy cursando estudios de Doctorado en la Universidad de Harvard, disfrutando de una beca del Departamento de Estado americano. Esta beca es por un año y no renovable. Deseando permanecer en Harvard durante tres años para completar mi formación en el campo de la Física del Estado Sólido (Semiconductores) y hacer mi tesis sobre «Estados energéticos en la superficie de ciertos semiconductores», es por lo que me he tomado la libertad de dirigirme a Vdes. en solicitud de información sobre las becas predoctorales que concede la Fundación Juan March.

El presupuesto para un curso académico en Harvard (verano incluido) ascendía, según la estimación de Cardona, a 3.640 dólares. Por cierto, en el impreso de la Fundación que cumplimentó añadía que quería completar su formación «para poder obtener una cátedra a mi regreso a España».

La Fundación le remitió la información que solicitaba y el 22 de diciembre Cardona enviaba su solicitud de una beca de estudios en

el extranjero para el año académico 1957-1958, con el apoyo de William Paul, *assistant professor* en la División de Ingeniería y Física Aplicada de Harvard, que dirigía su investigación. El 8 de junio del año siguiente (1957) el consejero secretario le informaba que le había sido concedida la beca solicitada, por doce meses (el curso académico 1957-1958) y un total de 3.163 dólares.

A partir de entonces Cardona informó con cierta regularidad de sus progresos. A través de sus cartas a la Fundación sabemos, por ejemplo, que a principios de septiembre (1957) estaba «terminando un proyecto sobre el efecto fotomagnetoeléctrico cuadrático en el germanio» y que «una comunicación del mismo ha sido enviada a la convención de la Real Sociedad de Física y Química que tendrá lugar el mes próximo en Santiago de Compostela». ⁴ «De acuerdo con el prof. José Baltá de Madrid, este trabajo va a ser utilizado por mí como tesis doctoral que voy a colar en Madrid el próximo mes de Junio, motivo por el cual voy a tener que desplazarme a Madrid en junio próximo por dos semanas. Cuando termine el presente trabajo, dentro de un mes aproximadamente, voy a iniciar un nuevo proyecto, posiblemente sobre el comportamiento de la constante dieléctrica de los semiconductores a altas presiones.»

Vemos que Cardona quería obtener también el título de doctor por España, ya que los doctorados obtenidos en el extranjero no eran válidos en nuestro país, ¡ni siquiera si se habían obtenido en Harvard!, una situación que se mantendría hasta finales de la década de 1970 cuando por fin se aprobó una legislación que permitía convalidar los títulos conseguidos en el extranjero. El que Cardona quisiese doctorarse también en España significa que, efectivamente, como había escrito en el formulario de la Fundación, pretendía regresar a España.

El 21 de enero de 1958 se recibía una nueva carta-informe del becario catalán:

4. M. Cardona a la Fundación Juan March, 4 de septiembre de 1957.

Mis trabajos de investigación en Harvard prosiguen con regularidad. He publicado una nota resumen de los trabajos obtenidos en el *Bulletin of the American Physical Society* del mes de enero y un artículo detallado va a ser publicado en *The Physics and Chemistry of Solids*. Cuando obre en mi poder les remitiré una separata... El 26 de mayo voy a emprender viaje a España con objeto de leer mi tesis doctoral en la Universidad de Madrid. A mediados de junio, y después de asistir a un congreso de Estado Sólido en Bruselas, subvencionado por la Universidad de Harvard, voy a regresar a los Estados Unidos con objeto de continuar mis trabajos. Al congreso de Bruselas he remitido una comunicación sobre la influencia de las altas presiones en la constante dieléctrica del germanio y del silicio.

Esta carta provocó un cierto malestar en la Fundación. «Hemos recibido su atta. carta del 21 del cte. mes», le contestaba Bér-gamo el 28 de enero, «y le manifestamos nuestra sorpresa de que haya decidido Vd. efectuar publicaciones sobre trabajos objeto de la beca concedida a Vd. por esta Fundación, sin la previa autorización de la misma». También le informaban de que necesitaba «autorización previa para la asistencia a congresos, conferencias o reuniones científicas». Eran, evidentemente, otros tiempos; todavía no había llegado a España, parece, o al menos a la nueva Fundación, el espíritu de la época, en la que publicar era necesario y había que hacerlo rápido. Sin embargo, Cardona rápidamente (5 de febrero) pidió excusas y los permisos pertinentes y todo se arregló (también intervino Baltá, con una carta a la Fundación).

Disponiendo de los permisos de la Fundación, Cardona se trasladó a Madrid el 27 de mayo, donde se examinó de la última asignatura de los cursos de doctorado que le restaba e inició los trámites para presentar su tesis. En cuanto terminó todo esto, viajó al congreso de Bruselas, donde leyó su comunicación el 4 de junio, y visitó, como informaba a la Fundación, los laboratorios de la casa Philips en Eindhoven, una visita, decía, «de máximo interés científico». De regreso a España, defendió su tesis en Madrid el 30 de junio. Se titulaba: «Un nuevo efecto fotomagneto-

eléctrico en el germanio y el silicio» y con ella obtuvo la calificación más alta: sobresaliente *cum laude*.

En la carta (8 de julio) en la que informaba de todo a la Fundación, Cardona también señalaba que «una vez reemprendidos mis trabajos de laboratorio, el director Prof. William Paul me ha indicado la conveniencia de que asista a una conferencia sobre Semiconductores que va a celebrarse en Rochester N.Y. los días 22, 23 y 24 de agosto, donde presentaría un trabajo titulado “El índice de refracción del germanio y el silicio en función del volumen”. Por haber sido la asistencia a dicha conferencia también recomendada por el Profesor Baltá de la Facultad de Ciencias de Madrid, le escribo con esta fecha para que les remita a Vds. su informe al respecto».

A lo que se asiste en estas cartas es a la consolidación en otro país de un científico español que estaba trabajando en un campo del máximo interés tanto científico como tecnológico, en la física del estado sólido de los dos semiconductores, el germanio y el silicio, que cambiaron el mundo, industrial, económica y socialmente. No era difícil de imaginar que con cada nuevo paso científico adelante que daba Cardona, con cada comunicación que presentaba, se estaba alejando de un país, España, que entonces no le podía ofrecer nada de lo que encontraba en Estados Unidos, o incluso en la pequeña Holanda, que contaba con centros, como los laboratorios de la empresa Philips, en los que ciencia y tecnología del estado sólido se conjugaban de manera espléndida.

La beca de la Fundación finalizó en agosto de 1958. Un año después, en junio de 1959, Cardona obtenía el grado de doctor por Harvard. Sin embargo, no regresó a España: otros países, Estados Unidos y Alemania principalmente, se beneficiarían de su capacidad como científico.

PEDRO LAÍN ENTRALGO
Y LA HISTORIA DE LA MEDICINA

Pedro Laín Entralgo (1908-2001) es, por supuesto, una figura bien conocida en el mundo de la cultura española, pero lo es, sobre todo, por los libros o ensayos que dedicó a la historia del pensamiento hispano o a la antropología filosófica. Ahora bien, semejante imagen margina a uno de sus mejores, y más originales, facetas como pensador: la historia de la medicina, con la que, de hecho, se ganó la vida como catedrático en la Facultad de Medicina de la Universidad de Madrid.⁵ Aunque sólo fuese por esto, y no por su relevancia social, ya estaría justificado ocuparse de la ayuda que recibió de la Fundación Juan March, que estuvo dedicada a favorecer sus trabajos en el ámbito de la historia de la medicina.

En 1957, cuando solicitó a la Fundación March la beca a la que me estoy refiriendo, Laín era ya una persona más que establecida en el panorama académico, cultural y también en el político español y, sin embargo, tuvo que buscar la ayuda de la Fundación, un detalle fácil de entender desde la perspectiva de las limitaciones que los investigadores españoles padecían, por muy reconocidos o establecidos que estuviesen, en la España de la década de 1950.

En efecto, en la convocatoria de 1957, se recibía en la Fundación una solicitud de beca de Laín para el extranjero. Veamos qué decía en la memoria que presentó:

5. Las aportaciones de Laín a la historia de la medicina se estudian en Diego Gracia, «Laín Entralgo, historiador de la Medicina», en *Ciencia y vida: homenaje a Pedro Laín Entralgo*, Diego Gracia Guillén, ed. (Fundación BBVA, Madrid, 2003, pp. 59-106). Véase, asimismo, en esta obra colectiva, José Manuel Sánchez Ron, «Historia, ciencia y vida en la obra de Pedro Laín», pp. 17-40, y Javier Puerto Sarmiento, «Las manos de los dioses. Laín Entralgo contemplado desde la historia de la Farmacia», pp. 135-150.

Memoria relativa al trabajo de investigación que el catedrático D. Pedro Laín Entralgo propone al Patronato de la Fundación Juan March en solicitud de una beca de estudios en el extranjero.

Continuando sus trabajos de investigación relativos a diversos temas de su disciplina universitaria, la Historia de la Medicina, trabajos de los cuales han sido fruto las publicaciones mencionadas en documento adjunto, el Catedrático que suscribe propone al Patronato de la Fundación Juan March la realización del trabajo científico personal a que se refieren los apartados siguientes:

1.º Es su propósito componer una Historia de la Medicina griega a tenor del nivel alcanzado por los estudios filológicos, filosóficos e históricos relativos a la Antigüedad Clásica; lo cual, a juicio del firmante, no ha sido satisfactoriamente conseguido por ninguna de las publicaciones hoy en curso, salvo en lo tocante a aspectos parciales del problema. Para ello necesita completar su documentación en diversas bibliotecas, consultando monografías, ediciones críticas y colecciones de revistas inexistentes en las bibliotecas españolas e imposibles de conseguir en las circunstancias actuales.

2.º En el caso de obtener la beca a la que aspira, el solicitante se propone trabajar en las Bibliotecas Nacionales de París y Viena, así como en las Bibliotecas Universitarias de Francfort y de Múnich. En ellas, además de obtener directamente la información científica que necesitaría, conseguiría una colección de microfilms, utilizables luego en España para la redacción definitiva del trabajo mencionado.

3.º Calcula el solicitante que para ello necesitaría un plazo de dos o tres meses, que podría comenzar en los primeros días de junio.

4.º Para atender a los gastos de desplazamiento y estancia, así como a los determinados por la adquisición de microfilms, el solicitante calcula necesaria la cantidad de dos mil dólares.

5.º Estima el solicitante que su historia personal puede eximirle de las certificaciones e informes a que se refieren los puntos 8º, 9º y 10º del apartado IV («Documentación») de las instrucciones editadas y difundidas por la Fundación Juan March. No obstante, se halla a disposición del Patronato para acreditar lo que a dichos puntos se refiere.

6.º El solicitante declara que en la actualidad no disfruta de beca alguna y que no tiene en tramitación solicitud para conseguirla.

Madrid, 30 de enero de 1957.

En el impreso que acompañaba su solicitud («Fundación Juan March, Historia personal del solicitante»), al responder a la pregunta «¿Qué relación tendrían sus estudios o trabajos de becario con sus planes profesionales?», Laín escribía: «Son la continuación de otros anteriores, en parte ya publicados (“La historia clínica”, “Introducción histórica al estudio de la Patología psicosomática”), y la vía hacia la publicación de otros, semejantes a “La historia clínica” y relativos a otros problemas médicos».

En la sección «*Curriculum vitae* del solicitante» señalaba:

Estudios universitarios de Medicina y Ciencias químicas. Estudios de Psiquiatría en Viena (1932). Médico por oposición (1934) del Instituto Psiquiátrico Provincial de Valencia. Entre 1939 y 1941, encargado de la enseñanza de Psicología experimental en la Universidad de Madrid.

Desde 1942, catedrático de Historia de la Medicina en la Universidad de Madrid. En 1946, miembro de número de la Real Academia Nacional de Medicina. Fundador y Director del Instituto «Arnaldo de Vilanova» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la revista *Archivo Iberoamericano de Historia de la Medicina y Antropología Médica*. En 1954, miembro de número de la Real Academia Española.

Profesor honorario de la Universidad Nacional de Santiago de Chile. Doctor honoris causa por la Universidad de San Marcos de Lima. Miembro correspondiente de la Akademie der Wissenschaft de Heidelberg.

El 6 de junio de 1957, el consejero secretario de la Fundación le escribía informándole que había recibido la beca que solicitó.

Países: Francia, Alemania, Austria.

Duración de la beca: 3 meses.

Gastos de estancia: 1.139,60 dólares U.S.A. más gastos de viaje de ida y regreso.

Laín contestaba el 12 de junio desde Nueva York: «Muy señor mío: En el curso de un viaje a algunas Universidades de los Estados Unidos, invitado por el Departamento de Estado de este país, me comunican la noticia de la concesión de la beca que había solicitado. A través de Vd., me complazco en enviar al Patronato mi aceptación, mi agradecimiento y mi deseo de hacer lo posible para que esa ayuda sea fructífera».

Poco después, Laín comenzaba a disfrutar de su beca. Así, el 24 de agosto, desde Kiel, escribía a la Secretaría de la Fundación en papel con membrete del Institut für klassische Altertumskunde de la Universidad de Kiel, comunicando a la Fundación «la marcha de mi viaje de estudios». «He trabajado hasta ahora», señalaba, «con resultados satisfactorios, en Frankfurt am Main (Institut für Geschichte der Medizin y Senckenbesigische Bibliothek), Viena (Akademie der Wissenschaften, Hofbibliothek, Institut für Geschichte der Medizin) y Bonn (Institut für Geschichte der Medizin). Estoy ahora en el Institut für klassische Altertumskunde de la Universidad de Kiel; y he de visitar todavía, hasta el término de mi viaje, Hamburgo (Thesaurus linguae graecae), Göttingen (Biblioteca universitaria) y París (Biblioteca Nacional, Institut des Hautes Études).»

Laín remitió a la Fundación, como fruto inicial de sus trabajos como becario, un capítulo, «La racionalización platónica del ensalmo y la invención de la psicoterapia verbal», que debía formar parte de una monografía que planeaba: *La palabra terapéutica en la Antigüedad clásica*. Ésta fue remitida al doctor José Luis Rodríguez-Candela, del Instituto de Metabolismo y Nutrición del CSIC, que había actuado como secretario del jurado que juzgó las solicitudes de becas presentadas. El 21 de octubre de 1957 éste informaba a la

Fundación acerca de la memoria final enviada por Laín. Según su opinión, ésta cumplía, «bien sobradamente, con las condiciones de la convocatoria». En la carta en la que la Fundación notificó a Laín la decisión, se le decía: «Mucho celebraremos pueda Vd. terminar, lo más rápidamente posible, la Memoria objeto de su beca, la cual, previo informe del Jurado, será, sin duda, publicada a expensas de la Fundación. Ésta se honrará publicando tan excelente trabajo, que constituya un honor, dadas las primicias del capítulo recibido, para la ciencia española».

Sin embargo, Laín no utilizó la posibilidad de publicación que le ofrecía la Fundación (también modificó el título), como queda patente en la siguiente carta, que remitió a Alejandro Bérnago el 5 de octubre de 1958 y cuyo interés iba más allá de su trabajo:

Mi distinguido amigo:

Me es grato remitir a V. con esta carta, para que lo presente al Patronato de la Fundación Juan March, el primer ejemplar que he recibido de mi libro *La curación por la palabra en la Antigüedad clásica*, en cuya preparación tuvo parte tan importante la beca para estudios en el extranjero que de esa Fundación recibí el año pasado.⁶ Muy de veras celebraré que mi trabajo no resulte indigno de los fines que la Fundación se ha propuesto.

Sin otros títulos que el haber recibido esa beca y mi conocimiento personal de la vida intelectual española —títulos, lo reconozco, bien escasos—, voy a permitirme proponer a V., para que las presente al Patronato de la Fundación, si las estima pertinentes, un par

6. Pedro Laín Entralgo, *La curación por la palabra en la Antigüedad clásica* (Revista de Occidente, Madrid, 1958; reeditado en 1987 por la editorial Antrhopos). Carlos García Gual ha estudiado algunos de los contenidos de este libro en «Pedro Laín Entralgo y la medicina griega», en *Ciencia y vida: homenaje a Pedro Laín Entralgo*, Diego Gracia Guillén, ed., *op. cit.*, pp. 41-58; véase especialmente las pp. 44-52. Allí García Gual señalaba que: «*La curación por la palabra* tuvo muy elogiosas recensiones en España y luego en el extranjero, al traducirse al inglés y publicarse por la Universidad de Yale, en 1970».

de observaciones relativas a las «ayudas a la investigación», teniendo en cuenta la convocatoria de las que en este año han sido concedidas.

La primera se refiere a la cuantía de la dotación. Cuando se trata de un trabajo de equipo, me parece razonablemente generosa la suma de quinientas mil pesetas en que la ayuda consiste. En cambio creo que esa cantidad resulta desmedidamente generosa cuando la obtiene una persona aislada. Hay que tener en cuenta que dichas ayudas las recibirán siempre personas más o menos «situadas», como suele decirse en nuestra sociedad (catedráticos, ingenieros, magistrados, sacerdotes, etc.), las cuales no sólo disponen de los medios de trabajo que les brindan las instituciones a que ellas pertenecen (laboratorios, bibliotecas, centros diversos de investigación), sino que, como es obvio, tienen ya más o menos resuelto el problema económico de su vida. La ayuda, por tanto, cumple el importante papel de proporcionarles el tiempo libre que el trabajo científico requiere; tiempo que de otro modo acaso tuvieran que emplear en actividades lucrativas subsidiarias, y aun apartadas de la línea de la pura investigación. Me pregunto, pues: ¿no sería más beneficioso para la ciencia española que en estos casos la ayuda tuviese una cuantía de 250 o 300.000 pesetas, lo cual permitiría que fuese mayor el número de los favorecidos y, por lo tanto, de las aportaciones ofrecidas a la cultura española por la Fundación «Juan March»?

La segunda de mis observaciones se refiere a los grupos en que se ordenan los distintos temas de la investigación. Tengo ante mi vista la convocatoria para el año 1958. En ella se establecen siete grupos de disciplinas científicas. El primero muy especializado («Energía nuclear»), y los seis restantes lo suficientemente amplios y comprensivos para que en ellos quepan todos los trabajos del actual *globus intellectualis*. Esto es muy cierto y hay que proclamarlo. Pero ¿acaso no existen disciplinas científicas (la Teología, la Filosofía, el Derecho), a cuyo cuerpo pertenece con vinculación muy esencial la historia y la teoría de cada una de ellas? Hay otras junto a ellas, como la Física, la Química, la Biología, la Geología, la Medicina, la misma Economía, a las cuales hoy, por razones que aquí no puedo tratar por extenso, no pertenece con vinculación tan próxima la consideración

histórica y epistemológica de cada una de ellas y de sus respectivos contenidos. Imagínese que un profesor de Ciencias quiere realizar una investigación seria y minuciosa acerca de la sociología de la novela en la Europa moderna, o que otro se propone estudiar extensamente el problema de la relación terapéutica y social entre el médico y el enfermo en el mundo occidental. Uno y otro, ¿a qué grupo acudirán? El Jurado del grupo 6º ¿no pensará, con alguna razón, que el primero de dichos temas corresponde al grupo 7º?; y el del grupo 5º —«Ciencias médicas»— ¿no estimará lo mismo en lo relativo al 2º? Pienso, en suma, que junto al grupo contenido en aquella convocatoria sería pertinente otro, para el cual acaso conviniera una denominación de este tipo: «Materias científicas no directamente incluíbles en los grupos precedentes».

Perdóneme, por favor, tan larga y enfadosa disquisición, en gracia al propósito que a ella me ha movido, y que no es sino el de contribuir a la mayor eficacia de una empresa tan magníficamente concebida como la Fundación «Juan March».

El secretario de la Fundación le contestó, en carta de 12 de noviembre, que consideraba sus observaciones «muy acertadas, por lo que las someteré a la consideración del Consejo del Patronato a fin de que éste, como órgano estatutariamente facultado para ello, resuelva en consecuencia».

En 1970, Yale University Press publicó una traducción de *La curación por la palabra en la Antigüedad clásica*, el libro que la Fundación Juan March había ayudado a completar: *The Therapy of the Word in Classical Antiquity*. Todavía hoy, treinta y cinco años después de su publicación en inglés, se continúa utilizando este libro con cierta frecuencia en algunos programas específicos de estudios médicos.⁷

7. Como ejemplo de una de las menciones que se han hecho de este libro de Laín, citaré lo que Roger J. Bulger señaló en las *Tanner Lectures on Human Values*, pronunciadas en Clare Hall, Universidad de Cambridge, el 9 y 10 de marzo de 1987 (texto disponible en Internet): «Pedro Laín Entralgo, el bien conocido psiquiatra español, describió la historia de la palabra hablada en terapia

En cuanto a la opinión del propio Laín sobre su libro, ésta aparece en su célebre *Descargo de conciencia*:⁸

El estudio *La curación por la palabra en la Antigüedad clásica* (1958) viene a ser, desde el punto de vista de mi disciplina, el descubrimiento de un Mediterráneo que apenas se conocía. Si la formidable conquista del *logos* como esencial nota constitutiva de la realidad del hombre (*logos*: palabra y razón) constituyó la más originaria y central de las hazañas intelectuales de la antigua Grecia, ¿cómo no pensar que los griegos fueron, más aún, que los griegos tuvieron que ser los primeros en advertir y valorar la virtualidad terapéutica de la palabra? Había, es cierto, parciales y leves atisbos historiográficos de este hecho; faltaba una indagación fundamental y metódica de él. Esto fue mi libro, de cuyo contenido son parte varios hallazgos que por un lado pertenecen a la historia de la Medicina y por otro la trascienden: la racionalización del ensalmo mágico por obra de los sofistas y de Platón; la elaboración platónica —sucinta, pero acabada— de toda una técnica de psicoterapia verbal; una visión inédita y acaso satisfactoria de la famosa y comentada frase de Aristóteles acerca de la acción catártica de la tragedia. Algo hice, creo, con este libro mío; por lo menos, descubrir un rinconcito prácticamente inédito en el tan contemplado y transitado paisaje de la Grecia clásica; demostrar, en medio de esta marea anti-humanística, que el mundo antiguo todavía sigue siendo fuente inagotable y sugestiva para quienes atentamente lo exploran.

durante los últimos tres milenios [y aquí Bulger citaba, en nota a pie de página, *The Therapy of the Word in Classical Antiquity*]. Por supuesto, el florecimiento de la terapia de la palabra llegó con Freud. Laín Entralgo señala, de hecho, que Aristóteles comprendió los fundamentos de las raíces psiquiátricas e incluso defendió el valor terapéutico de las catarsis emocionales de las audiencias que asistían a las tragedias en el teatro. Atribuye el que hubiese que esperar más de dos mil años para que llegasen los enfoques de Freud a las severas prescripciones de Hipócrates y sus seguidores».

8. Pedro Laín Entralgo, *Descargo de conciencia (1930-1960)* (Barral Editores, Barcelona, 1976, pp. 498-499).

MIGUEL DELIBES Y *LA HOJA ROJA*

Entre otras joyas documentales, en el archivo de la Fundación March también se encuentra una carta de Miguel Delibes, dirigida a Alejandro Bérnago, fechada el 20 de noviembre de 1957, en la que el escritor vallisoletano manifestaba que se dirigía a él por indicación de su «buen amigo, Segismundo Royo, Rector de Madrid», para que le informase «acerca de las becas Juan March anunciadas hace unos días en los periódicos para artistas y escritores». Tres días después se le remitía un ejemplar de la «Convocatoria de Premios, Ayudas de Investigación, Becas de Estudios en España y Pensiones de Literatura y Bellas Artes correspondiente al año 1958». Un mes después, el 26 de diciembre, Delibes completaba y enviaba su solicitud de ayuda al presidente de Patronato de la Fundación:

MIGUEL DELIBES SETIÉN, de 37 años de edad, domiciliado en Valladolid, Paseo de Zorrila, n.º 7, 3.º, dcha., ante V. E. tiene el honor de exponer:

Que creyendo reunir las condiciones exigidas para obtener una pensión del GRUPO LITERATURA de la convocatoria hecha pública por el Consejo de Patronato de la Fundación Juan March que V. E. preside, con objeto de realizar el viaje y la obra que detalla en la memoria adjunta.

SOLICITA DE V. E. le sea concedida.

Habida cuenta de la importancia que Delibes tiene en la historia de la literatura española del siglo XX, merece la pena reproducir la memoria que envió.

Memoria de la obra a realizar.

Considero una necesidad para el escritor la ampliación de horizontes, el enriquecimiento de su experiencia. De otro lado, la concordia y comprensión entre los hombres sólo puede conseguirse a través de un mutuo conocimiento y esta tarea incumbe especialmente a los escritores de todos los países.

Es mi propósito, pues, escribir un libro de viajes —género hoy tan estimado por los lectores como poco frecuentado por los escritores— sobre la Europa de hoy, que es como decir en un momento crítico de su existencia, cuando rebasados los efectos de la guerra y emparedada entre dos fuerzas de signo contrario, se abre ante el viejo Continente una era de progresos técnicos insospechados que coincide con ciertas manifestaciones de aberración estética y una profunda revolución política, cuyos matices —en punto a medida y eficacia— varían de país a país.

En modo alguno proyecto un libro de lectura difícil, complejo, con pretensiones metafísicas. En tal caso mi propósito se vería frustrado en su mismo origen. Considero, por el contrario, que Europa, hoy como ayer, está en el hombre de la calle, en sus modos de vida, sus costumbres, sus aspiraciones, su complejidad psíquica, sus reacciones ante unas realidades con las que no pudo soñar. Pretendo, en suma, informar a los españoles, al mayor número posible de españoles, sobre la realidad de la vida europea actual —de la realidad que entra por los ojos—, a fin de facilitar la comprensión por el camino del conocimiento. Entiendo que en nuestro país los libros informativos, la literatura de viajes, hace, desgraciadamente, muchos lustros que está estancada —tal vez por la facilidad y rapidez de las comunicaciones que ha inducido a alguno a afirmar que el mundo es en los momentos presentes un reducido patio de vecindad, cuando verdaderamente dados los precios de los viajes, esto es un hecho engañoso, o mejor dicho sólo cierto para unos cuantos privilegiados. La curiosidad del hombre modesto por conocer cómo viven los demás hombres es cada vez más ávida y apremiante. Urge, por tanto, poner al día al hombre de la calle y para ello nada tan oportuno y revelador como los libros de este carácter en los que se conjugan las técnicas del periodista y el escritor.

En los últimos dos años he realizado por cuenta propia unas prolongadas visitas a Francia, Italia y Portugal que me permiten hablar de estos países con conocimiento de causa. No obstante para un desplazamiento a Europa septentrional preciso una ayuda económica de cuya cuantía dependería el itinerario, proyectado, en principio, para Bélgica, Holanda, Alemania, Dinamarca, Suecia, Noruega y, en su caso, Finlandia, viaje que podría durar alrededor de tres meses.

Entiendo que mejor aún que exponer unas líneas generales de mi propósito es acompañar estas breves líneas de unos ejemplares de mi reciente libro *Un novelista descubre América*, fruto de mi reciente viaje a Chile y que en términos generales puede servir de orientación sobre mi proyecto actual.⁹ Excuso, pues, una memoria pormenorizada, superflua a la vista de lo antedicho y de la obra que acompaño que espero llegue puntualmente a su poder. Falta solamente por añadir que juzgo suficientes seis meses a raíz de la realización del viaje —proyectado, en principio, para el verano de 1958 con regreso a primeros de octubre— para presentar al Consejo del Patronato de la Fundación Juan March mi obra terminada.

MIGUEL DELIBES

El jurado que juzgó aquel año las pensiones de literatura estaba constituido por Vicente García de Diego y Pedro Laín Entralgo, ambos designados por la Real Academia Española, Miguel García Blanco y Francisco Ynduráin Hernández, nombrados por el Consejo de Rectores entre catedráticos universitarios de Literatura, Antonio Valencia Remón, por la Federación Nacional de Asociaciones de la Prensa de España, y como secretario sin voto, el padre agustino Félix García, designado por el Consejo de Patronato de la Fundación.

El 25 de marzo se comunicaba a Delibes que se le había concedido una de las pensiones, por una cuantía de 125.000 pesetas. Como plazo para completar su trabajo el propio escritor sugirió entre un año y un año y medio, aunque la Fundación estableció finalmente un año.

De acuerdo con las bases de la convocatoria, los beneficiarios recibirían la cantidad concedida en tres plazos: el primero, inmediatamente, el segundo cuando se llevase realizada la mitad del traba-

9. Se refería aquí Delibes al viaje que realizó a Chile en 1954, invitado por los periodistas de ese país. Permaneció allí tres meses, visitando, de paso, Brasil, Uruguay y Argentina.

jo, y el tercero a la entrega definitiva del mismo. Cuando Delibes se enteró de estas condiciones, escribió, el 20 de mayo, a Bérnago:

Distinguido amigo:

Recibo su amable carta con las nuevas instrucciones para el disfrute de la beca que recientemente me fue concedida. Sobre este punto deseo hacerle una observación: ¿Han reparado ustedes en que el becario ha de anticipar ochenta y cinco mil pesetas para el disfrute de la pensión? Esto es así desde el momento en que el viaje ha de ser anterior al trabajo y éste condiciona los dos últimos tercios de la ayuda. ¿No sería interesante que el Patronato considerase este hecho?

No he encontrado en los archivos de la Fundación que Delibes recibiese una contestación, aunque bien es cierto que unos días después, el 29 de mayo, todos los pensionados habían sido convocados a Madrid para una reunión, y allí pudo tratarse el asunto. Lo que está claro es que a Delibes se le aplicó la reglamentación de dividir la ayuda en tres partes, y también que el escritor no cumplió con su proyecto inicial, por razones que veremos. En efecto, el 6 de diciembre de 1958, escribía al secretario de la Fundación:

Distinguido amigo:

Unas líneas solamente para comunicarle el envío por correo separado de un ejemplar de mi novela *La hoja roja* con el cual cumplo el compromiso contraído con esa Fundación el pasado mayo.

Los escrúpulos artísticos me han llevado a demorar el envío hasta que la obra estuvo terminada. Entiendo que la construcción, la estructura de la obra literaria son también factores a considerar —y muy fundamentales— y por ello me repugnaba su fraccionamiento.

Le agradeceré, tan pronto le sea posible, me comuniquen el resultado del informe sobre la misma a fin de hacer efectivos los dos tercios últimos de la ayuda concedida.

La novela le fue remitida al padre agustino Félix García, que aprobó la obra. La Fundación le giró el último pago que le correspondía (41.666,65 pesetas), y el 2 de abril de 1959 Delibes escribía al Secretario de la Fundación: «Aprobada por el Consejo de la Fundación mi novela LA HOJA ROJA, realizada con una ayuda de aquélla, correspondiente a 1958, mucho le agradecería me autorizase a su edición si es que la “Fundación March” no se reserva ese derecho». El 7 de abril la Fundación daba a Delibes el permiso solicitado, aunque «rogándole haga constar en la misma que el trabajo se ha realizado con una Pensión de esta Fundación». Y en mayo de 1958, la editorial Destino de Barcelona publicaba la obra.

Aquella beca no significó el final de la relación de Miguel Delibes con la Fundación Juan March. En 1975 intervendría en un ciclo de «Literatura Viva» y en 1992 en un «Encuentro con el escritor y exposición documental». Entre medias, en 1979 fue elegido miembro de la Comisión Asesora, en la que permaneció los dos años preceptivos.

Recientemente, se pidió a Delibes que rememorara su relación con la Fundación y qué opinaba sobre ella. Y el desde hace tiempo parco y huidizo escritor envió el siguiente texto, en el que, por cierto, clarificaba por qué cambió de tema en su proyecto becado muchos años atrás:¹⁰

¿Qué idea tuvo usted o tiene hoy de lo que fue en su día la Fundación Juan March? La mía es muy sencilla y concreta y si la expongo ahora es porque me piden mi opinión. La March fue, en tiempos oscuros, en que la cultura era algo difuso —y amordazado— el eje en torno al cual giró el espíritu humano: su inteligencia, su gracia y su ingenio. No hubo en España, hace años, una exposición, concierto o conferencia de relieve que no viniera avalada por el nombre de la institución. Los más grandes nombres del arte, la ciencia y la intelectualidad mundiales dejaron su huella en Castelló 77.

10. *Revista de la Fundación Juan March*, n.º 348, abril de 2005, pp. 9-10.

¿Qué hubiera sido de España en ese tiempo sin una fundación que se mantuviera en guardia permanente?

Al volver los ojos al pasado y, sin necesidad, de mucho meditar, yo me encuentro de pronto con esa entidad polifacética como ciudadano y como escritor. Si yo necesitaba conocer a un gran hombre o el profundo pensamiento de otro no tenía más que volver los ojos a la Fundación para que me lo facilitara. Supongo que yo en aquellos años de juventud hubiera querido ser, como los niños, la Fundación Juan March, es decir lo que más, todo, el desiderátum. ¿Y lo fui? No llegué a tanto, pero sí a conectar con ella y comprender que la institución iba aún más lejos de lo que parecía a primera vista.

La Fundación tuvo la gentileza de nombrarme asesor por dos años y en ese tiempo, en aquellas reuniones de los jueves con el factótum José Luis Yuste, Andrés Berlanga, los hermanos March y otro asesor procedente de cualquier otro campo —desde Rodrigo Uría a Luis Ángel Rojo—, hablábamos de lo divino y lo humano en torno a la gran mesa redonda y se tomaban decisiones intelectualmente importantes. Yo admiré entonces el suave rodar de la máquina, su segura marcha, y hasta tuve la fortuna de conocer a los hombres que manejaban el poder. Allí me presentaron a los líderes de Alianza Popular y al famoso trío Felipe González, Alfonso Guerra y Gregorio Peces-Barba que se obstinaban en hacerme ver que ellos no eran los protagonistas de *El disputado voto del señor Cayo*, esfuerzo que sobraba porque yo había dado vida a otro grupo socialista que no era el suyo.

Con el tiempo me consideré un miembro de la Casa y tuve la osadía de ofrecer a Yuste un cuadro abstracto, muy prometedor, del palentino Alberto Reguera, que fue adquirido por el Consejo. Reguera es uno de los jóvenes pintores que acaparan las mejores y más acreditadas salas de exposiciones de los años dos mil.

Finalmente, aquella Casa, causa de mi admiración, me atribuyó una beca generosa para que hiciera un viaje y escribiera un libro sobre él. Cuando me disponía a ello recibí una carta del P. Félix García donde, con sus compañeros de consejo, me rogaba sustituyera el libro pretendido por una novela. Le respondí que las novelas las escribía entre paño y bola sin desatender otras obligaciones, pero él me

hizo ver amablemente que con su beca pretendía que me desentendiera de otras obligaciones —prólogos, conferencias, artículos de prensa, presentaciones, etc.— y escribiera una novela YA. A los nueve meses estaba en el mercado *La hoja roja*, la novela de un viejo jubilado, que figura desde la primera edición como escrita con la Ayuda de la Fundación March (1959). Desde entonces la novela no ha dejado de crecer —a pesar de su deliberada cacofonía, querido Vergés [su editor en Destino]— por España y por Europa.

Éstos son mis recuerdos —no malos recuerdos ciertamente— de lo que llegó a ser para mí la Fundación Juan March que cumple sus bodas de oro con la Cultura con mayúscula. Ella sola fue la Cultura durante muchos años. Ahí coincidimos muchos.

Me resta, para finalizar esta sección, mencionar un último detalle, uno que tuvo lugar treinta años después de que la Fundación March recibiese la solicitud de ayuda de Miguel Delibes que conduciría finalmente a *La hoja roja*. Ese detalle es la reseña-artículo que Francisco Ynduráin, distinguido catedrático de Lengua y Literatura Española en las universidades de Oviedo, Zaragoza y Complutense de Madrid (también ocupó el rectorado de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander) dedicó a *La hoja roja* en la revista *SABER/Leer*, creada y mantenida por la Fundación Juan March, y de la que me ocuparé en el capítulo 8. En aquel artículo, significativamente titulado «A la espera de la última hoja», Ynduráin se refería a la adaptación al teatro que el propio Delibes había hecho de su novela.¹¹ «Nos las habemos», escribía Ynduráin, «con una novela que el mismo autor ha trasladado a texto dramático representable y representado en Madrid, Teatro Alcázar, por M.^a Fernanda d'Ocón e Ibáñez Menta (21-X-1986). Pero no voy a ocuparme de la puesta en escena ni de la recepción que tuvo en público y críticos, algo que merece la pena de ser atendido en las crónicas de prensa. Sí me importa adelantar que se tra-

11. Francisco Ynduráin, «A la espera de la última hoja», *SABER/Leer*, n.º 9, noviembre de 1987, pp. 8-9.

ta de una obra con muy hondo calado, algo como respuesta a la exigencia que Ortega y Gasset propusiera a las tablas: “Va siendo urgente conseguir que el teatro vuelva a ser algo vivo, fuerte, perturbador de los corazones inertes, un salto al agua al servicio de la higiene moral” (en *El espectador*, VIII, 1930). La pieza que ahora me ocupa es, entre otras cosas, un ejercicio de higiene moral sin moralina ni moraleja explícita». Aprovechaba su reseña Ynduráin para mencionar el dato de que se habían vendido millón y medio de ejemplares de la edición que Radio Televisión Española había realizado de *La hoja roja*. Y terminaba señalando que «desde la aparición de la novela hasta su paso a drama, el autor la tuvo presente en su discurso de recepción en la Real Academia Española (25 de mayo de 1975), y allí nos ha dejado algo que debo recordar. Va siguiendo el progreso de su obra y evoca “a la Desi, la criada analfabeta a la que persigue su infancia rural como la propia sombra”. Y propone una interpretación: “Mis personajes son seres humillados y ofendidos... que inútilmente esperan aquí algo de un Dios eternamente mudo y de un prójimo cada vez más remoto. Estas víctimas de un desarrollo tecnológico implacable buscan en vano un hombre al que agarrarse, un corazón amigo, un calor...”».

Valió, pues, la pena la beca que la Fundación concedió a Miguel Delibes, y, recíprocamente, fue afortunada la institución creada por March Ordinas de poder asociarse con un escritor magnífico, que era (y es), además, un hombre compasivo.

JOAQUÍN CATALÁ DE ALEMANY, PIONERO
EN ESPAÑA DE LA FÍSICA NUCLEAR
Y DE PARTÍCULAS ELEMENTALES

Las estrechamente relacionadas física nuclear y física de altas energías (al principio denominada «de partículas elementales») han sido dos de las disciplinas científicas que más novedades fundamentales aportaron durante el siglo XX al conocimiento de la

naturaleza, en general, y al de la estructura de la materia, en particular. Da idea de cuánto se avanzó el recordar que cuando comenzaba el siglo XX ni siquiera se sabía si la estructura elemental de la materia era continua o discreta, y que el primer modelo atómico, con algunos visos de verdad, fue el planetario (un núcleo central, formado, se creía entonces, por protones y neutrones, rodeado de electrones, que giraban en órbitas) que propuso Ernest Rutherford en 1911,¹² y que Niels Bohr concilió con los requisitos cuánticos en 1913. Especialmente después del lanzamiento, en agosto de 1945, de las bombas atómicas que destruyeron Hiroshima y Nagasaki, ambas disciplinas, física nuclear y física de altas energías, se convirtieron en ramas de la ciencia con gran prestigio, político y social, en particular en naciones como Estados Unidos, la Unión Soviética y Reino Unido, que se podían permitir los enormes gastos que este tipo de investigación (sobre todo la de altas energías) requería.

La relación que España mantuvo con estos dominios científicos fue inicialmente prácticamente nula: es cierto que Miguel Catalán aportó un gran descubrimiento a la estructura atómica, con sus multipletes (1922), pero éstos tenían que ver con la «corteza electrónica» de los átomos, no con los núcleos. Hubo que esperar hasta después de las explosiones atómicas de agosto de 1945 sobre Hiroshima y Nagasaki (más concretamente a 1948) para que los españoles comenzaran a interesarse por el mundo nuclear, y cuando lo hicieron fue, durante bastante tiempo, más en lo referente a la energía nuclear (fisión del uranio), como técnica de producción de energía, que en lo relativo a la investigación fundamental.¹³ El

12. El neutrón, que ahora incluimos entre los componentes de los núcleos atómicos, fue descubierto en 1932.

13. El 6 de septiembre de 1948, estimulado por el interés que un físico italiano que visitó el Instituto de Óptica del CSIC mostró por conocer los yacimientos de uranio existentes en España, Franco firmaba, como Jefe del Estado, un «Decreto Reservado» bajo cuyo amparo se iniciaron los estudios nucleares en España. Este decreto se reproduce en José Manuel Sánchez Ron, *Cinzel, martillo y piedra* (Taurus, Madrid, 1999, pp. 421-22), y en Ana Romero de Pablos

interés al que me estoy refiriendo culminó en la creación, en 1951, de la Junta de Energía Nuclear, aunque sus instalaciones, en la Ciudad Universitaria de Madrid, tardarían más en llegar: la inauguración oficial tuvo lugar en 1958.¹⁴

Gracias a la Junta de Energía Nuclear, España terminaría contando con un puñado de físicos teóricos y (muchos menos) experimentales en física nuclear y de altas energías, así como entrando a formar parte (en 1961) de las naciones que en 1953 se unieron para establecer el Conseil Européen pour la Recherche Nucléaire (CERN), con sede en Ginebra. Especialmente pobre era, en efecto, la situación en el ámbito experimental: cuando se iniciaba la década de 1960, España no contaba apenas con físicos experimentales de altas energías en sus centros de investigación, y los departamentos universitarios dedicados a esa disciplina eran prácticamente inexistentes... salvo una excepción: la del Instituto de Física Corpuscular de Valencia, centro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, vinculado a la universidad,¹⁵ donde, bajo la dirección de Joaquín Catalá de Alemany (Manresa, 1912), funcionaban unas instalaciones para la medida de emulsiones fotográficas en procesos nucleares, y se trabajaba en instrumentación para el análisis de fotografías procedentes de cámaras de burbujas. Es en este sentido posible considerar, como han hecho V. Navarro, J. Velasco y J. Doménech, al «grupo de Catalá como el origen ins-

y José Manuel Sánchez Ron, *Energía nuclear en España. De la JEN al CIEMAT* *op. cit.* en el cap. 1, p. 16.

14. Sobre la historia de la Junta de Energía Nuclear, véase Ana Romero de Pablos y José Manuel Sánchez Ron, *Energía nuclear en España. De la JEN al CIEMAT*, *op. cit.*

15. En realidad, el centro surgió inicialmente como una Sección Local del Instituto de Óptica Daza de Valdés del CSIC, que en 1957 fue bautizada como Centro de Física Fotocorpuscular, independizándose del Instituto Daza de Valdés. A comienzos de la década de 1960, se cambió el nombre a Instituto de Física Corpuscular, que aún mantiene.

titucional de la Física Nuclear y de Partículas en España», aunque tal vez fuese más exacto utilizar la expresión «pionero», ya que «institucional» quiere decir algo más, y ahí la Junta de Energía Nuclear llevó a cabo una tarea mucho más institucional que el grupo de Valencia.¹⁶

Fue precisamente este físico quien recibió una de las Ayudas a la Investigación —de las primeras, de hecho— de la Fundación Juan March.

Cuando solicitó, en 1957, como enseguida veremos, esa ayuda, Catalá de Alemany era (desde 1944) catedrático de Física Teórica y Experimental en la Facultad de Ciencias (de la que también era decano) de la Universidad de Valencia. Había estudiado Ciencias Físicas en la Universidad de Barcelona, doctorándose en la Universidad de Madrid, entonces todavía la única universidad española habilitada para otorgar el título de doctor. En Madrid trabajó en la Sección de Óptica del Instituto de Física y Química del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que más tarde se convertiría en el Instituto de Óptica Daza de Valdés, realizando investigaciones sobre óptica interferencial y ampliando estudios en el Optisches Institut de Berlín. No permaneció, sin embargo, en este campo, pasándose a la física nuclear, para lo cual, y con una beca que el Consejo le concedió en 1949, realizó durante un año estudios de física nuclear y radiación cósmica en la Universidad de Bristol, donde bajo la dirección de Cecil Frank Powell (1903-1969) se familiarizó con las técnicas de análisis fotográfico,¹⁷ trabajando posteriormente también en los institutos de física de las universidades de Génova y Milán, así como en el Centro de Física Nuclear de la

16. V. Navarro, J. Velasco y J. Doménech, «La creación de una nueva disciplina científica en España: la física nuclear y de partículas», *Cronos* 7, 61-84 (2004), p. 62. Por cierto, en este trabajo, único por lo que yo conozco sobre el grupo de Catalá, no se menciona la Ayuda a la Investigación que recibió de la Fundación Juan March, de la que me ocupo en esta sección.

17. Inicialmente, sin embargo, Catalá se incorporó al grupo de física del estado sólido de Bristol, que dirigía Nevill Mott.

Universidad Libre de Bruselas, en el Atomic Energy Institute de Aldermaston (Inglaterra), en el Instituto Politécnico de Zúrich y en el Atomic Energy Research Establishment de Harwell (Inglaterra). Según consta en el currículum que incluyó en su solicitud de ayuda a la Fundación March, en diciembre de 1957 había publicado 42 artículos (todos, salvo uno —que apareció en *Nature*— en revistas españolas, y la mayoría en los *Anales de la Sociedad Española de Física y Química*) y tenía pendientes de publicación ocho más.

Difícilmente habría podido encontrar Catalá un maestro mejor que Cecil Powell para introducirse en el campo del estudio de los procesos nucleares mediante técnicas fotográficas (más adelante, explicaré en qué consiste este método).¹⁸ No olvidemos que Powell fue el líder indiscutido en este campo (recibió el premio Nobel de Física en 1950, precisamente por «haber desarrollado el método fotográfico para estudiar procesos nucleares y por los descubrimientos sobre mesones que realizó con este método»). Hay, además, que tener en cuenta que no se trataba únicamente de aprender una técnica, sino que había más cosas. Como ha señalado Peter Galison, el «ascenso de Powell en la comunidad de los físicos y el que recibiese el premio Nobel de Física de 1950 está inseparablemente unido con la manera en que transformó el trabajo de equipo en un laboratorio. Cuando recibió el premio era el jefe de un numeroso y eficiente grupo experimental, con recursos importantes, conexiones industriales cruciales y una reputación mundial».¹⁹ Asimismo, citando de nuevo a Galison, «resulta que la fabricación de emulsiones es una de las más secretas, delicadas e intuitivas tareas químicas, y que producir suficientes emulsiones fiables y sensibles estaba fuera del alcance de casi cualquiera en la muy dispersa comunidad de

18. Powell fue discípulo del gran C. T. R. (Charles Thomson Rees) Wilson (1869-1959), el inventor de la cámara de niebla, descubrimiento que le valió el premio Nobel de Física en 1927.

19. Peter Galison, *Image and Logic* (The University of Chicago Press, Chicago, 1997, p. 144).

científicos nucleares. De hecho, uno de los grandes logros de Powell fue conseguir (con la ayuda del gobierno británico) la cooperación de los gigantes industriales Ilford y Kodak para que le suministrasen películas cada vez más sensibles». ²⁰ Efectivamente, a petición de Powell en 1946 la compañía fotográfica Ilford Ltd. desarrolló una nueva emulsión que podía fotografiar claramente trayectorias de partículas elementales; con ella, Powell y sus colaboradores estudiaron la radiación cósmica a alturas de hasta nueve mil pies, estudios que condujeron al descubrimiento de una nueva partícula, el pión (o mesón pi), que había sido predicho por el físico japonés Hideki Yakawa en 1935.

Catalá de Alemany había elegido bien el lugar en que ampliar estudios e introducirse en un nuevo campo de investigación. Y fue para avanzar en este campo que recurrió en 1957 a la Fundación Juan March.

En su solicitud, fechada el 10 de diciembre de aquel año, para acceder a una de las Ayudas a la Investigación que convocaba la Fundación, Catalá manifestaba que «deseando dedicarse con mayor intensidad a las investigaciones científicas que viene realizando en el campo de la Física Nuclear, con la colaboración de los señores Fernando Senent Pérez y José Casanova Colas, Profesores de la Facultad de Ciencias de Valencia, los cuales vienen formando parte de este grupo de investigación desde hace varios años ... SOLICITA del Consejo de ese Patronato le sea concedida una «Ayuda de Investigación», correspondiente al grupo de Energía Nuclear de tema específico: CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DE LAS APLICACIONES PACÍFICAS DE LA ENERGÍA NUCLEAR, a cuyo efecto se acompaña la documentación pertinente». ²¹ (Obsérvese, por cier-

20. *Ibid.*

21. El valenciano Fernando Senent Pérez era profesor adjunto de Óptica y Electricidad en la Facultad de Ciencias de Valencia, en la que se había licenciado en 1947. Después de doctorarse había recibido una beca de la Fundación March para realizar estudios en España durante 1957. Era autor de 25 artículos

to, la expresión utilizada, «aplicaciones pacíficas», innecesaria desde nuestro punto de vista actual; pero entonces eran otros tiempos, en los que la física y energía nucleares se encontraban para muchos intrínsecamente unidas a la fabricación de armamento atómico.)

La «documentación pertinente» consistía en una memoria titulada «Nuevas aplicaciones de la técnica fotográfica», en la que Catalá de Alemany abordaba diversos puntos. Comenzando —en la introducción— por unas interesantes notas autobiográficas.

Desde el año 1950 y a consecuencia de estudios realizados en la Universidad de Bristol bajo la dirección de los Profesores Mott y Powell, llevamos realizadas una serie de investigaciones sobre Física Nuclear mediante la Técnica Fotográfica en la Facultad de Ciencias de Valencia, bajo el patrocinio del Instituto de Óptica Daza de Valdés del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, actualmente reforzado con el apoyo de la Junta de Energía Nuclear.

Durante el transcurso de estas investigaciones sobre diversas reacciones nucleares [(d, p) con el carbono y el cloro; (d, n) con el litio; (d, α) con el carbono, etc.],²² así como difusiones elásticas e inelásticas de deuterones y partículas α en diversos elementos, fueron surgiendo nuevos problemas sobre la técnica fotográfica, que abordados por nuestro Grupo, fueron resueltos en algunos casos y en otros son motivo de actuales investigaciones. Por otra parte, del contacto que hemos mantenido de un modo continuo con diversos laboratorios europeos de investigaciones afines (Bristol, París, Bruselas,

(más cinco pendientes de publicación, todos ellos en colaboración con otros autores, entre los que figuraba Catalá de Alemany). El valenciano José Casanova Colás, licenciado en Químicas por la Universidad de Valencia en 1952, y doctor por la misma universidad en 1957, ocupaba en aquel momento una plaza de profesor adjunto de Física en la Facultad de Ciencias de Valencia (era autor de trece artículos, más uno pendiente de publicación).

22. d=deuterio (hidrógeno pesado, cuyo núcleo está constituido por un protón y un neutrón), p=protón, α =partícula alfa (núcleo de helio).

Milán, Estrasburgo, etc.) han ido surgiendo una serie de nuevas aplicaciones de la técnica fotográfica nuclear que constituyen actualmente nuestra principal inquietud científica al tener pleno conocimiento de que su puesta a punto significaría una notable contribución al progreso de la Física Nuclear, en sus aplicaciones pacíficas.

«Sin embargo», añadía, «nuestras posibilidades económicas actuales no nos permiten abordar la resolución de algunos de estos problemas con toda la amplitud que requiere su envergadura, y por ello acudimos a la magnificencia de esa Fundación, solicitando el mecenazgo de estas investigaciones, cuyo plan de trabajo expone-mos a continuación».

Lo que exponía «a continuación» comenzaba por una presentación general de los «Fundamentos y aplicaciones actuales de la técnica fotográfica nuclear». Tales técnicas explotaban el hecho de que cuando una partícula atraviesa una emulsión fotográfica, produce a su paso una alteración fotoquímica de los granos de haluro de plata de la emulsión, alteración que después del revelado aparece como una hilera de puntos ennegrecidos visibles al microscopio, que constituyen lo que se denomina «traza» de la partícula. A partir de las características de esa traza en la emulsión, es posible determinar en algunos casos la masa, carga y energía de la partícula que la ha originado, con lo que la emulsión fotográfica se convierte en un detector de partículas nucleares, pudiéndose deducir los datos necesarios para el estudio de niveles energéticos de los núcleos atómicos, las distribuciones angulares de los productos de reacciones nucleares, las secciones eficaces y calores de reacción de las mismas, al igual que características de partículas elementales o de los rayos cósmicos.

Sin embargo, el campo de aplicación de todas estas técnicas venía muchas veces limitado por el corto alcance de las partículas registradas en la emulsión, así como por los procesos de «desensibilización» de las mismas ante la presencia de elementos extraños, que impedían realizar el reconocimiento y medidas de las característi-

cas de las partículas. «Habiéndonos surgido con frecuencia ambas dificultades a lo largo de nuestras investigaciones», señalaba Catalá en su Memoria, «hemos planeado por una parte un método de discriminación de partículas de corto alcance y por otra, puesto a punto una nueva técnica de carga de emulsiones introduciendo el elemento blanco en el interior de microcapilares de vidrio que impiden su contacto directo con la emulsión. De este modo estamos en condiciones de estudiar procesos tan interesantes y poco conocidos como el reconocimiento de la partícula ligera emitida en la trifisión del U-235, u otros análogos».

No era éste el único problema que pretendían abordar: «Igualmente y siguiendo las ideas surgidas a raíz del I Coloquio de Física Corpuscular de Estrasburgo tenemos el proyecto de estudiar algunos problemas biológicos mediante la técnica fotográfica, abriendo así nuevas posibilidades a este método encaminadas a un creciente progreso de las aplicaciones pacíficas de los procesos nucleares. Para ello se precisa experimentar con esta técnica denominada trazahistofotográfica algunos problemas concretos de tan alto interés fisiológico como es el de la fijación de sustancias radiactivas en tejidos vegetales y animales». En este sentido, Catalá mencionaba las numerosas investigaciones que se estaban llevando a cabo en diversos centros con objeto de estudiar el camino seguido por los diversos isótopos radiactivos originados en las explosiones nucleares, al ser asimilados por animales y vegetales, con la finalidad de determinar los efectos que tales asimilaciones producían. Se había encontrado, por ejemplo, que el estroncio-89, uno de los principales elementos radiactivos producidos en la fisión del uranio, tendía (debido a ser su comportamiento químico en los procesos biológicos muy similar al del calcio) a acumularse en los tejidos óseos con el consiguiente peligro de provocar un cáncer.

Recordemos en este punto que las aplicaciones biológicas y médicas de la física nuclear y de partículas elementales era sujeto frecuente de atención entre los propios físicos; en concreto, no era raro que éstos incluyeran el tema en sus solicitudes de ayuda a fun-

daciones, en la creencia de que éstas reaccionarían favorablemente ante este «más humanitario» programa de investigación. Así sucedió, por ejemplo, con la ayuda que la Fundación Rockefeller prestó al desarrollo de la física de partículas elementales a partir de mediados de la década de 1930. Hasta 1935, esta Fundación estadounidense había rechazado al menos seis solicitudes de financiación de aceleradores.²³ Para Warren Weaver, director desde 1932 del Departamento de Ciencias Naturales de la fundación, esta área de investigación era demasiado nueva y demasiado fundamental (o teórica) para los gustos de su institución. Lo que le hizo cambiar de opinión fueron las aplicaciones biomédicas de los ciclotrones.

Uno de los primeros en reaccionar —y beneficiarse— de semejante cambio de política fue Ernest O. Lawrence (1901-1958), el físico de la Universidad de Berkeley (California) que dio un salto cualitativo y cuantitativo en la investigación de la estructura de la materia con la introducción de los ciclotrones. Lawrence era, o podía ser, mitad científico, mitad empresario. Como empresario advirtió pronto que su máquina tenía aplicaciones médicas y que éstas podían serle de utilidad.²⁴ En un informe que preparó en 1934 señalaba que el sodio-24, que era capaz de producir con cierta facilidad en sus ciclotrones bombardeando rocas de sal con deuterones, podía tener importantes aplicaciones comerciales. Este elemento recorre, en efecto, el cuerpo humano como el sodio ordinario, pero su vida media, 15 horas, era adecuada para realizar estudios

23. Robert E. Kohler, *Partners in Science. Foundations and Natural Scientists op. cit.* en la Introducción; pp. 371 y ss.

24. De hecho, Lawrence intentó patentar algunos radioelementos con aplicaciones médicas, para así obtener con su venta fondos para su laboratorio. La solicitud de patente de producción de radioisótopos mediante el bombardeo con deuterones no fue aceptada, pero la patente que cubría al ciclotrón, en donde de hecho se producían, habría podido cumplir de alguna manera funciones parecidas, caso de haberse materializado la industria radiofarmacéutica en la década de 1930. Más tarde, la situación cambió con la aparición de los reactores nucleares.

sobre la circulación de la sangre: una vez ingeridas cantidades muy pequeñas se comprobaba con un contador Geiger que, por ejemplo, esta sustancia radiactiva llegaba a una mano en unos pocos minutos.²⁵

Estos nuevos horizontes que se vislumbraban dieron popularidad a los ciclotrones y la Fundación Rockefeller, siempre interesada en los desarrollos médicos, venció sus reparos. Entre 1935 y 1945 apoyó nueve proyectos de acelerador, lo que significa uno de cada seis de los que se construyeron. Los primeros ciclotrones para los que aportó dinero fueron para los laboratorios de Niels Bohr en Copenhague y de Frédéric Joliot-Curie en París, en los que la parte física y la biomédica estaban equilibradas. A estos proyectos europeos le siguieron a finales de los años treinta cuatro en Estados Unidos, con fines predominantemente biomédicos: en las universidades de Washington, Minnesota, Rochester y California.

Volviendo a la solicitud de ayuda de Catalá, tenemos que con respecto al plan de actuación, el físico de Valencia mencionaba que pretendía llevar a cabo el proyecto en dos años, «con la ayuda de los colaboradores y becarios de nuestra Sección y en especial con la de los Sres. Senent y Casanova», el primero encargándose del reconocimiento de partículas de corto alcance y el segundo de toda la labor físico-química de la preparación de las emulsiones y revelado de las mismas.

El 29 de marzo, Alejandro Bérghamo notificaba a Catalá de Alemany que el jurado correspondiente de la Fundación había decidido concederle la ayuda solicitada. Pudo así dedicarse a un tipo de

25. Aunque también se le utilizó para diagnosticar algunos desórdenes vasculares, el sodio-24 no hizo, sin embargo, honor a las esperanzas que Lawrence había depositado en él. Otros radioelementos generados en el ciclotrón sí lo harían. El fósforo-32 fue empleado con éxito en el tratamiento de la leucemia y en la enfermedad de Hodgkin; el yodo-131 para combatir problemas de tiroides, el cobalto-60 en la quimioterapia del cáncer y el tecnecio-99 para diagnosticar el cáncer.

investigación que aunque, como he señalado, implicaba dificultades no era, en principio, excesivamente cara, no desde luego tanto como la investigación que utilizaba aceleradores de partículas.²⁶ En lo que se refiere a los resultados obtenidos, cuando se consultan las memorias semestrales que Catalá puntualmente remitió a la Fundación se observa que se cumplieron razonablemente —aunque sin logros espectaculares— los objetivos planteados, empleándose el dinero (cuatro entregas de 62.500 pesetas) en la adquisición de material (por ejemplo, un objetivo de microscopio Kodak, una máquina Restysuma Hispano Olivetti para la realización de cálculos y frascos de emulsiones fotográficas), viajes de Senent o Casanova a diversos lugares (Mol-Donk, en Bélgica, para realizar la preparación e irradiación de las placas cargadas con uranio-235, París, Lieja y Madrid, para realizar experiencias de prueba en el reactor de la Junta de Energía Nuclear), así como para gratificaciones extraordinarias al personal del Centro de Física Fotocorpuscular (constituido por once investigadores y tres auxiliares), que importaban, parece, 36.200 pesetas cada semestre. La profesión universitaria, recorde-

26. «La técnica de emulsiones», escriben Navarro, Velasco y Doménech, «era particularmente adecuada para un país como España, donde la investigación científica se recobraba con gran dificultad de la destrucción provocada por la Guerra Civil de 1936-39. La infraestructura científica, apoyo gubernamental y recursos humanos eran prácticamente inexistentes. Para que España, en semejante situación, sin aceleradores ni otro tipo de material científico costoso, pudiese participar en la frontera de la investigación experimental en Física Nuclear, el dominio científico más interesante de la época, era necesario disponer de una técnica barata y eficaz, capaz de producir resultados relevantes. Catalá había sido testigo privilegiado de tal posibilidad. Durante su estancia de un año en Bristol llegó a la conclusión que la técnica de las emulsiones, entonces en su apogeo gracias al descubrimiento de los mesones π por C. F. Powell y su grupo, era el instrumento ideal». Y en nota a pie de página, añaden: «Así nos lo expresó en conversación privada, si bien no podemos precisar cuando y hasta qué punto Catalá supo valorar entonces todas las posibilidades de la técnica y su adecuación a la situación española». V. Navarro, J. Velasco y J. Doménech, «La creación de una nueva disciplina científica en España», *op. cit.*, p. 66.

mos, estaba miserablemente pagada en aquellos tiempos, especialmente en lo que a colaboradores se refiere.

Los informes semestrales enviados por Catalá eran, naturalmente, evaluados, pero no parece que la elección para realizar tal tarea fuese muy apropiada (tampoco, es cierto, existían demasiadas posibilidades para elegir expertos en el campo, aunque sí algunas): se eligió a un miembro de la Dirección Telegráfica de Fuerzas Eléctricas de Cataluña, Juan Sans Cardus, que redujo todos sus informes a una de las siguientes expresiones: «en lo que alcanza el rápido examen que me ha sido posible realizar, me parece favorable», o «[el informe de Joaquín Catalá de Alemany] me parece muy bien».

Por cierto, ya finalizada la ayuda, el 11 de junio de 1962, Catalá pidió permiso a la Fundación March para presentar a uno de los premios que convocaba el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el «Francisco Franco de Ciencias», «un trabajo realizado en colaboración por todo el equipo del Centro, y que en esencia incluye gran parte de la labor que llevamos a cabo con motivo de la Ayuda que esta Fundación nos concedió». El permiso le fue concedido, y terminó recibiendo, en 1963, el galardón.

Por último señalaré que a pesar de lo mucho que trabajó Catalá por crear el grupo de Valencia, y de que las cosas le fueran resultando razonablemente bien, no pudo resistir la tentación de trasladarse, en 1973, a la Universidad de Madrid, para ocupar la cátedra de Física del Aire de la Facultad de Ciencias. Acaso se dio cuenta de que en la capital tendría mayores facilidades y oportunidades que en Valencia; por ejemplo, en la cercana a la Facultad de Ciencias, Junta de Energía Nuclear, a algunas de cuyas instalaciones ya había recurrido el grupo de Valencia. Efectivamente, Catalá formaría parte de algunos órganos de gobierno de la Junta: en 1966, fue designado presidente de un Comité Nacional de Altas Energías que, siguiendo las indicaciones del CERN (del que España formaba entonces parte), debía coordinar los trabajos sobre altas energías que se llevaran a cabo en España, y en 1969 fue elegido miembro del Patronato del Instituto de Estudios Nucleares

de la Junta de Energía Nuclear. Otro beneficio que pudo obtener al instalarse en Madrid fue el ser elegido, en 1980, miembro de número de la Real Academia Española de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, puesto del que tomó posesión en junio de 1981. Estrictamente no era imposible entrar a formar parte de la Academia sin vivir en Madrid, pero entonces sí muy difícil (todavía hoy no es fácil, aunque mucho más).

GONZALO TORRENTE BALLESTER:
«... A NINGUNO DE USTEDES SE OCULTA
QUE LA POSICIÓN SOCIAL DE LOS
ESCRITORES EN ESPAÑA HACE
NECESARIO EL MECENAZGO»

Aunque había recibido el Premio de Novela de la Fundación Juan March en 1959, por *El señor llega*, en 1964 Gonzalo Torrente Ballester (1910-1998) solicitaba a la Fundación una pensión del grupo de Literatura.²⁷ Por entonces, el escritor gallego era ya alguien en las letras hispanas. Nacido en Ferrol el 13 de junio de 1910, había estudiado Derecho y Filosofía en las universidades de Santiago, Oviedo y Madrid, licenciándose, con Premio Extraordinario, en Filosofía y Letras (Sección de Ciencias Históricas). Era desde 1940 catedrático de Instituto de Enseñanza Media (cuando solicitó la ayuda era catedrático del Instituto femenino de Ferrol). Ha-

27. Por cierto que aquel premio parece que representó algo especial para Torrente Ballester, como se recoge en un artículo de *La Estafeta Literaria* de José López Martínez («Los premios, pensiones y becas de la Fundación Juan March») publicado el 1 de abril de 1976: «No hace mucho», leemos allí, «recordaba públicamente Gonzalo Torrente Ballester la importancia que tuvo para él la concesión de un premio de la Fundación, por su novela *El señor llega*, precisamente —año 1959— cuando atravesaba un momento de desánimo, motivado por la incompreensión hacia su obra. Este premio, al parecer, le devolvió el estímulo para seguir en la brecha».

bía comenzado a asomarse al periodismo muy tempranamente, en 1927, en el diario *El Carbayón* de Oviedo, aunque sería a partir de 1937 cuando lo practicó de lleno, con colaboraciones en revistas como *Escorial*, *Tajo*, *Índice*, *Ínsula* o *Triunfo*, y en diarios como *Arriba* o *ABC*. Fue crítico teatral de *Arriba* entre 1950 y 1962, año en que pasó a desempeñar esta función en *Triunfo* y *Primer Plano*, y también (desde 1951) en Radio Nacional.

En el ámbito de la literatura, al que me refería antes, había publicado ya un buen número de libros de creación (también otros de historia literaria, ensayos y traducciones): *El viaje del joven Tobías* (1938), *El casamiento engañoso* (1940), *Lope de Aguirre* (1941), *El retorno de Ulises* (1945), *Javier Mariño* (1943), *El golpe de Estado de Guadalupe Limón* (1946), *Ifigenia* (1948), *El señor llega* (1958), *Donde da la vuelta el aire* (1960), *La Pascua triste* (1962) y *Don Juan* (1963). Además, había recibido algunos premios: el Nacional de Autos Sacramentales en 1959; el ya mencionado de Novela de la Fundación March en 1959, y el Nacional de Crítica Teatral (1964). Con semejante currículum no es de extrañar que hubiese formado parte de diversos jurados literarios, entre ellos el premio «Madrid» de la Fundación Juan March, que fue otorgado a Ramón Gómez de la Serna.

De hecho, antes de presentar formalmente su solicitud de pensión, Torrente Ballester se dirigió, el 4 de febrero de 1964, al consejero secretario de la Fundación, Alejandro Bérnago, manifestándole que acababa «de leer el anuncio de las nuevas becas y ayudas de la Fundación, y, si no recuerdo mal, en la última de nuestras entrevistas nos habíamos referido vagamente a ellas. Ha pasado bastante tiempo desde entonces, y todavía no me he enderezado totalmente de ciertos quebrantos de los que también hablamos alguna vez. Ahora, ante la convocatoria, pienso si estará bien contarme entre uno de los solicitantes, y si, de contarme, el jurado correspondiente consideraría mi petición (me refiero al Jurado; con la aquiescencia y amistad de V. ya sé que cuento). Estoy dispuesto, pues, a enviar mi carta si V. me lo aconseja, porque el caso es que las atenciones dia-

rias me impiden escribir una novela, bastante importante, que tengo pensada y estudiada desde hace bastante tiempo».

Bérgamo le contestó lo obvio: que no existía «inconveniente alguno en que solicite Vd. una de las Pensiones de Literatura instituidas por la Fundación para el año 1964», que la designación del jurado correspondía «a Organismos e Instituciones completamente ajenos a la Fundación, la cual se reserva únicamente el derecho de designar un Secretario, sin voto, para cada Jurado», así como que comprendía «perfectamente todas las razones que invoca en su carta y será para todos una gran satisfacción el que obtenga la ayuda que merece».

A pesar de no obtener las seguridades que muy probablemente deseaba, Torrente envió su solicitud. Resulta interesante reproducirla:

MEMORIA

que presenta Gonzalo Torrente Ballester a los Sres. Miembros del Jurado que ha de discernir las Pensiones para Literatura de la Fundación JUAN MARCH, año de 1964.

Señores:

el autor de esta Memoria no es un principiante de la Literatura, sino un hombre maduro en la vida y en las Letras, y quizá sea esta razón, la madurez, la que le hace titubear al ponerse a escribir esta Memoria. Porque, ¿qué es lo que un escritor puede decir discretamente de la obra que piensa escribir? ¿Hasta dónde una exposición técnica no parecerá pedantería, y una expresión de su esperanza, vanagloria?

Si los señores miembros del Jurado conocen mi obra anterior, o, al menos, los últimos libros que he publicado y que yo estimo los mejores, pueden hacerse perfectamente una idea cabal de mis posibilidades y de mis limitaciones. A los que desconocen mi obra, les aseguro que he permanecido fiel a mi vocación, muchas veces en contra de mi voluntad y de mi conveniencia, y que como crítico, como novelista, como ensayista y como dramaturgo frustrado, he actuado siempre con la mayor honestidad.

Quiero escribir ahora una novela cuyo título previsto es el de «LAS ÍNSULAS EXTRAÑAS». Pretendo que sea una novela realista, más

en la línea estética de «El Señor llega» que en la de «Don Juan». Sin que esto quiera decir que me siento satisfecho del procedimiento y estilo de mis novelas anteriores, sino que pretendo mejorar el uno y perfeccionar el otro.

LAS ÍNSULAS EXTRAÑAS pretende ser una novela de tema actual; actuales serán igualmente su materia y su estilo. Con lo cual aspiro a permanecer fiel a mi tiempo y a mis convicciones estéticas y morales. No creo que la obligación exclusiva del artista consista en dar testimonio de la vida en torno, pero pienso que me ha llegado el momento de dar testimonio del mundo en que vivo. Esto quiere ser LAS ÍNSULAS EXTRAÑAS; pero, entiéndaseme bien, no un testimonio *periodístico*, no una novela-reportaje (género literario que detesto), sino, ante todo, una obra de arte, una obra poética.

Mi materia no será, pues, la realidad aparente y superficial, sino los entresijos de esta realidad, y no en sus manifestaciones más visibles y, por decirlo así, públicas y conocidas, sino en aquellas parcelas no por raras menos reales y que justifican el título de «extrañas». Si al realismo que he practicado hasta ahora se le puede llamar, con toda propiedad, fenomenológico, lo que acabo de decir no implica abandono de mis procedimientos anteriores, puesto que creo que, más acá del mero fenómeno humano, está esa apariencia volátil, eminentemente superficial, que llamamos periodística.

Resulta obvio añadir que pretendo utilizar preferentemente la descripción y el diálogo, y dejar la mera narración para las zonas muertas o transitivas; y no por menosprecio del procedimiento narrativo, sino por estar convencido de que a la novela realista, en cuya tradición me incluyo, convienen mejor la descripción y el diálogo.

Mis problemas mayores serán los constructivos. El material de que dispongo abunda, sobre todo, en personajes, la mayor parte de los cuales no pueden considerarse secundarios. Y aunque existe una acción principal, cuya función en el cuerpo novelesco es más que nada directriz, la jerarquía de los personajes que no intervienen directamente en ella confiere a las acciones secundarias una importancia tal que las hace difícilmente subordinables. Me encuentro como los constructores de la catedral de Sevilla cuando pretendían levantar una fábrica cuyas naves laterales fuesen tan altas como la central.

No creo ser el primer novelista que se encuentre ante semejante problema. ¡Dios me libre de tal ocurrencia! Pero confieso mi aspiración de hallar un nuevo modo de resolverlo, un modo orgánico, no mecánico o de «montaje», que añada algo a las técnicas usuales. Y confieso también que me gustaría exponerlo aquí, aunque fuera con palabras rimbombantes; pero declaro sinceramente que todavía no sé cual es, aunque oscuramente lo presienta.

Estas dificultades, no imaginativas ni poéticas (los personajes bullen en mi interior desde hace tiempo; hablan y actúan ya por su cuenta sin pedirme permiso), sino artísticas, me llevan a esperar que LAS ÍNSULAS EXTRAÑAS será novela de elaboración lenta; calculo un año para escribir los setecientos u ochocientos folios de que constará. El deseo de hallar el tiempo y el sosiego necesarios me ha aconsejado solicitar el reingreso en el Cuerpo de Catedráticos de Instituto, dentro del que me hallaba en situación de excedencia, y marcharme a una provincia. Para esto he tenido que renunciar a mi actual situación en Madrid, con evidente sacrificio de muchas ventajas y conveniencias.

Por esta razón, Señores, me he atrevido a solicitar una Pensión de la Fundación Juan March; a ninguno de ustedes se oculta que la posición social de los escritores en España hace necesario el mecenazgo.

En Madrid, a treinta de marzo de 1964

GONZALO TORRENTE BALLESTER

A comienzos de mayo, el día 6, la Fundación le comunicaba que le había sido concedida la pensión que solicitó, dotada con cincuenta mil pesetas, «para la realización de la novela *Las ínsulas extrañas*». Unos días después, el día 9, don Gonzalo contestaba desde Pontevedra, donde ya se había instalado, con una tarjeta en la que después de agradecer la concesión manifestaba: «Me sucede que, como siempre, mis proyectos novelescos se complican, y que lo que fue concebido como una sola novela —*Las ínsulas extrañas*— se convertirá en una trilogía como *Los gozos y las sombras*, o quizá en todo un ciclo. ¿Es atribuible la beca a la primera de dichas novelas; a la

que, entre trancas y barrancas, estoy escribiendo? En ese caso, tengo mucho gusto en participarle que la beca queda aceptada desde este mismo instante, y que acepto muy gustoso todos los compromisos implícitos en la aceptación».

Torrente Ballester cumplió su propósito. El 14 de agosto de 1965 envió a la Fundación el manuscrito de *Las ínsulas extrañas*, que sería publicado en 1969 por Destino (Barcelona) con el nuevo título de *Off-side*. Contenía una visión, a la vez desenfadada y dramática, de cierto sector de la sociedad madrileña de entonces.

EUSEBIO SEMPERE: LA FUNDACIÓN MARCH AL SERVICIO DE LA CREACIÓN ARTÍSTICA

Como tendremos ocasión de comprobar especialmente en el capítulo 6, la pintura, en primer lugar, y la escultura, en segundo, han ocupado un lugar distinguido entre los intereses de la Fundación Juan March, y ello no sólo por las exposiciones que ha organizado, sino también por la espléndida colección de arte que atesora. Y dentro de ese arte pictórico ha mantenido una relación particularmente intensa con una serie de artistas entre los que se cuentan el denominado «grupo de Cuenca» (Fernando Zóbel, Gustavo Torner y Gerardo Rueda entre ellos), algunos miembros del colectivo El Paso y otros que aunque no formaron parte estrictamente de estos grupos sí que estuvieron personal y artísticamente muy vinculados a algunos de sus componentes, como sucede con el alicantino Eusebio Sempere.

Como una forma de recoger esta dimensión de la Fundación Juan March, incluyo a continuación los datos relativos a una ayuda que la Fundación otorgó al pintor, escultor y grabador Eusebio Sempere en 1965. No fue, por supuesto, el único artista de los que acabo de mencionar que recibió una de esas ayudas, pero sí uno de los más notables.

Eusebio Sempere Juan (1923-1985), autor de obras tan conocidas como la serie de serigrafías *Las cuatro estaciones* (1965) y la *Es-*

cultura móvil (1972), que realizó para el Museo de Escultura al Aire Libre del Paseo de la Castellana de Madrid, fue uno de los principales representantes en España de la denominada abstracción geométrica. Tras asistir a clases nocturnas en la Escuela de Artes y Oficios de Valencia, ingresó en la Escuela de Bellas Artes de San Carlos. En 1948 viajó a París, gracias a una beca de la Universidad de Valencia, y se instaló en el Colegio de España de la Ciudad Universitaria, donde coincidió con Chillida y Palazuelo. Allí descubrió a Matisse, Modigliani, Braque, Delaunay, Klee, Mondrian y Kandinsky, y en 1953 realizó una serie de *gouaches* sobre cartulina negra, que tienen como base formas cuadradas o circulares que se fragmentan y combinan de maneras múltiples. A su regreso a España el 15 de enero de 1960, se instaló en Madrid, donde entró en contacto con los miembros del grupo El Paso, Julio López Hernández, Antonio López, Vicente Vela, Fernando Zóbel y Juana Mordó. Como ha señalado Pablo Ramírez, en su «decisión de abandonar París, después de diez años de permanencia, convergen razones de todo tipo que van desde el agotamiento frente a la penuria económica hasta la insatisfacción por las dificultades para ser acogido por el circuito artístico parisino. Pero también debieron de pesar sus cada vez mayores diferencias con respecto al arte óptico-cinético, junto con la presión de algunos amigos, como Lucio Muñoz y Vicente Aguilera Cerni, instándole a volver con objeto de que pudiera disfrutar de la nueva y estimulante situación que se estaba produciendo en España, en la que el arte más avanzado era promocionado con considerable éxito desde instancias institucionales en los foros internacionales más prestigiosos».²⁸

Afincado en España, redescubrió, hacia 1962, el paisaje de Castilla, que llevó a su pintura y que tuvo en la carpeta titulada *Las cua-*

28. Pablo Ramírez, «Los paisajes de Eusebio Sempere», en *Sempere paisajes* (Fundación Juan March, Madrid, 2000, pp. 7-17). Esta obra es el catálogo de una exposición sobre Sempere que tuvo lugar entre el 24 de octubre de 2000 y el 13 de enero de 2001 en el Museu d'Art Espanyol Contemporani de Palma de la Fundación Juan March.

tro estaciones, compuesta por cuatro serigrafías estampadas con catorce, dieciséis, catorce y trece tintas, respectivamente (un auténtico alarde en aquella época), de las que en 1980 y 1981 realizó una nueva versión utilizando el *gouache* sobre tabla, que actualmente forman parte de la colección de la Fundación Juan March.²⁹ En 1963, el Instituto Internacional de Nueva York le concedió una beca Ford para viajar durante seis meses por Estados Unidos, lo que le facilitaría más tarde, en 1966, exponer individualmente en la Galería Berta Schaefer de Nueva York, en la que había expuesto junto con José María Subirats en 1963. En aquella exposición de 1966, el MoMA, el Museo de Arte Moderno de Nueva York, adquirió una de sus obras. Fue, precisamente, para preparar materiales que mostrar en aquella exposición de 1966, que en 1965 Sempere solicitó una ayuda de la Fundación Juan March. A continuación cito el texto que el artista alicantino envió junto con el impreso de su solicitud:

El motivo de solicitar de la Fundación March una Pensión de Bellas Artes es el de realizar la obra necesaria para exponer, en el próximo mes de Abril, en la Galería Berta Schaefer, de Nueva York.

Dicha exposición, con obra diversa, estará constituida en su mayor parte por móviles de metal, dentro de la problemática por mí ensayada anteriormente, y cuyas posibilidades de desarrollo considero ilimitadas.

Es mi intención investigar hasta el máximo los múltiples contrastes ópticos a que puede dar lugar el juego de planos diferentes y las diversas calidades y grosor del metal con los que puede llegar a crearse una cierta escultura dinámica, mutable, luminosa, objeto de mis actuales preocupaciones estéticas y plásticas.

El material metálico con que debe ser realizada esta obra tiene, como es lógico, un costo muy superior al de otros materiales tradicionales de la plástica, por lo cual la concesión por parte de la Fundación March de la Pensión que solicito facilitaría en gran parte la creación de la obra propuesta.

29. La carpeta, que incluía poemas de Laín Entralgo, fue editada por la Galería Juana Mordó en 1965, con ocasión de una exposición de Sempere.

El 9 de diciembre de 1965, Alejandro Bérghamo le escribía comunicándole que le había sido concedida la pensión solicitada. Contribuía de esta manera la Fundación Juan March al desarrollo de la carrera de un artista que en 1983 recibió el premio Príncipe de Asturias de las Artes. En 1976 había donado su colección particular de arte contemporáneo a la ciudad de Alicante.

FRANCISCO MORALES NIEVA, ESCENÓGRAFO

Francisco Morales Nieva o, como es más conocido, Francisco Nieva, es hoy un autor teatral de reconocido prestigio, miembro de la Real Academia Española. No ignorados, pero menos conocidos son sus trabajos e intereses en el ámbito de la pintura y la escenografía. En sus memorias, él mismo constató este hecho, cuando escribió:³⁰ «El que luego fue conocido escenógrafo y dramaturgo Francisco Morales Nieva, nacido el 29 de diciembre de 1924, muy especialmente iniciado por su propia madre en el cultivo de las Bellas Artes, dedicó la mayor parte de su juventud al empeño de hacerse admitir como artista plástico. En la raya de la madurez cambió repentinamente de oficio y se dedicó al teatro y a la literatura el resto de su vida». La beca que solicitó en abril de 1966 a la Fundación Juan March, en la sección VII, correspondiente a «Bellas Artes. Pintura», muestra una parte de esos intereses, los de escenógrafo. De hecho, se puede decir que recibió la ayuda de la Fundación en esa «raya de la madurez», o muy cerca, a la que se refería en la cita anterior. Veamos cuál fue la memoria que presentó en aquella ocasión:

La beca de estudios que tengo el honor de solicitar de esa Institución obedece al siguiente programa:

30. Francisco Nieva, *Las cosas como fueron. Memorias* (Espasa, Madrid 2002, p. 14).

1.º Visitar los talleres de realización de decorados en varios teatros de ópera —Londres, París, Milán, Bruselas, Múnich y Viena— con objeto de informarme sobre los diferentes métodos de trabajo, aplicación de nuevos materiales, técnicas de vanguardia y de experimentación, trucaje, etc.

2.º Visitar igualmente los talleres de sastrería para observar el tratamiento de las telas especialmente fabricadas para uso teatral, ornamentación, teñido, pasamanería y otros efectos.

3.º Conocer las nuevas escuelas o cátedras de escenografía de tendencia experimental, su sistema de enseñanza y organización.

4.º Acceder a diferentes bibliotecas o museos teatrales para recoger datos sobre los métodos seguidos en el siglo XIX para la ejecución de decorados «a la italiana».

Los sistemas seguidos en nuestros actuales talleres de ejecución son excesivamente primitivos. El montaje de nuestros decorados es pesado y de muy difícil conservación y almacenamiento. El uso del poliéster y de otros materiales se halla muy generalizado en la escenografía de otros países, así como la aplicación ortodoxa de ciertos sistemas de probada eficacia seguidos en el siglo pasado respecto a la pintura sobre gasas superpuestas y demás efectos del teatro barroco y romántico. Técnicas adoptadas con un criterio muy moderno por Zeffirelli, Visconti y otros importantes directores de escena. Así pues, el objetivo de estas visitas sería el de corregir la improvisación de nuestros montajes, sistematizando la realización de algunos efectos escénicos.

Nuestras embajadas y consulados se encargarían de introducirme cerca de los citados organismos. Agradecería infinitamente a la Fundación Juan March la consideración de estos trabajos, por si dichas experiencias pudieran ser útiles en la organización de la nueva Ópera.³¹

31. Obsérvese esto que decía: «pudieran ser útiles en la organización de la nueva Ópera». Como veremos en el próximo capítulo, por entonces se estaba intentado construir un nuevo Teatro de la Ópera, con la ayuda de la Fundación March.

A esta memoria, Nieva acompañaba un currículum que también merece la pena reproducir, en tanto que sirve para comprender cómo veía él mismo su carrera e intereses:

CURRICULUM VITAE

- 1939 — Estudios de bachillerato. Primeros estudios de derecho.
- 1942 — Estudios libres en la Academia de San Fernando: pintura, grabado, etc.
- 1945 — Ayudante de decorador en la empresa CIFESA a las órdenes de don Enrique Alarcón.
- 1950 — Trabajos de ilustración, exposiciones en Madrid.
- 1952 — Viaje a París. Participación en los movimientos de pintura moderna. Exposiciones en París, Bruselas, México, Viena, Berlín. Residencia en Francia.
- 1957 — Participación en varios coloquios y asambleas teatrales. Trabajos en el Centro Nacional de Investigaciones Científicas Francesas: diferentes ensayos y artículos sobre teatro en su aspecto plástico, entre los que se cuentan un estudio sobre las puestas en escena de García Lorca, virtudes plásticas del teatro de Valle Inclán, la crisis del estilo en el teatro español del siglo XVIII y otros, aparecidos en publicaciones del Centro de Investigaciones Científicas Francesas y en el *Boletín Hispánico* de la Sorbona.
- 1960 — Premio Singer-Polignac por el conjunto de la obra pictórica. Asistencia a la Bienal de Venecia y a varias exposiciones de pintura española de vanguardia en el extranjero. Primeras participaciones en París en teatro experimental.
- 1963 — Retorno a Madrid. Primeros contactos con el teatro español. Hasta la fecha, participación en el montaje y realización de *El rey se muere* y *El nuevo inquilino* de Ionesco; *Intermezzo* de Giraudoux; *Pygmalion* de Shaw; *Después de la caída* de Miller; *El zapato de raso* de Clau-

del; *El señor Adrián* de Arniches; primer montaje de *La dama duende* de Calderón en Nueva York y al presente en Madrid; dirección y montaje de *Los sobrinos del capitán Grant* de Ramos Carrión y Caballero; *Capricho español* en el Teatro de la Ópera de Palermo; preparación de una escenografía para *Juana de Arco* de Verdi en el teatro de La Fenice de Venecia.

El 28 de junio (1966) se le informaba que se le había concedido la beca de estudios en el extranjero que había solicitado. Los lugares de trabajo: Londres, París, Bruselas, Milán y Múnich. Duración: cuatro meses. Asignación por estancia: mil doscientos dólares estadounidenses. Asignación de viaje de ida y vuelta: 225 dólares. Y «al ser aprobada, en su caso, la Memoria final», recibiría 2.000 pesetas por cada mes dedicado en el extranjero a los trabajos objetos de la beca.

No sería, sin embargo, hasta principios del año siguiente cuando Nieva comenzó a disfrutar de la beca. El 8 de febrero de 1967 escribía a la Fundación desde París comunicándoles «el comienzo de mis trabajos. He sido acogido en “La Comédie Française” con extrema amabilidad por Madame Laliqne —la autora de tantas famosas escenografías— que me ha puesto al corriente de todo el sistema de trabajo seguido en la casa y me ha permitido interrogar a muchas personas y conocer los menores rincones de aquel teatro ilustre». Y se despedía señalando su «convencimiento de lo muy útil para mi carrera que ha de ser este viaje».

El 6 de marzo volvía a dirigirse a los responsables de la Fundación, esta vez desde Dublín:

He finalizado mi estancia en Londres y actualmente me encuentro en Dublín visitando las instalaciones técnicas del Teatro de la Abadía, antes de empezar mi trabajo en Alemania.

Gracias al British Council he podido observar detenidamente todo el sistema de trabajo y las nuevas técnicas empleadas en el Teatro de la ópera de Covent Garden, lo que me permitirá hacer más

tarde un estudio completo de todo ello, comparándolo con lo que aún he de observar en Alemania, Austria, países escandinavos e Italia. Varias revistas españolas me han pedido un reportaje pero esperaré al final de mi beca el consentimiento de ustedes para publicarlos.

Les reitero mi agradecimiento por el enriquecimiento que a mi carrera está procurando este viaje a través de los más modernos teatros de Europa.

El 30 de mayo enviaba un nuevo informe —el último— sobre sus progresos, esta vez desde Venecia: «Mi experiencia más provechosa ha sido la de Berlín Este —con la Ópera Cómica, dirigida por el gran *metteur en scène* Walter Felsenstein— y la de Praga. En estos lugares la puesta en escena de espectáculos líricos se ha enriquecido de modo muy considerable, con relación a otros países que, por tanto, gozan de una sólida tradición teatral y musical. El empleo de nuevos materiales y, ante todo, un nuevo concepto de la decoración teatral han constituido para mi carrera un motivo de enriquecimiento y de evolución ... También en mis exploraciones dentro de los más prestigiosos teatros he podido descubrir cantidad de técnicos de nacionalidad española, personas de una gran suficiencia y responsabilidad, cuyos nombres pueden ser muy útiles a esa institución cuando el nuevo teatro de la Ópera, aún en proyecto, pueda considerarse en marcha».

JOSÉ FERRATER MORA Y SU LIBRO
DE LA MATERIA A LA RAZÓN

Vimos ya antes, en relación con Manuel Cardona, que la acción de la Fundación Juan March aunque destinada fundamentalmente a ayudar a estudiosos residentes en España podía también extenderse hacia fuera de nuestras fronteras. Esto es lo que sucedió también con una de las figuras más importantes de la filosofía hispana: José Ferrater Mora (1912-1991), quien, como es bien sabido, desarrolló

la mayor parte de su carrera en Estados Unidos, en el Departamento de Filosofía del Bryn Mawr College, de Pennsylvania.

En junio de 1975, durante uno de sus viajes a España, Ferrater visitó al director-gerente de la Fundación, José Luis Yuste. Según se hace patente en una carta que Ferrater envió a Yuste de regreso a Norteamérica el 30 de julio de 1975, el filósofo le habló de una investigación que planeaba emprender y de la posibilidad de que la Fundación March le ayudase. Todo indica que ésta le animó a que presentase alguna propuesta, lo que Ferrater hizo (sirviéndose como enlace de su amigo Ángel Sánchez Harguindey). Se trataba de un proyecto que debería conducir a la escritura de un libro. Cito a continuación algunos pasajes del escrito de Ferrater (que llegó a la Fundación el 8 de agosto de 1975):

En principio, la investigación, y la composición del libro cuyas líneas generales se bosquejan en el documento adjunto, debería tener lugar en el curso del año académico septiembre 1976-mayo 1977. Si se le agregan los meses de primavera y verano subsiguientes, es decir, de junio a fines de agosto de 1977, ello arroja un total de 15 meses de dedicación completa al proyecto.

En una obra de esta naturaleza, que, además, prolonga y amplía los trabajos filosóficos del autor, hay inevitablemente estudios preliminares que deben de estar realizados antes de dedicar el tiempo completo a la investigación principal y a la composición de la obra. La investigación principal consiste en una revisión de la vasta literatura sobre cuestiones éticas, metaéticas y ético-sociales producida sobre todo en el curso de los últimos veinte años. Si el solicitante puede consagrar a la obra todo el tiempo indicado, lo más razonable es pasar parte considerable de este tiempo en los Estados Unidos, en donde se encuentra gran cantidad de materiales. Por haber trabajado el solicitante en bibliotecas norteamericanas durante un cuarto de siglo, está familiarizado con su acceso y con su contenido. Las bibliotecas más frecuentemente consultadas serían las de las Universidades de Pennsylvania y Princeton, así como las de Columbia y Harvard (Widener Library).

El libro resultante podría ser publicado, si así se desea, por la Fundación March o podría ser publicado en una editorial de prestigio —hay varias que, hace tiempo ya, están interesadas en semejante obra— con la indicación clara y precisa de la ayuda de la Fundación March para la investigación y composición. Lo último lo hizo el solicitante con su libro *El ser y el sentido* (Madrid: Revista de Occidente, 1967), cuya redacción, como consta formalmente, fue hecha posible por la ayuda de un año prestada por el «American Council of Learned Societies».

De hecho, como el propio Ferrater señalaba en una carta posterior a Yuste (14 de noviembre, 1975), lo que pretendía con este nuevo libro —al que asignaba el título de *Ser, hacer y deber ser*— era completar «el ciclo de pensamiento expresado en mis anteriores libros, y especialmente en *El ser y la muerte* y *El ser y el sentido*».

Como el proyecto requería un año entero de dedicación plena, Ferrater deseaba pedir un año de permiso sin sueldo en Bryn Mawr College, lo que significaba que dejaría de percibir los 24.000 dólares de su salario anual. Esto es lo que solicitaba a la Fundación March, aunque se mostraba abierto a alguna otra posibilidad.

El director-gerente de la Fundación pidió consejo a Andrés Amorós, entonces director de actividades culturales de la Fundación, quien señalaba (11 de septiembre de 1975): «Es [Ferrater Mora] una ilustre figura de la filosofía española. Me parece bien, por lo tanto, concederle una ayuda para su trabajo en los términos que parezca oportuno, *reservándose* el derecho de publicación y sugiriéndole también alguna participación en nuestros cursos universitarios, cuando esté en España. Así pues, informe positivo».

Aquel mismo mes (septiembre), la Comisión Asesora de la Fundación aprobó la concesión a Ferrater de un millón trescientas mil pesetas (el equivalente a su salario), «para la realización de un trabajo de investigación el cual dará lugar a una publicación sobre el tema “Ser, hacer y deber ser” a desarrollar en el curso 1976-1977. Dicha concesión se llevará a cabo siempre que el Profesor Ferrater

se comprometa a realizar algún curso universitario en nuestra sede y reservándonos el derecho a publicar el trabajo resultante de esta ayuda, si se estima conveniente».

Informado por la Fundación, Ferrater Mora escribía a Yuste (14 de noviembre de 1975) reiterando un punto que había expuesto en su solicitud: «pienso pasar la mayor parte del tiempo en Estados Unidos trabajando en el [proyecto], por la riqueza de materiales disponibles y la accesibilidad de los mismos. Desde la biblioteca del Congreso hasta la Widener Library, de Harvard, pasando por las cercanas bibliotecas de las Universidades de Pennsylvania y Princeton, y, por supuesto, la de mi propia institución, no creo que haya la más remota posibilidad de *no* encontrar lo que necesite en cada momento». ¡Qué diferente era la situación en España! Entonces, habría que añadir, al igual —aunque algo menos— que ahora, que se sigue sin valorar completamente lo que significa disponer de buenas y bien surtidas bibliotecas universitarias.

En esta carta, Ferrater señalaba también que pensaba «pasar por España durante el curso académico de 1976-1977, muy probablemente en época particularmente activa. En tal ocasión me será muy grato prestar la colaboración de que me habla, en forma de conferencia, acto coordinado con sus Servicios Culturales, o seminario concentrado, según se estime lo mejor o más apropiado».

Las conferencias —un curso universitario en realidad— a las que aludía, y que había sugerido Amorós a Yuste, tuvieron lugar los días 3, 5, 10 y 12 de mayo de 1977. En la carta (del 16 de septiembre de 1976) en la que Yuste proponía estas fechas, le explicaba también en qué consistían tales cursos. Merece la pena citar lo que escribía allí el director-gerente de la Fundación, ya que expresa perfectamente la esencia de lo que se pretendía con este tipo de actividad de la Fundación: «Estas conferencias son abiertas. No van dirigidas, por lo tanto, a los especialistas sino a un público heterogéneo, en el que predominan los estudiantes universitarios, pero no todos de la carrera de que se trate. Por lo tanto, tratamos de ofrecerles, dentro del máximo rigor científico, temas que sean asequi-

bles para los no especialistas y que susciten algún interés interdisciplinar».

Como temas posibles de su curso, Ferrater Mora propuso (30 de diciembre) los siguientes: «Ser, hacer y deber ser», «Hechos, acciones, normas, valores» y «Del orden físico al orden moral». «En cualquier caso», señalaba en su carta a Yuste, «las conferencias estarán basadas en la investigación que llevo a cabo para la Fundación, pero depende del título elegido el que se subrayen unos aspectos más que otros». Finalmente, se seleccionó como título el primero, el mismo del proyecto: «Ser, hacer y deber ser».

Del resumen que existe en los archivos de la Fundación de las conferencias de Ferrater citaré algo que trató en la primera: «Ferrater Mora empezó por expresar su idea de la filosofía como una actividad fundamentalmente interdisciplinaria, estrechamente relacionada con otras actividades humanas, especialmente, pero no exclusivamente, las de carácter cognoscitivo, como las ciencias, naturales y sociales. La filosofía ejecuta dos tipos de operaciones: uno, analítico, tendiente al rigor, y otro conjetural tendiente a sintetizar y a formular hipótesis generales sobre el mundo». No es una mala definición de filosofía.

En cuanto al desarrollo del proyecto, no siguió, como sucede tantas veces, las pautas temporales previstas. El 3 de abril de 1978, Ferrater explicaba a Yuste la situación en que se encontraba el proyecto en aquel momento:³²

He estado trabajando en el libro resultante de la investigación conducida bajo los auspicios de la Fundación, y, como sospechaba, se ha ido convirtiendo en una obra importante desde el punto de vista de mi modesta producción —una obra que, con el título «De la ma-

32. Hay que tener en cuenta que, al igual que en todos los casos, la Fundación no pagaba el último plazo de la ayuda concedida hasta recibir, y aprobar, el informe final del autor. En el caso de la beca concedida a Ferrater esto representaba seis mil dólares, que no se le entregarían hasta que entregara, completo, su libro.

teria a la razón», expresa cumplidamente la más reciente fase de mi desarrollo filosófico—. Pensaba tenerla lista, y enviársela, el mes de mayo, pero he sufrido dos operaciones quirúrgicas de cierta seriedad que me han obligado a retrasar la entrega.

Mi plan es terminar la obra a fines de verano y enviarla en esa fecha para su oportuna publicación. De todos modos, teniendo ya 270 páginas hechas —que sólo necesitan la revisión final, necesaria antes de la publicación de cualquier obra—, con el mayor gusto le remitiré una copia de las mismas como testimonio *bona fide* de mi labor. Estas páginas comprenden cuatro de los cinco capítulos...

Recuerdo que habíamos hablado de la posibilidad de que la obra de referencia se publicara conjuntamente con otra editorial —posiblemente, Alianza—. En todo caso, sea conjuntamente, o a cargo de la Fundación, me interesa mucho que se publique como testimonio de un largo esfuerzo filosófico y científico, hecho posible gracias a la generosidad de la Fundación.

En su respuesta (17 de abril), José Luis Yuste le señalaba que no debía preocuparse por el retraso que se había producido, y que no tenían inconveniente en que les enviase su trabajo después del verano. «Nuestro deseo es que se encuentre totalmente restablecido y pueda culminar su trabajo sin que los plazos previstos u otros agobios perturben su labor.»

El 10 de junio, Ferrater visitó a Yuste en la sede de la Fundación solicitándole su autorización para publicar el libro, «ya en fase de última revisión», en Alianza. El director-gerente de la Fundación le indicó que le dejaba «en completa libertad para publicar el libro en la editorial que él prefiera», añadiendo que «la propiedad intelectual del trabajo le corresponde a él, a todos los efectos de derechos de autor y que la Fundación dará por terminada su ayuda al liquidar la beca que en su día le fue concedida».

A finales de agosto de 1978, Ferrater envió el manuscrito de su libro a la Fundación, que cumplió rápidamente con su parte: abonarle los seis mil dólares pendientes. Al mismo tiempo, Ferra-

ter envió otra copia a Alianza Editorial, en donde apareció finalmente a principios de 1979, bajo el título: *De la materia a la razón*.

Una nota final. Como es bien sabido, José Ferrater Mora no sólo fue filósofo sino que también llevó a cabo una no insignificante labor como cineasta. En el archivo de la Fundación se encuentra una carta que Ferrater envió a Andrés Amorós el 16 de junio de 1977, en la que aquél le agradecía el envío de un recorte de un artículo que Amorós había publicado en *Ya* comentando la última película (*The Heartache and the Thousand Natural Shocks*) del filósofo español. Merece la pena reproducir lo que escribió entonces Ferrater, ya que constituye un dato que sirve para comprenderle mejor. «No necesito decirle cuánto le agradezco este artículo, que muestra una tan precisa y delicada comprensión de mi película. En efecto, todo lo que se aspira en ella es a presentar una imagen de la vida cotidiana —tal vez como contrapeso de esa cosa tan poco “cotidiana” como es la filosofía—. Ha recogido usted, además, un elemento esencial, que está en la película, y acaso también en mi modo de pensar: la ironía. Aunque la ironía es una dimensión cultural, empiezo a sospechar que en mí es algo genético. Posiblemente lo genético y lo cultural no se hallan tan distanciados entre sí, como, entre otras cosas, intenté mostrar en el curso de mis conferencias». En su entusiasmo por el cine «Sánchez Harguindey», añadía, «ha tomado un punto de vista extremo, aunque interesante; la verdad del caso es que mi vocación, si algo es, es filosófica, como lo testimonian el número de horas, días, semanas, meses, años, décadas que he pasado dándoles vueltas en el laberinto filosófico».

UNA AYUDA ESPECIAL PARA UN HOMBRE
ESPECIAL: RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO

Rafael Sánchez Ferlosio (Roma, 1927) es, por supuesto, un hombre, y un autor, bien conocido, más aún desde que en 2005 recibiera el premio Cervantes, el «Nobel» de las letras hispanas. Magnífico

escritor —es famoso especialmente por su novela *El Jarama*, que recibió en 1955 el premio Nadal (antes, en 1952, había publicado *Alfanbui*)—, no es, sin embargo, una persona «convencional» y su relación con la literatura ha sido, al parecer de muchos, compleja y no demasiado prolija, habiéndose dedicado no sólo a la narrativa, sino también a la gramática-filología, filosofía y periodismo. Desde esta perspectiva debemos entender la beca, una ayuda *especial*, que la Fundación Juan March le otorgó en 1979. Pero dejemos que sean los documentos los que hablen. Comenzando por la solicitud que Sánchez Ferlosio envió al director de la Fundación Juan March el 13 de junio de 1979:

Muy señor mío:

Como ya he tenido ocasión de exponer personalmente a Andrés González, deseo solicitar una ayuda a la Fundación Juan March.

Su obtención me permitiría olvidar temporalmente los problemas económicos, que hoy por hoy perturban mi producción literaria, al impedirme la necesaria dedicación.

En el momento actual tengo proyectados los siguientes trabajos:

Ensayos:

- Sobre la ritualización de la cultura.
- Sobre la noción de «patrimonio cultural», y la conservación de las obras arquitectónicas.
- Sobre las palabras afines a «guapo» (ensayo semántico-lingüístico). Escrito parcialmente.
- Sobre Beccaria y el racionalismo jurídico (crítica de la noción de proporcionalidad entre delito y pena, y otras ideas sobre la Justicia en la Ilustración).

Obras de carácter narrativo: «Historia de las guerras barciales».

No me es fácil fijar el período de tiempo que me será preciso para llevar a cabo estos proyectos, pero creo que en unos dos años podría terminar una parte sustancial de los ensayos (se trata en algún caso de trabajos de extensión aproximada o superior a los cien folios) y poner a punto la primera parte de la «Historia de las guerras barciales», que podrá constituir un libro autosuficiente.

Espero, por tanto, que les sea posible concederme una ayuda de esa duración, con la dotación habitual que vienen ustedes concediendo a sus becarios, y en las condiciones generales de aplicación que les parezcan convenientes.

Aguardo sus noticias con interés, y le hago un saludo muy atento,

RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO

El 28 de junio de 1979, Andrés González, entonces director de los Servicios Administrativos, comunicaba a Ferlosio que la Fundación había acordado concederle una ayuda por un período de dos años, el segundo condicionado al funcionamiento del primero, de treinta mil pesetas mensuales.

Según los términos de la ayuda concedida, Sánchez Ferlosio debía informar a la Fundación acerca de la marcha de sus trabajos al menos una vez cada cuatrimestre. ¡Y Ferlosio cumplió! El 15 de septiembre, González escribía a José María Martínez Cachero, secretario del Departamento de Creación Literaria de la Fundación, informándole de que hacía unos días que Ferlosio fue a visitarles, «trayendo bajo el brazo el trabajo de los dos meses de su beca ya transcurridos». «Me quedé atónito al ver más de sesenta folios», añadía. «¿Será posible que entre todos consigamos que de verdad vuelva a escribir?»

Y es que lo que la Fundación Juan March realmente pretendía con esta ayuda, una *Ayuda Especial*, era conseguir que Rafael Sánchez Ferlosio diese de sí todo lo que había prometido desde que en 1955 publicase *El Jarama*.³³

Con el consentimiento del autor, González envió el manuscrito a Martínez Cachero, advirtiéndole que se trataba de textos provisionales, y que «esta Beca no precisa de un seguimiento estricto,

33. Recordemos que en su bibliografía sus siguientes libros fueron: *Las semanas del jardín* (Nostromo, Madrid, 1973) y *Comentarios a Víctor de L'Aveyron de Tirad y a los niños selváticos de Malson* (Alianza, Madrid, 1973); después hubo que esperar hasta 1982: *El huésped de las nieves* (Alfaguara, Madrid, 1982).

como las habituales». Desde Oviedo, de cuya universidad era catedrático en el Departamento de Literatura, Martínez Cachero informó (el 3 de octubre) a González de la impresión que le había producido el manuscrito de Sánchez Ferlosio. Mezcla de sentimientos, y un cierto desconcierto, es lo que trasluce esta carta, más un comentario informal que un análisis elaborado.

A Martínez Cachero le sustituiría pronto en la Secretaría del Departamento de Creación Literaria de la Fundación Víctor García de la Concha, a quien González pronto (1 de marzo de 1980) puso al corriente de la situación en que se encontraba esta ayuda especial, enviándole el material de la primera entrega y un ejemplar de *Nueva Estafeta* (14 de enero de 1980) que incluía un artículo (pp. 4-14) de Ferlosio sobre el «Libro Primero de Ogai el Viejo: *Historia de las guerras barcialesas*».

García de la Concha cumplió bien con su tarea. A González le escribía el 13 de marzo (1980) diciéndole que había leído «una y otra vez el primer avance de Rafael Sánchez Ferlosio y lo que acaba de publicar en *Nueva Estafeta*». «Me he impuesto», añadía, «unos días de reposo para ver más claro en el tema. Y lo he hecho así, porque me parece que, tal y como tú lo ves, el caso merece la pena. Hay que hacer todo lo posible por recuperar a un escritor de evidente talla». Cuatro días después, el 17 de marzo de 1980, enviaba a la Fundación su informe, que deberá ser tenido en cuenta cuando en el futuro se analice la obra de Sánchez Ferlosio. Yo me limitaré a citar algunos pasajes del texto de quien con el tiempo llegó a dirigir la Real Academia Española:

Nos hallamos ante el germen de una saga planteada, de modo original, como *metasaga*.

Sánchez Ferlosio construye la lectura que un Colegio oficial de Lectores hace de la escritura que, catalizando tradiciones, realizó Ogai el Viejo sobre las guerras barcialesas. Mediante la aplicación rigurosa de la forma mental y expresiva de la metodología histórica —primera parte del avance mecanografiado— o de la categorización

jurídica —tercera parte del mismo—, va Sánchez Ferlosio *desautomatizando* el sentido de una y otra ...

Tal planteamiento lleva a una utilización analítica del lenguaje, que es puesto al servicio de una narración muy reflexiva y medida hasta el exceso. Y en este punto surge para mí la incógnita: toda esta ancha base, de casi un centenar de páginas, ¿hacia dónde apunta? Parece que hacia una construcción mítica de gran aliento.

Y concluía: «lo entregado y publicado me parece fruto de un trabajo detenido. Y, en consecuencia, entiendo que la Fundación cumple una importante función posibilitando la recuperación de un gran escritor. Mi único temor —y pido perdón por insistir en ello— brota del lado de la posible inconstancia ante el esfuerzo que parece requerir un planteamiento de saga con tan amplias perspectivas. Porque, hecha esta opción formal, ya no hay otra salida que culminar la gran construcción».

En junio, Ferlosio enviaba más materiales. Progresaba. Y la Fundación pidió de nuevo su opinión a García de la Concha, que remitió el 20 de julio (otro documento para que lo utilicen en el futuro críticos e historiadores de la literatura). Entresaco de él algunos párrafos:³⁴

Si de manera habitual resulta difícil aventurar un juicio en las primeras entregas de nuestros becarios, aun disponiendo de los esquemas previos propuestos en las correspondientes Memorias, puedes imaginar la sensación de inseguridad con que un crítico avanza en la lectura de esta apasionante saga. No me extraña nada, en tal sentido, que el primero que tuvo que aventurarse en la lectura y juicio de la primera entrega, nuestro común amigo José María Martínez Cachero, quedara desconcertado al hallarse junto a espléndidas páginas narrativas, con disquisiciones sobre el rigor filológico. Yo he

34. Aquí, al contrario que en otras citas a lo largo del libro, inserto entre corchetes los puntos suspensivos que indican que se prescinde de parte del texto, para diferenciar esos puntos suspensivos de los del propio García de la Concha.

tenido más suerte. En efecto, no me fue difícil descubrir, en la segunda entrega, el cañamazo de la disposición narrativa: comisión que interpreta las Memorias de Ogai, que, a su vez, recogen viejas tradiciones.

Esa clave de estructura me permitía ya entonces captar algo que ahora se me revela como idea articuladora y avasallante de la novela en todas sus direcciones: el calor de la palabra como creadora de la historia y, más radicalmente, como fundamentadora del sistema de relaciones sociales en todo el ámbito de las guerras barciales. Sí: en el principio era el logos; en el principio —viene a precisar Ferlosio— era la filología...

... yo trataba de responder por mí mismo, sin recurso al autor, con los datos fragmentarios que él iba proporcionándonos. Esto es, ¿hacia dónde camina la novela? o, mejor, ¿hacia qué se encamina? (Ortega preguntaría si hacia algo gravita). Trataba yo, según eso, de adivinar el trasfondo de una hipotética fábula y para ello fui trazando redes de convergencias temáticas y, más específicamente, lingüísticas. Las hay, desde luego, y muy claras... Pero, poco a poco, fui percatándome de que la novela no gravita más que hacia sí misma, hacia su propio mundo barciales, fundado, filológicamente, en la palabra creadora. No hay nada fuera [...] nos hallamos [...] ante una novela que, después de tanta retahíla especular, reivindica la creación narrativa de un mundo autónomo.

Y de qué manera formidable [...] la flexibilidad de los tiempos verbales; el juego conjugado de los primeros planos y los planos generales; la inserción de toda la narración es un esquema que implica al lector... Creo que uno de los grandes logros de Rafael es ese haber logrado el ritmo y el tono de la crónica, perdidos hace tiempo en nuestras letras...

Termino. Y lo hago declarando mi personal convicción de que nos hallamos ante algo que puede ser muy importante en nuestra literatura. Una novela que redime el arte de contar y de crear en el cuento-crónica-fábula-filológica-historia, una realidad literaria universal. Que refleja, claro, sedimentos de ideología, pero que trasciende, con mucho, cualquier limitación de espacio inmediato. Que reivindica la necesidad del esfuerzo en la construcción verbal. Y que,

para todo ello, no necesita recurrir a convencionales fórmulas experimentales sino que echa mano de algo tan eterno como esto: la fábula.³⁵

Por todo ello, García de la Concha, pedía a la Fundación Juan March «que continúe prestando su generosa ayuda». Petición que le fue concedida.

Terminado el primer año de disfrute de la beca, en septiembre de 1980 la Fundación March informó a Ferlosio que su ayuda continuaría un año más. «No hace falta decirte el enorme interés que todos tenemos en que tu novela pase íntegramente al papel en esta segunda etapa», le escribía Andrés González el 11 de septiembre al informarle de la decisión de la Fundación.

Es escaso, sin embargo, el material existente en el archivo de la Fundación March de aquel segundo año. Apenas un índice y cronología preparados por el escritor. La Fundación continuó, no obstante, haciendo todo lo posible por animar a Sánchez Ferlosio para que terminase su libro. Así, en octubre de 1981 Andrés González viajó a Salamanca con el propio Ferlosio para visitar a García de la Concha «y tratar de establecer un plan, viable y flexible, que permitiese la terminación de los dos primeros libros de las Guerras Bar-

35. En el archivo de la Fundación existe una página de otro informe de García de la Concha, fechado 6 de septiembre de 1980, en el que se expresan con algunas variaciones estos últimos pasajes del informe. Dice así esa nueva versión: «Termino. Y lo hago declarando que, a mi juicio, nos hallamos ante algo importante en el empobrecido panorama de la narrativa española: una novela que redime el viejo arte de fabular y que, en un molde tan sencillito como la fábula, logra crear, por medio de una inteligente estructura y gracias a un rico artificio verbal, todo un mundo fascinante: por la filología la fábula se hace "historia" con dimensión universal; exactamente, literatura». «Confío», añadía, «en que, dado el buen planteamiento de la obra, en el año que le resta como período de disfrute de la Beca especial, Rafael Sánchez Ferlosio logre dar remate a la obra. Hay que animarle a ello, porque la empresa, tan bien encaminada, merece un esfuerzo final».

cialeas en un plazo aproximadamente de un año o año y medio». ³⁶ Parece que Ferlosio quedó en responder al plan que se le propuso, pero como en abril de 1982 no había contestado, se le informó que no era posible «poner en vigor la prórroga» de su beca que la Fundación ya tenía decidida. ³⁷ Se le dejaban las puertas abiertas para que se animará, pero todo indica que no hubo respuesta.

La Fundación Juan March había hecho todo lo que estaba en su mano para ayudar a un gran escritor; más aún, para intentar que no se perdiese un gran escritor, para que todos pudiésemos continuar teniendo la oportunidad de disfrutar con los raros —por no demasiado frecuentes— productos de su genio. A veces esos esfuerzos, esas semillas que se plantan, no sirven para nada, se agostan y mueren en esa complicada —extraña y agónica, para algunos— empresa que es la vida. Pero otras veces, no. Y éste fue uno de esos, gratificantes, casos. Porque para Rafael Sánchez Ferlosio no fueron ciertos —no al menos en esta ocasión— esos versos que él nos enseñó:

Vendrán más años malos
y nos harán más ciegos.

En efecto, sus «guerras barcialeas» aparecieron publicadas en 1986, bajo el título *El testimonio de Yarfoz*. ³⁸ Debió de constituir, sin

36. Andrés González a Rafael Sánchez Ferlosio, 19 de abril de 1982. Archivo Fundación Juan March.

37. *Ibid.*

38. «El presente texto», se lee en la «Nota del editor» (el propio Ferlosio, claro) que abre el libro, «titulado “El testimonio de Yarfoz”, relato biográfico escrito por un oscuro hidráulico, Yarfoz, sobre su querido y admirado amigo el príncipe Nébride, fue introducido por el que la crítica moderna reconoce hoy como el primer y principal autor de la magna obra historiográfica (*La Historia de las guerras barcialeas*, Ogai el Viejo, como apéndice al libro II, por el interés que, en la breve introducción, él mismo declara haber hallado en el manuscrito...», Rafael Sánchez Ferlosio, *El testimonio de Yarfoz* (Alianza Editorial, Madrid, 1986, p. 11).

duda, una gran satisfacción para todos aquellos que desde la Fundación Juan March apoyaron el esfuerzo de Ferlosio conocer la noticia. Y más aún leer en los agradecimientos incluidos en la «Nota del editor [autor]», que precedía a la obra:³⁹

Ignacio Álvarez Vara, de una parte, por su espontáneo y generoso interés y mediante su colaboración intelectual y hasta material, y la Fundación March, de otra parte, y mediante dos años de subvención pecuniaria, intentaron sacar adelante la edición crítica de la obra de Ogai el Viejo. Si sus buenas intenciones no dieron resultado, ello se debe únicamente a la inconstancia y falta de *profesionalidad*—como hoy suele decirse— del editor, que dio primero en volver a sus veleidades de gramático y pseudo-filósofo y después en meterse a periodista. Lo cual no quita, sino aún más obliga, para que exprese aquí su gratitud personal a Ignacio Álvarez Vara y su agradecimiento impersonal a la Fundación March.

EL EDITOR, RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO

LO IMPORTANTE SON LAS PERSONAS:
CARMEN MARTÍN GAITE Y LOS *USOS AMOROSOS*
DE LA POSGUERRA ESPAÑOLA

Voy a cerrar este ya largo capítulo con un último ejemplo, uno, además, que reúne varias virtudes y que, por otra parte, es apropiado que aparezca al lado del de Rafael Sánchez Ferlosio. Se trata de la ayuda —también especial— que la Fundación Juan March concedió en 1982 a la escritora Carmen Martín Gaité, que estuvo casada con Sánchez Ferlosio.

Las «varias virtudes» a las que acabo de referirme se pueden resumir con cierta facilidad. En primer lugar, que la Fundación ayude a una magnífica escritora a escribir un libro, uno que tenía en

39. *Ibid.*, p. 12.

mente desde hacía años y que tal vez no hubiese llegado a ser, a publicarse, sin la intervención de la institución de la calle Castelló. El segundo de los aspectos que hacen particularmente interesante que me ocupe aquí del caso de Martín Gaité es que, como veremos, la solicitud de ayuda que la escritora salmantina dirigió a la Fundación March contiene unas páginas de un valor extraordinario para comprender tanto su personalidad como su manera de trabajar. Son páginas preciosas, en definitiva, para cualquiera que pretenda reconstruir su biografía, tanto personal como literaria. Por eso, las citaré extensamente más adelante.

Por último, resulta que, por motivos dramáticos, que en su momento explicaré, entre Carmen Martín Gaité y la Fundación Juan March, representada en este caso por su director, José Luis Yuste, se estableció una relación que fue más allá de lo meramente «profesional» o, si se prefiere, «institucional». Sucedió que, debido a la tragedia personal que padeció, Martín Gaité se vio —muy comprensiblemente— incapaz de continuar trabajando en el proyecto para el que la Fundación March la había becado, y ésta, José Luis Yuste, acudió en su auxilio, como también veremos, consiguiendo finalmente no sólo —que eso probablemente era lo menos importante— que logrará terminar su libro, sino que, gracias en parte a semejante tarea, consiguiera salir del negro pozo de desesperación en que había caído... en la medida, claro, en que alguien es capaz de salir de esas simas. Con su actuación en este caso, la Fundación Juan March demostró que no era una organización que únicamente se ocupaba de gestionar, muy profesionalmente, los asuntos (como becas o ayudas a la investigación) de que se ocupaba; demostró que para ella las personas son importantes. Parece algo no sólo trivial —sin personas, sin autores, sin investigadores, no hay ni cultura, ni ciencia, ni nada—, sino humanitario también, pero no todos lo comprenden así.

Pero vayamos ya al detalle de este último ejemplo,

Carmen Martín Gaité (Salamanca, 1925-Madrid, 2000) estudió Filología Románica en Salamanca, licenciándose en 1949, con

premio extraordinario de fin de carrera. De su misma promoción eran Ignacio Aldecoa y Agustín García Calvo, y recibió clases de, entre otros, Antonio Tovar y Alonso Zamora Vicente. En 1950 se trasladó a Madrid, donde entró en contacto con el grupo de jóvenes escritores formado por Rafael Sánchez Ferlosio (con quien se casaría en 1953), Alfonso Sastre, Jesús Fernández Santos, Josefina Rodríguez (posteriormente Aldecoa), Medardo Fraile, además de Ignacio Aldecoa, a quien, como acabo de señalar, ya conocía. En el *currículum vitae* que incluyó en su solicitud a la Fundación March señalaba que «la amistad con este grupo fue absolutamente condicionante para su abandono progresivo de los proyectos de enseñanza universitaria que abrigaba al abandonar Salamanca, y para su exclusiva dedicación a la literatura».

Tras iniciarse en la escritura en diversas revistas y periódicos (como *La Estafeta Literaria*, *Destino*, *ABC*, *Blanco y Negro* o la *Revista Española*, fundada en 1953 por Antonio Rodríguez Moñino, y dirigida por Alfonso Sastre, Rafael Sánchez Ferlosio e Ignacio Aldecoa), ganó en 1955 el premio Café Gijón de novela corta con *El balneario*, y en 1958 el premio Eugenio Nadal con su primera novela larga, *Entre visillos*. En 1963, tras haber publicado otra novela, *Ritmo lento*, «abandonó temporalmente», como ella misma señaló en el currículo que he mencionado, «la novela e inició una larga investigación de archivo sobre el proceso inquisitorial de Macanaz que le exigió diversos viajes a Simancas y París», y en 1972, «tras una larga etapa de total abandono de la universidad, se doctoró por la de Madrid con su tesis *Lenguaje y estilos amorosos en los textos del siglo XVIII español*, dirigida por don Alonso Zamora Vicente», con la que obtuvo el premio extraordinario de doctorado.⁴⁰ De ese período «no narrativo», datan también otras obras suyas, como *El conde de Guadalhorce, su época y su labor* (1976).

40. Estos trabajos fueron publicados: *El proceso de Macanaz* (Moneda y Crédito, Madrid, 1970; existen reediciones posteriores en Taurus y Destino), y *Usos amorosos del dieciocho en España* (Siglo XXI, Madrid, 1973).

En 1978, ya de regreso a la literatura, recibió el Premio Nacional de Literatura por su novela *El cuarto de atrás*. Después de esta obra, y antes del trabajo al que me voy a referir aquí, publicó *Cuentos completos* (1979) y *El castillo de las tres murallas* (1981).

Ésta era, explicado brevemente, la persona, la escritora, que en junio de 1984 se dirigió a la Fundación Juan March solicitando ayuda —una de las Ayudas (u Operaciones) Especiales que la institución de cuando en cuando, y por razones muy particulares, otorgaba— para un proyecto de investigación que titulaba «Usos amorosos de la postguerra española».

Como dije antes, la memoria que acompañaba a su petición constituye un documento que en mi opinión posee un gran valor para cualquiera que desee estudiar la vida y obra de Martín Gaité, una escritora, no lo olvidemos, que forma parte ya de la historia de la literatura española del siglo XX. Por ello, y aunque ciertamente se trata de una cita larga (aunque no por ello aburrida) la reproduciré a continuación, omitiendo únicamente detalles como el índice provisional de la obra.⁴¹

Origen y génesis del trabajo en curso «USOS AMOROSOS DE LA POSTGUERRA ESPAÑOLA»

En 1972, la editorial «Siglo XXI» publicaba la primera edición de mi trabajo «Usos amorosos del dieciocho en España», el mismo que, con el título «Lenguaje y estilo amorosos en los textos del XVIII español», había sido presentado en junio de dicho año como tesis doctoral en la Universidad de Madrid, habiendo obtenido el Premio Extraordinario de fin de carrera.

Poco tiempo después, y alentada por la buena acogida que tuvo aquella monografía (enfocada con un triple criterio: histórico, lingüístico y literario), que mucha gente me comentó haber leído «como una novela», empecé a reflexionar sobre la relación que tiene la historia con las historias, y a pensar que, si había conseguido dar un trata-

41. La memoria de Martín Gaité no está datada, pero el sello del registro de la Fundación March es del 16 de junio de 1984.

miento de novela a aquel material histórico concienzudamente extraído de los archivos, también podía ser bonito intentar un experimento al revés: es decir aplicar un criterio de monografía histórica al material que, por proceder del archivo de mi propia memoria, otras veces había tratado como novela. (En muchas de ellas, en efecto, igual que en mis cuentos, hay abundantes referencias a mi experiencia personal como jovencita casadera de postguerra.) Y me empezó a rondar la idea de complementar mi rememoración personal de esa época con un estudio riguroso de la misma, dentro de un contexto político, religioso y social. Así surgió la idea de los «Usos amorosos de la postguerra española», como un libro que podía entremezclar el género del ensayo con el del memorándum personal, prevaleciendo más bien las reglas del primero. (Aparte, claro está, de las reglas inesperadas que podrían surgir durante la marcha, como en todos los juegos, al ponerme a jugar con aquella estimulante mezcla de géneros.)

Los trabajos en curso tienen dos períodos que son, para usar la terminología de Torrente Ballester, el de la *prefiguración* y el de la *configuración*. El primero, anterior a la redacción e incluso toma de notas, y el segundo a partir de que se pone uno, de la manera que sea, manos a la obra. Pues bien, en su período de prefiguración, el trabajo de que aquí estoy tratando partía de una clara vinculación con su homónimo del siglo XVIII, basada por una parte en la confianza de la similitud y por otra en el desafío de la disimilitud.

La similitud ya queda reflejada en el mismo título, que se me ocurrió inmediatamente, y del planteamiento inicial del análisis. En ambos trabajos se pretende hacer una cala en las costumbres y lenguaje amorosos de una época determinada, partiendo de textos —prensa periódica, edictos, sermonarios, correspondencia privada, libros de memorias, etc.—, que se van analizando, sin perder nunca la referencia al marco histórico de la época en cuestión. Ambos son trabajos que quieren poner el acento en el rastro dejado por la historia cotidiana o —para decirlo con palabra de Unamuno— por la «intrahistoria», es decir en las modas y usos condicionados por el proceso de la historia, pero también subyacentes a esa «historia oficial», como una savia que la alimenta.

Esta veta subterránea de la intrahistoria aflora pocas veces en los trabajos de investigación, tal vez porque sea, por su transitoriedad y sutileza, más difícil de apresar y de dejarse someter a catalogación. Y sin embargo, tiene una importancia fundamental como móvil de curiosidad para el estudio. Siempre que el hombre ha dirigido su interés hacia cualquier época del pasado y ha tratado de orientarse en ella, como quien se abre camino a tientas por una habitación oscura, se ha sentido un tanto insatisfecho en su curiosidad con los datos que le proporcionan las reseñas de batallas, contiendas religiosas, gestiones diplomáticas, motines o cambios de dinastía, por muy convincente y bien ordenada que se le ofrezca la crónica de las mismas. Y se ha preguntado: «Pero bueno, esa gente que iba a la guerra, que se aglomeraba en las manifestaciones, que rezaba en la iglesia, que rendía homenaje a los reyes, ¿cómo era en realidad, de qué hablaba, cómo se relacionaba y se vestía, qué echaba de menos, con arreglo a qué cánones se amaba, a qué entretenimientos se entregaba, cuáles eran las normas que presidían su educación?». Este tipo de preguntas —que no necesito hacerme para el presente trabajo, por mi condición de testigo de la época de postguerra— fueron las que condicionaron mi rechazo ante la insuficiente pintura que los libros de historia me proporcionaron del siglo XVIII español, y me llevaron a hurgar por mi cuenta durante cinco años en textos «menores» de aquel período, y a centrarme, persiguiendo el tema del amor entre hombres y mujeres, en la moda del «cortejo».

De la misma manera, si una persona de mi edad se pone a comparar la época de la postguerra española (especialmente las décadas de los años cuarenta y cincuenta) con la actual, tendrá que reconocer que las mayores diferencias sensibles en su recuerdo no están tanto en la variación de los precios del trigo o en las relaciones diplomáticas con Rusia o Alemania, como en la manera que teníamos las jovencitas de entablar relaciones con los hombres, en el lenguaje que usábamos, en las canciones que cantábamos y en las películas que veíamos, en el estilo de los locales y las ropas, en los libros y revistas que nos daban a leer, en los consejos y prohibiciones que nos imponía el código moral vigente. Y de hecho, a desentrañar esas diferencias es a lo que apunta la curiosidad de nuestros hijos y amigos más jóvenes cuando nos piden que les contemos cosas de ese período.

Ahora bien, cuando yo estudiaba los amores del XVIII, para rastrear los elementos de esa intrahistoria huidiza, no tenía más remedio que limitarme a la fuente documental, porque no podía encontrarme por la calle de Alcalá a «la Caramba» o a Campomanes ni conocer a nadie que hubiera alcanzado a conocerlos. Y aquí se insinúa la disimilitud de que hablaba antes con relación al trabajo presente.

La postguerra española, si bien ya empieza a ser historia, es historia reciente, y somos muchos los testigos que aún quedamos con vida y palabra para incorporar este tema a nuestros relatos orales, entretreídos con nuestro recuerdo directo y el que nuestros padres nos legaron al contarnos su propia experiencia. Mi visita inexcusable a los archivos y hemerotecas en busca de datos y comentarios para estudiar con rigor histórico este periodo, no sería sino un complemento de mi propia memoria, de la mis contemporáneos y de la de mis padres.

En este sentido, el trabajo en su primera etapa de prefiguración se me presentó con la novedad del desafío. Había que dar con un estilo adecuado, a caballo entre lo personal y lo general, entre el libro de memorias y la crónica desapasionada. La verdad es que casi siempre que la idea de aquel proyecto me volvía a las mientes, me lo planteaba como un discurso más bien divagatorio y libre que el de los «Usos amorosos del XVIII». Más cercano a la creación literaria que a la investigación histórica.

Así las cosas, y cuando ya había empezado esporádicamente a consultar algunos periódicos y revistas de los años cuarenta y cincuenta, pero sin tener todavía una idea clara de cómo enfocar aquel asunto, se me cruzó la ocurrencia de una novela, «El cuarto de atrás», que en cierta manera se apoderaba de aquel proyecto y lo invalidaba, rescatándolo ya abiertamente para el campo de la literatura. En una noche de tormenta, poco después de la muerte del general Franco, me visita en mi casa un desconocido vestido de negro, para cuyos oídos me pongo a desgranar parte de aquel material almacenado sobre los amores de postguerra. Y le hablo, entre otras cosas (que es lo que me interesa señalar aquí) de aquel proyecto de libro, que hoy ha revivido, y de las dificultades que se me presentaban para meterme en serio con él.

Copio algunas frases de las que le dije al desconocido visitante de «El cuarto de atrás», porque ellas pueden dar una noción del estado de mi proyecto en 1977:

»—Yo es que la guerra y la posguerra las recuerdo siempre confundidas. Por eso me resulta difícil escribir el libro.

»—¿Qué libro?

»—Uno que tengo en la cabeza sobre los amores y las costumbres de esa época.»

(p. 127)

«—Desde la muerte de Franco, habrá notado cómo proliferan los libros de memorias, ya es una peste. En el fondo eso es lo que me ha venido desanimando, pensar que si a mí me aburren las memorias de los demás, por qué no le van a aburrir a los demás las mías.

»—No lo escriba en plan de libro de memorias.

»—Ahí está la cuestión, estoy esperando a ver si se me ocurre una forma divertida de enhebrar los recuerdos.»

(p. 128)

«—¿Y luego qué pasó? ¿Se le enfrió el proyecto?

»—Sí, pero no me acuerdo cuándo. Al principio me pasé varios meses yendo a hemerotecas a consultar periódicos, luego comprendí que no era eso, que lo que yo quería rescatar era algo más inaprensible... Aquel verano leí también muchas novelas rosa; es muy importante el papel que jugaron las novelas rosa en la formación de las chicas de los años cuarenta.»

(p. 138)

«—La literatura de recato. Modelos de conducta marcados por el rechazo a tomar la iniciativa. Miedo al escándalo —leo en una de las páginas del cuaderno.

.....

»—¿Me deja ver ese cuaderno?

.....

»—Se lo tiendo, me gusta verlo en sus manos. Es una garantía.

»—Usos amorosos de la postguerra —lee en voz alta—. ¿Se va a llamar así?

»—Lo había pensado como título provisional.

»—No me gusta nada —dice.»

(p. 198)

A pesar de las opiniones del hombre de negro, que me influyeron mucho, desde hace dos años aproximadamente mi viejo proyecto de escribir un ensayo sobre los amores de la postguerra ha vuelto a resucitar en mí con el mismo entusiasmo y el mismo título iniciales. Y me ha parecido que, aun cuando parte del material que tenía en fichas y cuadernos lo aprovechara con un tratamiento estrictamente literario para «El cuarto de atrás», aquel otro libro del que le hablé a mi visitante no sólo no está escrito todavía, sino que no ha perdido vigencia alguna.

En abril de 1982, di una conferencia sobre este tema en el Instituto Español de Emigración de Ginebra. Tanto ésta, como otra similar pronunciada en agosto del mismo año en la Universidad Menéndez Pelayo de Santander, me confirmaron (a causa del insólito interés con que fueron acogidas) en mi primitiva idea de que el tema de los amores de postguerra podría dar un trabajo de tanta envergadura como su modelo sobre el siglo XVIII, y tener —por añadidura— mayor actualidad.

Rescaté y puse en orden los apuntes y fichas dispersos por mis carpetas y empecé a tomar notas nuevas.

Pero, a decir verdad, siempre se me cruzaba alguna interrupción. La barrera que separa la prefiguración de la configuración no la he atravesado aún más que a medias y dubitativamente. Me haría falta el empuje de un estímulo.

Ésa ha sido la razón que me ha decidido a solicitar una ayuda económica para mi proyecto: el deseo de que alguien o algo me obligue a comprometerme en serio con él.

Como «Posible método de investigación a partir de la coyuntura presente», Carmen Martín Gaité señalaba que necesitaría reunir una bibliografía «la más amplia posible, tanto referencial como directa», incluyendo en la primera estudios tanto sociológicos como

políticos («la incidencia de la política, la economía y la religión», escribía, «en los comportamientos amorosos es fundamental»), y en la segunda, revistas, periódicos y novelas menores. Calculaba que necesitaría un período no menor de dos años para «visitar de forma sistemática la Biblioteca del Ateneo y la Hemeroteca Municipal para hallar datos que confirmen o desmientan mis tesis previas y complementen las lagunas de mis recuerdos personales».

Como hacía siempre, la Fundación March pidió informes; en este caso a Andrés Berlanga y a Manuel Seco.⁴² Citaré el del segundo, eminente gramático y lexicógrafo y miembro de la Real Academia Española desde 1980, fechado el 22 de junio de 1984, por el interés que tiene para los estudios martingaitianos:

En 1972 publicó Carmen Martín Gaité el libro *Usos amorosos del XVIII en España*, que, como tesis doctoral presentada en la Universidad de Madrid, había obtenido premio extraordinario. Aunque el doctorado correspondía a la Sección de Filología Románica, el contenido del trabajo rebasaba lo estrictamente filológico, pues, sobre fuentes no sólo lingüísticas y literarias sino históricas, se había llevado a cabo un estudio sociológico.

El interés despertado por el libro fue notable. Al atractivo que siempre llevan consigo los temas de la vida cotidiana en épocas pasadas se unían en este caso el arte expositivo de la autora y, naturalmente, la solidez de la investigación. La principal originalidad del trabajo estaba en su método y en su documentación, pues en ellos, junto a la investigación de archivo, había tenido importante peso el estudio literario y lingüístico de la época. Este factor no siempre es adecuadamente explotado por los historiadores en parte por falta de preparación para apreciarlo en todo su valor, en parte por falta de pericia para explotarlo e interpretarlo con acierto.

El nuevo proyecto de la autora es una investigación sobre el mismo tema aplicada a otra época: la Posguerra de 1939. «El tema

42. De Andrés Berlanga, que trabajaba para la Fundación y escritor también, hablaré en el capítulo 8 del presente libro.

de los amores de la postguerra —dice— podría dar un trabajo de tanta envergadura como su modelo sobre el siglo XVIII y tener —por añadidura— mayor actualidad.» Esa mayor actualidad no sólo sería señuelo para la autora y para sus lectores potenciales, sino que implicaría un cambio de cierto alcance en la metodología y en la documentación. La autora, en efecto, ha vivido esa época, y además son todavía muchos los testigos vivos de ella. El material básico del trabajo sería, por tanto, la memoria personal y los testimonios orales; y a ese material se agregaría la utilización de los documentos, indispensable complemento para consolidar con rigor histórico la información anterior.

En el proyecto de Martín Gaité entra, por consiguiente, el acopio de fuentes bibliográficas, las cuales distribuye en dos grupos: «referenciales» (estudios sociológicos y políticos sobre la época aparecidos con posterioridad a ella) y «directas» (revistas, periódicos y literatura menor del período estudiado).

La investigación proyectada, que versa sobre la intrahistoria de una veintena de años de nuestro siglo —los más característicos de la era de Franco—, pero que se extiende sobre los antecedentes (República y guerra) y sobre el inicio de deshielo de los años sesenta, ofrece, a mi juicio, un interés evidente. Las obras no políticas hasta ahora publicadas sobre la vida española de esta época son todas superficiales y se quedan en lo anecdótico. Al interés del tema y el enfoque debe añadirse la capacidad acreditada por la autora tanto en los estudios históricos en general (p. ej., *El proceso de Macanaz*) como en el citado libro *Usos amorosos del XVIII en España*, paralelo, en su materia, al que ahora se propone realizar. A esas cualidades se añaden las demostradas con creces en su producción literaria: además del dominio de la expresión, un conjunto de dotes que son primordiales para estudios de este tipo: observación del lenguaje, observación psicológica y observación de costumbres. Precisamente en dos de sus novelas (*Entre visillos* y *El cuarto de atrás*) ha dado ya la visión literaria de la época y el tema que ahora desea estudiar desde bases más rigurosas.

En resumen: mi juicio sobre el proyecto de Carmen Martín Gaité, considerados el tema, los antecedentes y el sujeto, es sin duda po-

sitivo. Sobre otros aspectos y consideraciones no se corresponde a mí opinar.

Vistos los informes, el 11 de julio de 1984, José Luis Yuste comunicaba a Martín Gaité que la Fundación March había acordado concederle una ayuda de ochenta mil pesetas mensuales, durante dos años, «para realizar el trabajo que tienes en curso sobre “usos AMOROSOS DE LA POSTGUERRA ESPAÑOLA”, desde el 1 de julio de 1984 al 30 de junio de 1986».

Y la ayuda fue transcurriendo normalmente (el 27 de diciembre de 1984, por ejemplo, Martín Gaité escribía a Yuste que calculaba «poder dejar terminada esta etapa de investigación [recogida de material] a finales del verano próximo, y a partir de entonces, dedicar el segundo año de la beca a la redacción definitiva de mi trabajo, para el cual, de manera sorprendente, ya empiezo a recibir alguna oferta editorial»). Hasta que llegó la tragedia, la peor que puede sucederle a una madre.

En abril de 1985, Marta Sánchez Martín, hija de Carmen Martín Gaité y Rafael Sánchez Ferlosio, fallecía (de SIDA), en condiciones tan dramáticas como desgarradoras, que Carlos Castilla del Pino, cuyo hijo Carlos era pareja de Marta, ha descrito brevemente en su volumen autobiográfico *Casa del Olivo*, al que remito.⁴³

43. Carlos Castilla del Pino, *Casa del Olivo*, *op. cit.* capítulo 1, pp. 447-448). Ahí, Castilla del Pino (que equivoca las fechas: data la muerte de Marta en «el verano de 1984») menciona que Carmen Martín Gaité estaba «muy unida a su hija». También se refiere a la estrecha relación que mantenía con su padre, Rafael Sánchez Ferlosio, «al que, según nos decía Carmen, le desbrozaba los complicados artículos hasta dejarlos más lineales y sencillos». «El entierro en el cementerio de El Boato», recordaba Castilla, «con Rafael abrazado a la urna de sus cenizas, negándose a dejarlas en el nicho, fue desconcertantemente patético... Carmen era muy recatada en la expresión de sus sentimientos y gustaba estar con nosotros, pero —cuando menos estando yo delante— no hablaba de lo ocurrido...»

El 24 de abril (1985), José Luis Yuste escribía a Martín Gaité las siguientes líneas:

Querida Carmen:

A mi regreso de Japón me dice mi secretaria que has llamado un par de veces para hablar conmigo. Como ella me ha indicado un poco lo que quieres decirme, me apresuro a escribirte estas líneas. Quiero que sepas que la Fundación no te agobiará en absoluto. Tienes en esta Casa no sólo amigos, sino admiradores de tu ética y de tu estética. Yo personalmente confío a ciegas en lo que tú hagas. De modo que no tienes por qué aumentar tus preocupaciones con nada que tenga que ver con el trabajo que estás haciendo con el apoyo de esta Fundación.

Cuando vuelvas de tu viaje, llámame si quieres y nos vemos. Hasta entonces, otra vez un emocionado abrazo.

Unos días después, el 30 de abril, desde Córdoba, Carmen Martín Gaité respondía a Yuste:

Querido amigo,

muchas gracias por tu rápida respuesta y sobre todo por renovar a ciegas tu fe en mí. Me hace un enorme bien, lo necesito, pero por otra parte, quiero ser sincera. Ya la enfermedad de mi hija me impidió durante casi dos meses acudir puntualmente a la hemeroteca, y el estado de ánimo en que me encuentro ahora, orientado pura y simplemente hacia la supervivencia de cada día, me impide responder de ninguna promesa que pudiera hacer llevada por el autoengaño, por el residuo mimético de una fuerza de voluntad que he perdido, o está por salvar de los escombros.

Si tú y el resto de tus amigos, seguís confiando en que la rescataré, me hacéis —ya te lo he dicho— un bien enorme, y me ayudáis en ese difícil empeño. Pero la apuesta es arriesgada y me veo en el deber de dejarlo consignado aquí.

Ojalá no tarde mucho en poderte llamar para hablarte de mi trabajo. No hay nada que desee más.

Te envió el recibo firmado.

Gracias, José Luis. Tu carta ha sido un bálsamo salutar, sobre todo porque para mí supone también un reto. Y tengo que seguir aceptando los retos, si quiero salir a flote.

Cuando vuelva a Madrid y esté un poco mejor, te llamaré.

Un abrazo,

CARMEN

Y la vida siguió, como casi siempre sucede en estos casos, a trancas y barrancas, disfrazando de trabajo la amargura, el dolor, que sería insoportable si no fuese, precisamente, por el alivio —por la distracción, mejor dicho— que ofrece ese trabajo. Durante dos o tres meses, una vez que Martín Gaité hubiese regresado a Madrid, José Luis Yuste ayudó un poco a que la escritora volviese a la rutina laboral: cada dos o tres semanas, Carmen iba a visitarle a su despacho de la Fundación March donde le leía lo que había escrito desde la última cita. Finalmente, justo cuando terminaba 1986 Martín Gaité envió a la Fundación el producto final de su trabajo, que ésta acusaba recibo el 2 de enero de 1987. Yuste remitió (9 de enero) el manuscrito a Manuel Seco, que había informado el proyecto inicial, para que diera su opinión, «aunque», señalaba el director de la Fundación, «esta obra verá pronto la luz, puesto que la autora ya tiene comprometida su publicación con una importante casa editorial». Y esto es lo que contestó Seco (19 de febrero):

El trabajo final presentado por Carmen Martín Gaité con el título *Usos amorosos de la postguerra española* responde bien al proyecto que la autora propuso en 1984. Es un trabajo de gran interés sociológico: versa sobre un aspecto importante de la vida española en un momento crítico de nuestra historia. Se une a ello el interés como testimonio histórico, ya que el estudio está basado en gran parte en la experiencia personal y en la aportación de muchos testigos de la época, y en gran parte también en el examen atento y concienzudo de la prensa y la literatura de ese período.

Los materiales así reunidos han sido organizados con gran lucidez, expuestos con claridad, orden y arte e interpretados con pe-

netración y con humor (en modo alguno incompatible con la seriedad), sin que el calor humano y la calidad literaria del estudio vayan en detrimento alguno del rigor de la investigación.

Es evidente que este trabajo merecerá no sólo la atención de historiadores y sociólogos, sino la de todos los españoles que han vivido la época a que se refiere el estudio. En general, encontrará acogida entusiasta entre todos los lectores cultos y naturalmente, de modo especial, entre los devotos de la escritora.

La publicación del trabajo es manifiestamente deseable.

El libro fue, efectivamente, publicado, aquel mismo año de 1987 (Anagrama), y recibió el XV Premio Anagrama de Ensayo y el Libro de Oro de los libreros españoles. Fue, por tanto, un peldaño más en la carrera literaria de Carmen Martín Gaité, que en 1988 logró el premio Príncipe de Asturias (compartido con el poeta gallego José Ángel Valente) y en 1994 el Nacional de las Letras Españolas. La Fundación Juan March no se había equivocado apoyándola.

Posdata personal

Vi a Carmen Martín Gaité —la «mujer de la boina», como yo la llamaba— dos o tres veces en mi vida, y creo que sólo una intercambié algunas palabras con ella (cuando firmó, el 5 de enero de 1993, a mi hija Amaya, un libro de Elena Fortún —*Celia, lo que dice*—, que había prologado; añadió uno de sus enternecedores dibujos). Sin embargo, a pesar de tan ínfimo contacto, sentí respeto y afecto por ella. Cuando hace poco leí el cuaderno-diario que compuso en unos meses (septiembre de 1980-enero de 1981) que pasó en Nueva York, y que su hermana Ana ha rescatado, me encontré con unas líneas tuyas que se ajustan bastante bien a la manera en que yo la imaginaba. Con ellas termino este capítulo, ahora ya sí:⁴⁴

44. Carmen Martín Gaité, *Visión de Nueva York* (Círculo de Lectores-Sirueta, Madrid, 2005, pp. 139-140).

Ha empezado a llover, es de noche, tengo la radio puesta, la lluvia se ha convertido en tormenta. Casi todas las luces de las casas están apagadas, pero aún queda alguna encendida. Desde la soledad de mi cuarto, los otros, a la luz de las lámparas y con las siluetas fugaces de la gente que se mueve dentro, parecen interiores de Edward Hopper. Yo misma ahora soy como la mujer de un cuadro de Hopper, mientras pienso en él y siento un poco de melancolía y desarraigo, comiéndome una manzana en soledad.

El *Poema de Mío Cid* y una nueva Ópera

Ya entra el Cid Ruy Díaz por Burgos;
sesenta pendones le acompañan.
Hombres y mujeres salen a verlo;
los burgaleses y las burgalesas se asoman a las ventanas;
todos afligidos y llorosos.
De todas las bocas sale el mismo lamento:
—¡Oh Dios, qué buen vasallo si tuviese buen señor!

*Cantar de Mío Cid*¹

En el capítulo anterior he presentado algunos casos de acciones de la Fundación Juan March que seleccioné porque se trataba de ayudas que beneficiaron a individuos que alcanzaron una cierta notoriedad, pero en esencia no se diferenciaron de las miles con las que la Fundación contribuyó a impulsar la formación de personas concretas que luego harían, en formas muy variadas, que España fuese un país mejor. No fueron, sin embargo, las ayudas individuales las únicas que concedía la Fundación; también estaban las que se dedicaban a otras acciones, más, podríamos decir, «institucionales». A dos de estas actuaciones, bastante diferentes entre sí, y con muy distinto resultado, voy a dedicar el presente capítulo. Lo merecen

1. En prosificación moderna de Alfonso Reyes (Espasa, colección Austral, Madrid, 2004, p. 99).

por lo que expresan de los fines de la Fundación, y cómo ésta intentó —y consiguió en ocasiones— suplir lo que en otros países, en otros momentos o situaciones, era, y debía ser, responsabilidad de las instituciones públicas.

LA COMPRA DEL POEMA DE MÍO CID

La historia de un pueblo se forma de muy diversas maneras, es como el terreno, la tierra sobre la que se asienta la vida, que va sedimentándose a lo largo del tiempo mediante la acumulación de todo tipo de materiales, que el estudioso busca con afán. En el caso de la historia de los pueblos, esos materiales son de naturaleza muy diversa: personajes que vivieron en el pasado, tanto los poderosos, cuya influencia suele ser especialmente conspicua, como los menesterosos, sin los cuales no habría, sencillamente, historia; acontecimientos de todo tipo, en particular, naturalmente, aquellos que fueron particularmente importantes; descubrimientos (científicos, tecnológicos o geográficos) que cambiaron el entonces presente y condicionaron el futuro; epidemias o, por supuesto, el clima, y también los idiomas que se hablaban, que al fin y al cabo, no hay nada que más una o separe que las lenguas. Es, en efecto, esencial para comprender la historia de una nación estudiar la historia de su lengua, o de sus lenguas. Y en este punto aparece la Fundación Juan March, con una de sus acciones especiales más nobles, una actuación que permitió que España pudiese contar entre sus bienes inalienables, bienes comunales, de todos y para todos, una joya preciosa cuando se trata de reconstruir la historia del español o castellano: el *Cantar de Mío Cid*, el texto que en el siglo XIV, parece que en 1307, transcribió el copista Per Abbat.

En el siglo XVI, el códice se encontraba en el Archivo del Concejo de Vivar, provincia de Burgos (la primera noticia de su existencia data de 1596), y pasó más tarde a un convento de monjas

clarisas de la misma localidad.² De allí lo sacó, hacia 1776, Eugenio Llaguno y Amírola, que entonces era secretario del Consejo de Estado, para que lo publicase Tomás Antonio Sánchez, bibliotecario real, en 1779 en su *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV*. Aunque las monjas clarisas lo reclamaron, no regresó a sus legítimas propietarias, sin saber lo que sucedió con él; lo único seguro es que en el segundo tercio del siglo XIX estaba en manos de Pascual de Gayangos, quien lo compró a los herederos de Llaguno. Gayangos llegó a permitir que saliese de España para que lo viera Ticknor en Boston, de donde regresó al parecer sin sufrir daños. En algún momento, Gayangos ofreció el códice al British Museum, pero enterado de ello el marqués de Pidal, Pedro José Pidal, habló con el ministro de Instrucción Pública para que lo adquiriese el gobierno, pero éste no lo quiso, por lo que el marqués lo compró. A su muerte, en 1865, lo heredó su hijo, Alejandro Pidal y Mon (1846-1913), que fue fundador del partido católico y conservador Unión Católica, ministro de Fomento con Cánovas, embajador ante la Santa Sede y director de la Real Academia Española. Pidal y Mon nunca quiso desprenderse del códice, a pesar de que recibió varias ofertas del extranjero. Cuando éste falleció, en 1913, la propiedad del *Cantar de Mío Cid* (tasado en aquel momento por Antonio Maura, albacea testamentario, en doscientas cincuenta mil pesetas para el pago de derechos reales) pasó a los trece hijos que había tenido con su esposa, Ignacia Bernaldo de Quirós y González-Cienfuegos.

A partir de entonces el códice estuvo en las casas de algunos de sus propietarios hasta que uno de los hermanos, el undécimo por edad, Roque Pidal, lo depositó en la caja fuerte de un banco de Madrid donde estuvo hasta 1936, año en que el gobierno de la Se-

2. La historia de la venta del códice ha sido reconstruida por José Ramón Barraca de Ramos, «Don Roque Pidal y la venta del *Poema de Mío Cid* a la Fundación March», en *Actas II Congreso de Bibliografía Asturiana* (Gobierno del Principado de Asturias, Consejería de Educación y Cultura, Oviedo, 1999, pp. 219-248).

gunda República lo trasladó a Ginebra, junto con los cuadros del Museo del Prado. Al finalizar la guerra el propio Roque Pidal viajó a Suiza para recuperarlo, depositándolo de nuevo en la caja fuerte de un banco madrileño, de donde no saldría hasta su venta a la Fundación March.

Tal era hasta 1959 la historia de este, utilizando una expresión de Martín de Riquer, «venerable y capital manuscrito», que tiene un aspecto humilde: es de pequeño formato (de 198 a 150 milímetros en su primer folio), nada hermoso y que, aunque fue transcrito por un copista profesional, abunda en descuidos y faltas.³ Y sin embargo, ¡cuánto nos dice acerca del pasado del castellano! Siguiendo de nuevo a Martín de Riquer:⁴ «El Cid, héroe épico, oyó recitar, sin duda alguna, cantares de gesta muy parecidos a aquel que luego narró sus hazañas, y hablaba el romance castellano en un estadio de evolución muy parecido al del cantar que lleva su nombre. Es, pues, el CANTAR DEL CID algo singular y casi aberrante en la epopeya. Aquiles no hablaba la misma lengua que Homero ni Roland la de su *Chanson*; el CANTAR DEL CID, en cambio, nos transmite frases, expresiones y parlamentos de Rodrigo Díaz de Vivar virtualmente del mismo modo que él los profería. De ahí el especialísimo carácter inmediato del CANTAR DEL CID, en el que un momento de la historia española de fines del siglo XI se transfigura en poesía épica, sin que cedan en sus principios fundamentales ni la historia ni la poesía, que se combinan y armonizan de un modo singular y originalísimo. Los acontecimientos que constituyen la trama narrativa del CANTAR DEL CID y los personajes que en él aparecen no son tan sólo próximos e inmediatos sino que acaecieron y vivieron cuando ya existía una epopeya similar a la que engendraron».

La historia de la donación por parte de la Fundación Juan March al Estado español de esta joya filológica, literaria e históri-

3. Martín de Riquer, «Prólogo», *Cantar de Mio Cid* (Espasa, Madrid, 1976; pp. 13-31 y pp. 23-24).

4. *Ibid.*, p. 26.

ca comenzó poco después del nombramiento (éste se produjo el 9 de mayo de 1958) como nuevo director de la Biblioteca Nacional de Cesáreo Goicoechea Romano, un licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Zaragoza, en la Sección de Historia (1928) y por la Universidad de Salamanca, en la Sección de Letras (1929), y doctor en Letras por la Universidad de Madrid (1932), que en 1931 había ingresado en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos (la Biblioteca Nacional fue su primer destino). El 18 de febrero de 1959, Goicoechea escribió a Juan March Ordinas, señalándole que desde su nombramiento estaba «en contacto con frecuencia con muchos investigadores, patrocinados por la Fundación Juan March», y que por ello había «podido comprobar cómo ésta se desarrolla con grandes perspectivas para un futuro próximo». Después de informar al banquero y presidente de la Fundación de algunos proyectos en curso en la Biblioteca, le solicitaba una entrevista, «de la que espero pueden resultar beneficiosas consecuencias para los investigadores». Y añadía: «No le niego que la Biblioteca Nacional, por mi conducto, también quisiera solicitar ayuda para mejor llevar a cabo su propósito. Grandes Bibliotecas como la del Congreso de Washington y la del Museo Británico de Londres, independientemente de las subvenciones oficiales, cuentan con generosas aportaciones de personas y entidades particulares, que les permiten disponer de medios complementarios para intensificar su labor auxiliadora de los altos estudios. Nuestra Biblioteca Nacional aspira a lo mismo. No le dejarán, pues, de parecer a Vd. razonables y acreedoras de alguna atención estas pretensiones».

Dos días después de la anterior misiva, Alejandro Bérnago contestaba a Goicoechea informándole que Juan March —que iba a partir para el extranjero— le había pasado su carta y que «con mucho gusto una representación del Consejo de Patronato tendrá una entrevista con Vd. el día que desee por la tarde, sin más requisito que avisarnos previamente por teléfono». Por motivos de trabajo, el director de la Biblioteca no respondió inmediatamente. El

17 de octubre, sin embargo, y tras explicar a Bérnago los problemas que había tenido, le comunicaba que «ahora, más aligerado de trabajo, me permito escribirle estas líneas para pedirle un día y hora en que me pueda Vd. recibir. Tengo un gran interés en hablar con Vd. como Secretario de la Fundación acerca del famosísimo Códice del *Cantar del Mío Cid*».

La reunión debió de tener lugar, pero lo que se conserva en el archivo de la Fundación es la carta que Goicoechea dirigió, como director de la Biblioteca Nacional, al presidente del Patronato de la Fundación, el 3 de noviembre de 1959:

Muy Sr. mío:

En esta Dirección de la Biblioteca Nacional se ha recibido hace algún tiempo una carta de D. Roque Pidal, escrita en nombre propio y en el de los copropietarios del Códice del *Cantar del Mío Cid*, en la que contiene una propuesta de la venta de dicho manuscrito a este Centro, por la cantidad neta de diez millones de pesetas.

La transcendental importancia de la oferta de este primer documento de la Literatura española, así como las condiciones que en ella se especifican, han sido estudiadas, como el caso requería, con la máxima atención, y se ha considerado que la propuesta ofrecía primordial interés para esta Biblioteca como la más importante depositaria del tesoro bibliográfico español.

Enterado asimismo de que la comunidad de propietarios del manuscrito había iniciado, con este mismo fin, ciertas gestiones cerca de la Fundación Juan March, consideré mi deber informar al Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional de la propuesta antedicha así como de la posible favorable disposición de la Fundación hacia este proyecto de adquirir el Códice.

El Sr. Ministro estudió convenientemente mi información y consideró primeramente el gran interés del proyecto que vincularía para siempre a la Nación la posesión de tan inestimable monumento histórico y literario y también la generosa disposición de la «Fundación Juan March», para cometidos, como el presente, de alta significación cultural y científica. Y manifestó que, aun dentro de las actuales circunstancias económicas de su Departamento, consideraba que

constituía una obligación moral del Estado, tomar parte en dicha adquisición y colaborar con la Fundación, si ésta, finalmente, determina la compra del manuscrito del Mío Cid para la Biblioteca Nacional.

Autorizado para ello por el Sr. Ministro aludido, me dirijo pues al Patronato de la Fundación y a Vd. como su Presidente, con la finalidad de proponerle una estrecha colaboración del Ministerio con esa entidad, en la adquisición del Códice.

El organismo ministerial, según me manifestó el Sr. Ministro, podría acordar un gasto, por su parte, de cinco millones de pesetas. El deseo del Departamento es que la Fundación, por su parte, pudiera decidir la concesión de otra cantidad igual a ésta para completar lo que se precisa para la compra del Códice. Las modalidades de pago, plazos, y otras circunstancias serían estudiadas y acordadas conjuntamente.

No es menester reiterar a Vd. y al Patronato la extraordinaria importancia de la adquisición del Mss. del Mío Cid. Pero no quiero dejar de señalar el argumento de la urgencia de una decisión en este asunto. Las continuas y tentadoras ofertas de compra del Mss. por parte de entidades extranjeras muy solventes, si bien hasta el presente han sido patrióticamente rechazadas por sus poseedores, amenazan continuamente con la pérdida para nuestra Nación de este monumento literario. Más aún, la circunstancia de que todos los propietarios actuales sean personas en edad avanzada y con numerosos hijos, hace que la perspectiva de la adquisición pueda ponerse más sombría con la posible multiplicación del número de los herederos.

Tengo la seguridad de que tanto Vd. como ese Patronato de la Fundación March, han de prestar atención a este proyecto y a la petición en él incluida, por lo cual les manifiesto de antemano mi agradecimiento y el de esta Biblioteca Nacional.

Dos días después, Alejandro Bérnago contestaba al director de la Biblioteca Nacional señalándole que la distribución de fondos de la Fundación correspondía al Consejo de Patronato, por lo que sometería la propuesta a él, aunque «personalmente celebraría mucho

que fuera posible a esta Fundación colaborar con el Ministerio de Educación y con la Biblioteca Nacional a la adquisición de tan inestimable monumento histórico».

A partir de entonces, se sumaron a la petición de ayuda a la Fundación el director general de Archivos y Bibliotecas (carta del 31 de marzo de 1960) y el propio ministro de Educación, Jesús Rubio, quien en una carta del 14 de junio de 1960 a Juan March insistía en que «la ocasión era favorable, muy especialmente por la buena disposición de D. Roque Pidal (q.e.p.d.) y su familia, propietarios del Códice». «Según me informa el Sr. Goicoechea», añadía, «varios miembros de ese Patronato, con los que ha cambiado impresiones, son favorables a la participación en la adquisición por el Ministerio de dicho manuscrito y que en la reunión de mañana día 15 se va a tratar de este asunto. Yo les agradecería que considerasen el interés de este asunto, y, en cualquier caso, tuviesen la amabilidad de comunicarme el criterio que se adopte».

El siguiente paso en lo que terminó siendo un proceso complejo, fue que los 22 descendientes vivos de Pidal y Mon se reuniesen en Madrid el 25 de noviembre (1960) para formalizar un documento en el que firmaron las siguientes cláusulas:

Primera.— Todos los abajo firmantes, en el concepto y representación en que respectivamente actúan, reconocen y declaran, formal y solemnemente, que la propiedad del original autógrafo del «Poema del Mío Cid», propiedad que deriva del Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon, fallecido en Madrid el diez y nueve de Octubre de mil novecientos trece, pertenece, exclusivamente, en el día de hoy, a Don Carlos Pidal Bernaldo de Quirós y a Doña Rosario Pidal y Toro, en pleno dominio, por mitad proindiviso.

Segunda.— En su virtud, Don Carlos Pidal Bernaldo de Quirós y Doña Rosario Pidal y Toro, como titulares dominicales exclusivos, por mitad proindiviso, del original autógrafo del «Poema del Mío Cid», están plenamente legitimados para disponer de él y transmitir su plena propiedad a terceros.

Surgieron, sin embargo, dificultades de tipo técnico y jurídico para que el códice fuese adquirido, por mitades proindiviso, por la Biblioteca Nacional y la Fundación. En vista del problema, en su reunión del 1 de diciembre de 1960, el Consejo de Patronato de la Fundación March adoptó la siguiente resolución: «Adquirir, por el precio de diez millones de pesetas, el Códice del Poema de Mío Cid, en pleno dominio, con el fin de donarlo inmediatamente, e irrevocablemente, al Estado español para la Biblioteca Nacional».

Unos días más tarde, el 20 de diciembre, en el palacio de Juan March, tuvo lugar la ceremonia que culminaba el proceso. El consejero secretario de la Fundación, Alejandro Bérnago, actuando en su condición de notario, autenticó la escritura mediante la cual Carlos Pidal Bernardo de Quirós y Rosario Pidal y Toro [nietos de Alejandro Pidal y Mon] se reconocían «titulares dominicales exclusivos, por mitad indiviso», del «Códice del “Poema de Mío Cid”», y «vendieron la plena propiedad de dicho Códice a la FUNDACIÓN JUAN MARCH, la cual, representada por don Juan March Servera, aceptó la compra y, por tanto, adquirió el dominio pleno de dicho Códice, a fin de donarlo inmediatamente al Estado Español, para la Biblioteca Nacional». ⁵ «El precio de la compraventa se fijó en diez millones de pesetas, de las cuales tres millones de pesetas se entregaron en el acto del otorgamiento de la escritura de compraventa, quedando aplazados los restantes siete millones de pesetas, los cuales serán abonadas a los vendedores por la FUNDACIÓN JUAN MARCH, en los siguientes plazos: dos millones de pesetas, en el año 1961, dos millones de pesetas en el año 1962, 1963, y un millón de pesetas, en el año 1964». A continuación se firmó una segunda es-

5. Las citas proceden de una «Copia de la Escritura de Carta de Pago parcial otorgada por Don Carlos Pidal Bernardo de Quirós y Doña Rosario Pidal y Toro a la “Fundación Juan March”, en veinte de diciembre de mil novecientos sesenta y tres ante Alejandro Bérnago Llabrés, notario, por oposición, de Madrid». El número del documento es el 4.144.

critura, la de donación del códice por la Fundación March al Estado español, representado en el acto por el ministro de Educación Nacional.

Antes de continuar, y para situarnos, conviene señalar que diez millones de pesetas de 1960 corresponden (en pesetas constantes) a aproximadamente trescientos veinte millones de pesetas de 2005 (esto es, algo menos de dos millones de euros). Una cifra sin duda respetable.⁶

Una vez firmadas las escrituras, Juan March Servera entregó el códice al ministro, pronunciando algunas palabras. Le siguió en el uso de la palabra don Ramón Menéndez Pidal, que habló no como director de la Real Academia Española, que lo era, sino como el mayor estudioso del documento. De hecho, su presencia e intervención (véase el apéndice a este capítulo) constituyeron algo así como un guiño a la historia, como uno de los actos postreros a una historia que iba más allá de lo puramente profesional e intelectual. Y es que Menéndez Pidal era sobrino de Alejandro Pidal y Mon; quien influyó mucho en su vida, debido a que su padre murió en 1880, cuando Ramón tenía sólo once años y su familia quedó bajo la protección del poderoso clan asturiano de los Pidal, de los marqueses de Pidal. El que su tío fuese el propietario del único manuscrito conservado del *Poema de Mío Cid* permitió que, con el tiempo, Menéndez Pidal pudiese trabajar sin ningún problema sobre el texto. Tal relación se intensificó cuando en 1892 la Real Academia Española convocó un concurso sobre «Gramática y vocabulario del Poema del Mío Cid», al que concurrió el joven Ramón, que ganó el concurso (frente, por cierto, a competidores como Miguel de Una-

6. Según las tablas oficiales del «Valor adquisitivo de la peseta. Índice de precios al consumo. Homogeneización de unidades monetarias», un millón de pesetas el 1 de enero de 1956 correspondía a 1.434.433 pesetas el 31 de diciembre de 1960 y a 44.810.006 pesetas el 31 de diciembre de 2005 (estimación). Éstos son los valores que yo he utilizado para calcular la cantidad que menciono.

munio, al que no le gustó nada el resultado).⁷ No obstante, el trabajo de Menéndez Pidal —una cuidada edición del *Poema* que incluía un análisis de la métrica y la versificación del texto— tardaría en ser publicado: apareció en tres volúmenes entre 1908 y 1911; por entonces, Ramón era ya, desde 1901, miembro de la *docta casa*, y catedrático, desde 1899, de Filología comparada del latín y del castellano de la Universidad de Madrid.

Las felicitaciones por su actuación llegaron rápida y abundantemente a la Fundación. He seleccionado una de ellas, la enviada desde Burgos, el 28 de diciembre, por Rafael Ibáñez de Aldecoa, el director de la Institución Fernán González, Academia Burgense de Historia y Bellas Artes:

Esta Institución Fernán González, Academia Burgense de Historia y Bellas Artes, creyendo representar a la vieja ciudad, en su carácter de filial del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, acordó, a una voz, en su última reunión plenaria, hacer llegar hasta los ilustres miembros de esa Corporación, el testimonio de nuestro más cordial beneplácito por el generoso y transcendental rasgo de adquirir, para regalar al Estado Español, el Códice venerable que guarda entre sus páginas la memoria y las gestas del más insigne guerrero de la Patria Española, de Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador.

Esa ilustre Fundación con su ejemplar gesto ha puesto a salvo definitivamente el manuscrito insigne que en un día lejano fue sacado del Monasterio de monjas clarisas de la humilde pero ilustre villa de Vivar del Cid. Por tan limpia como patriótica actuación bien merece la «Fundación March», el testimonio de imperecedera gratitud de todo español que se precie de serlo y no puede ni debe esta Academia de Burgos, mostrarse ni tardía ni escasa en hacer llegar hasta V. E. el cálido testimonio de felicitación y agradecimiento por

7. La reacción de Unamuno se cita en Fernando Rodríguez Mediano, *Pidal-Gómez-Moreno-Asín. Humanismo y progreso. Romances, monumentos y arabismo* (Nivola, Madrid, 2002, p. 28).

una actuación, como pocas, patriótica, altruista y digna de un caluroso encomio.

Extremos todos que en cumplimiento de un acuerdo académico me honro en elevar al debido conocimiento de V. E. cuya vida guarde Dios muchos años.

Pasados ya los actos ceremoniales, el 5 de enero de 1961, Ramón Menéndez Pidal escribía a Alejandro Bérnago agradeciéndole el envío de unas fotografías tomadas el día de la donación. «El acto celebrado en esa casa el 20 de diciembre pasado», manifestaba don Ramón, «fue el más emocionante de mi vida bibliofílica.» No creo que exagerase.

UN PROYECTO FRUSTRADO: EL TEATRO NACIONAL DE LA ÓPERA

No todos los proyectos que asume una institución se ven coronados por el éxito, evidentemente. La Fundación Juan March no podía ser una excepción a esta regla aparentemente universal. Y en ninguna ocasión se observa con mayor claridad semejante hecho que en relación con la idea de construir un Teatro Nacional de la Ópera en Madrid.

En 1962, el patronato de la Fundación decidió donar cuatrocientos millones de pesetas para la construcción de tal teatro. El año siguiente se convocó un concurso internacional de anteproyectos para la realización de la maqueta y planos del edificio.

El jurado designado por la Fundación estuvo constituido por: Gratiniano Nieto, director general de Bellas Artes; el alcalde de Madrid, conde de Mayalde; los arquitectos Luis Gutiérrez Soto, García Lomas, Fonseca y Rafael La Hoz, y otros cuatro arquitectos designados por la Unión Internacional de Arquitectos, de nacionalidades austríaca, danesa, francesa e italiana (Eric Beoltenstern, Arne Jakobsen, Pierre Vago y Gio Ponti). En representación del Consejo

Superior de Arquitectos estaba Juan del Corro y por parte del Ministerio de Educación Nacional Federico Moreno Torroba. Fue concedido el primer premio al proyecto de los arquitectos polacos Jan Boguslawski, Bohdan Gniewiewki y Marcin Lucjan Boguslawski, a los que acompañaba la escultora Marja Leszczynska, que se debía ocupar de la decoración del teatro. El segundo premio fue ex aequo al proyecto de Fernando Moreno Barberá y Clemens Holzmeister. El fallo se emitió el 19 de junio de 1964, recibiendo el primer premio (dotado con tres millones de pesetas) el proyecto dirigido por Jan Boguslawski, mientras que el segundo premio (dos millones de pesetas) fue a parar al español Fernando Moreno Barberá, y el tercero (un millón de pesetas) al equipo formado por José Luis Aranguren, José María García de Paredes, Alejandro de Sota y Ramón Vázquez Molezón. Un mes más tarde se inauguraba una exposición con parte de los 429 proyectos presentados. Y sin embargo, a pesar de todo, el proyectado nuevo Teatro de la Ópera nunca se construyó, ¿por qué?

Disponemos de un documento muy interesante —pero como enseguida veremos también parcial y, por tanto, no concluyente— para responder a esta pregunta: las memorias que escribió Manuel Lora Tamayo, que era ministro de Educación Nacional, y por tanto responsable de todo lo relativo a la cultura —incluyendo, claro, la posible construcción de un nuevo Teatro de la Ópera— en el momento en que se produjeron los hechos a los que me acabo de referir. Veamos lo que dejó escrito el químico orgánico convertido en ministro:⁸

«Al terminar la temporada de primavera de 1925 el Teatro Real volvía a ser problema. Fue ciertamente azarosa la vida del arte lírico español desde su primitivo cobijo en los Caños del Peral, hasta que, después de haber pasado por el depósito de pólvora, cuartel de la Guardia Civil, incluso Congreso de los Diputados, abría sus

8. Manuel Lora Tamayo, *Lo que yo he conocido. Recuerdos de un viejo catedrático que fue ministro* (Puerto Real, Cádiz, 1993), pp. 375-380.

puertas el 19 de noviembre de 1850, festividad de Santa Isabel de Hungría, con la ópera "La Favorita". Desde Felipe V hasta Isabel II pasó el teatro por tales avatares. A partir de esta fecha, junto al triunfo de la ópera, puede decirse que el acontecer histórico español se ha proyectado en la vida del Real. Pero la temporada 1926 no pudo celebrarse ya, porque los rumores que circulaban sobre la amenaza de ruina aconsejaron el cierre del teatro. A partir de 1927 se iniciaron obras de saneamiento y consolidación, y aun de transformación del escenario... Sin nuevo progreso, después de 1936 volaba un polvorín que se instaló en él arruinando su magnífica sala».

Como consecuencia, desde 1940 se hicieron algunos proyectos parciales de rehabilitación, el más general fue encomendado en 1952 a los arquitectos Luis Moya y Diego Méndez, cuya ejecución se inició, consumiéndose sin final visible el crédito consignado. «Todavía siendo ministro Ruiz Giménez y Gallego Burín director general de Bellas Artes», continuaba Lora, «era esperanzador el concurso celebrado para la decoración del techo de la sala, pero al advenimiento [al Ministerio de Educación Nacional] de Jesús Rubio, el dictamen emitido por una comisión de prestigiosos arquitectos, designada por él para informar sobre el estado de las obras, y el presupuesto exigido para terminarlas, aconsejó prudentemente la improcedencia de nuevas inversiones en momentos que acuciaban con necesidades más apremiantes. Como dijo Gratiniano Nieto [que fue director general de Bellas Artes con el ministro Rubio, puesto que mantuvo cuando a éste le sucedió Lora Tamayo] en su conferencia, en abril de 1971, dentro del ciclo de monumentos históricos de Madrid, organizada por el Instituto de Estudios Madrileños, "las obras del Real se convirtieron en símbolo de deseos frustrados" que levantaban clamores de protesta, rayano en lo pintoresco... Vino a sacarnos de este punto muerto la buena nueva del ministro de la Vivienda José María Sánchez Arjona al anunciarme el deseo de Juan March Servera de reunirse con nosotros para tratar de una oferta de la Fundación Juan March destinada a la erección en Madrid de un Teatro de la Ópera».

Con tal motivo, Juan March Servera invitó a Lora y a Sánchez Arjona a «una cena familiar en su residencia, después de la cual pasamos a su despacho, y en presencia de sus hijos, y no recuerdo exactamente si de su hermano Bartolomé también, nos dio cuenta del propósito de donar cuatrocientos millones de pesetas y posiblemente cincuenta millones más para la erección en Madrid de un Teatro de la Ópera en terrenos cedidos por el Estado. Había de ser un teatro moderno, con todos los adelantos técnicos, para lo que se convocaría un concurso internacional entre arquitectos. La Fundación entregaría el edificio al Estado y a cargo de éste quedaría ya su mantenimiento con todo el decoro y atención necesarios para que pudiera cumplir dignamente su función. La oferta era singularmente atrayente y no hay que decir que, después de las consultas precedentes, fue aceptada y sobre ella se empezó a discurrir».

Cada uno, Sánchez Arjona y Lora, trataron con Franco acerca «del emplazamiento que podía ofrecerse, y recuerdo que en mis conversaciones con éste se barajaron el solar del antiguo Cuartel de la Montaña, sin aplicación entonces, y el que podía quedar libre al llevar a cabo la proyectada demolición de la Casa de la Moneda en la plaza de Colón. De aquél se desistió pronto, porque su carga histórica lo desaconsejaba, y éste que atraía por la contigüidad de la Biblioteca Nacional, de bella traza, podía ofrecer dificultades al ensanchamiento que se pretendía. De todos modos, quedaba sometido a posteriores consultas, de las que ganó puntos y ofrecía indudables ventajas, al decir de los técnicos de la Dirección General de Arquitectura, el solar situado en la supermanzana destinada a Centro Comercial del Sector Norte de Madrid. Entre tanto, el concurso internacional de proyectos había sido anunciado, y al término del plazo fijado en la convocatoria se inauguraba con toda solemnidad, en mayo de 1965, asistiendo el Generalísimo, la exposición de maquetas y planos presentados por los concursantes».

«El jurado designado por la Fundación», concluía Lora, concedió «el primer premio a un autor polaco, Boguslawski, y el segundo, al proyecto de Holzmeister y Moreno Barberá. Después de

este resultado alentador para la continuación del proceso iniciado, hubo un alto en el camino por un litigio entablado por el polaco, que terminó con la renuncia pactada con él. El proyecto definitivamente aceptado fue el de Moreno Barberá, pero el tiempo transcurrido y las modificaciones sugeridas llevaron consigo una elevación en el presupuesto de más de trescientos millones, que en el ejercicio económico de 1967, subsiguiente a la devaluación de la peseta, no pudo ser comprometido por el Estado. Quedaba la posibilidad en el ejercicio de 1968. Nos encontrábamos, pues, ante un proyectado Teatro de la Ópera, concursado ya entre arquitectos, y un Teatro Real, sin reconstruir, e incluso amenazado de demolición, para conjuntar, según especulaciones de opinantes, una gran plaza uniendo las actuales de Oriente y de Isabel II, que había de ofrecer, sin duda, una bella perspectiva urbana».

Otra interpretación posible, no exenta de apoyo factual y por tanto más verosímil, es la que Joaquín Turina Gómez incluyó en su *Historia del Teatro Real*, que utilizaré a continuación:⁹

Todo el mundo está de acuerdo en que el Gobierno acogió estupendamente el proyecto de la Fundación Juan March, por dos motivos. Porque les quitaba de encima el gravísimo problema del Teatro Real, que era visto por aquel entonces como un pozo sin fondo donde se enterraban millones de pesetas sin ningún resultado. El segundo motivo era político; que, en una España aislada internacionalmente, una institución independiente del Estado convocara un premio internacional y para un motivo tan puro y apolítico, se vio como una inmejorable operación de imagen. Por eso se dieron tantas facilidades. Pero el resultado que esperaban las altas instituciones del régimen es que el concurso lo ganara un español, no unos polacos, que no sólo eran extranjeros sino además comunistas.

9. Joaquín Turina Gómez, *Historia del Teatro Real* (Alianza Editorial, Madrid, 1997, pp. 252-255).

Y tras mencionar una serie de datos y recuerdos de personas involucradas en aquellos hechos, Turina concluye: «Sea cual sea la verdad, la gran operación de imagen del régimen franquista se les venía abajo y sencillamente se negaron a que el que iba a ser teatro de la ópera de la capital lo construyeran unos arquitectos extranjeros. Un rumor de la época, que ha llegado hasta nuestros días, personaliza esa negativa en el mismo general Franco, pero eso no parece que haya manera de comprobarlo. Lo que sí es cierto es que el gran premio tuvo un final abrupto y acaso clandestino. No se hizo ningún tipo de ceremonia final y Rafael de la Hoz dice incluso que los premios se entregaron en el aeropuerto de Barajas, al mismo tiempo que casi se echaba de España a todas las delegaciones extranjeras. Y a su vez se iniciaban las conversaciones para dejar de lado el proyecto premiado y construir el que había recibido el segundo premio, o sea, el que se había elegido desde el primer momento.¹⁰ El litigio con los arquitectos polacos ganadores del primer premio no terminó hasta el 31 de enero del año 1966, en el Consulado de España en París, con el acuerdo entre Alejandro Bérnago, por la Fundación Juan March, y los arquitectos, que renunciaban a la construcción de su teatro a cambio de 2.750.000 pesetas (pagadas en dólares) y 25.000 pesetas más para las negociaciones del litigio».¹¹

10. Antes, Turina había señalado que, según de la Hoz, «la elección del proyecto de Moreno Barberá estaba ya decidida por los representantes del régimen desde antes de la primera reunión. Según él, era un proyecto que no tenía el nivel suficiente para ser premiado. Explica también una serie de maniobras, incluida una especie de arresto domiciliario en su hotel, con la Policía Armada en la puerta de su habitación, para que no pudiera alertar a los jurados de la situación en que se hallaban. En cualquier caso, cuando llegaron esos jurados no aceptaron la opinión de los miembros españoles».

11. Joaquín Ruiz Giménez asumió la defensa jurídica de los polacos, a los que había recomendado el nuncio del Vaticano en España. En aquella época, Ruiz Giménez trabajaba mucho para el Vaticano, en los documentos del Concilio Vaticano II.

Una vez resuelto el litigio, el 7 de febrero de 1966 se encargó la preparación del proyecto definitivo a los ganadores del segundo premio, Moreno Barberá y Holzmeister, empezándose a gestionar la compra de un solar en la zona de Azca. Sin embargo, las gestiones para conseguir ese suelo se alargaban sin final previsible. Por entonces, la Fundación March había ampliado su oferta de ayuda a cuatrocientos cincuenta millones de pesetas, que no obstante no cubrirían las 584.573.000 pesetas del presupuesto (más once millones de honorarios) para el teatro que presentaron Moreno Barberá y Holzmeister en 18 de mayo de 1966. Y el Estado no parecía dispuesto a desembolsar la diferencia, ni estaba muy animado a cumplir con una de las condiciones de la Fundación: encargarse de su mantenimiento futuro. Finalmente, la Fundación se retiró del proyecto.

Por entonces se había abierto otra vía, de «compromiso». En 1965, en efecto, Gratiniano Nieto propuso a Lora Tamayo la posibilidad de salvar el Teatro Real habilitándolo para sala de conciertos, de la que Madrid estaba muy necesitada, instalando en su parte alta el Conservatorio de Música, la Escuela de Arte Dramático y un Museo del Teatro. «Se hicieron estudios de la cimentación y de las paredes maestras», señalaba Lora, «que comprobaron su buen estado, y al Instituto Eduardo Torroja de la Construcción se confió el de la resistencia de palcos y plateas. Con esta previa base aprobatoria, se encargó al arquitecto M. González Valcárcel el anteproyecto de aprovechamiento del edificio y el correspondiente presupuesto de orientación». Naturalmente, se tenía en mente que la Ópera nada perdería, ya que estaba el proyecto de la Fundación March.

La idea de salvar el Teatro Real reconvirtiéndolo en sala de conciertos se mantuvo, realizándose las tareas necesarias. El 13 de octubre de 1966 tenía lugar la inauguración, con la presencia del jefe de estado, general Franco, y de los príncipes don Juan Carlos y doña Sofía.

APÉNDICE

Intervención de Menéndez Pidal en el acto de entrega del Poema de Mío Cid.

En el archivo de la Fundación March se conservan unas páginas tituladas «Discurso pronunciado por Don Ramón Menéndez Pidal, en el Palacio de Don Juan March, durante la ceremonia de entrega del códice del “Poema del Cid” a la Biblioteca Nacional por donación de la “Fundación March». Parece evidente que se trata de la transcripción, sin corregir, de una parte de las palabras que pronunció don Ramón. Incluyo a continuación la esencia de su intervención. Fue aquélla, no lo olvidemos, una ocasión única, un acto histórico, de esos que se mantienen —o que deberían mantenerse— en la memoria de un pueblo, ya que ¿qué caracteriza mejor a una comunidad que la lengua que emplea?

Yo debo hablar en nombre de los lectores [del *Poema*]¹² y creo que los que más lo han leído somos los que lo hemos publicado, porque, naturalmente, al hacerlo y revisarlo hay que leerlo diez, veinte veces, quizá, el poema, etc. Éstos son Don Tomás Antonio Sánchez, D. Florencio Janer, Fornelos, Huntington, en fin todos los que hemos publicado el [manuscrito]. En nombre de éstos, mío y de todos los lectores, no puedo por menos de felicitar a la Fundación March por este hecho que ahora celebramos. El poema, desde 1779 que lo sacó del Convento de Vivar, y Aunús, Secretario de Estado, desapareció del poder, ¡mentira pública!, el poema estaba en poder del Concejo de Vivar. Una vez retenido en poder de Llaguno, este poema lo tuvo después Pascual de Gayangos, después el primer Marqués de Pidal, después la familia de él, y hoy, por fin, cesa el último poseedor particular, Don Juan March, y cesa la posesión particular cediéndolo a la Biblioteca Nacional. No puedo menos de felicitarlo

12. Las frases incluidas entre corchetes responden a mi propia idea de lo que *pudo* decir don Ramón. Las omisiones que he realizado las he marcado con [...]. Con estos cambios únicamente pretendo dar más sentido al texto.

y felicitarnos a todos, especialmente al Sr. Ministro que tiene la honra de recibir ahora este donativo agradable.

Y del Poema, ¿qué voy a decir?... Su valor principal no es el manuscrito. Es un manuscrito como Vd. ve, en papel toscó, ni siquiera tiene la tinta roja que solía adornar a los manuscritos. Todas las iniciales las adornaban con rojo. Éste ni siquiera tiene eso y es del siglo XIV, de principios del siglo XIV. ¿Qué valor tiene, pues, este libro tan mediano, de valor material tan mediano? Pues tiene el ser el primer monumento de nuestra literatura. Tiene el valor nacional inestimable, porque parece mentira que, al fin, hace mil años ya se publicó, que se escribió el Poema, y sin embargo refleja, a pesar de los transcurros grandes del tiempo, refleja las cualidades del idioma y de la literatura perfectamente. Baste saber, por ejemplo, comparándolo con la Chanson de Roland, que la Chanson de Roland se ajusta a las normas francesas en general, su simplicidad, su sencillez. Tiene, por ejemplo, la unidad de acción y de tiempo que tienen las tragedias francesas, eso es lo notable, mientras que el Poema del Cid no tiene unidad de acción ni de tiempo, como no tienen las comedias de Lope de Vega. ¿Cómo se unen estas dos carreteras así a través del tiempo? El Poema del Cid abarca veinte años de la vida del héroe, que [en] la Chanson de Roland es un momento, es la traición de Lanelon, la muerte de Roland y el castigo del traidor. Allí hay una unidad perfecta de acción. ¿Cómo logra la unidad de acción el Poema? Pues sumando una porción de recuerdos tradicionales alrededor de la figura del héroe que lo constituye en el héroe predilecto de la nación, ensalzando sus virtudes guerreras, patrióticas, políticas y familiares, etc. El valor nacional se une a un valor lingüístico; es el primer monumento de nuestro idioma. Esto veníamos diciendo todos, y lo aprendíamos desde el Instituto, pero el año 1948 y el año 1952 se descubre una serie de cantarillos andaluces que venían como remate o como conclusión de poemas escritos en árabe clásico. Este hecho revolucionario, no sólo para la literatura de España, que retrasa en un siglo la aparición, un siglo anterior al Poema del Cid, nos pone delante una producción literaria que antes era desconocida. No sólo revoluciona la historia de la literatura española, sino la historia de la literatura del Occidente de Europa. Antes, la primera literatura del occidente

de Europa eran las canciones de Guillermo IX, duque de Aquitania, y ahora una poesía lírica... muy anterior a Guillermo IX se nos viene a presentar.

De modo que el Poema queda desbancado de su primacía lingüística, pero no es esto completamente exacto, porque las jarchas mozárabes tienen una lengua, podemos decir así, estacionaria que es la que hablaban los mozárabes en el siglo VIII al ser invadidos. Queda una lengua relegada a situación inferior, sin desarrollo cultural regular. De modo que no representan la línea de la literatura española. Representa el primer monumento de una literatura dialectal andaluza, que no es la literatura del norte de España, que iba a continuar la literatura española. De modo que el Poema del Cid es realmente el primer representante de la literatura del norte, que es muy distinta.

Las jarchas, por ejemplo, no las podemos, no las puede entender un español corrientemente, es una lengua tan mezclada de arabismos, no sólo en vocabulario, sino en frases que resultan ininteligibles muchas veces. De modo que ellas son la primacía de un dialecto, mientras que el Poema es la primacía de la literatura que va a continuar [...]. Naturalmente, la jarcha no sufre una influencia de fuera de España; y en España misma quedan reducidas a Andalucía, mientras que el Poema sí, el Poema tuvo desde que se publicó por los juglares [...] una influencia, y no sólo en España, sino, por ejemplo, en la literatura alemana ...[H]ay un personaje en el Poema de los Nibelungos que está evidentemente imitado del Cid.

Es Margraver Rudiger [...] hasta el nombre [...] no es alemán. El nombre Rudiger es una deformación de Rodrigo y es una excepción de todos los personajes de los Nibelungos [que es] el poema de la desmesura, de la violencia, y, sin embargo, Margrave Rudiger se distingue por su temperamento moderado; en fin, es un reflejo del Poema del Cid. Una de las grandes novedades que tiene el Poema del Cid es contrariar toda la tradición ética de Europa, [ya] que todos los poemas éticos de Europa se funden en la venganza, y el Poema del Cid transforma la venganza en una reparación jurídica, ésa es la gran novedad del Poema del Cid.

Pues bien, este Rudiger los germanistas lo tienen por una imitación de D. Rodrigo de Vivar [Pero lo que ahora] nos interesa [es lo que sucedió] en España [donde] la difusión del Poema fue enorme enseñada. Ya en la Corte de Alfonso VII se celebraba el Poema como el poema que contaba los triunfos de Rodrigo contra los musulmanes y contra los condes envidiosos, cortesanos envidiosos del héroe. Después todas las crónicas lo prosificaron y lo introdujeron en la crónica oficial histórica, la crónica cantada por los juglares, y poética. Todo esto desde el siglo XIII al XV, después el poema, cuando ya se muere la poesía juglaresca, lo heredan los juglares del romance, si bien el canto salmódico de la gesta pasa a ser sustituido por el canto polifónico de los romances, y de los romances pasa al teatro con Guillén de Castro, y después de Guillén de Castro pasa a Corneille, que en gran parte de su gran tragedia no es más que un traductor de Guillén de Castro, y de Corneille pasa a la literatura universal. Tiene también ecos universales [en] Herder en Alemania en 1803 [...]

Hizo Herder en Alemania tan famosos los amores del Cid y de Gimena como los odios de Grimilda y de Sigfrido, y de Corneille y de Herder pasa a la literatura universal y ahora mismo estamos viendo que pasa al nuevo arte del cine, lo que es... irremediable, pero creo que pasa bastante bien. Es conocido, al menos. Cuando en España teníamos los días apagados de cultura, en las postrimerías de Fernando VII, cuando Quintana no veía en el Poema más que un balbuceo y Martínez de la Rosa no veía más que un embrión informe, pues entonces estaba en Londres un venezolano, Andrés Bello, que cumplía allí sus misiones diplomáticas de Venezuela, de Colombia y de Chile y trabajaba en la Biblioteca del Museo Británico. Allí [vio] una porción de cantares de gestas francesas y se encariñó con el estudio del Poema del Cid, y allí empezó, hacia el año 1822, su estudio que ocupó unos diez años de su vida; hasta 1834 no lo daba por terminado, y siempre pensando que no podía publicarse en el estado en que estaba. Es decir, un polígrafo como Andrés Bello que dedica diez años de su vida [al estudio del Poema, lo que] merece una consideración especial, y no por el tiempo que emplea, sino por cómo lo hace.

Y Bello, con su buen sentido, que nunca ponderaremos lo suficiente [...] sostuvo la precedencia del poema respecto de los romances, [...] teoría que después vino a apoyar [en 1874] D. Manuel Milá i Fontanals [...], después de muerto Bello [quien] no conoció a Bello, [un hecho que constituye] una lección triste para nosotros los hispanoamericanos que tuvimos una incomunicación absoluta.

Los escritos de Bello, publicados en Chile, no se conocieron en Europa y el que los conocía los callaba [...].

Menéndez Pidal pasaba a desarrollar este punto, y unas líneas después la transcripción se detiene.

6

Un edificio propio: exposiciones, conciertos y conferencias

... para escribir novelas, una mujer debe tener dinero
y un cuarto propio.

VIRGINIA WOOLF,
A Room of One's Own (1929).

UNA SEDE PROPIA

En el capítulo anterior vimos que el proyecto asumido por la Fundación March de financiar la construcción de un Teatro de la Ópera en Madrid no prosperó, cuando se aproximaba el final de la década de los sesenta. Una consecuencia de ello fue que la Fundación disponía del dinero que había dispuesto para tal fin. Por entonces Juan March Delgado había visitado la Fundación Gulbenkian de Lisboa y quedó impresionado con el edificio (inaugurado el 2 de octubre de 1969) de que ésta disponía, lo que le condujo a pensar que tal vez se pudiese hacer algo similar en Madrid con la Fundación que había creado su abuelo.

Desde su creación, la sede de la Fundación había estado situada en el número 70 de la calle Núñez de Balboa, es decir, dentro de unas instalaciones anejas al palacio propiedad de Juan March, en la

parte opuesta de la manzana en la que se construiría el edificio que ahora es su sede.¹

El 4 de marzo de 1970 se convocó un concurso restringido, entre arquitectos españoles, de anteproyectos para la sede social de la Fundación en Madrid. Fueron invitados a presentar anteproyectos Francisco Javier Carvajal, Mariano García Benito y José Luis Picardo. Veamos algunas de las bases del concurso.

El «Objeto del concurso» correspondía «a la primera fase de un conjunto cuya meta final será la realización de la Sede Social de la Fundación Juan March, entendiéndose que dicho concurso se refiere, aparte del anteproyecto del edificio social propiamente dicho, a la integración ordenada y coherente de éste y su zona de influencia (jardín), al espacio que actualmente ocupan el palacio March y sus jardines». La segunda fase correspondería al proyecto definitivo, y la tercera y final, a la ejecución de obra por el arquitecto que resultase ganador del concurso.

El terreno de que se disponía para ubicar el edificio era un solar con fachadas a las calles Castelló y Padilla, «antiguo Palacio de Gamazo, que queda unido al jardín del edificio March». «De dicho solar», se añadía, «se tomará la parte que se estime oportuna, quedando unido el jardín de la Fundación con el actual del Palacio March, entendiéndose que si bien ambos jardines formarán un todo, deberán ser fácilmente individualizables a fin de poderse deslindar oportunamente en su día, valorándose la solución a que llegue el arquitecto en relación con los espacios libres sobrantes (incluso para poder edificar el día de mañana), soleamiento, vistas, etc., relativos al Palacio March». Se debía «proyectar de acuerdo con ordenanzas; con máximo aprovechamiento en cuanto a alturas se refiere, sin importar que queden zonas disponibles para su

1. El palacio de los March, también conocido como palacio Gallo, por haber pertenecido a José Luis Gallo, fue construido por el arquitecto Joaquín Saldaña entre 1902 y 1907 y reformado por Luis Gutiérrez Soto en 1934, cuando ya pertenecía a Juan March Ordinas.

utilización en un futuro. Por debajo del rasante se edificarán tres sótanos».

En cuanto a las «Ideas generales del edificio», eran las siguientes:

1.º El edificio debe tener la nobleza de materiales propia de un edificio representativo, pero se debe huir de toda ostentación fuera de lugar.

2.º Debe tener una completa flexibilidad de distribución, para poder realizarse, caso de ser necesarios, cambios en un futuro.

3.º Se debe prever la posibilidad de expansión puesto que debe proyectarse con miras al futuro (espacios disponibles de que antes se hablaba).

4.º Las instalaciones deben ser de extrema calidad.

5.º Debe ser insonorizado y aislado del exterior, así como entre las dependencias internas.

6.º Previsión de instalación contra incendios en todas las plantas.

En el primer sótano, y además de vestíbulo, guardarropa y aseos, debería ir una «sala de conferencias, con capacidad para 300 personas, concebida para conferencias, cine, conciertos, danza, coros, escenario pensado fundamentalmente para teatro y música de cámara, con instalación de camerinos, equipo de doble cabina para traducción simultánea de extranjero a español y de extranjero a extranjero, megafonía para escuchar grabaciones, pizarras, mapas, tableros, proyección de diapositivas, etc.». También debía existir, además de otros servicios, un despacho para el conferenciante, dos salas para reuniones de diez personas cada una y «una sala con forma de anfiteatro, con capacidad para 80 personas, con circuito cerrado de televisión e instalación de receptores en la propia sala y en los despachos que interese, registro de sonidos, proyección de películas, pizarra iluminada con luz ultravioleta, mapas, etc.». En los restantes sótanos debían ir garajes, almacén, talleres, laboratorio de grabaciones, central telefónica e instalaciones de aire acondicionado central, electricidad, etc.

En la planta baja, la de entrada a nivel de la calle, y junto a la recepción y otros servicios habituales, se especificaba que debería

existir una «sala permanente de exposiciones». La planta primera estaría destinada a «Administración», la segunda a «Biblioteca y lecturas», la tercera a «Jurados y comités», la cuarta al «Consejo de administración y Presidencia», de la quinta sólo se decía que debería estar «disponible» y la sexta a «Club» (*hall*, cafetería y comedor, dos salas de reuniones informales, terrazas cubiertas y descubiertas).

Se señalaba, no obstante, que «los arquitectos concursantes quedan en libertad de proponer la distribución por plantas que crean más oportuna, pues la dada sólo lo es a modo orientativo». El arquitecto que ganase el concurso sería el encargado de realizar el proyecto definitivo y dirigir la construcción del edificio, «de acuerdo con las normas establecidas por el Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid». En cuanto a los plazos eran los siguientes:

Fecha de presentación del anteproyecto: 1 de junio de 1970.

Fecha de comunicación del fallo: 1 de julio de 1970.

Fecha de presentación del proyecto definitivo: 1 de enero de 1971.

El jurado calificador estuvo compuesto por Alejandro Bérghamo Llabrés, que actuó de presidente, Felipe Lafita Pardo, de secretario, y de vocales, José María Navarro Oliva, Gabriel Alomar Esteve, Gratiniano Nieto y Felipe Rodríguez Marín. Por unanimidad se acordó proponer que el encargo se adjudicase a José Luis Picardo, «por ser su anteproyecto», se lee en el acta, «el que mejor se adapta a las necesidades del nuevo edificio, tanto desde el punto de vista estético como funcional y de ambientación en su futura ubicación».

En la reunión del Consejo de Patronato, presidida por Juan March Servera y con la asistencia de Blas Pérez González, Juan March Delgado, entonces consejero vitalicio, y Alejandro Bérghamo, celebrada el 26 de septiembre, se informó del acuerdo.² En el acta de la reunión se lee:

2. Recordemos que además de los citados, entonces el Consejo de Patronato estaba formado por Bartolomé March Servera, que ocupaba el puesto de

V. NUEVO EDIFICIO DE LA FUNDACIÓN JUAN MARCH.

El Presidente explica el desarrollo del concurso restringido que se ha celebrado para la presentación de proyectos destinados a la construcción del nuevo edificio de la Fundación, en el solar sito en la esquina de las calles Castelló y Padilla de Madrid, y de la aceptación del proyecto elaborado por el arquitecto Don José Picardo Castellón.

El día siguiente se comunicaba a los arquitectos el acuerdo del Patronato.

José Luis Picardo Castellón (Jerez de la Frontera, 1919), un arquitecto de la generación de Sáenz de Oiza, Cano Lasso, de La Hoz y de la Sota, nació en Jerez de la Frontera y estudió en la Escuela de Arquitectura de Madrid, donde destacó inicialmente por su facilidad para el dibujo, que le condujo a realizar murales para hoteles, residencias y otros edificios. Además de la Fundación March, ha sido el arquitecto de construcciones como la Escuela de Arte Ecuéstre de Jerez y de paradores de turismo como los de Guadalupe, Carmona y los castillos de Santa Catalina de Jaén y de Sigüenza. El 3 de febrero de 1997 fue elegido miembro de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en la que ingresó el 22 de febrero de 1998. Siempre ha manifestado que su obra más importante ha sido el edificio de la Fundación Juan March.³

vicepresidente y consejero vitalicio, y los consejeros Antonio Rodríguez Sastre, Ignacio Villalonga Villalba, Felipe Lafita Babio y José Bas y Rivas. También existía una Comisión Asesora constituida por Juan y Carlos March Delgado, Cruz Martínez Esteruelas, Rafael Morales Casas y Antón Civit Breu, con Francisco Serrano Aguilar de secretario.

3. Contestando a una carta de José Luis Yuste, en la que éste le felicitaba por el premio Camuñas de Arquitectura, que le había sido otorgado en 2001, Picardo escribió: «La pieza de arquitectura más importante de mi obra es nuestro edificio de tu Fundación, que me llena de orgullo haberlo hecho y que tan bien conserváis».

Las obras (realizadas por Construcción Pirenaica S. A.), que correspondían a la esquina noreste de la manzana en una de cuyas esquinas estaba situado el palacio de los March, comenzaron en 1972, estando previsto que finalizaran en 1974. Y en diciembre de aquel año, efectivamente, terminó la construcción de la nueva sede social, situada en el número 77 de la calle Castelló de Madrid: once plantas, de las que cuatro estaban bajo el nivel del terreno, con una superficie total edificada de 17.764 metros cuadrados.

Las revistas de arquitectura se ocuparon ampliamente del nuevo edificio. En una de ellas, *Arquitectura* (número 194-195; febrero-marzo de 1975), el propio arquitecto, José Luis Picardo, explicaba algunas de las características de la edificación. Merece la pena reproducir algunos pasajes.

La idea fundamental fue enterrar el máximo volumen de edificación que no tenía necesidad de luces exteriores y conseguir el máximo suelo libre para destinarlo a jardín que enlazara con el resto de la manzana. El edificio bajo tierra tiene una superficie de 3.000 m² en planta y sobre tierra 14.000 m² en planta... La superficie a nivel de tierra deja un jardín al sur para el futuro enlace antes dicho. Deja al oeste en límite con un bloque de viviendas existente, la rampa de bajada a los aparcamientos. Y la fachada este, es decir a la calle Castelló, se retranquea dejando un espacio horizontal que es el techo del salón de actos más grande. Este retranqueo de la fachada enriquece el ambiente urbano y le da al edificio bastante efecto espectacular y está enriquecido con una escultura de Chillida de gran tamaño ...

Otra idea fundamental ha sido la simplicidad de materiales y colores en todo el edificio: mármol (que debió ser blanco y lo trajeron un poco gris, pero yo no tuve más remedio que aceptarlo por razones de tiempo). Aluminio anodizado en bronce casi negro. Cristal color oscuro; colores dominantes blanco y negro...

El exterior resulta una masa muy compacta con las esquinas redondeadas con un radio de más de cinco metros, lo que hace que las cuatro fachadas se continúen una con otra formando realmente una

sola. A esta idea le ayuda expresivamente la continuidad de las ventanas que forman una secuencia horizontal ininterrumpida.

El edificio es absolutamente de las mismas dimensiones en sus cuatro fachadas, las cuales son las cuatro de la misma calidad, manteniendo el anteriormente dicho ritmo horizontal en secuencia continua...

Con respecto a las obras de los artistas que complementan el edificio fueron pensadas por el autor al redactar el Proyecto. El voladizo está compensado con la escultura de Chillida. El espacio interior vertical, lo está con la escultura de Pablo Serrano y los *balls* respectivos con los murales de Suárez Molezún y de Vaquero Turcios. También quiero anotar que he tenido la gran suerte de que no ha habido decorador alguno. Y así la obra arquitectónica se ha rematado hasta la introducción de los muebles, ganando con ello toda la unión interior del edificio en armonía completa.

Con el planteamiento general de la manzana integrando el edificio y sus jardines con los del Palacio de los March y con la masa del nuevo bloque de severas líneas continuas, dulcificadas con el redondeo de sus aristas, la nobleza del mármol blanco, su separación de la línea de la calle con un enriquecimiento de jardines y elementos de arte, creo que este edificio corresponde en nobleza a las intenciones culturales de la institución de la que es sede y enriquece artísticamente el entorno de la ciudad en el que está enclavado.

El edificio es, desde el punto de vista arquitectónico, puro arte que, además, fue viéndose inundado por más arte, por pinturas y esculturas, obras de artistas como Antoni Tàpies, Antonio López, Jordi Teixidor, Pablo Palazuelo, Godofredo Ortega Muñoz, Gerardo Rueda, Eusebio Sempere... En el exterior, varias esculturas adornan los jardines: a los dos lados de la entrada principal, una de Eduardo Chillida titulada «Lugar de encuentro» (1975),⁴ a la que

4. De esta escultura de Chillida ha escrito Julián Gallego lo siguiente (*Arte Español Contemporáneo. Colección de la Fundación Juan March* [Fundación Juan March, Madrid 1979], p. 3): «Esta escultura de uno de los más célebres maes-

más tarde se añadió, opuesta a ella, otra de Eusebio Sempere, «Órgano» (1977), mientras que en uno de los laterales se colocaron obras de Miguel Ortiz Berrocal, Gustavo Torner y Martín Chirino.

Entrando en el edificio, en el *hall*, el visitante no puede dejar de ver una impresionante estatua de Pablo Serrano que representa al fundador, Juan March Ordinas. Un gran mural de cincuenta metros cuadrados ocupa la pared del fondo del *hall* de entrada a los salones de actos. Se trata de una alegoría a Laocoonte, el sacerdote troyano que murió estrangulado por las serpientes, obra de Joaquín Vaquero Turcios (Madrid, 1933), un artista autor de importantes pinturas murales, entre las que pueden destacarse las del Teatro Real de Madrid, pabellón de España en la Feria Mundial de Nue-

tros de nuestro siglo es interesante por varios conceptos. Señalamos, en primer lugar, su material, el hormigón, del que no se han borrado las rayas y asperezas del encofrado de madera que lo hizo posible: Chillida, que en otros casos emplea hierro, madera o alabastro, ha querido aquí subrayar lo “callejero” de esta obra, haciéndola de una materia semejante a la empleada en la arquitectura vulgar de nuestro tiempo. Se trata, pues, de una escultura de exterior, la versión actual de los monumentos conmemorativos del siglo XIX, tan abundantes en Madrid, destinada a amueblar y dar sentido a un espacio urbano que a falta de ella sería absolutamente semejante a otros mil. Pero aquí ya no se va buscando lo ejemplar de la figura del héroe colocado en un pedestal, modelo del transeúnte, pero ajeno a éste: lo que se quiere es que el transeúnte se sienta aludido, invitado a entrar en el juego de curvas acogedoras que le brinda este “lugar de encuentro”. Las formas de tenaza de los tres módulos que componen la obra no son agresivas, sino abiertas como brazos. Crean entre ellas un espacio, a la vez libre y protegido, como un recinto sin barreras, propicio a la relación social entre individuos que pasan del anonimato al conocimiento mutuo. Las tres piezas de cemento son ya como una afirmación de fe en lo plural unido».

De Chillida también posee la Fundación otras obras: «Mármol y plomo» (Museo de Arte Abstracto Español de Cuenca; 1964), «Elogio del hierro», «Proyecto para el arco de la libertad II» y «Mendi Huts II» (Museu d'Art Espanyol Contemporani; 1956, 1980 y 1990).

va York, las iglesias de Herrnau en Salzburgo, de Verscio en Suiza y de San Benito en El Salvador, los edificios ITT Europe en Bruselas y La Unión y El Fénix en Madrid o el aeropuerto de Barcelona.⁵ Otro mural, original de Manuel Suárez Molezún, adornó la entrada a la biblioteca.

Con el nuevo edificio se abría una nueva etapa para la Fundación. Actividades que antes eran impensables, no sólo dejaron de serlo sino que, en más de un sentido, eran casi obligadas. O dicho de otra manera, era preciso idear nuevas formas de actuación. Y los dirigentes de la fundación fueron, naturalmente, los primeros en reconocer semejante hecho, para qué, si no, habían cons-

5. He aquí lo que el propio Joaquín Vaquero Turcios ha escrito sobre su mural («Mi Laocoonte», *Boletín de la Fundación Juan March*, n.º 37, abril de 1975, p. 31):

«Esta pintura mural es una nueva versión de Laocoonte, tema clásico ilustrado tratado por muchos artistas del Renacimiento a raíz de la aparición del famoso grupo helenístico de Agesandro, Atenodoro y Polidoro de Rodas en una estancia subterránea de la Domus Aurea de Roma, el 14 de enero de 1506.

De Miguel Ángel en adelante, aquella escultura o aquel tema inspiraron incluso a artistas tan alejados de la mitología como El Greco, que consiguió en él una de sus mejores obras. Descrito por Virgilio, admirado por Goethe, encarnación del pensamiento de Lessing, el momento de la muerte del sacerdote troyano y sus hijos aparece ahora bajo una nueva forma en este mural. Las tres figuras, reducidas a su esencia plástica, forman una unidad desgarrada sobre la que la tragedia se dibuja geométricamente. El drama, cristalizado en masas y líneas de fuerza, se integra en el austero espacio arquitectónico, cubierto con vigas de dimensiones ciclópeas.

En este edificio, cuya arquitectura pertenece —por consciente intención de su autor— a un mundo de orden apolíneo de raíz helénica, y cuya función es la de bastión cultural vivo en la ciudad, el tema griego del Laocoonte —tan rico de resonancias culturales— encuentra un ambiente idóneo.

Pero hay más. Laocoonte, el único que comprendió el peligro que encerraba el Caballo de Troya, es también el protagonista de una advertencia. Como todo símbolo, es permanente y válido también en el momento que vivimos. Hoy como siempre, tentadores engaños amenazan la libertad y la vida del espíritu. El grito de Laocoonte debe servirnos de perenne advertencia».

truido el nuevo, flamante edificio. En la «Presentación», firmada por Alejandro Bérnago, como consejero secretario, de los *Anales de la Fundación Juan March* correspondientes a 1975, encontramos, negro sobre blanco, que, efectivamente, se abría una nueva etapa:

El año de la inauguración de la nueva sede social de la Fundación Juan March en Madrid, 1975 ha sido, sin duda, decisivo en la historia de la institución.

Se pusieron en marcha una serie de *Actividades Culturales*, programadas y realizadas por la propia Fundación dentro de un programa muy amplio. Exposiciones de arte, conciertos y actividades musicales, seminarios y encuentros científicos y culturales, ciclos de literatura, cursos universitarios y conferencias, se sucedieron a lo largo del año dentro de la propia sede de Madrid. Actividades culturales que se extendieron también a otros puntos de España.

El 24 de enero de 1975 comenzaron oficialmente las actividades culturales con una «Exposición Antológica de Arte Español Contemporáneo», la primera que organizó en su sede la Fundación Juan March en su historia (el acto estuvo presidido por el ministro de Educación, Cruz Martínez Esteruelas, que había sido el primer director de la Fundación). La exposición llegaba a Madrid después de haber visitado varias capitales españolas y extranjeras (Sevilla, Zaragoza, Barcelona, Bilbao, Londres, París, Roma, Zúrich y Palma de Mallorca), en un itinerario que había comenzado en noviembre de 1973.⁶ En múltiples sentidos se trataba del inicio de

6. Los artistas cuyas obras se expusieron en aquella primera exposición en la sede de Castelló fueron los pintores Amalia Avia, José Caballero, Rafael Canogar, Antoni Clavé, Modest Cuixart. Álvaro Delgado, Francisco Ferreras, Luis Feito, Juana Francés, Luis García-Ochoa, Juan Genovés, José Guerrero, José Guinovart, Manuel Hernández Mompó, Joan Hernández Pijuan, Carmen Laffón, Antonio López García, Francisco Lozano, Manuel Millares, Lucio Muñoz, Godofredo Ortega Muñoz, Joan Ponç, Manuel Rivera, Gerardo Rueda, Antonio Saura, Eusebio Sempere, Gustavo Torner, Salvadòr Victoria, Manuel

una nueva etapa, una etapa que había sido posible por una larga labor de preparación, a través de becas a artistas y también de algunas exposiciones anteriores. A partir de entonces la sede de la calle Castelló se convertiría en uno de los centros de exposiciones artísticas más activos y frecuentados de Madrid. El presidente de la Fundación, Juan March Delgado, pronunció unas palabras en las que expresaba la razón de ser y los objetivos renovados de la institución que presidía. Citaré algunos pasajes de su intervención en aquel acto inaugural, tan cargado de significado en lo que al futuro se refiere.⁷

«Constituyen la exposición», explicaba el presidente de la Fundación, «81 obras realizadas por 41 pintores y escultores, de los cuales doce han sido becarios de la Fundación. Cada uno de estos artistas tiene su personalidad artística, su singularidad y su mensaje propio, o sigue —a su modo— una corriente artística determinada. Varían en edad y en tendencia. Pero todos ellos, hijos de una misma época y reunidos en esta exposición, expresan una palabra común. En este sentido, creemos que nuestra exposición constituye un intento de aproximación global al momento actual del arte español». Y continuaba con unas palabras que me interesa especialmente resaltar:

El sentido de esta exposición, su finalidad y su carácter se sitúan en el contexto general de las actividades culturales de la Fundación. Nuestra idea es ofrecer en esta Casa exposiciones de carácter internacional de singular relieve y muestras de artistas españoles de todas las edades y tendencias. Entre ellas, qué duda cabe, recabaremos la cola-

Viola y Fernando Zóbel; los escultores Xavier Corberó, Eduardo Chillida, Martín Chirino, Amadeo Gabino, Juan Haro, Feliciano Hernández, Julio López Hernández, Marcel Martí, Miguel Ortiz Berrocal, Pablo Serrano y José María Subirachs. Se publicó un catálogo, el primero de lo que sería en el futuro una larga serie: *Exposición antológica de artistas españoles. Arte '73* (Fundación Juan March, Madrid, 1975).

7. El discurso se encuentra reproducido en *Boletín Informativo de la Fundación Juan March*, n.º 34, enero de 1975, pp. 22-24.

boración de aquellos artistas que en su día consiguieron una ayuda de la Fundación, para de esta forma colaborar también en la difusión de su obra y en la presentación de una panorámica de su evolución.

«No es éste un campo nuevo para nosotros», continuaba: «A lo largo de su historia, la Fundación Juan March ha patrocinado muy variadas actividades culturales y artísticas. Sin embargo, el disponer en Madrid de un edificio como éste nos ofrece nuevas posibilidades de actuación». Actuaciones como, anunciaba, ciclos de conferencias (entre ellos uno sobre la novela española actual), conciertos para jóvenes y ciclos de música española contemporánea y de órgano, y una gran exposición de Oskar Kokoschka. «En varias de estas actividades, igual que en esta exposición, habrán advertido ustedes el propósito de la Fundación de estar abierta a las corrientes más vivas e innovadoras del arte y la cultura contemporáneas. Nuestro propósito, en todos los terrenos, es el de tratar de responder adecuadamente al reto que plantea el mundo actual, con sus cambios constantes.» «Creemos», concluía, «que la cultura, rectamente entendida, es un bien. Aspiramos a que este edificio llegue a convertirse en un centro vivo, integrador de los distintos sectores culturales y artísticos. Con estas actividades, como con el resto de su labor, la Fundación Juan March pretende ser fiel a su vocación de servicio a la comunidad nacional».

INCORPORACIONES A LA FUNDACIÓN:
JOSÉ LUIS YUSTE,
NUEVO DIRECTOR GERENTE

Los años 1974 y 1975 fueron importantes también porque fue entonces cuando se produjeron cambios o incorporaciones de personas que resultarían especialmente importantes durante los años —décadas en muchos casos— siguientes. De entrada tenemos que, debido al fallecimiento en 1973 de Juan March Servera, Juan

March Delgado accedió a la presidencia de la Fundación, un puesto que mantiene todavía. El cargo de director gerente, que había sido ocupado primero, desde noviembre de 1970, por Cruz Martínez Esteruelas, y a partir de 1973 por Alfredo Lafita Pardo, quien lo abandonó al ser designado vicepresidente ejecutivo de la Banca March, pasó, el 29 de marzo de 1974, a José Luis Yuste Grijalba (Logroño, 1936), letrado del Consejo de Estado y de las Cortes, quien anteriormente se había incorporado a la gerencia en calidad de director adjunto.

Es difícil de evaluar la aportación en los años sucesivos, hasta su jubilación en 2003, a la Fundación March de este riojano, que estudió Economía, Sociología y Administración Pública en el Instituto de Estudios Políticos de Madrid, licenciándose y doctorándose en Derecho en la Universidad Complutense, y que además de su puesto como letrado del Consejo de Estado (desde 1964) y de las Cortes (entre 1950 y 1974), fue profesor de Derecho Político en su *alma mater*, miembro de la Asociación Internacional de Secretarios Generales de Parlamentos y del Consejo de Administración del periódico *Informaciones*, formando parte, asimismo, de los patronatos del Museo del Prado y del Museo Reina Sofía y del Consejo Social de la Universidad Autónoma de Madrid. En los próximos capítulos nos encontraremos con algunas muestras de la marca personal que dejó en muchas de las iniciativas de la Fundación, pero no está de más citar lo que manifestó Miguel Rodríguez-Acosta en el discurso que pronunció el 18 de abril de 2004 al recibir a Yuste como nuevo miembro de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, palabras que comparto plenamente:⁸

El nuevo académico ha sido testigo y protagonista activo de la vida cultural española durante el último tercio del pasado siglo y los

8. Miguel Rodríguez-Acosta, «Contestación», en José Luis Yuste Grijalba, *De cultura y de museos: lo que va de ayer a hoy* (Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid, 2004, pp. 52-53).

albores del nuevo; ha sido, en consecuencia, vigía de excepción como *gerente* de la prestigiosa Fundación March...

La Fundación March, como es bien sabido, fue creada con un noble propósito de altos vuelos, con carácter universal y con vocación de contribuir de forma decisiva y palmaria a la difusión y promoción de las artes y las humanidades en el seno de la vida civil española; y comprometida asimismo con las ciencias, con la educación y con muchas ramas de la cultura. Además, para llevar a cabo tal empeño, primero el fundador y después la familia March han sido generosos a la hora de allegar los medios para llevar a cabo la protección, la difusión y el aliento necesarios a profesores, graduados, estudiantes y a la sociedad en general, promoviendo para ello becas, ayudas, actos públicos, conciertos, conferencias, simposios, exposiciones, etc., en multitud de manifestaciones de la cultura...

Pero, ¿cómo había de hacerse esto si además se quería que fuese de forma excelente? Era un empeño en el que no bastaban ni el firme propósito, ni el proyecto impecable, ni los medios, por muy generosos que fueran. Como siempre, había que encontrar y elegir bien a quien o quienes condujeran el barco a buen puerto, con instinto, con autoridad y con sabiduría, marcando un buen rumbo y aprovechando los buenos vientos...

La persona elegida había de dejar en la institución —así era el encargo— una impronta de espíritu universal que rezumara liberalismo y modernidad. Sólo podría ser capaz de lograr algo así quien estuviese dotado de un carácter dialogante, quien, respetando voluntades de patronos y mecenas, y haciendo aflorar el talento y los valores de consejeros y asesores próximos, conciliara sus criterios plurales y sus diferentes estirpes intelectuales, todo ello para el mejor fin del proyecto. Tal persona había de saber elegir bien a los colaboradores, delegando en ellos funciones dentro de un contexto de libertad y de comunicación permanente. Una tarea que requería mucha mano izquierda, fina inteligencia y la energía propia que da la autoridad bien ganada.

En fin, así podemos situar la figura de José Luis Yuste... Sepamos que a quien hoy recibimos, aparte de sus méritos, reconocimientos y títulos, ha sido el alma de la Fundación March, a la que ha sabido darle temple, estilo y excelencia; en definitiva, el prestigio del que hoy goza.

Para comprender las ideas del nuevo director gerente de la Fundación Juan March, disponemos también de un documento de gran valor: un libro titulado *Las cuentas pendientes de la política en España*, que publicó en 1986. Citaré a continuación algunos pasajes de su contenido, en los que se muestra tanto su talante optimista, sus deseos, al igual que su esperanza, de que era posible, de que es posible, un futuro mejor para España, como lo que pensaba en asuntos educativos, científicos y culturales, todos ellos, evidentemente, objetos preferentes de la acción de la Fundación que durante tanto tiempo comandó.

«Nunca en la España contemporánea», leemos en la «Introducción», «han concurrido tantas circunstancias favorables a su progreso como las que concurren en la actualidad. El atraso económico, el científico y cultural, la desarticulación social, la debilidad crónica del Estado, el aislamiento internacional, la lista siempre larga de lo que los regeneracionistas llamaron “los males de la patria”, puede ser considerablemente reducida y hasta superada en nuestros días. Yerran las voces que tiñen de oscuridad el tiempo presente. Existen hoy en España muchos elementos activos que la impulsan hacia delante en mayor medida que en cualquier otro momento anterior». ⁹ ¿Se puede ser más optimista?

Pero era el de Yuste un optimismo «ilustrado», informado y crítico: «De las tres carencias básicas que la historia de España pone de manifiesto, la debilidad del Estado, el desnivel social y la falta de instrucción popular, esta última es la deficiencia fundamental. Todo esfuerzo que se haya de hacer para colmar las dos primeras lagunas precisa de la existencia de una población que anteponga en su conducta el razonamiento a la pasión, la información a la ignorancia, la mesura a la destemplanza y el trabajo propio al mesianismo ajeno. Educación, ciencia y cultura son los resortes que hay que movilizar para suplir esta fundamental penuria, en un vas-

9. José Luis Yuste, *Las cuentas pendientes de la política en España* (Espasa-Calpe, Madrid, 1986, p. 307).

to esfuerzo de instrucción pública encabezado por el Estado. El balance de nuestra historia es profundamente insatisfactorio en esta materia. Siglos de aislamiento y abandono han originado una lamentable postración educativa, científica y cultural, de la que hay que salir a toda costa». En concreto, el director de la Fundación March consideraba —y lo que pensaba sobre este punto no es irrelevante para los propósitos de este libro, ya que las ideas de un dirigente, aunque sea de una Fundación familiar, con su propia personalidad, siempre influyen en actuaciones de la institución— que «la ciencia... es la gran ausente en la historia del espíritu español. Apenas en algún momento nuestros científicos han contado con circunstancias favorables a su trabajo innovador. Nuestra dependencia exterior es abrumadora en esta faceta de la actividad humana. La incomunicación de la investigación española con las estructuras políticas, sociales y económicas de la nación, es patente. El trabajo científico, uno de los más relevantes en la división ocupacional de las sociedades contemporáneas, es objeto entre nosotros de una marginación irresponsable».¹⁰

«La cultura», continuaba, «entendida como modernidad de gustos y costumbres, se resiente entre nosotros del secular aislamiento exterior. El enclaustramiento de nuestro país durante los siglos XIX y XX, su peligroso ensimismamiento, le ha separado de las corrientes de ideas que han animado a la cultura europea contemporánea. Al igual que sucede con el atraso científico, nuestro atraso cultural no proviene de incapacidad natural de ningún género, sino de abandono y descuido organizativo». Y añadía: «En todas estas materias —educación, ciencia y cultura...—, es posible efectuar en nuestro país una gran renovación. España está madura para realizar un gran cambio en su Instrucción Pública».

Frente a tanto derrotismo y pesimismo como había asolado y asola la visión que muchos sostienen acerca de las posibilidades es-

10. *Ibid.*, p. 308.

pañolas para competir en el mundo de la ciencia, la de Yuste era una visión esperanzadora y positiva:¹¹

España se encuentra en la actualidad ante una ocasión excepcionalmente favorable para poner al día su vieja cultura; quizá ante la ocasión más importante que haya tenido desde que concluyó la experiencia ilustrada en el siglo XVIII. España es hoy un país vivo, abierto a las ideas exteriores y celoso de su cultura propia. Es éste un momento a la vez receptivo e introspectivo, idóneo para que la información cultural de fuera y de dentro circule en abundancia y origine contrastes creativos.

Y fundaciones como la Juan March podían contribuir muy positivamente a esa tarea histórica de engrandecimiento cultural de España:¹²

Hoy es posible realizar en España una política cultural de gran alcance, profundamente renovadora del talante espiritual de nuestro pueblo. Nunca en época contemporánea se habían dado cita tantas condiciones favorables como existen hoy para intentarlo. Con la Constitución de 1978, España está iniciando un nuevo período de su historia, en el cual ha entrado sin quebrantos civiles ni pérdida de sustancia vital.

A semejante tarea se dedicaría, continuando la misión que desde el principio había asumido la familia March.

EXPOSICIONES DE ARTE EN LA FUNDACIÓN

Cuando citaba antes las palabras que Juan March Delgado pronunció al inaugurar la «Exposición Antológica de Arte Español

11. *Ibid.*, p. 352.

12. *Ibid.*, p. 364.

Contemporáneo» vimos que anunciaba la celebración de una exposición de obras del pintor austriaco Oskar Kokoschka (1886-1980), una de las cumbres del expresionismo. La exposición, la segunda que tenía lugar en la nueva sede de la Fundación, pudo organizarse gracias a la cooperación de varios propietarios de obras del artista, comenzando por el propio Kokoschka, al que se sumaron la Colección Hochwürdig de Augsburgo, la Galería Marlborough Fine Art de Londres, la Kunsthaus de Hamburgo y el Museo de Tel Aviv en Tel-Aviv-Jaffa. La inauguración tuvo lugar el 21 de mayo de 1975, manteniéndose abierta hasta el 31 de julio. Se trataba de la primera exposición que se celebraba en España de este artista, que, casi nonagenario, se trasladó desde Suiza a Madrid para asistir a la inauguración, compuesta por cerca de doscientas obras, entre óleos, acuarelas y dibujos.

Tiene interés recuperar las palabras que en aquella ocasión pronunció el viejo maestro, ahora que ya ha desaparecido y su obra forma parte de la historia de la pintura, y de la cultura, universal. En mi opinión, esas palabras de Kokoschka figuran entre las más nobles que se hayan escuchado jamás en la sede de la Fundación:¹³

El artista no puede ser moderno, en el sentido que lo pretenden ser los franceses, y por eso yo les guardo un cierto rencor. La modernidad no existe, y por tanto es falsa la dicotomía antigüedad-modernidad. El arte, o es arte *o no lo es*. Ya desde la Edad de Piedra, en las pinturas de las cavernas, se distingue fácilmente al artista verdadero del mero imitador. El artista es un ser vivo, y el arte, como un niño que se convierte progresivamente en un ser humano.

En una época como la que vivimos, en la que el hombre corre el peligro de robotizarse, ahí está el arte para evitarlo y espiritualizar al hombre. De ahí que siempre me haya interesado por enseñar a los niños a «abrir los ojos» y proteger a la juventud para que siga pin-

13. «Habla Kokoschka», *Boletín Informativo de la Fundación Juan March*, n.º 40, julio-agosto de 1975, p. 14.

tando. Por ello, a pesar de ser ya un viejo cadáver, sigo pintando. Hay que combatir la tendencia educativa puramente lógica y racional, en favor de una educación humanizada y basada en el amor, término que a veces creo que se desconoce.

Ni trato con esto de hacer una defensa de mí mismo —yo ya estoy pasado— ni propugnar nada. No pertenezco a ningún partido ni tengo ideologías políticas. Soy simplemente humano. Me pertenezco a mí mismo, ya que lo más valioso que tengo es mi propia vida, a la que nunca traicionaré.

Europa siempre ha estado perdida y siempre en continua renovación, rasgo que la caracteriza y hace que todos los demás continentes dependan y aprendan de ella. Es cierto que está atravesando una mala época, pero sigue lanzando su disco. Esperanza, fe y valor son las tres cualidades que necesitamos en este período de crisis para seguir adelante.

Si bien he estado varias veces en España, nunca expuse mis obras en este país. Ésta es mi primera exposición antes de mi muerte, que no está muy lejana. Pienso que es muy importante presentar mi obra en un país con una tan rica tradición cultural, cuando por otra parte no me considero un pintor conocido y brillante en sociedad. España ha sido y seguirá siendo uno de los cuatro puntos culturales claves para mí.

La cultura —insisto— no es otra cosa que humanidad, y ésta es la meta que hay que alcanzar, aunque lograrlo precise una eternidad. Después de haber vivido dos guerra mundiales, y siendo muy probable que se produzca una tercera, en la que desaparecería el mundo, es muy importante tener esto en cuenta, advertir a los jóvenes para que no olviden la cultura, como ha ocurrido en algunos pueblos. El arte no es una industria ni un medio para ganar dinero, sino la vía para ser más humano. Y ésta es mi última palabra.

La exposición dedicada a Kokoschka marcó perfectamente algunas de las características de las futuras muestras que organizaría a partir de entonces la Fundación March. Por un lado, prácticamente todas presentaron al público madrileño —y al español en general— a un artista que hasta entonces no había sido protago-

nista en nuestro país de una exposición monográfica dedicada a él. En muchos casos se trataba de casi desconocidos para el público; por poner algunos ejemplos, Francis Bacon (1909-1992), del que la Fundación organizó una exposición entre abril y mayo de 1978, o el escultor catalán Julio González (1876-1942), una figura clave en la escultura española contemporánea, quien tal vez por haber vivido en Francia desde 1936 apenas era conocido por el público español (la exposición con obras suyas tuvo lugar entre enero y marzo de 1980). En segundo lugar, hay que mencionar que, salvo alguna excepción, impuesta por aquellos que prestaban obras o por alguna circunstancia especial (como ocurrió, por ejemplo, con la exposición de Zóbel, en 1984, que contó con Rafael Pérez-Madero como director), las exposiciones no tenían comisarios: el personal de la Fundación se encargaba de todo. Y en este punto es obligado mencionar a quien a lo largo de los años ha estado encargado de las exposiciones organizadas por la Fundación Juan March, José Capa, una persona discreta pero cuyos conocimientos, paciencia, delicadeza y relaciones internacionales han sido fundamentales para esta actividad tan notoria de la institución creada ahora hace medio siglo por Juan March Ordinas.¹⁴ Y junto a Capa, es necesario también recordar la aportación, centrada fundamentalmente en los diseños de las exposiciones, del artista Gustavo Torner, que ejerció esta labor —y la de asesoramiento— hasta 2001.¹⁵

14. José Capa se incorporó a la Fundación March en 1972. Su cargo terminó siendo el de director de exposiciones de la Fundación Juan March y director de los museos de Cuenca y de Palma.

15. Gustavo Torner (Cuenca, 1925), ingeniero técnico forestal de formación (ejerció esta profesión hasta 1965) y uno de los artistas —pintor al igual que escultor— fundamentales en el arte español contemporáneo, no sólo ha realizado diseños para la Fundación March, sino también para, por ejemplo, el Museo de la Catedral de Cuenca (diseño y montaje, 1983) y el Museo del Prado (reestructuración de las nuevas salas de Velázquez y Goya, 1985), al igual que decoraciones y figurines para obras de teatro.

No se deben olvidar tampoco los espléndidos catálogos que completaban a todas las exposiciones. El primero, el que acompañó a la exposición *Arte '73*, fue diseñado por Gustavo Torner, que inició con aquel trabajo su larga y fecunda relación con la Fundación March. Los siguientes, hasta el de la exposición *Arte abstracto español en la colección de la Fundación Juan March* (1983), fueron diseñados por el malogrado Diego Lara (1946-1990).¹⁶ Para sustituir a Lara se recurrió al pintor abstracto Jordi Teixidor (Valencia, 1941), que inició su relación con la Fundación en este apartado con el catálogo de la exposición Pierre Bonnard (octubre-noviembre de 1983), y que continúa, cuando escribo estas líneas, desempeñando tal función.¹⁷

16. Lara se había iniciado en el diseño editorial en la revista *Poesía*, y con cubiertas de libros como *Cuentos de un bebedor de éter*, de Jean Lorrain (1855-1906), publicado en la editorial Nostromo (Madrid, 1978), que habían fundado Mauricio d'Ors, Juan Antonio Molina Foix y el propio Lara. Sobre él, ha escrito Enric Satué lo siguiente: «Aunque quizás, la más representativa de todas, por la rebelde calidad de su diseño —y por la inolvidable huella de su diseñador, desaparecido trágicamente en plena juventud—, fue la revista *Poesía*, editada por el Ministerio de Cultura desde 1978. Diego Lara era, además, subdirector, y en los números en que estuvo al frente de su diseño, la revista mostró amplia y profundamente los registros de una sensibilidad plástica muy sugerente, aunque también muy irónica, que detuvo inesperadamente en el número 17, en 1983, como había detenido otras cosas y como detuvo, en definitiva, el curso de su vida a la temprana edad de cuarenta y cuatro años». Enric Satué, *El diseño gráfico en España. Historia de una forma comunicativa nueva* (Alianza Editorial, Madrid, 1997, pp. 223-225). Ignacio Álvarez Vara ha recordado recientemente a Diego Lara, con una semblanza delicada y afectuosa, en «CMG con NYC de fondo», en Carmen Martín Gaité, *Visión de Nueva York*, *op. cit.* en cap. 4, pp. 127-129).

17. Jordi Teixidor de Otto se formó en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Carlos, adoptando en la década de 1960 la abstracción cercana conceptualmente a la estética del minimalismo estadounidense. Fue también becario de la Fundación Juan March en 1977. En 2002 ingresó en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

No se trataba únicamente de magníficos catálogos, en los que con un diseño atractivo se reproducían las obras expuestas, sino que éstos también llevaban artículos de críticos e historiadores del arte en los que se situaba al artista o la colección objeto de la muestra. De hecho, ha sido norma general de la Fundación la organización de conferencias (a veces proyecciones o ciclos de música) sobre los artistas cuyas obras se exponían, contribuyendo de esta manera a la difusión del conocimiento artístico en la sociedad.

Sería, evidentemente, demasiado largo detenerse en el comentario de todas estas exposiciones. Mencionaré, sin embargo, algunas. Comenzando por la segunda,¹⁸ dedicada a Jean Dubuffet (1901-1985), a la que volveré a referirme en el capítulo 7, a propósito de las relaciones entre la Fundación Juan March y el marchante suizo Ernst Beyeler, y siguiendo por la que tuvo lugar entre octubre y diciembre de 1976 dedicada a obras de Alberto Giacometti (1901-1966).¹⁹ En el catálogo de esta muestra se reproducía un ar-

18. Segunda en cuanto a exposiciones monográficas, ya que después de la dedicada a Kokoschka, hubo una «Exposición Antológica de la Calcografía Nacional».

19. Como ejemplo de lo complejo que podía ser montar estas exposiciones, mencionaré que las obras de Giacometti que componían aquella muestra procedían de muy variados propietarios: Fundación Maeght (Saint-Paul), Colección Aimé Maeght (París), Galería Maeght (París), Fundación Alberto Giacometti (Zúrich; ahora Kunstmuseum), MNAM/CCI Centre Georges Pompidou (París), Colección Ernst Scheidegger (Zúrich), Colección Pierre Matisse (Nueva York), Colección Teriade (París), Colección Louis Clayeux (París), Colección Joachim Jean Aberbach (Nueva York), Colección Lady Sandra Weidenfeld (Nueva York), Museum of Modern Art (MoMA, Nueva York), Colección James Lord (París), Museum of Art, Carnegie Institute (Pittsburgh), Colección Gustav Zumsteg (Zúrich), Colección Graff (Nueva York), Kunstmuseum (Winterthur), Kunstsammlung Nordrhein-Westfalen (Dusseldorf), Sydney Janis Gallery (Nueva York), The Detroit Institute of Arts, Colección E. W. Kornfeld (Bern), Hirshhorn Museum and Sculpture Garden, Smithsonian Institution (Washington D. C.), The Art Institute of Chicago, Colección Block (Chicago), y colecciones privadas de Zúrich, Ginebra, Chicago, Toronto, Basilea y París.



Juan March Ordinas con Juan March Servera,
Leonor March Delgado y Mercedes Vilardel March.



Juan March Ordinas con
su nieto Juan March Delgado.

Pablo Serrano junto a su escultura
de Juan March Ordinas en el *hall* de
entrada de la Fundación durante la
inauguración de la I Exposición
de Becarios de Artes Plásticas
(22 de diciembre de 1975).





Edificio sede
de la Fundación
Juan March en la calle
Castelló de Madrid.

Frontal del edificio de
la Fundación con la
escultura de Chillida
en primer plano.



El arquitecto José Luis
Picardo y el director
de la Fundación Juan
March, Cruz Martínez
Esteruelas, junto a una
maqueta del edificio
de la Fundación.



De izquierda a derecha: Jesús Rubio (ministro de Educación Nacional), Ramón Menéndez Pidal y Juan March Servera, presidente de la Fundación Juan March.



Ramón Menéndez Pidal examinando el manuscrito del *Poema de Mío Cid*, durante el acto de entrega al Estado español por parte de la Fundación Juan March (Madrid, 20 de diciembre de 1960).



Oskar Kokoschka con Carmen Delgado, del Consejo de Patronato de la Fundación Juan March, durante la inauguración de la exposición «Kokoschka» (21 de mayo de 1975).



Rafael Alberti y Robert Motherwell, durante la inauguración de la exposición «Motherwell» (18 de abril de 1980).



El pintor y asesor artístico de la Fundación March, Gustavo Torner, con José Luis Yuste y Joan Miró en la exposición «Matisse» (octubre de 1980).

Pascual Maragall, alcalde de Barcelona, entre Juan y Carlos March, presidente y vicepresidente, respectivamente, de la Fundación Juan March, visitando la exposición «Picasso: Retratos de Jacqueline» (febrero de 1991).



David Hockney durante la inauguración de la exposición «Hockney» (18 de septiembre de 1992).

Rueda de prensa para la exposición. «Fotografía: años 80-90» en el Museu d'Art Espanyol Contemporani de Palma. De izquierda a derecha: Daniel Canogar, Catherine Coleman, Javier Gomá, director de la Fundación, Catalina Ballester y José Capa, director de Exposiciones de la Fundación (14 de septiembre de 2004).





Federico Mompou al piano durante el homenaje que se le tributó en la Fundación (19 de enero de 1977).



Ana Higuera (soprano), J. L. Rodrigo (guitarra) y Joaquín Rodrigo durante el «Homenaje a Joaquín Rodrigo» celebrado en la Fundación March el 9 de diciembre de 1981.



Fernando Zóbel y Gustavo Torner.



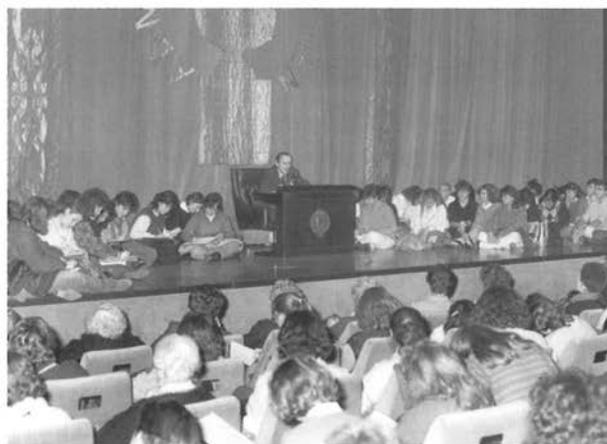
Inauguración del Museo de Cuenca (julio de 1996). De izquierda a derecha:
José María Yturralde, Jordi Teixidor, Gustavo Torner, Lucio Muñoz,
Salvador Victoria, Carmen Laffon, Eusebio Sempere, Amalia Avia, Juana Mordó,
José Guerrero, Fernando Zóbel, Nicolás Sauquillo, Manuel Millares,
Jaime Burguillos, Alberto Portera, Manuel Rivera, Gerardo Rueda y Martín Chirino.

Carlos Castilla del Pino pronunciando una conferencia en el salón de actos de la Fundación dentro del ciclo «Sigmund Freud» (14 de octubre de 1976).



Participantes en el Simposio de Literatura General y Comparada (6-8 de junio de 1977). De izquierda a derecha: Andrés Soria, Gregorio Salvador, Manuel Fernández Galiano, Dámaso Alonso y Martín de Riquer.

Antonio Buero Vallejo dictando una conferencia en la Fundación (26 de noviembre de 1985).





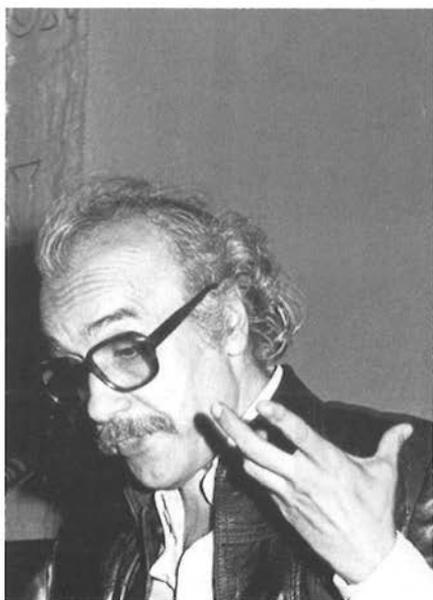
Carmen Martín Gaité, junto a (de izda. a dcha.) José Luis Yuste, Andrés Berlanga, director de Comunicación, y Antonio Gallego, director de actividades Culturales, en la Fundación para participar en un «Encuentro con Miguel Delibes» (26 de mayo de 1992).

José Hierro, Francisco Brines, Carlos Bousoño y Guillermo Carnero, participantes en un «Encuentro con Carlos Bousoño» (8 de marzo de 1994).



Manuel Seco, Juan March Delgado y Gregorio Salvador, durante la presentación del libro *La Lengua Española, hoy*, editado con motivo del 40 aniversario de la Fundación Juan March (6 de noviembre de 1995).

Ciencia y humanidades
en la Fundación March:
Severo Ochoa y Juan
Marichal durante el
Curso Universitario
dictado por Marichal
en la Fundación
(22 de mayo de 1980).



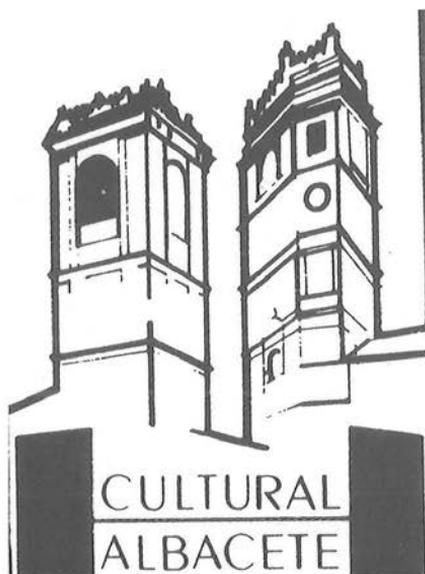
Francisco Nieva pronunciando una
conferencia en la Fundación en el ciclo
«Teatro Español Actual» (junio de 1976).



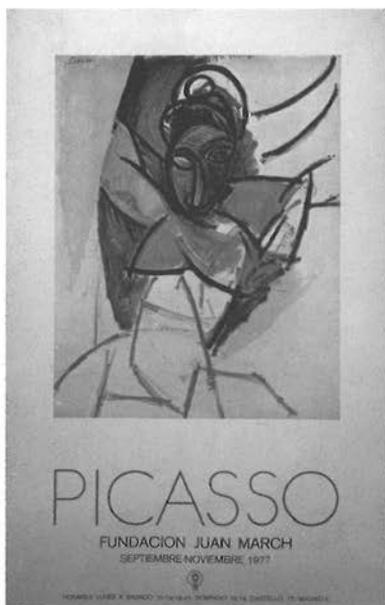
Gonzalo Torrente Ballester dictando
una conferencia en la Fundación
(5 de diciembre de 1986).



Participantes en uno de los seminarios públicos organizados por la Fundación, sobre «Ciencias moderna y postmoderna» en este caso. De izquierda a derecha: Javier Echeverría, Javier Gomá, José Manuel Sánchez Ron y Emilio Muñoz.



Logotipo del Programa Cultural Albacete, realizado por el pintor Jordi Teixidor, basado en las torres de El Tardón y de la Trinidad, de Alcaraz.



Cartel de la exposición «Picasso en la Fundación» (septiembre-noviembre de 1977).

PICASSO



SUITE VOLLARD

Portada del catálogo de la serie *Suite Vollard*, de que dispone la Fundación Juan March, publicado por el Museu d'Art Espanyol Contemporari de Palma.



Uno de los grabados de Picasso pertenecientes a la *Suite Vollard* expuestos en la Galería Theo y rasgado por los vándalos que la asaltaron.



Colas para visitar la exposición dedicada a Picasso en 1977.



Reunión del Consejo Científico del Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales del Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones de la Fundación. De izquierda a derecha: Juan Linz, Francisco Rubio Llorente, Astrid Ruiz, Susane Berger y Andrés González (18 de noviembre de 1989).



Reunión del Consejo Científico del Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales de la Fundación. De izquierda a derecha: Gøsta Esping-Andersen, Adam Przeworski, José Ramón Montero, Richard Breen, José María Maravall, director del Centro, José Luis Yuste, director de la Fundación, Javier Gomá, secretario del Centro, y Michael Wallerstein (15 de junio de 2001).

100th meeting



Participantes en el Simposio *Biology at the Edge of the Next Century* (2-13 de mayo de 1997), celebrado en el Centro de Reuniones Internacionales sobre Biología del Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones de la Fundación. De pie, de izquierda a derecha: José A. Campos Ortega, Miguel Beato, Gregory Gasic, Margarita Salas, Eric Kandel y Thomas M. Jesé. Sentados, de izquierda a derecha: Antonio García-Bellido, César Milstein, Gerald Rubin, Sydney Brenner y Carlos Martínez.



Reunión del Jurado de Biología (13 de octubre de 1989). De izquierda a derecha: Sydney Brenner, Antonio García-Bellido y César Milstein.

título que Jean-Paul Sartre escribió sobre Giacometti (un clásico escribiendo sobre otro clásico). En él el existencialista francés daba muestras de su maestría tanto en la percepción del alma humana y los arcanos del arte, como en la plasmación de esa comprensión en palabras:²⁰

Una exposición de Giacometti es un pueblo. Esculpe unos hombres que se cruzan por una plaza sin verse; están solos sin remedio y, no obstante, *están juntos*: van a perderse para siempre, pero no podrían hacerlo si no se hubiesen buscado... Giacometti, irónico, desafiante, ceremonioso y tierno, ve en todas partes el vacío. No en todas partes, se podrá decir: hay objetos que se tocan... el vacío se hace presente aquí y allí: cada criatura oculta su propio vacío. Giacometti ha llegado a ser escultor porque tiene la obsesión del vacío. Acerca de una de sus estatuillas ha llegado a decir: «Soy yo, andando rápidamente en una calle envuelto por la lluvia»...

Giacometti no trabaja ni para sus contemporáneos ni para las generaciones futuras. Los muertos, por fin, reciben las esculturas que esperaban.

Después de Giacometti, vinieron (julio-agosto de 1977) dieciocho pinturas y cuarenta grabados (en Palma de Mallorca) de Marc Chagall (1887-1985), artista al que se le dedicaría años más tarde (enero-abril de 1999) otra muestra, «Tradiciones judías». Entre septiembre y noviembre de aquel mismo año tuvo lugar una exposición inolvidable por muy diversos motivos, dedicada a Pablo Picasso, pero precisamente por su singularidad, por todo lo que significó en la España de entonces, una España que se abría, tras la restauración de la democracia, a un nuevo universo político, he decidido dedicar un capítulo, el próximo, a aquel acontecimiento cultural.

En octubre y noviembre de 1978, le llegó el turno a Wassily Kandinsky (1866-1944), una de las figuras clave de la pintura abs-

20. Jean-Paul Sartre, «Las pinturas de Giacometti», en *Albert Giacometti* (Fundación Juan March, Madrid, 1976).

tracta.²¹ Se exhibieron 54 obras suyas agrupadas bajo el título: «Kandinsky, 1923-1944». La viuda del pintor, Nina, viajó a Madrid para visitar, el 2 de noviembre, la exposición de su marido. En la conferencia que pronunció al inaugurar la exposición, el crítico canario, fundador y director de la revista *Gaceta del Arte*, Eduardo Westerdahl, sabiamente señaló que «Kandinsky empezó haciendo un progresivo desenfoco de la realidad visible hasta la pérdida del objeto, estableciendo su negación total... Dada la práctica, en los tiempos siguientes, de la llamada abstracción, sea lírica, romántica o informal o inconsciente, o bien sea geométrica, tradicional, consciente o matemática, como se la quiera llamar, no cabe duda de que las teorías geniales de Kandinsky... han venido en ser profecías... Él, junto con Picasso, serían las figuras geniales de nuestro tiempo». ²² De una forma más simple y tierna, aunque también más profunda, el propio Kandinsky había explicado en 1913 cómo nació su primera acuarela abstracta:²³

Llegaba a mi casa con la caja de pinturas después de realizar un estudio, y me encontraba todavía abstraído y ensimismado en el trabajo que acababa de terminar, cuando de repente vi un cuadro de belleza indescriptible, impregnado de un brillo interior. Al principio me quedé paralizado, pero enseguida me dirigí rápidamente hacia aquella misteriosa pintura, en la cual sólo distinguía formas y colo-

21. En 2003, Kandinsky volvió a protagonizar otra exhibición en la Fundación March. Su muestra se tituló «Kandinsky, origen de la abstracción». Más tarde, entre diciembre de 2004 y marzo de 2005, tuvo lugar otra exposición suya en el Museo de Arte Abstracto Español de Cuenca, regentado por la Fundación, «Kandinsky, acuarelas», que se mostró después (entre abril y julio de 2005) en el Museu d'Art Espanyol Contemporani de Palma de Mallorca.

22. Eduardo Westerdahl, «Kandinsky y el nacimiento del arte abstracto», *Boletín Informativo de la Fundación Juan March*, n.º 77, diciembre de 1978, pp. 27-30; p. 28.

23. Wassily Kandinsky, «Mirada retrospectiva», *Boletín Informativo de la Fundación Juan March*, n.º 344, diciembre de 2004, p. 13.

res, y cuyo tema era incomprensible. Pronto descubrí la clave del enigma: era uno de mis lienzos puesto de lado y apoyado sobre la pared. Al día siguiente traté de revivir, a la luz matinal, la impresión que experimentara la víspera frente al cuadro. Pero sólo lo logré a medias; aun estando de costado, no dejé de reconocer los objetos, y faltaba el bello fulgor del crepúsculo. Ahora ya estaba seguro de que el objeto perjudicaba a mis pinturas.

Y así llegamos a otro año inolvidable, 1980, que acogió exposiciones dedicadas a Julio González, a la que ya me he referido, Robert Motherwell (1915-1991) y Henri Matisse (1869-1954).

Motherwell en la Fundación Juan March

Fue aquél, efectivamente, un año inolvidable, no tanto por la calidad de los artistas seleccionados —esa calidad era y continuaría siendo la norma—, sino por algo que va más allá del arte, que penetra en los alambicados universos de las emociones, de los detalles que representan hechos o historias de especial significación, hechos o historias que, por una razón u otra, nos conmueven. Todo eso se dio en la exposición (abril-mayo) de 23 obras realizadas entre 1941 y 1979 —óleos, *collages* y acrílicos sobre tela y tabla, además de la edición de 21 aguatinas para poemas de Rafael Alberti— de Robert Motherwell, una de las figuras clave del expresionismo abstracto estadounidense y aglutinador de la llamada Escuela de Nueva York, que tanta importancia tuvo en el arte occidental durante las décadas de 1950 y 1960.²⁴ Más concretamente, el aspecto emocionante de aquella muestra tenía que ver con la importancia que para Motherwell tuvo España, un país en el que sus obras estuvie-

24. Es oportuno recordar también que Motherwell realizó una destacada labor literaria y editorial, promoviendo la edición de numerosos catálogos de exposiciones, colecciones y monografías sobre artistas y arte moderno.

ron vetadas hasta la muerte del general Franco. Por qué fue tan importante España para el artista es algo que explicó el crítico e historiador del arte, futuro director del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, Juan Manuel Bonet, en una conferencia que sobre el pintor estadounidense pronunció en la Fundación:²⁵

Este encuentro entre Robert Motherwell y el público madrileño es particularmente emocionante, porque Motherwell es como un conciudadano nuestro. Desde que oyera las palabras de André Malraux sobre la República española, no ha dejado de interesarse por los temas españoles. En 1948, cuando su obra se ensancha, es precisamente con las *Elegías a la República española*, cuando engarza una serie de niveles de sentido referidos a nuestro país. Ese «negro» español, ese «Llanto» de Lorca, que Motherwell expresa sobre la muerte, en sus *Elegías*, iban a vertebrar toda su obra. Más tarde, en los años setenta, se dará a un nuevo arranque español: las ilustraciones para «A la pintura», de Alberti, que una vez más, suponen un notable ensanchamiento en su obra.

El origen de la exposición de obras de Motherwell en la Fundación tuvo como protagonista al pintor abstracto español José Guerrero (1914-1991), que en 1949 se instaló en Nueva York, donde entró en contacto con los expresionistas abstractos estadounidenses.²⁶ Aunque regresó a España a mediados de la década de los sesenta, sus relaciones con Estados Unidos eran estrechas (de hecho, durante sus últimos años vivió a caballo entre Madrid y Nueva York). Precisamente desde Nueva York, Guerrero escribía el 28 de enero de 1979 a un «José» no identificado (seguramente José Capa):

25. Juan Manuel Bonet, «Motherwell y su obra en marcha», *Boletín Informativo de la Fundación Juan March*, n.º 94, junio de 1980, pp. 16-18; p. 16.

26. Guerrero fue, junto a Esteban Vicente, el principal representante español enrolado en las filas de la pintura abstracta estadounidense.

En una ocasión que te visité en la Fundación, hablamos sobre exposiciones de interés en el futuro.

Me interesó muchísimo esta idea ahora que se nos presenta esta oportunidad. Se trata de Robert Motherwell. Últimamente lo he visitado varias veces y hemos hablado de dos cosas. La primera sobre el cuadro que ha donado a la Universidad de Salamanca y la segunda sobre una exposición suya en España. Yo le expliqué la serie de magníficas exposiciones que la Fundación March está haciendo. A él le interesó muchísimo y por eso te escribo.

Como tú sabes, su interés por España comenzó hace más de treinta años. Sus temas siempre han sido referencias a España, menos la serie llamada *Opening. Iberia, Madrid Suite* que pintó ahí y su más insistente *Spanish Elegy*, que hasta hoy sigue siendo lo más profundo de su obra. La National Gallery le ha hecho un encargo grandísimo de un cuadro para la parte nueva del Museo con el tema de *Spanish Elegy*.

Puesto que yo he hablado con él creo que con lo que penséis le escribáis a él directamente.

Y a continuación incluía la dirección de Motherwell en Greenwich, Connecticut.

Más de dos meses después, Andrés Amorós, entonces director de actividades culturales de la Fundación, escribía a Motherwell comentando que «nuestro común amigo José Guerrero me dice que ha hablado con Vd. para organizar una posible exposición suya en Madrid, en la sede de esta Fundación», y añadiendo que iba a viajar a Nueva York, donde permanecería entre el 19 y el 29 de abril. «Desgraciadamente», señalaba, «no podré moverme de Nueva York. ¿Sería posible vernos en Nueva York durante estos días?».

La entrevista —en la que también participó Gustavo Torner, que acompañaba a Amorós— tuvo lugar. El 17 de mayo, Amorós agradecía a Motherwell «la amabilidad con que nos acogió a don Gustavo Torner y a mí, así como la buena disposición que mostró para nuestro proyecto de realizar en esta casa una muestra antológi-

ca de su obra». Añadía que con el material que les había suministrado, estaban estudiando «una propuesta concreta de los cuadros que en principio desearíamos exhibir».

Motherwell contestó a Amorós el 1 de junio. Es necesario reproducir el texto de su carta, especialmente por algunos de los pasajes que contiene, que ayudan a comprender a este gran artista del siglo XX.²⁷

Dear Señor Amorós:

I also enjoyed very much my rendez vous with you and don Gustavo Torner, and the extreme friendliness, intelligence and generosity with which you greeted me.

Naturally I eagerly await your concrete plans — particularly the question of the actual dates, because it is necessary to borrow several pictures in advance...

I have two comments. One is that I understand *very well* that you wish to exhibit works only of the highest possible quality, which is also my desire. After all, I regard Joan Miró as the greatest living painter, and Antonio Tàpies is my favorite post-Worl War II European painter: I would not wish to give you an exhibition that those two great artist could not admire. Secondly, the books on myself that I gave you reproduce perhaps *ten percent* of my total *oeuvre*. Moreover, some of the best pictures are not necessarily the ones which reproduce photographically well; so that I hope that you and don Torner will allow me some editorial freedom in relation to your proposal. Finally, I would like to emphasize that if the work is to travel to a second city in Spain, my preference would be Barcelona, if at all possible...

But above all, let me assure you that I find the prospect of exhibiting in your remarkable headquarters in Madrid most appealing, and please accept in advance my gratitude for your unexpected proposal.

27. Debido a la importancia del autor, y por ser éste un documento que puede ser útil para estudiosos de su obra, lo reproduzco en su inglés. En la siguiente nota, al final de la carta, incluyo mi traducción al español.

With cordial greetings to you and don Gustavo Torner,
I remain,
Robert Motherwell.²⁸

El 30 de julio, José Luis Yuste escribía directamente a Motherwell, agradeciéndole «su amable y generosa colaboración». «Constituye para la Fundación Juan March», señalaba, «un gran honor poder ofrecer por primera vez en este país una muestra representativa de su obra artística.» La idea inicial era, indicaba, «exhibir en primer lugar en Barcelona y posteriormente en Madrid». Torner, prometía, le enviaría desde Cuenca «la relación de las obras que nos interesan para estas dos exposiciones, así como un plano de colocación».

Torner cumplió con el encargo, transmitiendo a Motherwell sus ideas en una extensa carta fechada el 16 de agosto de 1979. De

28. «Querido Señor Amorós: / Yo también disfruté mucho mi encuentro con usted y con don Gustavo Torner, y la gran amigabilidad, inteligencia y generosidad con la que me recibieron. / Naturalmente, espero ansioso sus planes concretos —en particular la cuestión de las fechas precisas, ya que es necesario pedir prestadas por adelantado varias pinturas. / Tengo dos comentarios. Uno es que comprendo *muy bien* que desee exponer solamente obras de la mayor calidad posible, algo que también deseo yo. Después de todo, yo considero a Joan Miró el pintor vivó más grande, y Antonio Tàpies es mi pintor europeo favorito posterior a la segunda guerra mundial: no desearía darle a usted una exposición que estos dos grandes artistas no pudiesen admirar. En segundo lugar, los libros sobre mí que le di reproducen acaso el *diez por ciento* de mi *obra* total. Además, algunas de las mejores imágenes no son necesariamente las mejor reproducidas fotográficamente, de manera que espero que usted y el señor Torner me permitirán alguna libertad editorial en relación con su propuesta. Finalmente, desearía hacer hincapié en que si la obra debe viajar a una segunda ciudad española, mi preferencia sería Barcelona, si fuese posible... / Pero sobre todo, permítame que le asegure que me atrae sobremanera la posibilidad de exponer en su magnífica sede en Madrid, y acepte por adelantado, por favor, mi gratitud por su inesperada propuesta. / Despidiéndome con saludos cordiales para usted y don Gustavo Torner, / Quedo suyo / Robert Motherwell.»

hecho, merece la pena reproducir esta misiva. Y ello por varias razones. En primer lugar, porque nos ayuda a comprender las ideas estéticas de Gustavo Torner, un gran artista (pintor, escultor, diseñador). Y en segundo lugar, porque el informe que preparó para el diseño de la Exposición «Robert Motherwell» nos sirve para conocer cómo trabajó (durante muchos años) para la Fundación Juan March en el ámbito del diseño.

He aquí lo que Torner escribió a Motherwell desde Cuenca:

Mi querido y admirado amigo:

Lo primero es mi agradecimiento por su amabilidad al hacer posible nuestra entrevista en New York, su abierta colaboración y la cordial dedicación de su monografía, que tanto estoy usando para estudiar su obra y que cada vez me gusta más.

Respecto a la selección, después de estudiar todos los materiales que me entregó en Nueva York sería la de elegir... *todo*.

Ante esa absoluta imposibilidad en todos los órdenes, he tenido en cuenta para hacer la selección:

1. Ser la primera exposición personal en España de su obra. Por tanto no es cuestión de enseñar sólo un aspecto de ella, monográfico, sino más bien una visión general de su obra.

2. El tamaño y forma de la sala. (Se ve claramente en la maqueta que envió por correo aparte.) Creo que es interesante no poner paneles intermedios, aunque es posible. Entiendo que su obra tiene varias lecturas, y una de ellas, muy importante, es lo que yo llamaría «inspiración honda», o «gran aliento»; es decir, en intención y resultado la gran pintura de siempre, la tradición del gran arte. Creo que me entenderá. Al poner paneles divisorios convertiríamos el espacio, algo solemne a pesar de su bajo techo de 2,70 m., en una exposición de «historia del arte». Entiendo, no sé si bien, que su obra, sin despreciar nada ese aspecto, tiene otras intenciones más abiertas, más humanísticas.

3. El posible tamaño de los cuadros y su relación al de la sala. Creo que aparte de la pura imagen, incluso cuando puede haber ambigüedad de escala, es muy importante el enorme tamaño de algunos cuadros.

A pesar de que están un poco asustados en la Fundación March por las posibles dificultades de transporte, yo me atrevo a desear que puedan venir varios de esos grandes cuadros, en todos los sentidos, desconocidos absolutamente para el corriente hombre español.

4. Sin pensar en una exposición antológica, también es conveniente que los cuadros pertenezcan a épocas diferentes.

5. La secuencia de los títulos o nombres de los cuadros. Aunque pueda parecer cuestión frívola, entiendo que la sola secuencia de los títulos de los cuadros elegidos dirige al espectador a la mejor comprensión, a captar mejor la intención de la obra. Lógicamente desembocan en *Open*, sentido que tan gráficamente se plasma en la monografía con la reproducción de la página del diccionario.

6. El aspecto ambiental, o sea la relación de tamaños, formatos, coloridos, etc., con el de la sala. Es muy secundario, siempre lo verdaderamente importante son los cuadros, pero es evidente que si se consigue un clima visual agradable, no pesado ni reiterativo, facilita el acceso a la obra. Espero que consigamos no sólo un clima visual «agradable», sino espléndido, de gran tensión espiritual expresada a través de unas rigurosas composiciones plásticas.

7. La facilidad del préstamo de las obras. Por ello he elegido las de propiedad del artista, porque creo que es más sencillo, excepto en *Je t'aime num. 2*, porque me parece una maravilla por todos los lados. ¿Si no es posible, habrá otro análogo?

Como he indicado anteriormente, envío por correo aparte una maqueta que aclarará de una vez todo lo escrito. Para que ocupe menos espacio va desmontada dentro de un paquete, cilindro, de dibujos... [Aquí Torner describía unos aspectos poco interesantes de la relación de la maqueta con la sala real.]

Todo lo que va anteriormente escrito, planeado, lo podemos desear absolutamente si puede hacerse cualquier cosa mejor. Todo lo que he planteado es simplemente un punto de partida para empezar a hablar. Espero cualquier corrección, sustitución de algo o de todo.

En la maqueta, hay una esquina convexa gris con dos paredes, una de 6 m. y otra de 2 m., donde ordinariamente ponemos la obra gráfica. En la pared grande podría ir muy bien el libro «A la pintu-

ra», con cada página montada al aire... [Y aquí entraba de nuevo en detalles técnicos de los que podemos prescindir.]

Y concluía manifestando que «Trabajar en la preparación de esta exposición es una de las grandes satisfacciones de mi vida».

La maqueta que Torner envió a Motherwell era realmente extraordinaria. No sólo se limitaba a la distribución de la exposición, sino que incluía también copias a escala de los cuadros que Torner quería que se mostrasen. Motherwell debió de quedar deslumbrado cuando la recibió y aquello facilitó su disponibilidad total.

De hecho, la colaboración de Motherwell llegó a tales extremos que él mismo gestionó personalmente algunas cesiones, como la del cuadro *In Black and White n.º 2*, que estaba en Miami, enviando un cuadro «suplente» al propietario mientras durase la exposición en España, y pagando de su bolsillo los costes (de transporte, por ejemplo) que esto ocasionó.

Por cierto, en uno de los documentos que se intercambiaron con los agentes de Motherwell se incluían las siguientes líneas, que es conveniente reproducir:²⁹

La Fundación Juan March no se compromete a comprar ninguna obra. La Fundación Juan March no vende ni percibe comisión alguna. A los posibles clientes se les orienta a quienes indique el ar-

29. En principio Motherwell insistió en que fuese su agente alemán, la Galería Veith Turske, de Köln (República Federal Alemana), quien se encargase de todos los detalles de la exposición (Motherwell a Amorós, 4 de octubre de 1979), alegando que su estudio no estaba preparado para ocuparse de todos los detalles, y que «El señor Turske ya ha realizado tareas semejantes para mí en mis grandes exposiciones en el Museo de Arte Moderno de París, la Real Academia Escocesa de Edimburgo y la Real Academia de Londres» (en esta misma carta, Motherwell expresaba también su satisfacción por la selección de obras suyas realizada por Torner). Posteriormente, al comprobar la capacidad de organización de la Fundación March, anuló su decisión anterior.

tista: él directamente o sus agentes. La Fundación Juan March facilita el valor seguro y la dirección.

Como se pensó desde el principio, la exposición «Robert Motherwell» (compuesta por 23 obras y la serie *A la pintura*) se mostró primero (26 de febrero-6 de abril de 1980) en Barcelona, organizada en colaboración con la Caixa de Pensions, en el centro cultural de ésta, y después en Madrid, donde se inauguró el 18 de abril, con la presencia del propio Motherwell, que cumplía así un deseo largamente acariciado. Durante su visita celebró una rueda de prensa, en la que a la pregunta de «¿Qué motivos estéticos, sentimentales o políticos ha podido tener para que España haya sido un tema importante en el conjunto de su obra?», respondió:³⁰

Para un español puede chocar que un *yankee* elija España como tema extenso de su pintura; pero hay que entender que la guerra civil trascendió las fronteras y fue un símbolo sentimental para todos los países del mundo occidental, que temían el triunfo del autoritarismo sobre las ideas de libertad e igualdad.

Mis «Elegías a la República española» reflejan mi visión personal de la guerra civil. En el 36 yo tenía 21 años. Digamos, estableciendo un paralelismo con la generación que tenía esa edad cuando empezó la guerra del Vietnam, que mi generación vio un poco así a la guerra española; aunque con una diferencia, nosotros en el 36 veíamos en ella el preludio de la segunda guerra mundial.

Rafael Alberti, ya instalado en la nueva España democrática, asistió a la inauguración de la exposición de quien había ilustrado en el pasado versos suyos, leyendo uno de sus poemas compuesto expresamente para la ocasión. El poema, que se reproducía en el número de junio del *Boletín* de la Fundación, decía lo siguiente:

30. *Boletín Informativo de la Fundación Juan March*, n.º 94, junio de 1980, pp. 19-20.

Negro Motherwell

El negro motherwell
el profundo compacto entrado de la noche.

*

Negro negro elegía
negro con sangre negro coagulado
con la cal de los huesos recorriendo las formas.

*

Bandas de luto
negros estandartes.

*

Negros hoyos brocales para el grito
negro del eco que devuelve negro
de aguas paralizadas.

*

Negro de este país de negro siempre.

*

¡Oh negro muro de España!
Negro esquelas estático sin aire.

*

Dolor de negro concentrado angustia.

*

Contraído tirante negro en negro
núcleo negro expandido
negro del revés negro.

*

En permanencia negro motherwell redoble.

*

Atravesado negro puñalada invisible.

*

Llanto negro sin fin negro callado.

*

Negro espanto sin fondo
negro lengua cortada sin respuesta
o penetrado negro sin salida posible.

*

Negro de maldición gitana irremediable.

*

Yo puedo entrar en ti negro deshecho en
lágrimas.

*

Por el negro salir purificado.

*

Por el motherwell negro España libre negro
pobre España.

La correspondencia entre Motherwell y los responsables de la Fundación Juan March depositada en el archivo de ésta muestra que el artista estadounidense quedó muy satisfecho del trato que le habían dispensado. Esto no sólo era importante como agradecimiento a quien tan bien se había comportado con la Fundación, sino como posible instrumento de ayuda en el futuro con vistas a exposiciones venideras de otros artistas. De hecho, pronto se requirió su colaboración. El 27 de noviembre de 1980, Yuste le escribía solicitándole, «de nuevo», su ayuda para «la exposición de Mark Rothko que estamos organizando», y que se deseaba inaugurar en la primavera de 1982. «Nos han indicado», señalaba Yuste en su carta, «que entremos en contacto con Mr. Hoffeld y le pidamos su colaboración. Le agradecería mucho si usted pudiese apoyar nuestra petición y dar a Mr. Hoffeld alguna información sobre las actividades de la Fundación Juan March.»

Robert Motherwell cumplió con el encargo, como denota el telegrama que envió a Yuste el 16 de diciembre: «He hablado con Jeffrey Hoffeld, de la Galería Pace, Nueva York, al que le agradó mucho mi información y entusiasmo. Pero tengo la impresión de que los herederos y patronos de la Fundación Rothko son muy difíciles y que la decisión final reside en ellos y no en la Galería Pace. Hoffeld

parece entusiasmado y sin duda hará todo lo que pueda. Saludos afectuosos y siempre a su servicio. Robert Motherwell».

Y parece que la intervención de Motherwell no fue en vano, como expresaba Yuste en una carta que envió al artista el 24 de marzo de 1981:

Querido señor Motherwell:

He estado hace un par de semanas en New York, donde me he entrevistado con el Director de la Pace Gallery, Mr. Hoffeld, en relación con nuestro deseo de realizar una Exposición Rothko en España. La acogida del Sr. Hoffeld fue muy calurosa y como estoy seguro de que Vd. ha tenido alguna participación en la buena imagen que el Sr. Hoffeld tiene de la Fundación Juan March, quiero agradecerle, querido Sr. Motherwell, las buenas palabras de presentación que ha tenido Vd. la bondad de hacernos con el Sr. Hoffeld.

Parece que el año 1982 será posible traer a España la Exposición Rothko que el Sr. Hoffeld esta organizando con la hija del gran pintor y la Fundación Rothko. Personalmente, creo que Madrid y Barcelona podrían ser sedes apropiadas para exhibir esa gran Exposición, y en tal sentido ofrecí la colaboración de la Fundación Juan March al Sr. Hoffeld.

Muchas gracias una vez más por la ayuda que nos ha prestado Vd. Reciba un afectuoso saludo de su buen amigo,

JOSÉ LUIS YUSTE

Se iba tejiendo de esta manera la tela de araña que toda institución que intente realizar exposiciones debe construir.³¹

31. Posteriormente, la Fundación Juan March también solicitaría de Motherwell ayuda en relación con la exposición que estaba preparando sobre Mondrian.

Matisse

Pasando ya a la exposición dedicada a Henri Matisse (octubre de 1980), hay que decir que ésta fue posible gracias al apoyo de la familia del artista, aunque también colaboraron otros museos, como el Museo Matisse de Niza, la Galería Beyeler de Basilea, el Museo de Arte Moderno de Nueva York, el Museo Nacional de Arte Moderno (Centro G. Pompidou) de París y las fundaciones Beyeler de Basilea y Maeght de Saint-Paul de Vence. Años después (octubre de 2001-enero de 2002) la obra de Matisse regresaría a la Fundación: «Matisse espíritu y sentido. Obra sobre papel».

Más exposiciones

Continuando con este rápido y un tanto anárquico repaso de las exposiciones celebradas en la calle Castelló, mencionaré los óleos, acuarelas y dibujos de Piet Mondrian (1872-1944) expuestos entre enero y marzo de 1982; las 92 obras del pintor neoyorquino Roy Lichtenstein (1970-1980), uno de los creadores del *Pop Art*, que se mostraron entre febrero y marzo de 1983; la muestra (abril-mayo de 1983) sobre Fernand Léger (1881-1955), considerado, junto con Matisse, Picasso y Mondrian, una de las figuras fundadoras del arte contemporáneo; las de Marx Ernst (1891-1976) (febrero-abril de 1986), «Obras maestras del museo de Wuppertal: de Marées a Picasso» (noviembre de 1986-enero de 1987) y Mark Rothko (1903-1970) (septiembre de 1987-enero de 1988), o la dedicada de enero a abril de 1989, al pintor belga René Magritte (1898-1967), que buscaba ofrecer al público uno de los aspectos más singulares del movimiento surrealista y del arte del siglo XX. Tras Magritte llegó una, de octubre de 1989 a enero de 1990, dedicada a Edward Hopper (1882-1967) y luego otra protagonizada por Andy Warhol (1928-1987), «Coches» (octubre de 1990-enero de 1991), constituida por la última serie en la que trabajó Warhol desde 1986 hasta pocas semanas antes de su muerte (febrero de 1987).

Y más: «Monet en Giverny», de la colección del Museo Marmottan de París (octubre-diciembre de 1991); 76 obras del artista inglés radicado en California David Hockney (1937), celebrada entre septiembre y diciembre de 1992, que, como otras, viajó a continuación a Barcelona, donde se expuso en el Palau de la Virreina (el propio Hockney vino a Madrid el 18 de septiembre para presentar la exposición); «Arte expresionista alemán», con obras del Museo Brücke de Berlín (octubre-diciembre de 1993);³² «Klimt, Kokoschka, Schiele. Un sueño vienés (1898-1918)» (febrero-mayo de 1995); «Toulouse-Lautrec. De Albi y de otras colecciones» (octubre de 1996-febrero de 1997); Emil Nolde (1867-1956), «Naturaleza y religión» (octubre-diciembre de 1997), en la que se mostraron 39 óleos y 23 acuarelas de este pintor alemán; Paul Delvaux (1897-1994) (marzo-junio de 1998), el surrealista artista belga (aunque él se calificaba a sí mismo como un «naturalista», un pintor de la realidad); Georgia O'Keeffe (1887-1986), «Naturalezas íntimas» (febrero-junio 2002); «Turner y el mar. Acuarelas de la Tate» (septiembre de 2002-enero de 2003)». La última, mientras escribo estas líneas, está dedicada a Antonio Saura (1930-1998), «Damas» (abril-junio de 2005).

Tras los apuntes precedentes de las actividades en el ámbito artístico, actividades que, como veremos en las páginas y secciones siguientes, no se limitan a lo expuesto hasta el momento, no debe sorprender que la Fundación Juan March haya sido galardonada en diversas ocasiones: Medalla de Honor de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en 1976; Medalla de Oro al mérito en las Bellas Artes, entregada por el rey don Juan Carlos el 29 de mayo de 1980, «como reconocimiento de la forma ejemplar con que ha venido desarrollando sus fines y, muy especialmente, dentro de un amplio contexto cultural, su atención por las bellas artes»; medalla

32. El grupo Brücke, fundado en Dresde en 1905 por los artistas Fritz Bleyl, Ernst Ludwig Kirchner, Erich Heckel y Kart Schmidt-Rottluff, practicó un estilo propio, el expresionismo. El grupo se disolvió oficialmente el 27 de mayo de 1913.

de oro al mérito artístico de la ciudad de Barcelona (1993), por su contribución al enriquecimiento de la vida cultural de la ciudad, y «Premio Juan Antonio Gaya Nuño» de la Asociación Madrileña de Críticos de Arte (1998), instituido para galardonar «a una personalidad o institución española por la ejemplaridad de su trayectoria al servicio del arte».

Y es que pocas instituciones han hecho tanto como la Fundación Juan March por abrir el mundo del arte contemporáneo a los madrileños, en especial, y a los españoles, en general; por mostrarles que había algo más que, por decirlo de alguna manera, Solana. Hoy, afortunadamente, es diferente, pero hace treinta años era necesario viajar al extranjero para contemplar una pintura que en España era prácticamente desconocida. Unos pasajes de la autobiografía de la pintora Amalia Avia (que había participado en la primera exposición de arte celebrada por la Fundación March: *Arte '73*), en los que relata un viaje que realizó en enero de 1963 a Nueva York, sirven perfectamente para comprender lo que yo estoy, torpemente, intentado explicar:³³

La contemplación de Nueva York me produjo una de las impresiones estéticas más grandes de mi vida... Los cuadros de Pollock, Rothko, Motherwell o Wols que tanto habíamos admirado de lejos estaban a nuestro alcance y fueron nuestros compañeros durante varios días, no sólo en los museos sino en las casas de muchos coleccionistas a las que nos invitaron con frecuencia. No era raro comprobar, mientras te quitabas el abrigo, que detrás tenías un inmenso Picasso, un Braque, un Giacometti o un Dubuffet.

Muchos de estos nombres, extraños en la década de 1960 en el horizonte artístico español, serían más tarde protagonistas de exposiciones organizadas por la Fundación Juan March.

33. Amalia Avia, *De puertas adentro. Memorias* (Taurus, Madrid, 2004, pp. 260-261).

Otro tipo de análisis de lo que el arte en España debe a la Fundación Juan March es el que realizó Francisco Calvo Serraller en un ciclo de conferencias organizado por la Real Academia de la Historia, que fue publicado bajo el título de *Veinticinco años de reinado de S. M. Don Juan Carlos I*. En su texto, dedicado a «El arte en España, desde 1975 hasta hoy», Calvo Serraller comenta que, aunque a mediados de la década de 1970 se inauguró «el enésimo proyecto de Museo Español de Arte Contemporáneo... se trataba de un proyecto que, en su mismo diseño, anunciaba su fracaso», al no contar con una colección propia mínimamente representativa. «El problema básico de los museos españoles de arte contemporáneo era», continuaba, «que no tenían ejemplos significativos ni siquiera de los más destacados artistas españoles de vanguardia».³⁴ Y en este contexto abordaba la cuestión que le llevaba a mencionar a la Fundación Juan March:³⁵

Se comprende que, entonces, para suplir esta carencia, se fomentase la programación de exposiciones temporales, que traían ejemplos de grandes creadores del siglo XX para un público local que no conocía nada al respecto o sólo mediante reproducciones fotográficas. Pero fueron instituciones privadas las que acometieron, en primer lugar, esta labor fundamental y, entre ellas, hay que destacar el papel pionero, verdaderamente ejemplar, que desempeñó, desde comienzos de los años sesenta, la Fundación Juan March, la cual, dotada de medios, relaciones y un espacio inalcanzables para las galerías comerciales privadas, fue revisando sistemáticamente episodios y figuras de la vanguardia internacional. La respuesta del público fue entusiasta, lo que demuestra que existía un anhelo de cambio cultural en la sociedad española tan claro e intenso como el propiamente político. En vista del éxito alcanzado por la Fundación Juan

34. Francisco Calvo Serraller, «El arte en España, desde 1975 hasta hoy», en Real Academia de Historia, *Veinticinco años de reinado de S. M. Don Juan Carlos I* (Espasa, Madrid, 2002, pp. 856-862; p. 858).

35. *Ibid.*, p. 859.

March, muy pronto se sumaron otras instituciones privadas a esta misma labor de difusión del arte y, por fin, claro está, también los sucesivos gobiernos de la era democrática.

Y para comprobar que, efectivamente, la reacción del público fue muy positiva, lo mejor es citar las cifras de visitantes a las exposiciones que se organizaron en la Fundación. Citando únicamente aquellas que he mencionado en las páginas precedentes, y la de Picasso, a la que dedicaré el capítulo próximo, tenemos los siguientes números: «Arte '73» (1975), la primera exposición organizada por la Fundación, fue visitada por 15.000 personas; Kokoschka (1975), 25.000 visitantes; Picasso (1977), 105.400; Francis Bacon (1978), 33.093; Kandinsky (1978), 38.484; Julio González (1980), 26.906; Motherwell (1980), 10.404; Matisse (1980), 155.278; Mondrian (1982), 52.349; Roy Lichtenstein (1983), 44.390; Léger (1983), 25.214; Bonnard (1983), 50.341; Zóbel (1984), 41.025; Max Ernst (1986), 55.432; Wuppertal (1986-1987), 73.826; Rothko (1987-1988), 51.826; Magritte (1989) 168.525; Hopper (1989-1990), 107.648; Andy Warhol (1990-1991), 42.586; Monet (1991), 188.000; Hockney (1992), 75.331; Brücke (1993), 66.008; Klimt, Kokoschka, Schiele (1995), 135.800; Toulouse-Lautrec (1996-1997), 240.758; Nolde (1997), 72.809; Chagall (1999), 123.736; Matisse (2002), 109.624; Georgia O'Keefe (2002), 59.029, y Turner (2002), 117.925. Hasta esta última exposición, el total de visitantes a las exposiciones organizadas fue de 3.938.196.

LA FUNDACIÓN JUAN MARCH
Y EL ARTE ESPAÑOL. FERNANDO ZÓBEL.
LOS MUSEOS DE CUENCA Y DE PALMA

Vimos que la primera exposición de arte que se celebró en la sede de la calle Castelló fue la «Exposición antológica de Arte Español

Contemporáneo». No sería la última de este tipo organizada por la Fundación March, quien ha tenido siempre entre sus objetivos preferentes fomentar el arte español, tanto mediante ayudas a artistas como formando una colección propia, y más tarde, como veremos, a través de dos museos.³⁶ De hecho, esa relación preferente ha demostrado estar excelentemente orientada, si tenemos en cuenta a qué artistas ha prestado la Fundación especial atención, tanto en lo que a exposiciones se refiere como en su propia colección de arte. Así, cuando se lee el resumen que Juan Pablo Fusi hacía en uno de sus libros de la pintura y escultura hispanas a partir de finales de la década de 1950, los nombres que mencionaba son los que han protagonizado muchas de las actividades o colecciones de la Fundación Juan March. «En arte», manifestaba Fusi, «el espíritu de protesta y crítica, de ruptura, se orientó, en principio, hacia el informalismo y la abstracción, consagrados con la aparición en 1957 del grupo madrileño El Paso (Antonio Saura, Luis Feito, Manuel Millares, Rafael Canogar, Suárez, Juana Francés, Manuel Rivera y el escultor Pablo Serrano),³⁷ de la llamada “Escuela de Cuenca” (Fernando Zóbel, Gustavo Torner, Gerardo Rueda),

36. No menciono, en lo que podría ser una lista bastante extensa, otras actuaciones de la Fundación March a favor del arte español, como fueron la ayuda que prestó a diferentes instituciones para tareas de restauración artística. Entre ellas (a las que ya me referí en otro capítulo) destacan la que apoyó los trabajos para salvar la fachada de ese magnífico ejemplo del románico catalán que es el monasterio de Santa María de Ripoll; la que permitió descubrir pinturas ocultas en la iglesia de Santa María de Cuiña (La Coruña); y las que favorecieron los trabajos que se llevaron a cabo en el monasterio de Santa María de la Caridad de Tulebras (Navarra), en el retablo del altar mayor de la catedral de Sevilla, de fines del siglo XV o en los numerosos retablos góticos de diversos templos de Mallorca.

37. Estrictamente, «El Paso» fue fundado por Manuel Millares y Antonio Saura, ambos con un pasado —en expresión de Juan Manuel Bonet («Un siglo de arte español dentro y fuera de España», en *Gustavo Torner. La condición humana* [Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 2002, pp. 13-19; p. 18])— «surrealizante a sus espaldas». El grupo permaneció activo hasta 1960.

más la irrupción de pintores como Eusebio Sempere, Pablo Palazuelo, Albert Ráfols Casamada, Manuel H. Mompó, Josep Guinovart o José Guerrero y escultores como Andreu Alfaro, Martín Chirino y Amadeo Gabino y, ante todo, con la gran proyección que en los sesenta alcanzarían Tàpies y Chillida».³⁸

En el ámbito de las exposiciones de becarios organizadas por la Fundación, se organizó la I Exposición de Becarios de Artes Plásticas (becarios que habían concluido su beca en el curso 1974-1975) entre diciembre de 1975 y enero de 1976. En su inauguración, el 22 diciembre de 1975, el director de la Fundación, José Luis Yuste, pronunció unas palabras que expresan bien lo que pretendía la institución que dirigía:

Hoy es un día de fiesta para nosotros. Hace mucho que deseábamos contar con unas instalaciones apropiadas para mostrar al público el resultado de una de las líneas de acción más tradicionales y permanentes de esta Casa, cual es la obra de sus becarios de Artes Plásticas.

Las bolsas y ayudas a jóvenes artistas se han prodigado desde los orígenes de esta Fundación con un doble afán: de estímulo a quienes, por haber sido dotados con el talento de la creación artística, pueden emplear la beca para concentrar sus esfuerzos y liberarse de otras atenciones en momentos acaso decisivos en sus vidas profesionales; y de servicio a nuestra comunidad cultural, que se afana en cultivar los sentimientos y en educar la sensibilidad de nuestros conciudadanos.

[Con esta exposición] busca la Fundación Juan March dos finalidades complementarias.

Por una parte, la ayuda final, definitiva, al artista que ha conseguido la beca de la Fundación y que ha desarrollado su plan de trabajo en los términos convenidos. Un pintor, un escultor, al igual que

38. Juan Pablo Fusi, «La cultura», en Santos Juliá, José Luis García Delgado, Juan Carlos Jiménez y Juan Pablo Fusi, *La España del siglo XX* (Marcial Pons, Madrid, 2003, p. 545).

un músico o el poeta, necesitan divulgar su obra, piden llegar al público, solicitan la atención general para el resultado de su actividad y de su talento. Ciertamente, muchos de ellos logran por sus propios medios exponer sus obras y consiguen esa comunicación que constituye a veces el nervio mismo de su intento expresivo. Pero no es menos cierto que si la Fundación puede completar su labor de apoyo y estímulo organizando ella misma, como colofón de la beca concedida, la exposición pública del trabajo de sus becarios, en condiciones y con los medios apropiados, aquéllos podrán disponer de una excelente ocasión de romper los pequeños horizontes, de someter su obra al juicio de colegas y críticos y, por supuesto, de hacerla llegar al público interesado...

Existiendo las becas de creación artística en la Fundación Juan March desde hace muchos años, se cuentan en el censo de becarios, y en no pequeño número, relevantes figuras del arte español contemporáneo, acreditados *urbi et orbe*, si me permiten la locución canónica, a cuyo concurso hubiéramos podido acudir si hubiésemos buscado organizar exposiciones memorables. Mas, por lo que ya llevo dicho, advertirán Vds. que no se trata de eso. No es ningún afán triunfalista el que nos mueve, sino, por el contrario, un deseo de ayudar honestamente. Así que hemos escogido, como criterio rector de estas exposiciones que este año comienzan — y que queremos mantener todos los años como actividad ordinaria de la Fundación— el de invitar a participar en ellas, en cada caso, a la última promoción de becarios que hayan rendido sus trabajos finales y hayan merecido la aprobación del correspondiente Jurado.

Como anunciaba Yuste, tras aquella primera exposición se celebraron seis más dedicadas a obras de becarios (la última tuvo lugar en 1983). Ya antes de que éstas terminasen, la fundación organizó exposiciones de artistas españoles (normalmente con fondos propios), que con frecuencia se titulaban «Arte español contemporáneo», aunque otras llevaron diferentes encabezamientos: «Goya, grabados (*Caprichos, Desastres, Disparates y Tauromaquia*)» (1979) y «Pintura abstracta española, 60/70» (1982). A partir de entonces, y pronto con dos museos propios más, llegaron otras muestras, so-

bre, por ejemplo, «El Paso después de El Paso» (1988), Zóbel (1994 y 1999), Millares (1996), «Picasso: *Suite Vollard*» (1996, 1997 y 2004), Guerrero (1998), Barceló (1999), Lucio Muñoz (2000 y 2003), Sempere (2000), Saura (2002 y 2005), Mompó (2002), Rivera (2002), Chillida (2003), Gerardo Rueda (2003), Esteban Vicente (2003) y Gordillo (2004).

He mencionado una exposición dedicada a Goya en 1979 y es preciso señalar tanto el origen de aquella muestra como el hecho de que a lo largo de los años la Fundación expondría los grabados de Goya en 113 localidades españolas —una de ellas, como mencioné en el capítulo 3, Albacete—, y cincuenta ciudades de catorce países extranjeros (de Europa, Latinoamérica y Asia), estimándose en un millón novecientas mil personas las que han contemplado la exhibición y habiéndose realizado treinta ediciones del catálogo en ocho idiomas (español, alemán, francés, griego, húngaro, italiano, japonés y portugués).³⁹ En lo relativo a los orígenes, lo mejor es recuperar las palabras que José Luis Yuste pronunció el 23 de abril de 1982 en la inauguración de la exposición de la obra gráfica de Goya en uno de sus lugares a los que acabo de aludir, la ciudad de Haro en este caso: «La idea de esta exposición que hoy presentamos en Haro nació cuando hace 4 años se conmemoró el 150 aniversario de la muerte de Goya. La Fundación Juan March se asoció al homenaje del gran artista aragonés con una serie de actos y con la preparación de esta exhibición itinerante de su obra gráfica, compuesta por ediciones originales de las cuatro grandes series de grabados, *Caprichos*, *Desastres*, *Tauromaquia* y *Disparates*. A dar cuerpo a la idea dedicamos no pocas horas de trabajo un equipo de personas entre las que se encontraban el profesor [Alfonso Emilio] Pérez Sánchez y los pintores [Gustavo] Torner y [Fernando] Zóbel. Una

39. Además, en 1994 la Fundación ofreció en su sede de Madrid una exposición con toda la obra grabada del artista aragonés, reunida por primera vez, en la muestra «Goya, grabador», con obras procedentes de la propia Fundación y de otras instituciones.

vez adquiridas en el mercado nacional y en el internacional las ediciones originales más convenientes de las 4 series goyescas, se procuró el montaje más idóneo para que la exposición pudiera viajar incesantemente y ser visitada por millares de personas.⁴⁰

Zóbel y el Museo de Arte Abstracto Español de Cuenca

Mencionaba Yuste a Gustavo Torner y Fernando Zóbel. Del primero ya he indicado que fue durante muchos años asesor artístico de la Fundación March, pero ahora es preciso detenerse en el segundo, y especialmente en una de sus creaciones, una artística pero no en el sentido convencional, creativo, sino en el institucional: el Museo de Arte Abstracto Español que fundó en Cuenca y que donó en 1980 a la Fundación Juan March.

Fernando Zóbel (Manila, 1924-Roma, 1984), hijo de Fernando Zóbel de Ayala, industrial español, y de Fermina Montojo y Torrontegui, fue un tipo de persona de las que raramente se dan. Excepcionalmente dotado para el arte, al igual que para la cultura en general, dejó su marca tanto en su obra personal como en algunas iniciativas institucionales, de las que el museo de Cuenca fue seguramente la más importante.⁴¹ Pertenecía —y este detalle no es

40. Los grabados corresponden a las ediciones siguientes: ochenta de la serie *Caprichos* (3ª edición, de 1868); ochenta de *Desastres de la guerra* (4ª edición, de 1906); cuarenta de *Tauromaquia* (7ª edición, de 1937); 22 de *Proverbios o Disparates* (18 pertenecientes a la 6ª edición, de 1916, y cuatro de la 1ª edición, de 1877).

41. Probablemente la mejor fuente para adentrarse en los mundos biográficos y artísticos de Zóbel sea el catálogo de la exposición que se le dedicó en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía de Madrid (18 de febrero-5 de mayo de 2003): *Zóbel* (Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía-Ediciones Aldeasa, Madrid, 2003). Con respecto a su biografía, véase especialmente el artículo de Ángeles Villalba Salvador, «Cronología de Fernando Zóbel», pp. 205-236.

superfluo, ya que de otra manera no habría podido fundar el museo de Cuenca— a una familia, los Zóbel de Ayala, de alta situación económica y social, arraigada en Filipinas desde hacía nueve generaciones y vinculada al mundo de los negocios inmobiliarios e industriales.⁴² Su infancia transcurrió entre Filipinas, España (estudió algún tiempo en el Colegio del Pilar de Madrid) y varios países europeos (Suiza entre ellos, donde ingresó en un colegio en el que aprendió francés, italiano y alemán). En 1946, el mismo año en que comenzó a pintar, dentro del estilo de la denominada «Escuela de Boston», se convirtió en alumno de Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Harvard (Cambridge, Massachusetts, Estados Unidos), en la que se licenció tres años después con una tesina sobre el teatro de García Lorca (*Theme and Conflict in Lorca Drama*).

En 1952 regresó a Manila, permaneciendo allí hasta 1961, año en que se instaló definitivamente en España (antes ya había pasado temporadas aquí: en octubre de 1958, por ejemplo, se tomó un año de vacaciones, que pasó en Madrid; desde entonces compartió un estudio con su amigo Gerardo Rueda y participó con sus coetáneos españoles en importantes exposiciones colectivas por todo el mundo, además de formar parte del plantel de artistas de la galería Biosca, dirigida por Juana Mordó).⁴³ Durante aquellos años en Filipinas compaginó trabajos como artista (pintura, investigación, clases —ocupó la cátedra de Bellas Artes del Ateneo de Manila—, mecenazgo, escritos) con el mundo empresarial.

42. La fortuna de la familia Zóbel de Ayala fue considerable, con conexiones en algún caso complejas. Véase, en este sentido, Sterling Seagrave y Peggy Seagrave, *Los guerreros del oro* (Crítica, Barcelona, 2005, pp. 115, 254-255, 263). Mercedes Zóbel, que aparece citada, era hermana de Fernando Zóbel.

43. Fue entonces cuando entabló amistad con Antonio Saura, Eusebio Sempere, Martín Chirino y Antonio Magaz. Antes, hacia 1955, había iniciado la colección de pintura abstracta que más tarde formaría parte del museo de Cuenca.

En 1962, mientras asistía (en compañía de Gerardo Rueda) a la XXXI Bienal de Venecia, Zóbel conoció a Torner, un encuentro sin el cual es difícil imaginar que el Museo de Arte Abstracto Español que aquél fundó hubiese estado ubicado en Cuenca.⁴⁴ De regreso a España, Zóbel fue a Cuenca a visitar a Torner, y le compró un cuadro. Al cabo de unos días, el ingeniero y artista conquense recibió una carta del filipino en la que, además de pagarle el cuadro, le invitaba a visitarle en Madrid. Tuvo lugar poco después una cena a la que Zóbel invitó, además de a Torner, a Eusebio Sempere y Abel Martín. Durante la cena, según los recuerdos de Torner, Sempere preguntó a Zóbel, «¿Qué tal va el Museo de Toledo?», a lo que aquél respondió: «Nada, no se puede hacer». En ese momento Torner preguntó que qué era eso, y se le explicó que se trataba de una idea de Zóbel que deseaba fundar en Toledo un museo de arte abstracto español. Torner recordó entonces que en Cuenca se estaban vendiendo casas en la zona alta, y preguntó a Fernando Nicolás Isasa, teniente alcalde de Cuenca y jefe del distrito forestal del Organismo Autónomo Parques Nacionales de la zona, y por tanto jefe también de Torner, quien todavía trabajaba como ingeniero forestal, si aún quedaban pisos del Ayuntamiento. «No», contestó, «pero estamos arreglando las Casas Colgadas. No sabemos qué hacer con ellas. Dile a tu amigo que venga y hablemos.»

Torner telefoneó entonces a Zóbel y se lo contó. «¿Y qué se me ha perdido a mí en Cuenca?», respondió éste. No obstante, fue a visitar Cuenca, donde comió con Torner, Isasa y el alcalde de la ciudad, Rodrigo Lozano de la Fuente (primo de Torner). Zó-

44. Según Torner (comunicación personal) el encuentro tuvo lugar el 15 de junio. A continuación utilizo otras informaciones suministradas por Torner, que pueden ser ampliadas —y en alguna ocasión, acaso retocadas también— en obras (catálogos) como *El grupo de Cuenca* (Fundación Caja de Madrid, Madrid, 1997) o *Gerardo Rueda. Exposición retrospectiva, 1941-1996* (Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, Madrid, 2002).

bel impresionó a las autoridades conquenses, pero a él no parecía —siempre según Torner— atraerle la idea de instalar su museo allí, postura que mantuvo durante algún tiempo, hasta que un día, después de haber mantenido una conversación con Torner sobre arte chino de la época Song (900-1260), del que Zóbel era experto, los conocimientos del conquense le impresionaron. Zóbel cambió de opinión, aunque exigió varias cosas para crear el museo en Cuenca (por ejemplo, tener una casa para él, empresa en la que Torner le ayudó). El 16 de junio de 1963, después de visitar las Casas Colgadas (también conocidas como «Colgantes», «Voladas» o «Casas del Rey»), Zóbel escribía:⁴⁵

Dos días en Cuenca con Torner y Lorenzo. El alcalde Rodrigo de la Fuente no nos pone más que facilidades y soluciones. Echamos un vistazo. Se puede poner un museo magnífico en las Casas Colgadas. De veinte a treinta años de renta nominal y los cuadros quedan en mi propiedad. Me las dan acabadas, pero una vez dadas los gastos corren de mi cuenta... Lo veo bueno y bonito y casi me ahorro un millón de pesetas de casa que las puedo dedicar a cuadros. Lo interesante sería atraer a pintores a que se vengan a veranear. El mechón de la fortuna, cuando se presenta, hay que agarrarlo. De otra forma, remordimiento.

Y unos meses más tarde, el 4 de octubre de 1963, escribía a su amigo americano Paul Haldeman:⁴⁶

Mi gran proyecto ahora es un Museo de Arte Abstracto Español en la ciudad de Cuenca, a dos horas y media de Madrid. En las célebres Casas Colgadas, que el Ayuntamiento, con visión de futuro, ha accedido amablemente a alquilarme durante treinta años por el equivalente a un dólar y medio anual. Todos contentos. Tengo la

45. Citado en Ángeles Villalba Salvador, «Cronología Fernando Zóbel», *op. cit.*, p. 220.

46. *Ibid.*

impresión de que va a ser uno de los pequeños museos más adorables del mundo. Como yo seré el propietario, el director, el conservador, el comité de adquisiciones, el mecenas, el consejo de administración y el dictador, creo que lo pasaré muy bien. La ambición de mi vida: un último club con un único miembro: yo. (Sólo habrá espacio para unas cuarenta pinturas, pero las expondré con todo el *glamour* que mi ferviente imaginación pueda concebir.)

El 1 de julio de 1966 el nuevo Museo de Arte Abstracto Español abrió sus puertas al público, con Zóbel y Torner como co-directores y Gerardo Rueda como conservador.⁴⁷ Aquel mismo año se publicó un catálogo dedicado a la institución, titulado *Colección de arte abstracto español. Casas Colgadas. Museo. Cuenca*. Lo abrió un texto de Zóbel, que merece la pena reproducir, ya que constituye un auténtico manifiesto en defensa de una manera de entender tanto el arte —el arte abstracto español— como la forma de concebir un museo, sin olvidar, por otra parte, que las palabras que escribió entonces Zóbel cumplen todos los requisitos para pasar a formar parte de la historia del arte español de la segunda mitad del siglo XX.⁴⁸

Creo que conviene decir unas palabras sobre la colección de arte abstracto español que se encuentra en el Museo de las Casas Colgadas de Cuenca, explicando brevemente en qué consiste, cómo y por qué se formó.

Hace más de diez años, entusiasmado por la categoría de la obra abstracta de mis compañeros y viendo con pesar que los mejores ejemplares de este tipo de manifestación artística se marchaban al extranjero, me puse a coleccionar cuadros, esculturas, dibujos y grabados.

47. Según Torner, Rueda no intervino prácticamente en nada relativo al museo, y así lo reconoció él mismo durante algunos años. Luego, no tanto.

48. Fernando Zóbel, «Introducción», *Colección de arte abstracto español. Casas Colgadas. Museo. Cuenca* (Imprenta Altamira, Madrid, 1966).

Poco a poco la colección fue cobrando importancia hasta superar a cualquier otra que de arte abstracto español se haya hecho. Me surgió una especie de deber moral de colgarla dignamente y ponerla a la vista del público. El resultado fue que me pasé buena parte del invierno de 1962 recorriendo Toledo con mis amigos en busca de una casa que reuniera las condiciones necesarias para albergar la colección.

Entretanto, una noche de junio de 1963 y en el curso de una reunión sostenida con Eusebio Sempere, Abel Martín y Gustavo Torner, que es conguense de nacimiento y convicción, observó que las famosas Casas Colgadas de Cuenca estaban en proceso de reconstrucción y que su destino final quedaba todavía sin decidir.

Una visita a Cuenca nos dejó convencidos de que las Casas Colgadas reunían todas las condiciones deseadas y algunas más que ni siquiera habíamos imaginado. Los trámites necesarios para alquilar tan maravilloso local se llevaron a cabo velozmente, gracias al espíritu abierto y entusiasta del Excmo. Ayuntamiento de Cuenca y de su alcalde, D. Rodrigo Lozano de la Fuente. Algo más tarde pudimos ampliar el primer espacio conseguido con varias salas destinadas en sus principios a la Dirección General de Bellas Artes y que ésta generosamente nos ha cedido.

La existencia de local cambió mi labor individual en labor colectiva —por eso ahora escribo el nosotros— y afectó de forma radical a la colección. Por un lado, se vio la necesidad de conseguir una representación más completa de los principales artistas de la generación abstracta española, y por otro lado, las limitaciones físicas del espacio disponible nos obligó a concentrarnos, concibiendo así un museo en el cual la cantidad no cuenta, y sí la calidad. Otro factor que nos obligó a este juego es, naturalmente, la limitación económica inevitable en toda colección de índole particular.

En esta labor colectiva intervinieron desde el primer momento Gustavo Torner, codirector del Museo; Gerardo Rueda, conservador; Antonio Lorenzo, Eusebio Sempere y Fernando Nuño, conservadores honorarios del mismo, sin particularizar aquí la entusiasta ayuda ofrecida por muchos artistas y aficionados, tanto españoles como extranjeros.

Respecto al título «abstracto» de la colección, preferimos emplear la palabra universalmente aceptada sin meternos en más problemas semánticos. Con ella queremos indicar sencillamente que la colección queda limitada, sin demasiado rigor, a obras que se sirven de ideas e intenciones no figurativas, pero que en sí abarca toda la extensa gama que va desde el constructivismo más racional hasta el informalismo más instintivo. Los autores, españoles todos, representan una generación bastante conclusa, cuyas diferencias de edad, pequeñas, permiten una clasificación en conjunto. Esta generación es posterior en algunos años a la terminación de la segunda guerra mundial, y constituye algo así como la continuación de las ideas renovadoras que en su tiempo tuvieron Picasso, Juan Gris y Miró; más tiene que ver con éstos, por su afán renovador, que con sus precedentes inmediatos.

Y ahora pasemos a la selección de obras. Tratándose de una colección de arte actual —de arte donde aún no existen valores consagrados por la tradición— y además siendo ésta una colección particular, es natural que la selección refleje los gustos personales del coleccionista y sus colaboradores. Implica, por tanto, un gusto y una manera de ver, no el azar ni el capricho. Además, se ha hecho un verdadero esfuerzo por incluir a todos los autores destacados por la crítica internacional de nuestros días. Sin embargo, aquí no se ha pretendido formar una representación exhaustiva de artistas abstractos españoles, o la creación de una colección histórico-didáctica del arte abstracto español, labor necesaria que brindamos a organizaciones más poderosas que la nuestra. Lo que sí hemos querido es formar una colección de obras ante todo de evidente mérito individual, ya que al serlo, lo serían a la vez representativas y algo así como la síntesis de su estilo.

Inevitablemente, unos autores resultan «mejor representados» en número de obras que otros. Este mayor o menor número no obedece a ninguna jerarquía de valores estéticos. Obedece sencillamente a la mayor o menor oportunidad de adquisición de piezas de gran calidad, y creo que podemos decir con sinceridad que cuando ha surgido alguna gran obra deseada por todos los colaboradores del museo, no se ha escatimado sacrificio para obtenerla. Es más: para ma-

yor seguridad en el valor de la selección hemos requerido en muchos casos el consejo del autor para ayudarnos a escoger. Es importante añadir que para evitar el peso de falsos compromisos nos hemos opuesto firmemente al donativo, que tanto entorpece la libertad de criterio en la formación de un museo, aunque reconocemos que estos ofrecimientos son motivados la mayoría de las veces por un espíritu de auténtica generosidad y simpatía indiscutible hacia nuestra labor.

En su estado actual, la colección consta de un centenar de cuadros, una docena de esculturas y unos doscientos dibujos y grabados, más una buena representación de carteles y de libros ilustrados o editados por artistas abstractos españoles. Esperamos seguir enriqueciendo la colección, por lo cual el presente catálogo no debe considerarse definitivo.

Esta colección, aunque modesta en comparación a la de cualquier museo con historia, sobrepasa con mucho las posibilidades de exhibición en las Casas Colgadas de Cuenca. Por eso, desde el primer momento, hemos preferido enseñar pocas obras y enseñarlas bien, rodeando a cada una de la iluminación adecuada y del espacio necesario para que pueda ser vista y disfrutada sin distracción. La fórmula del museo será, pues, la de rotación lenta de obra.

Aparte de sus salas de exposición, el museo cuenta con una biblioteca que a la vez servirá de sala de reunión y conferencias. Su contenido lo constituyen libros de arte en general y un archivo en plena formación en torno al arte abstracto español. Este archivo, además de estar a la disposición de los críticos, historiadores y curiosos de nuestro arte, servirá para hacer real el proyecto, recientemente iniciado, de editar un diccionario completo de todos los artistas abstractos españoles de que tengamos noticia.

Y concluía Zóbel dando las gracias a todos aquellos —instituciones públicas, políticos, galerías de arte, artistas y artesanos— que habían «contribuido con su experiencia, comprensión y entusiasmo al desarrollo de este museo».

Pronto las limitaciones físicas del espacio disponible plantearon la necesidad de una ampliación, que se logró con la ayuda de

la Caja Provincial de Ahorros, la Diputación y el propio Ayuntamiento de Cuenca. La inauguración de aquella extensión tuvo lugar el 28 de noviembre de 1978.

Mantener un museo es, no obstante, tarea exigente, y Zóbel sin duda se dio cuenta. Deseaba confiar en alguien que pudiese asegurar el futuro de su obra. Y eligió la Fundación Juan March, que por entonces había dado muestras sobradas de su preocupación por el arte español. El 22 de diciembre de 1980, en una escritura suscrita ante el notario de Madrid Alejandro Bérnago (de nuevo él), y firmada por Fernando Zóbel y, representando a la Fundación Juan March, José Luis Yuste, Zóbel, como propietario de las obras que albergaba el museo conquense, donaba «pura y simplemente, a la FUNDACIÓN JUAN MARCH todos los bienes descritos en los expositivos I, II y III de esta escritura, con todos los derechos, usos y servicios inherentes a los mismos». ⁴⁹ Constituía la donación un conjunto de: ⁵⁰

168 pinturas, entre las que figuraban obras de Rafael Canogar (2), Gonzalo Chillida (1), Luis Feito (4), Luis Gordillo (2), José Guerrero (5), César Manrique (1), Lucio Muñoz (4), Manuel Millares (5), Manuel Mompó (5), Manuel Rivera (5), Gerardo Rueda (11), Antonio Saura (2), Eusebio Sempere (2), Antoni Tàpies (3), Jordi Teixidor (4), Gustavo Torner (7) y del propio Zóbel (10).

17 esculturas, de Eduardo Chillida (2), Martín Chirino (1), Amadeo Gabino (2), Marcel Martí (1), José María Navascués (1), Jorge de Oteiza (2), Palazuelo (1), Joaquín Rubio Camín (1), Gerardo Rueda (1), Eusebio Sempere (2), Pablo Serrano (2) y Gustavo Torner (1).

49. *Escritura de donación otorgada por Don Fernando Zóbel de Ayala Montojo, a favor de la Fundación Juan March; en veintidós de diciembre de mil novecientos ochenta, ante D. Alejandro Bérnago Llabrés, notario por oposición, de Madrid.*

50. *Ibid.*

*3.556 libros, 185 dibujos y 13 carteles de varios autores.⁵¹
39 ejemplares diversos de obra gráfica (serigrafías, grabados, etc.).*

«De cara al futuro me ha preocupado siempre la continuidad del Museo. Veía claramente que el museo merecía vida más larga que la mía», declaraba entonces Zóbel, «y que debía seguir desarrollando y ampliando actividades artísticas atrevidas y, por supuesto, más ambiciosas que las que podían nacer de mis propias fuerzas. El programa artístico de la Fundación Juan March coincidía claramente con nuestras intenciones generales; la Fundación contaba con la libertad de criterio, la organización y la fuerza para ampliar, enriquecer y proyectar hacia un futuro el desarrollo vital del museo. A la vez pensábamos que las colecciones del museo servirían para fortalecer y enriquecer las actividades artísticas de la fundación». Y añadía: «Creo que es importante y atractivo que el Museo continúe siendo privado, con responsabilidad hacia el público, y que siga teniendo un sentido experimental».

Bajo el cuidado de la Fundación, el museo ha sido objeto de nuevas reformas: en 1985 y 1994, la creación de nuevas salas para exposiciones temporales (no sólo de artistas españoles, también de extranjeros), y en 2001, obras de reacondicionamiento. Actualmente se exhiben en él de forma permanente 129 pinturas y esculturas de artistas españoles de los años cincuenta (como Millares, Tàpies, Sempere, Torner, Rueda, Zóbel y Saura, entre una treintena de nombres), además de otros autores de los ochenta y noventa. Cada año es visitado por unas cuarenta mil personas.

Al poco de fallecer Zóbel (2 de junio de 1984), entre septiembre y noviembre, la Fundación Juan March dedicó una exposición

51. De los libros, 2.259 permanecen en el Museo para consulta de estudiosos. Los 1.297 restantes, junto con otros 16.574 nuevos que la Fundación March fue incorporando desde 1980, fueron donados en noviembre de 1996 al Ayuntamiento de Cuenca y a la Universidad de Castilla-La Mancha para su Biblioteca General de Cuenca.

a su obra. Y es que, afortunadamente, la historia no es sólo, ni siquiera acaso, principalmente, la acumulación de hechos, datos o circunstancias: también está formada por detalles que expresan reconocimientos, agradecimientos, testimonios; en fin, una deuda que se reconoce y agradece. Con aquella exposición la Fundación March reconocía no sólo lo que Zóbel había aportado a la institución, sino también a un artista que aunque no había nacido en España asumió y cuidó el patrimonio artístico hispano contemporáneo. En el catálogo de la exposición se leía:

La Fundación Juan March quiere rendir homenaje a la memoria de Fernando Zóbel mediante esta exposición de sus obras. La muestra, que tendrá carácter itinerante, no pretende ser una antología, sino una selección de cuadros fechados entre 1959, año en que comienza la estancia de Zóbel en España, y 1984, año de su muerte. La exposición ofrece así una representación variada de los diferentes momentos del artista durante el último cuarto de siglo, que coincide con la época de su más plena identificación española.

Fernando Zóbel era un pintor dotado de originalidad refinada y gran capacidad creadora. La Fundación Juan March tuvo el privilegio de contar con su colaboración y consejo —Zóbel era miembro de su Comisión Asesora cuando falleció—, y fue destinataria de los fondos del Museo de Arte Abstracto Español de Cuenca, que Zóbel había constituido tiempo atrás y que en un acto de generosidad y confianza donó a la Fundación en 1980.

El Museu d'Art Espanyol Contemporani de Palma

No es el Museo de Cuenca el único que mantiene la Fundación March, que también ha creado y se ocupa de uno en Palma de Mallorca. Hasta cierto punto era una «creación anunciada», dado el interés de la Fundación por el arte y su especial relación con Mallorca, patria chica del fundador. Que esa relación existía es algo

que el presidente de la institución, Juan March Delgado explicó, entre otras ocasiones, al presentar una exposición de 222 grabados de Goya en el Museo de Arte Contemporáneo de Ibiza (antes se había mostrado en Menorca, Ciudadela y Mahón, e iba a ir después a diversas localidades mallorquinas):⁵²

A lo largo de su historia, la atención y la dedicación a las Baleares, por parte de la Fundación Juan March, ha sido siempre preferente, como lo refleja el dato de que un 11 por ciento de las 763 operaciones científicas, culturales y sociales promovidas por la Fundación se han destinado a personas o instituciones de las islas. Desde las becas especiales para estudiantes aquí nacidos hasta otras promociones más recientes, la Fundación Juan March ha puesto entrañable énfasis en que su esfuerzo tuviera una especial incidencia en la tierra que vio nacer a su fundador. A veces, son ayudas para investigaciones o estudios sin repercusión inmediata; otras, apoyamos reuniones como la que celebrarán en Palma durante la primavera de 1981 las Reales Academias de Medicina de España, o las recientes Jornadas de Filosofía;⁵³ en ocasiones organizamos actividades con entidades locales, dentro de nuestra habitual línea marcada por un esfuerzo serio, que además deseamos eficaz y sin ánimo de protagonismo.

En cuanto al Museo en sí, fue creado en 1990, en una mansión señorial conocida como Can Gallard del Canyar, nombre que procede de la familia Gallard del Canyar, propietaria de la finca desde al menos 1656, hasta que en 1916 fue adquirida por Juan March Ordinas, que la convirtió en su residencia.⁵⁴

52. *Boletín Informativo de la Fundación Juan March*, n.º 97, octubre 1980, pp. 30-31.

53. Durante los años 1979, 1980, 1982 y 1983, la Fundación organizó en Palma unas «Jornadas de Filosofía».

54. La reforma interior del edificio para albergar el Museo la realizó Gustavo Torner, con la colaboración del arquitecto mallorquín Antonio Juncosa Aysa.

El mismo año en que se creó, Juan Manuel Bonet describía los fondos del Museo de la siguiente forma:⁵⁵

La colección, breve e intensa, es de primera categoría. Propone una visión sintética de lo que ha sido, en materia de arte, la decisiva contribución española a nuestro siglo. La obra más antigua es un Picasso de 1907. La más reciente, un Teixidor fechado en 1990.⁵⁶ No pretende ser una colección exhaustiva, entre otras cosas porque el espacio disponible es limitado, pero un hipotético espectador sin conocimiento de lo que ha sido el arte moderno en España, estaría en medida, después de contemplarla, de empezar a hacerse una composición de lugar bastante exacta de por dónde han transcurrido las cosas. Lo que ha presidido la selección de obras expuestas han sido cuatro miradas a otros tantos momentos clave de nuestra cultura. Tan sólo un par de obras —las de Antoni Clavé y la del Equipo Crónica— quedan fuera de esos momentos.

Y a continuación enumeraba los cuatro tiempos a los que se refería, y que merece la pena citar, ya que nos ayudan a comprender la historia del arte contemporáneo:⁵⁷

Primer tiempo: con Pablo Picasso, que inventa la pintura moderna, pero también con sus amigos Juan Gris y Julio González, el espectador se ve confrontado al hecho de que el cubismo tiene entre sus protagonistas principales a tres artistas españoles afincados en París, y radicalmente ignorados, por cierto, hasta fechas relativamente recientes, por las autoridades de su país natal.

Segundo tiempo: también en París, Joan Miró y Salvador Dalí proponen dos maneras antagónicas de entender las relaciones entre el surrealismo y la pintura.

55. Juan Manuel Bonet, *Col·lecció March. Art Espanyol Contemporani Palma de Mallorca* (Fundación Juan March, Madrid, 1990, p. 11).

56. Esto ya no es así. Existen, por ejemplo, obras de Barceló, Ferran García Sevilla y otros.

57. *Ibid.*, pp. 11-13.

Tercer tiempo, el más abundantemente representado en la colección: la generación de los cincuenta, en la que conviven informalistas, geométricos y realistas, es la primera generación que alcanza un reconocimiento internacional sin que para ello sea necesaria la permanencia en París, y sin que en el interior la única reacción sea el silencio. Frente a la lectura puramente abstracta que a menudo circula a propósito de esta generación, es de destacar la presencia de tres de los grandes realistas cuya obra madura entonces: Antonio López García, Carmen Laffón y Julio López Hernández, a los que viene a añadirse Daniel Quintero, un pintor mucho más joven, pero situado en coordenadas estéticas similares.

Cuarto tiempo: es la hora de la generación de Miquel Barceló, del arte de hoy mismo. (Un arte, por cierto, que tiene en Mallorca un escenario importante: mallorquines son Miquel Barceló y Ferran García Sevilla, otro de los artistas aquí representados, y en la isla pasan buena parte del año otros dos miembros destacados de la misma generación, Miguel Ángel Campano y José María Sicilia.)

De todos los artistas mencionados se exhiben, efectivamente, obras en el Museo de Palma, junto con otros como, por citar alguno, Alfaro, Chillida, Millares, Mompó, Muñoz, Palazuelo, Oteiza, Rueda, Sempere, Tàpies, Torner y Zóbel.

En 2002 y 2003, el Museo sufrió nuevas rehabilitaciones, con las que se amplió (desapareció, por ejemplo, una oficina de la Banca March que existía en la planta baja del edificio, con lo que se pudo acondicionar un salón de actos y una tienda). La reinauguración tuvo lugar el 1 de abril de 2003.

LA MÚSICA Y LA FUNDACIÓN JUAN MARCH

Aunque para muchos, que desconocen el conjunto de sus intereses, la Fundación Juan March es, en lo que se refiere a sus actividades públicas, sinónimo de exposiciones de pinturas, la música ha

sido y es otro de sus grandes y permanentes objetivos. En particular, los servicios que ha prestado a este arte a través de conciertos celebrados en su sede han sido extraordinarios, aunque, de hecho, la relación de la Fundación con la música se ha extendido mucho más allá. En 1958, sólo por tanto tres años después de su constitución, se empezaron a conceder las primeras becas y ayudas para favorecer la creación y la investigación musicales, una actividad que continuaría a lo largo de los años.

Durante los siguientes veinte años se otorgaron alrededor de trescientas cincuenta ayudas para la creación musical. Entre los beneficiarios de esas ayudas han figurado músicos tan destacados como: Cristóbal Halffter, quien con la ayuda de la Fundación escribió en 1959 su obra *Cinco microformas para orquesta*; Gerardo Gombau, que pudo componer *Música para voces e instrumentos*; Carmelo Bernaola (*Heterofonías*); Xavier Montsalvatge (su ópera lírico-dramática *Babel 46*); Federico Mompou (cuarto cuaderno de su *Música callada*); Tomás Marco (la sinfonía *Escorial* y la pieza para cuarteto de cuerda *Espejo desierto*, presentada por el propio compositor en la Fundación el 16 de diciembre de 1987), y Luis de Pablo (la composición músico-escénica *Berceuse*). Y también otros más jóvenes, como Pilar Jurado y José María Sánchez Verdú. En otro apartado, pudieron ampliar estudios pianistas como Miguel Zanetti, Manuel Carra o Perfecto García Chonet; cantantes como Ana María Olaria; profesores de viola como era entonces Jordi Savall; violinistas como Gonçal Comellas, y directores de orquesta como José Ramón Encinar, Miguel Ángel Gómez Martínez, Jesús López Cobos y Joan Guinjoan. Mencionemos también el apoyo que se dio a investigaciones (más de un centenar con anterioridad a 1975), que condujeron a publicaciones como *La música española en el siglo XX* y *Cien años de teatro musical, 1875-1975*, de Antonio Fernández-Cid, y a la catalogación y el estudio crítico de fondos musicales y actas capitulares existentes en catedrales, colegiatas, conventos y bibliotecas de Castilla y León, realizadas por un equipo dirigido por José López-Calo.

A partir de 1971, la Fundación organizó los primeros conciertos en Madrid, «Encuentros musicales», destinados a estudiantes universitarios en Madrid, que, al carecer entonces la institución de una sede propia, se celebraban en colegios mayores bajo la dirección de Francisco Calés con la participación de conjuntos de cámara españoles y extranjeros. El año siguiente, la Fundación contribuyó a la difusión de la música polifónica española apoyando la serie de conciertos del Cuarteto de Madrigalistas de Madrid en doce capitales europeas, y posteriormente en Santiago de Compostela y durante una gira del conjunto por la Unión Soviética. Y también se promovieron ciclos como el dedicado a J. S. Bach, con intérpretes tan destacados como Alexis Weissenberg o la English Chamber Orchestra; el de «Música Barroca Italiana», con I Solisti Veneti, el trío Kessick-Zanfini-Camino y The Academy of St. Martin-in-the-Fields; o el de «Música Barroca Alemana», celebrado en Palma de Mallorca, Bilbao, Valladolid, Salamanca y Madrid.

Una vez que se dispuso del edificio de la calle Castelló, con su espléndido salón de actos, que podía acondicionarse sin ningún problema como auditorio, las actividades musicales organizadas por la Fundación se vieron potenciadas con la celebración de conciertos, que finalmente se han agrupado en las siguientes categorías:

Recitales para jóvenes, destinados a alumnos de los últimos cursos de bachillerato. Se iniciaron en 1975, primero sólo los viernes por la mañana, pero al año siguiente ya se ofrecieron tres días por semana, con un comentario previo sobre cada pieza a cargo de un especialista. A lo largo de un curso suelen asistir unos veinticinco mil estudiantes de colegios e institutos de Madrid, con un total que ronda el medio millón de alumnos.

Ciclos monográficos, que se ofrecen los miércoles por la tarde (a lo largo, habitualmente, de cuatro semanas), en torno a una modalidad o instrumento musical, a un autor elegido por algún motivo conmemorativo o a una escuela o época determinadas, con especial atención al siglo XX. Para cada ciclo se edita un folleto con el programa completo y la biografía de autores e intérpretes, así como

una introducción, escritos expresamente por un profesor o crítico musical.⁵⁸ Desde 1994 estos ciclos monográficos han sido transmitidos en directo por Radio Clásica, de Radio Nacional de España. Mencionaré algunos ejemplos de los que han tenido lugar: «Música española medieval» (noviembre-diciembre de 1980); «Música española del Renacimiento» (noviembre-diciembre de 1981); «La Escuela de Viena» (octubre-diciembre de 1983); «Monteverdi» (febrero-marzo de 1984); «Canción española del siglo XX» (abril-mayo de 1986); «Debussy: obra completa para piano» (octubre-noviembre de 1990); «Flauta romántica española» (abril-mayo de 2001); «Hector Berlioz: dos siglos» (noviembre-diciembre de 2003); «Piano italiano del siglo XX» (marzo de 2004); «Música española barroca» (noviembre-diciembre de 2004); «Ernesto Halffter en su centenario» (enero de 2005); y «Luigi Boccherini» (febrero-marzo de 2005). También se organizaron conciertos en torno a exposiciones de pintura que se celebraban en la Fundación, como sucedió con «Picasso: el sombrero de tres picos», que se aprovechó para ejecutar (mayo de 1993) piezas de Manuel de Falla; «Goya grabador» (enero-febrero de 1994; conciertos con «Tonadillas escénicas del siglo XVIII», piezas de Luigi Boccherini y de Enrique Granados), y la exposición dedicada a Amadeo de Souza Cardoso (enero de 1998; «Música portuguesa entre el XIX y el XX»).

Conciertos de mediodía. Se iniciaron en 1978 y se celebran los lunes a mediodía.

Conciertos del sábado. Comenzaron en 1989 y ofrecen ciclos de tres o más recitales de cámara.

Conciertos-homenaje. Se iniciaron con los que organizó en abril de 1976 el violonchelista Mstislav Rostropóvich para conmemorar el nacimiento de Pau Casals. Un año después se homenajeó a Federico Mompou, con intervención del propio autor, quien ofreció al público el cuarto cuaderno de su *Música callada*, realizado, como hemos

58. Estos programas ocupan, en general, cuatro páginas, pero en otras ocasiones —como en el caso de los ciclos— pueden llegar al centenar.

visto, con la ayuda de la propia Fundación March. También se han celebrado conciertos de este tipo dedicados a, entre otros: Federico Mompou, Regino Sainz de la Maza, Nicanor Zabaleta, Rodolfo Halffter, Joaquín Rodrigo, Xavier Montsalvatge, Ernesto Halffter, Alberto Ginastera, Federico Sopeña, Luis de Pablo, Francisco Calés, Ramón Barce, Claudio Prieto, Joan Guinjoan o Tomás Marco.

Aula de reestrenos. Puesta en marcha en 1986, ofrece periódicamente conciertos con obras de autores españoles contemporáneos poco difundidas desde la fecha de su estreno, como pueden ser, entre muchos otros ejemplos, *Preludio y scherzo para instrumentos de viento* de Julio Gómez, que se presentó en diciembre de 1986), *Floreal* de Tomás Marco, *Dos marchas militares* de Enrique Granados, la *Sonata Op. 32 para violonchello y piano* de José María Franco, *Miniaturas medievales* de José Muñoz Molleda, *Sonatina* de José Fermín Gurbindo y *Sonata giocosa* de Joaquín Rodrigo.

En conjunto, desde 1975 la Fundación ha organizado en su sede más de cinco mil conciertos, dos mil trescientos dedicados a recitales didácticos para estudiantes de los últimos años de bachillerato. Y aunque es en Madrid donde tienen lugar de manera habitual, también se han llevado a otras ciudades, como Barcelona, Zaragoza, Valencia, Alicante, Murcia, Badajoz, Málaga, Logroño, Albacete, Cuenca y, desde octubre de 2003, Palma de Mallorca.

Es obligado, asimismo, mencionar que se han celebrado conciertos-estreno de obras encargadas por la Fundación a compositores como Luis de Pablo, Carmelo Bernaola, Tomás Marco, Gonzalo de Olavide, Cristóbal Halffter, Miguel Ángel Coria, Claudio Prieto, Ramón Barce, Ángel Oliver, Jesús Villa Rojo, Josep Soler y Joaquín Turina. Y que en la «Tribuna de Jóvenes Compositores» se estrenaron las de 39 artistas.

Si fuese preciso resumir —y valorar— con brevedad lo que la Fundación Juan March ha realizado en el campo musical a lo largo de su historia, yo lo expresaría destacando:

- a) La regularidad y constancia con la que se ha ofrecido (y no sólo al público de Madrid, aunque sí fuese éste el más beneficiado, pues también se celebraron conciertos en otros lugares) el más completo repertorio de música de cámara, en una época en la que ese tipo de conciertos apenas existían y de los que el público se había desentendido.
- b) La promoción de la música española de todos los tiempos, pero especialmente la del siglo XX, con resultados a los que seguramente no es exagerado calificar de impresionantes, y desde luego sin ningún parangón con lo que cualquier otra institución, pública o privada, haya llevado a cabo.
- c) Todo ello se realizó en un tanto por ciento elevadísimo con intérpretes españoles o residentes en España, es decir, apoyando la música española también en la interpretación, así como en su análisis y comentario en los programas de mano distribuidos a los asistentes.

Es importante señalar en este punto el servicio que ha prestado a la Fundación March Antonio Gallego, quien se incorporó a la institución en julio de 1980 para sustituir en la dirección de servicios Culturales a Andrés Amorós (que había iniciado su relación con la fundación seis años antes). Gallego (Zamora, 1942) era entonces catedrático de Historia de la Música y subdirector del Conservatorio de Madrid, además de haber sido secretario de la Calcografía Nacional (y becario de la Fundación), institución con la que la Fundación March había organizado una muestra entre octubre y noviembre de 1975.⁵⁹ Su conocimiento de la música (que

59. En el catálogo de la muestra (*Exposición Antológica de la Calcografía Nacional* [Fundación Juan March, Madrid, 1975], después de reconocer la ayuda prestada por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, y en especial a algunos de sus miembros, la Fundación March agradecía «la eficiente colaboración prestada en esta exposición por don Antonio Gallego, Secretario Técnico de la Calcografía, responsable de la selección y el catálogo».

estudió en los conservatorios de Salamanca y Valladolid, obteniendo el título profesional de piano en 1970; también se licenció en Derecho y Filosofía y Letras) ha hecho de él un elemento esencial en la promoción de la música dentro de la Fundación (también; dado su cargo, en otras parcelas, como, por ejemplo, la organización de conferencias o de la Biblioteca de Teatro Español Contemporáneo). Desde 1995 es miembro de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y, desde 2002, de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes.

El caso de Joaquín Rodrigo

Antes señalé que la Fundación March comenzó a conceder ayudas para la creación e investigación musicales a partir de 1958. De hecho, hubo al menos una excepción, que tuvo como protagonista nada menos que a Joaquín Rodrigo (1902-1999), el autor del inolvidable *Concierto de Aranjuez* (1939), entre otras muchas obras, por supuesto. Merece la pena recordar este caso, del que ya se ocupó Antonio Gallego, por lo que yo utilizaré lo que él ha escrito.⁶⁰

El 20 de febrero de 1956, Joaquín Rodrigo escribía a Juan March Ordinas una carta solicitando su ayuda para el siguiente proyecto:

Desde hace tiempo tengo planeada una ópera-oratorio titulada *La Azucena de Quito*, sobre un libro especialmente encargado por mí al poeta José María Valverde y escrito e inspirado en la vida de Santa Mariana de Jesús, recientemente canonizada. Pero poner música a esta obra en tres actos, concebida por mí con grandes ambiciones artísticas: solistas, grandes coros, orquesta, acción pantomímica, etc., es tarea que exige la atención casi exclusiva por espacio de un año, plazo en el que sería forzoso abandonar otras actividades.

60. Antonio Gallego, *El arte de Joaquín Rodrigo* (Sociedad General de Autores y Editores-Iberautor, Madrid, 2003, pp. 283-287).

El compositor ponía el proyecto «bajo la garantía de mi nombre y de mi música» e indicaba que el encargo se le hiciera a la manera de la Fundación Koussevitzky «en la cantidad y condiciones que se estipulasen». No se decidió nada entonces, pero el 15 de octubre del mismo año, Rodrigo reiteraba su solicitud ante el Consejo de Patronato de la Fundación, cuantificando la ayuda que pedía en 150.000 pesetas, y fijándose un plazo de dos años a partir de la concesión. El 31 del mismo la Fundación March le concedía una ayuda inmediata de 50.000 pesetas, comprometiéndose a pagarle otras 25.000 pesetas a la entrega de la reducción completa de la obra para piano y voces, siempre que fuera en el plazo de un año, y otras 25.000 a la entrega de la partitura para orquesta y coro, a lo que Rodrigo se mostró conforme el 13 de noviembre.

Un año después, en noviembre de 1957, Rodrigo obtuvo una prórroga de un año, comprometiéndose a entregar la reducción de canto y piano el día de su santo, 22 de noviembre, de 1958, y la partitura de orquesta antes de julio de 1959. En su carta de 23 de noviembre (1957) a Juan March manifestaba que «Mi condición de autor sinfónico me hizo desestimar, erróneamente, la complejidad y extensión de un género musical nuevo para mí, haciéndome padecer un lamentable error de cálculo en los plazos por mí mismo fijados y que procuraré, en mi propio interés artístico, acortar en todo lo que de mí dependa». Sin embargo, los viajes que emprendió en 1958, largos y agotadores, y una nueva y grave depresión del maestro ciego de Puerto de Sagunto, le impidieron el cumplimiento de los nuevos plazos. Tras varias entrevistas frustradas, Victoria Kamhi, esposa del artista, explicaba a la Fundación cuál era la situación en una carta del 10 de diciembre de 1958: el primer acto, todo orquestado, está casi terminado; Rodrigo no había compuesto en los dos últimos años ninguna obra de importancia y quería devolver la cantidad cobrada para que no se pusiera en duda su honradez; a pesar de su grave enfermedad, «consecuencia de una labor agotadora y de preocupaciones de orden material y artístico»; seguía, no obstante, con el propósito de finalizar la obra, a lo que ella, Victoria, fiel colaboradora, se comprometía a ayudarle.

Una vez recuperado, Joaquín Rodrigo mantuvo sus intenciones, como señaló en una carta de 1 de marzo de 1959, anunciando que se trasladaba a Roma «para concentrarse en el tema». Pero tampoco cumplió entonces sus deseos. El 22 de octubre de 1960, Alejandro Bérghamo le pedía noticias, pero no consta que respondiese, con lo que se dio por finalizado el proyecto. Apenas había escrito algunas escenas del acto primero. «En 1962», ha escrito Antonio Gallego, «con motivo de su sexagésimo cumpleaños (con un año de retraso), se estrenó la exquisita aria *Despedida de Azucena*, que dejó entrever lo que pudo haber sido y no fue.»⁶¹ El año siguiente, esto es, en 1963, Rodrigo llegó a un acuerdo con la Fundación Juan March entregando, a cambio de «la prometida ópera *La Azucena de Quito*», la partitura general de su «ópera cómica» *El hijo fingido*, aún no estrenada. Se aceptó el cambio, pero el 1 de julio de 1963 el compositor solicitó su devolución porque estaba muy interesado en ella el empresario del teatro San Martín, de Buenos Aires. La recuperó el 5 de julio.

CONFERENCIAS EN LA FUNDACIÓN

Junto a exposiciones y conciertos, las conferencias (con frecuencia agrupadas en ciclos) han constituido uno de los pilares de las actividades culturales que se han desarrollado en la sede de la Fundación March en Madrid. Sería prácticamente imposible, por extenso, nombrar a todos los conferenciantes —y todos los temas abordados— que a lo largo de los años tomaron la palabra y expusieron sus ideas y conocimientos. Mencionaré únicamente algunos ejemplos, comenzando por el primer ciclo de conferencias y el primer orador: Julián Marías, quien pronunció cinco conferencias en un ciclo titulado «Dos formas de instalación humana: la edad y el

61. *Ibid.*, p. 285.

sexo». Con la primera de ellas («La juventud como instalación en el mundo histórico»), dictada el 31 de enero de 1975, se inició este tipo de actividad de la Fundación.

Aquel mismo año, otros destacados intelectuales españoles también dictaron cursos monográficos, dentro del ciclo general «Temas científicos, filosóficos, psicológicos y lingüísticos»: José María Rodríguez Delgado («Control físico de la mente y creatividad humana»), Juan Rof Carballo («Las fronteras vivas del psicoanálisis»), Rafael Lapesa («El español en América»), Mariano Yela («La inteligencia verbal») y José Luis Pinillos («La conciencia humana»). Asimismo, tuvo lugar un «Ciclo sobre novela española contemporánea», dirigido por el catedrático de la Universidad de Oviedo, José María Martínez Cachero, en el que tomaron parte varios escritores: Francisco Ayala, Gonzalo Torrente Ballester, Juan Benet, Vicente Soto y Camilo José Cela, cuyas conferencias y obras fueron comentadas tras sus intervenciones por, respectivamente, Andrés Amorós, Joaquín Marco, Darío Villanueva, Dámaso Alonso y Alonso Zamora Vicente. Si como muestra sirve un botón, he aquí unas palabras que Benet pronunció en su intervención: «El conocimiento del hombre es y será siempre insuficiente; más allá se extiende la sombra, el azar, que rige lo mismo el bombo de lotería que la ley de gravitación universal. La actividad del hombre, también literaria, sólo es el disimulado acomodo del mismo al imperio del azar bajo la máscara del conocimiento. El único tratamiento es la ironía y el burlarse del poder».

En los años y décadas siguientes muchos otros intelectuales tomaron la palabra en la Fundación, en conferencias o cursos monográficos. Como ejemplo, y para que se pueda apreciar la extensión y calidad de esta actuación de la Fundación mencionaré algunos: Miguel Artola («El Antiguo Régimen y la Revolución Liberal», 1976), Luis Ángel Rojo («Teorías y hechos monetarios en la década actual», 1976), Juan Oro («El origen de la vida», 1976), José María Jover («La cultura de la Restauración», 1976), José María López Piñero («La ciencia en la sociedad española moderna y con-

temporánea», 1977), Francisco Grande Covián («Problemas de la alimentación humana», 1978), Alberto Sols («El método científico en las ciencias biomédicas», 1979), Enrique Fuentes Quintana («La crisis económica española», 1979), Antonio Hernández Gil («Dos lecciones sobre ciencia jurídica», 1981), Pedro Laín Entralgo («La ciencia en España», 1982), Román Gubern («Introducción al lenguaje cinematográfico», 1982), Antonio Fernández Alba («La arquitectura en la sociedad del cambio», 1986), Juan José Linz («Democracia y sociedad», 1987), Landelino Lavilla («La Constitución española», 1988), Antonio Muñoz Molina («Sobre la realidad de la ficción», 1991), Claudio Guillén («Correspondencia epistolar y literatura», 1991), Fernando Lázaro Carreter («Hacia una moderna pedagogía de la literatura», 1991), Ramón Barce («Sociología de la música», 1991), Francisco Tomás y Valiente («La historia constitucional española», 1993), Emilio Lledó («Las humanidades, hoy», 1994), José Luis Borau («Literatura y cine», 1997), José Luis García Delgado («La economía española del siglo XX: perfil económico de una centuria», 1999), José Álvarez Junco («La formación de la identidad española», 2001), Francisco García Olmedo y Pilar Cambroner («Las plantas bajo el dominio del hombre», 2002), Francisco Rodríguez Adrados («Los grandes creadores de la literatura griega clásica», 2003), José-Carlos Mainer («El siglo de los intelectuales», 2003), Simón Marchán Fiz («Iconos de la modernidad [antes y después de Kandinsky]», 2003) y Geoffrey Parker («La crisis mundial del siglo XVII», 2004). Esto es, repito, únicamente una lista muy limitada, que, además, no incluye nada de las conferencias y seminarios que se han desarrollado en los centros de sociología y biología de la Fundación (sólo sobre literatura o teatro, desde 1975 se han celebrado más de cuatrocientas cincuenta conferencias, reuniones o actos diversos).

De hecho, para ayudar a comprender la dimensión de la actividad que ha desarrollado en el ámbito de las conferencias la Fundación Juan March, al igual que para mantener vivo el recuerdo —y la voz de quienes disertaron allí—, y siguiendo el venerable ejem-

plo del Archivo de la Palabra que se esforzaron en crear a principios de la década de 1930 Tomás Navarro Tomás y Eduardo Martínez Torner en el Centro de Estudios Históricos de la Junta para Ampliación de Estudios,⁶² acompaña al presente libro un disco compacto que incluye breves fragmentos de las intervenciones de 33 ilustres conferenciantes, comenzando por Julián Marías, en su ya mencionada primera intervención que se celebró en la Fundación el 31 de enero de 1975, y siguiendo con Juan Benet (4-6-1975), Alfonso Pérez Sánchez (11-3-1976), José María López Piñero (1-2-1977), José Ferrater Mora (3-5-1977), Francisco Ayala (9-2-1978), Francisco Grande Covián (9-3-1978), Emilio García Gómez (7-11-1978), Gonzalo Torrente Ballester (28-11-1978), Antonio Domínguez Ortiz (24-4-1980), Juan Marichal (20-5-1980), Emilio Lledó (11-11-1980), Manuel Seco (5-2-1981), Julio Caro Baroja (30-4-1981), José María Valverde (5-11-1981), Fernando Lázaro Carreter (4-2-1982), José Antonio Maravall (7-12-1982), Pedro Laín Entralgo (4-2-1983), Julián Gállego (4-10-1983), Miguel Artola (7-2-1984), Luis Díez Corral (8-1-1985), Rafael Lapesa (18-2-1986), Carmen Martín Gaité (27-11-1986), Agustín García Calvo (10-5-1988), Landelino Lavilla (17-11-1988), José Hierro (4-5-1989), Eduardo García de Enterría (9-1-1990), José Luis López Aranguren (8-3-1990), Antonio Muñoz Molina (24-1-1991), Javier Muguerza (18-2-1992), Francisco Tomás y Valiente (25-3-1993), Carlos García Gual (24-3-1994) y Pedro Cerezo (2-12-1997).

La asistencia a las conferencias celebradas en la Fundación ha sido con frecuencia numerosa, desbordándose en algunas ocasiones. Cuando escribo estas líneas tengo ante mí la fotografía de una de ellas: la de una conferencia («Freud: tradición y ruptura en el pensamiento humanista») que dictó el psiquiatra andaluz Carlos Castilla del Pino el 14 de octubre de 1976, abriendo un ciclo so-

62. Véase *Archivo de la Palabra. Voces de la Edad de Plata* (Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1998).

bre Sigmund Freud, organizado en colaboración con la embajada de Austria y el Instituto Alemán de Madrid, en el que participaron también otros estudiosos de la obra del psiquiatra austríaco: Johannes Cremerius, director de la Clínica de Psicoterapia y Psicomatología de la Universidad de Friburgo, Margarete Mitscherlich, psicoanalista y profesora del Freud Institut de Frankfurt; Alexandre Cirici Pellicer, crítico de arte y profesor de Sociología del arte de la Universidad de Barcelona; Harald Leupold-Löwenthal, presidente de la Sociedad Psicoanalítica, y Helmut Dahmer, catedrático de Sociología de la Universidad Técnica de Darmstadt.⁶³ En la fotografía a la que me refiero se ve cómo los asistentes habían invadido el estrado, rodeando completamente a Castilla del Pino. Una hermosa instantánea, ciertamente.

Al igual que estoy haciendo en muchos lugares de este libro, voy a citar, para finalizar esta sección (y casi este capítulo), unos pasajes de la conferencia de Castilla del Pino, tal y como aparecieron en el *Boletín Informativo* de la Fundación. No lo hago únicamente, ni siquiera principalmente, para honrar la figura y obra de este gran intelectual y ensayista español, sino porque lo que dijo entonces merece ser recordado, más aún si tenemos en cuenta que en algunos círculos (con un sentido positivista que desde mi punto de vista es bastante estrecho) se niega que las ideas de Freud (algunas han tenido, por supuesto, que ser abandonadas) significasen un paso adelante fundamental en la explicación científica del mundo, incluyendo en ella, claro, nuestra propia naturaleza humana.⁶⁴

Si hay que incluir a Freud entre los grandes reformadores es por haber pretendido devolver al hombre la plenitud de sus posibilida-

63. Como complemento al ciclo se montó una exposición representativa de la vida y la obra del creador del psicoanálisis, que había sido compilada por Leupold-Löwenthal, que contaba con trescientos documentos.

64. Carlos Castilla del Pino, «Llevar la razón a lo irracional», *Boletín Informativo de la Fundación Juan March*, n.º 55, diciembre de 1976, p. 24.

des, para lo cual era necesario que aceptara como realidad la de sus impulsos y deseos, reprimidos por nuestra llamada sociedad civilizada. Para nosotros resulta imposible, como occidentales, prescindir del pensamiento de Freud, por hallarse implícito en planteamientos de las más diversas disciplinas, desde la Psicología y Psiquiatría, la Antropología Cultural y la Sociología, hasta la Lingüística, la Ética, la Historia y la Filosofía, el cine y la literatura misma. La concepción psicoanalítica de la cultura y de la historia puede parangonarse con la de Marx, ya que viene a ser algo más que un método terapéutico, una teoría psicológica, y se convierte, al igual que la copernicana o la darwinista, en una concepción del mundo, una revolución y una puesta en cuestión de todo un sistema de valores. El psicoanálisis vino a mostrar el protagonismo de unas fuerzas, determinantes de la conducta individual y social: las de la naturaleza irracional, procedentes del inconsciente.

La gran aportación del psicoanálisis al pensamiento humanista consiste en llevar la razón a lo irracional, en la liberación a través de la asunción del carácter subjetivo-social de la norma y, en consecuencia, en la posibilidad de una modificación e incluso anulación de la misma. El pensamiento de Freud engarza así en la gran tradición del pensamiento humanista occidental, y al tiempo, supone una ruptura con el sistema de valores de nuestra cultura. La teoría psicoanalítica muestra al hombre que sus más elevadas instancias son, en el fondo, formas sublimadas de satisfacción de instancias egotistas, disfraces de sus instintos libidinales insatisfechos.

EPÍLOGO

En este capítulo he intentado mostrar algo de las actividades culturales (exposiciones, conciertos y conferencias) promovidas por la Fundación Juan March a lo largo de su existencia, especialmente aquellas que se desarrollaron en su sede de la calle Castelló de Madrid. Ahora bien, aunque me he esforzado por evitarlo, es muy difícil que en una reconstrucción de carácter fundamentalmente histórica no se pierda una buena parte del valor más importante,

primordial, íntimo e individual, que posee todo esfuerzo cultural: el de cómo llega a las personas, a los individuos a los que, se supone, están dedicados esos esfuerzos. Para intentar paliar esa limitación casi intrínseca de la reconstrucción histórica, finalizaré este capítulo con el testimonio de uno de esos individuos, bien es cierto que uno particularmente sensible, el escritor leonés Luis Mateo Díez.⁶⁵

Recuerdo haber estado por primera vez en la Fundación acudiendo a la cita de una amiga allá por los años setenta. Yo acababa de arribar a Madrid y en aquellos primeros tiempos prácticamente todos mis amigos eran pintores, amigos y compañeros de mi hermano Antón en Bellas Artes, que allí estudiaba. La Fundación era una referencia continua en aquel grupo, todos eran visitantes asiduos de las exposiciones y yo, que fui el último en acercarme a su sede, tenía ya una idea como de lugar imprescindible, si me interesaba estar al tanto de lo que ellos comentaban. En aquellos tiempos conocía mejor a los pintores que a la pintura, me pasaba un poco lo que me sucedía con el cine: me gustaban más los cines que el cine, una especie de piramismo que provenía de mi adolescencia mal administrada. La literatura llenaba por exceso todos mis intereses. Desde aquella cita, y recuerdo perfectamente las absurdas vueltas que di para llegar a un sitio tan fácil, me enganché a las exposiciones y pasaron a interesarme menos los pintores que la pintura. Es una manera de hablar. La Fundación era de lo poco que institucionalmente había en Madrid, más allá de los museos y, además, proponía una forma distinta, más viva, menos convencional, de acercarse a la pintura, a tantos clásicos contemporáneos tan inasequibles. En fin, el espacio de una cita, de una referencia ineludible, un camino para ir y volver con la documentación precisa, siempre agradecí los maravillosos catálogos que conservo. Jamás perdí la costumbre y, luego, con el tiempo, tuve la suerte de conocer y hasta colaborar con quienes eran los responsables de lo que tanto he agradecido.

65. «Testimonios sobre la Fundación», *Revista de la Fundación Juan March*, n.º 347, marzo de 2005, p. 8.

Picasso en España

Otros viven en lo oscuro
pero tú siempre a la vista denunciando
y mostrando.
Otros viven de explicarse largamente,
tú en el rayo.
Otros viven alargando lo que fueron,
tú inventando, tú empujando,
obrero de buen oficio, materialmente sagrado,
que nos das cada día como un pan tu milagro.

GABRIEL CELAYA,
«A Pablo Picasso, obrero-pintor».

La historia es un testigo y juez sutil, que no siempre privilegia el conjunto de la vida y obra de individuos o instituciones, aunque, naturalmente, tal conjunto constituya un elemento fundamental en sus reconstrucciones. Recordamos el pasado, el paso por el tiempo de individuos o instituciones, por lo que hicieron, es cierto, pero hay momentos, acciones concretas que, aunque no se extienden demasiado en el tiempo, significan tanto, conmueven a una colectividad de tal manera, que su recuerdo deslumbra desenfocando en cierto modo una reconstrucción histórica más equilibrada. No estoy pensando en esos momentos —que con justicia llamamos históricos— que cambian la vida de, por ejemplo, una nación o de una colectividad, momentos surgidos de acciones, de hechos o circuns-

tancias que muy bien pudieron haber sido de otra forma, pero que, por una u otra razón, acaso por una casualidad, sucedieron de tal manera que cambiaron la historia. No, no estoy pensando en semejantes sucesos, sino en otros más modestos, pero que se recuerdan y honran a las personas o instituciones que los provocaron.

Uno de esos sucesos tuvo que ver con la Fundación Juan March. Como estoy tratando de mostrar en este libro, esta institución ha desarrollado ya, a lo largo de su primer medio siglo de existencia, una obra que hace que merezca ser incluida en cualquier historia que en el futuro se escriba sobre la cultura, educación e investigación científica en la España de la segunda mitad del siglo XX. Siendo todo esto cierto, y sin duda lo más valioso de su labor, aquello que para la comunidad —España en general, y en ciertos apartados Madrid en particular— en la que se enmarca justifica su existencia, también será recordada, al menos por algunos, por unas pocas actividades concretas que llevó a cabo. Acaso, por una en concreto, una actividad que toma su sentido verdadero, histórico al igual que personal, racional al mismo tiempo que conmovedor, en el contexto de la historia española del siglo XX. Me estoy refiriendo a la exposición de 31 obras de Pablo Picasso que la Fundación Juan March organizó entre septiembre y noviembre de 1977 (las principales aportaciones de obras provinieron de la Galería Beyeler de Basilea, como veremos más adelante, seguida por la Galería Marlborough de Londres).

EL INICIO DEL *DESHIELO*

Pablo Ruiz Picasso (1881-1973) fue, como todo el mundo sabe o debería saber, español; un genial pintor, luz de la pintura del siglo XX, pero que por motivos no menos conocidos —su militancia anti-franquista y su pertenencia al Partido Comunista—, tanto él como su obra fueron extraños en su patria en la larga era del régimen franquista. No totalmente extraños, habría que añadir para ser

completamente rigurosos. Recordemos en este sentido, en primer lugar, que cuando en junio de 1959 Fernando Chueca Goitia, inauguró como nuevo director (en sustitución de José Luis Fernández del Amo) las salas permanentes del Museo Nacional de Arte Contemporáneo,¹ entre los más de doscientos cuadros y casi una cincuentena de esculturas figuraban tres pinturas de Picasso, una de ellas, *Mujer en azul*, recuperada en 1954 por Enrique Lafuente Ferrari, entonces director del Museo Nacional de Arte del siglo XX, al no haber sido recogida por su autor después de haberla presentado a una Exposición Nacional a comienzos de siglo y no haber obtenido ningún premio. Además de esta presencia, en enero y febrero de 1961, y bajo el título de «Obra gráfica de Picasso», se expusieron en el Museo Nacional de Arte Contemporáneo obras del pintor de entre 1905 y 1959, cedidas por el marchante y amigo del malagueño, Daniel-Henry Kahnweiler. En el catálogo que acompañó la exposición, Chueca Goitia escribió:² «El Museo de Arte Contemporáneo de Madrid se siente muy orgulloso de poder recibir en esta casa de los artistas españoles al primero de ellos tanto por lo que significa como por lo que es para España. Para nosotros la llegada de Picasso nos conmueve doblemente como admira-

1. Este museo fue creado en octubre de 1951 con fondos del antiguo Museo Histórico Nacional de Arte Contemporáneo, fundado en 1894 (el año siguiente adoptó el nombre de Museo de Arte Moderno). Su primera sede fueron unas salas del Palacio de Bibliotecas y Museos —esto es, en el mismo edificio en el que estaban la Biblioteca Nacional y el Museo Arqueológico—, compartidas con el Archivo Histórico Nacional, en el Paseo de Recoletos. Más información en María Dolores Jiménez-Blanco, «Un siglo de política oficial de Bellas Artes a través de la historia de un museo», en *Cien años de educación en España. En torno a la creación del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes*, Pedro Álvarez Lázaro, dir. (Fundación BBVA-Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Madrid, 2001, pp. 501-523).

2. Fernando Chueca Goitia, «Presentación», *Obra Gráfica de Pablo Picasso* (Madrid 1961), citado en María Dolores Jiménez-Blanco, «Un siglo de política oficial de Bellas Artes a través de la historia de un museo», *op. cit.*, p. 516.

dores de su arte y como compatriotas. Por lo primero nos ponemos al unísono de público culto. Por lo segundo nos sentimos apoyados y confiados en nuestro ser nacional... Picasso no busca, encuentra, ya conocemos su famosa frase. Pero ahora esta exposición es la que nos obliga a nosotros a encontrarnos a nuestra vez con Picasso».

No obstante, la dimensión política del artista ni se olvidaba ni desaparecía, como lo muestra que a la inauguración de la exposición no asistiese quien entonces era ministro de Educación Nacional, Jesús Rubio y García Mina. Sin embargo, el Museo y Chueca Goitia insistieron en su deseo de contar con obra picassiana y tuvieron algún éxito: el 25 de octubre de 1966, el mismo día en que Picasso cumplía ochenta y cinco años, eran recibidos en el Museo tres cuadros de la serie *El pintor y la modelo*, que habían sido adquiridos por el Ministerio de Educación para el pabellón español de la Feria Internacional de Nueva York de 1964-1965, en lo que, si se piensa bien, constituía un acto de cierta esquizofrenia: se reconocía tanto la españolidad como la universalidad e importancia de un artista al que el régimen aún repudiaba oficialmente. Durante el acto de recepción de los cuadros, Chueca Goitia, convertido en algo así como el embajador de Picasso ante la sociedad española, manifestó:³

Hoy es un día grande para este pequeño museo. La trascendencia del acto que celebramos me parece que excede del exiguo local que cierran sus muros y que tiene un alcance que bien podríamos llamar nacional ... Después de muchos años de ausencia en España, el español más significativo del momento actual vuelve, en cierto modo, a incorporarse al mundo patrio ... Si el arte español no puede reducirse a nuestras fronteras lo menos que podemos hacer es intentar que las fronteras de España no lo sean para el arte español ... El hecho de que estos tres cuadros estén hoy colgados en un museo

3. Citado en María Dolores Jiménez-Blanco, «Un siglo de política oficial de Bellas Artes a través de la historia de un museo», *op. cit.*, p. 517.

del Estado español es el primer síntoma de que ha empezado el deshielo ... Desde hoy la obra de Picasso tiene una digna representación en Madrid y en esto veo el augurio de que esa representación aumentará y de que tras la obra vendrá un día el hombre que admiramos.

El hombre —Picasso— nunca vendría, y aunque es cierto que la presencia de su obra en el país que le vio nacer aumentaría, no menos cierto es que inicialmente el que el Museo de Arte Contemporáneo le abriera sus puertas no ayudó al centro: durante los primeros años de la década de 1970, los últimos del franquismo, el Museo (entonces llamado Museo Español de Arte Contemporáneo) entró en una época difícil, en que fueron frecuentes los cambios en su dirección y se desmontaron sus salas a la espera de la construcción de un nuevo edificio en la Ciudad Universitaria, que sería inaugurado el 11 de julio de 1975 por el jefe de Estado, general Francisco Franco, en lo que fue uno de sus últimos actos en el ámbito de la cultura nacional.⁴ No sería éste, sin embargo, un destino demasiado duradero ya que en 1988, con la conversión del Centro de Arte Reina Sofía en museo nacional, el Museo Español de Arte Contemporáneo dejó de existir, transfiriéndose sus fondos al nuevo museo.

EL ASALTO A LA EXPOSICIÓN PICASSO DE LA GALERÍA THEO (MADRID, 1971)

Pero no es posible hablar del «regreso» de Picasso —de sus obras, claro— a España, sin mencionar la Galería Theo, de Madrid (calle General Castaños). Esta galería fue fundada en 1967 por Elvira González, quien explicó años después, cuando celebraba los veinte años de existencia de la galería, los motivos que la llevaron

4. El arquitecto fue Jaime López Asiain.

a su establecimiento:⁵ «...fundé, en 1967, la pequeña Galería Theo de la calle General Castaños, [lo que] vino motivado por el deseo de llenar un vacío, entonces existente, el provocado por la ausencia de exposiciones en nuestro país de muchos grandes artistas españoles de la vanguardia histórica, que por motivos políticos o artísticos habían desarrollado su trayectoria en París».

Coherentemente con semejante propósito, la primera exposición que organizó (1967) estuvo dedicada a «Maestros de la pintura española», con la presencia de obras de Cossío, Nonell, Ortega Muñoz, Palencia, Picasso, Solana, Vázquez Díaz y Zabaleta. Vinieron a continuación muestras, de las que mencionaré unas pocas: también en 1967 «Benjamín Palencia»; 1968: «Siete escultores (Honorio García Condoy, Pablo Gargallo, Manolo Hugué, Cristina Mallo, Francisco Montaña, José Planes, Antoni Valverde)», «Pablo Vázquez Díaz», «Sorolla»; 1969: «Cristina Mallo»; 1970: «Artistas españoles de la “Escuela de París” (María Ángeles Ortiz, Pablo Bores, Antoni Clavé, Antonio Colmeiro, Honorio García Condoy, Óscar Domínguez, Apelles Fenosa, Pablo Gargallo, Joan González, Julio González, Juan Gris, Manolo Hugué, Baltasar

5. *Veinte años. 20. Galería Theo* (Theo Editor, Madrid, 1987). En ese mismo libro, el catedrático de Historia del Arte y crítico Francisco Calvo Serraller escribía («Veinte años después»): «En abril de 1967 se inauguró en Madrid la Galería Theo, una firma hoy ya legendaria en el mundo del arte contemporáneo español... Salvo un par de casos aislados, prácticamente ninguna otra firma comercial dedicada al arte de vanguardia en nuestro país ha conseguido un récord de duración semejante... Al repasar el contenido del centenar largo de muestras que ha ido organizando durante todos estos años, así como los fondos de su colección, se pueden observar algunos de los criterios dominantes que definen su trayectoria y, también, su estilo de hacer las cosas. En primer lugar, su apuesta por el arte de vanguardia, tanto la que conocemos como histórica, que engloba el arte desde comienzos de nuestro siglo hasta la segunda guerra mundial, como la que se ha ido produciendo después ... En segundo lugar, una manera de presentar las cosas con absoluta dignidad, comprendiendo que el arte del presente o tiene los mismos derechos que el del pasado o, simplemente, no es arte, pues nosotros nos hacemos continuamente pasado».

Lobo, Joan Miró, Joaquín Peinado, Pablo Picasso, Ismael de la Serna y Herando Viñes)». Y así llegamos a 1971, el año que a mí me interesa, ya que fue entonces cuando, después de dos exposiciones —la primera «De Rodin a nuestros días», con obras de escultores como Gargallo, Giacometti, Moore, Picasso y Rodin, y la segunda «Maestros del siglo XX. De Solana a Picasso»—, se celebró una en la que se mostraron 26 estampas de la famosa *Suite Vollard* picassiana, con el propósito añadido de celebrar el nonagésimo cumpleaños de Picasso.⁶ Incluía, por tanto, aquella muestra únicamente parte de la serie, ya que *Suite Vollard* se compone de cien estampas, realizadas por Picasso a raíz de un encargo del marchante Ambroise Vollard (1866-1939), al que había conocido en 1901.⁷ En su elaboración el artista malagueño utilizó diversas técnicas de grabado: buril, punta seca, aguafuerte y aguatinata. Los temas que cubren los cobres de las noventa y siete primeras son *El taller del escultor*, *El minotauro*, *Rembrandt* y *La batalla del amor*, mientras que las tres últimas contienen retratos de Vollard. En cuanto a los años en

6. El catálogo de la exposición incluía un texto de Antonio Manuel Campoy, que finalizaba con estas hermosas palabras: «No sabemos qué nos traerá el porvenir, ni estamos seguros de que todos los encantos de nuestra cultura sean perdurables. Los días, inexorablemente, nos robarán muchas cosas queridas. Pero, si hemos de creer en que el espíritu de las épocas ha de prolongarse para dar sentido a nuestro peregrinar sobre la tierra, nos alegra imaginar a Pablo Picasso sobreviviendo a nuestras locuras y a nuestras torpezas. Como decía Eugenio d'Ors, "Frente a la gloria de un minuto o de una estación, la fortuna y la gloria de Picasso parecen talladas en el mármol más duro"».

7. Vollard era uno de los pocos marchantes que, ocasionalmente, compraba cuadros a Picasso, quien no recibió la atención que merecía hasta la llegada del famoso marchante Daniel-Henry Kahnweiler. Véase en este sentido, Daniel Henry Kahnweiler, *Mis galerías y mis pintores* (Ardora Ediciones, Madrid, 1991; edición original en francés de 1961). Kahnweiler, por cierto, fue uno de los marchantes que más ayudó a Elvira González en su Galería Theo, según me explicó ella misma. De hecho, Vollard y Kahnweiler fueron durante algún tiempo los marchantes más importantes de Europa. Vollard con Cézanne, Renoir, Gauguin y el primer Picasso, y Kahnweiler con los cubistas.

que fueron compuestas, tres estampas datan de 1930, siete de 1931, una de 1932, sesenta y dos de 1933, veintiuna de 1934, dos de 1935, una de 1936 y las tres finales, con los retratos de Vollard, de 1937.

La exposición dedicada a *Suite Vollard* en la Galería Theo se inauguró el 14 de octubre, estando previsto que se clausurara el 12 de noviembre.⁸ No pudo, sin embargo, llegar a esa fecha, ya que el 5 de noviembre fue objeto de un atentado. La prensa española se ocupó extensamente del episodio y en general repudió el acto. Para describir lo que sucedió lo mejor es utilizar lo que se decía en alguno de esos diarios. Por ejemplo, en *Información*, de Alicante (6 de noviembre de 1971):

Veinticuatro grabados de Picasso fueron destrozados en diez minutos por siete jóvenes que se autodenominan miembros del «Comando de lucha antimarxista». El atentado se llevó a cabo en la galería Theo, de la calle General Castaños, hacia las cinco de la tarde.

A dicha hora, siete jóvenes penetraron en la citada galería de arte, donde colgaban, desde el pasado día 14 de octubre, veintiséis grabados al aguafuerte y puntaseca, obra de Pablo Picasso, valorados en seis millones de pesetas. Uno de los siete jóvenes, sosteniendo en sus manos enguantadas una navaja, amenazó a la encargada de la galería..., mientras el resto se dedicaba a una rápida labor de destrucción. Tres botellas de ácido y varios botes de pintura quedaron

8. El cumpleaños de Picasso, que se pretendía festejar con la exposición, tuvo lugar el día 25 de octubre. Aquel día se intentaron celebrar algunos actos de homenaje, la mayoría de los cuales no pudieron llevarse a cabo, como uno organizado en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid. Amalia Avia describió en sus memorias los incidentes que se produjeron en algunos de aquellos actos, que condujeron a la detención de Eusebio Sempere y José María Moreno Galván, y en los que participaron, entre otros, Cristóbal Halffter, Francisco Nieva y Lucio Muñoz (marido de Avia). «Homenajear a Picasso constituía un delito», escribió, «sin embargo, algunos atrevidos no se resignaron a pasar por alto esta fecha y convocaron a estudiantes y artistas para celebrarla». Amalia Avia, *De puertas adentro. Memorias*, *op. cit.* en el cap. 6, pp. 300-303.

derramados por el suelo y las paredes. Las obras del pintor malagueño, que se exponían protegidas por cristales, fueron rotas y rasgadas repetidamente. Sólo se salvaron los grabados «Escultor, modelo acurrucado y cabeza esculpida» y «Minotauro ciego guiado por una chiquilla en la noche». Varios óleos de otros pintores que figuraban en la exposición fueron respetados por los asaltantes... Los malhechores dejaron tirados por el establecimiento de arte unas hojas multicopiadas, firmadas por los «comandos de lucha antimarxista», en las que se insultaba a Picasso y a su ideología.

Dos grabados desaparecieron durante el asalto; uno fue devuelto por correo el día 9, doblado en cuatro partes, sin sufrir más desperfectos.

El día 6 la policía detuvo a los asaltantes, de dieciséis a treinta y ocho años, aunque la mayoría eran veinteañeros. Fueron ingresados (salvo el menor de edad) en la prisión de Carabanchel y procesados por el Tribunal de Orden Público, como «supuestos autores de un delito de desórdenes públicos y otros daños» (algunos de ellos fueron acusados también del asalto que había sufrido la librería Antonio Machado). El 21 de noviembre salían en libertad provisional los dos últimos que todavía permanecían en Carabanchel, mediante el depósito de una fianza de quince mil pesetas.

Tras aquel vandálico acto, Elvira González denunció a la policía el asalto, interponiendo, además, una demanda judicial. Sin embargo, no logró ninguna decisión a su favor en el juicio que se celebró. Más aún, el seguro no cubrió los daños, argumentando que se trataba de cuestiones políticas, por lo que la propia galería se hizo responsable de los pagos correspondientes, abriendo de nuevo sus puertas el 25 de noviembre. Fue para el autor del presente libro un momento emocionante cuando el 9 de junio de 2005, Elvira González (ahora directora de la galería que lleva su mismo nombre, heredera de la vieja Theo), a la que entrevistaba sobre los acontecimientos de 1971, me mostró los 25 originales de *Suite Vollard* que tan cuidadosamente —tan amorosamente, sería mejor

decir— conserva, no habiendo querido desprenderse de ellos. Los destrozos, las heridas que muestran esas planchas de papel constituyen todo un testimonio, un doloroso y permanente testimonio, de un tiempo que, afortunadamente, ya pasó, pero que no deberíamos olvidar. No deberíamos, digo, olvidar, aunque en la práctica, en este caso, parece que ha ocurrido todo lo contrario: lo que sucedió en la Galería Theo en noviembre de 1971 nunca ha recibido ningún tipo de reparación, ni siquiera moral, por los distintos gobiernos que se han sucedido en la democracia, aunque miembros muy relevantes de algunos de ellos hayan participado en actos celebrando a Picasso como artista español comprometido políticamente con su tiempo.

Como decía antes, la prensa de la época reaccionó en general denunciando la barbarie cometida. Era evidente que aunque existiesen amplios sectores de la sociedad española que miraban, con alegría, el pasado, otros habían comenzado ya a «pasar página». Como ejemplo de este sentir que, con todas las limitaciones que se quiera, ya existía, citaré el artículo que Manuel Pombo Angulo publicó en *La Vanguardia* el 7 de noviembre, bajo el título «Atentado contra la cultura»:

Veinticuatro grabados de Pablo Picasso han sido destruidos en Madrid. El atentado, aunque aparezca teñido de matiz político, es un atentado contra la cultura universal. No se puede destruir veinticuatro obras picassianas, veinticuatro obras del más grande pintor actual en nombre de ninguna idea política. Las ideas políticas de Pablo Picasso —si es que las tiene— no deben ligarse, en estos momentos en que ha celebrado sus noventa años de vida, con la importancia y trascendencia de su obra. Mejor estaría decir que el mundo ha celebrado los noventa años de Picasso, ya que el joven-viejo pintor no abandonó su casa de Mougins para recibir los honores oficiales. Él estará trabajando, como siempre. Pero ni el volumen de su obra picassiana quita importancia a la pérdida de una sola de sus obras.

Todos los periódicos madrileños condenan el atentado incivil del que nos tenemos que avergonzar doblemente: por lo que representa de desprecio a la cultura y por haber sido cometido por unos

llamados «comandos de lucha antimarxista», como si el marxismo se combatiera destruyendo las obras del espíritu. En el *ABC* de hoy se pregunta Torcuato Luca de Tena: «¿Es que alguien a estas alturas puede pensar que Picasso es una figura política marxista? ¿Le interesa a nadie —hoy terciado o a punto de terciar el siglo XX— conocer las ideas temporales de Beethoven, Berruguete, Shakespeare o Miguel Ángel respecto a las épocas y los países en que están ancladas sus propias temporalidades?».

En esto, pienso yo, está el quid de la cuestión. Picasso es un hombre intemporal, que, porque Dios lo ha querido, vive todavía. Su obra ha adquirido el valor de los creadores muertos, porque no debe olvidarse que el hombre es más dado a admirar la creación del artista desaparecido y lejano que del vivo y presente. Y Picasso vivo, presente y joven, no debe ser confundido por nadie como un mito o un símbolo político que, además, nunca ha pretendido ser, pese a sus filiaciones. Picasso nos debe interesar únicamente como genio de la pintura y, en este sentido, alegrarnos de que sea español y que nunca haya renunciado a serlo.

El grave atentado de Madrid pienso que es un «Pirineo» más que nos separa de Europa, y aunque uno no sea un papanatas de la euro-peidad, tampoco está afiliado a las ideas de Unamuno sobre la cuestión. Por otra parte, esta paz española, de la que tanto y con tantas razones nos vanagloriamos, no debe ser perturbada por unos muchachos que quieren jugar a una política de violencia exigiendo para su acción objetivos que deben quedar fuera de toda polémica.

Una vez desaparecido el dictador, con la restauración de la democracia a partir de 1975, el problema de la «acomodación» de Picasso en España fue ya más fácil, aunque todavía hubo quienes se resistieron a admitirlo (todavía en 1979, el problema no había desaparecido completamente: aquel año, la Galería Bores, nueva en Madrid —situada en la calle O'Donnell, 29—, tuvo que ser vigilada por miembros de la Policía Nacional cuando mostró ciento cincuenta grabados y litografías del artista malagueño). Y en esa «acomodación» la Fundación Juan March tuvo algo que ver, orga-

nizando una exposición dedicada a Picasso en 1977, a la que está dedicada el presente capítulo.

LA AYUDA DE UN BUEN MARCHANTE:
ERNST BEYELER
Y LA FUNDACIÓN JUAN MARCH

«No puedes escribir la historia de la Fundación Juan March sin hablar de Ernst Beyeler», me espetó un día Gustavo Torner. Y tenía razón, porque si las exposiciones de pinturas han sido uno de los dominios en los que se ha distinguido la Fundación, algo debe en ese territorio a Ernst Beyeler (Basilea, 1921). Más aún, el caso de Beyeler trasciende sus propios límites, porque nos recuerda la importancia de los marchantes —de los buenos marchantes, habría que decir, esto es, de aquellos que no buscan sólo vender cuadros, sino que aman el arte al que se dedican y se esfuerzan por promoverlo— para abrirse camino en el complejo universo de los préstamos de obras de arte y organización de exposiciones.⁹

El primer contacto con pretensiones entre la Galería Beyeler, de Basilea, y la Fundación Juan March debió de producirse el 14 de enero de 1975, al menos eso es lo que se indica en un documento que he localizado en el archivo de la Fundación: una carta fechada el 1 de julio de 1975, y dirigida a José Capa, en la que un empleado de la Galería Beyeler, Peter Blum, señalaba: «Acaso se acuerde usted de que nos encontramos en la inauguración de la exposición Kokoschka en la Fundación Juan March. Hablamos entonces que tal vez sería posible trabajar conjuntamente para organizar alguna exposición en su sede. Esperamos que pueda venir a Basilea pronto y entonces podría mostrarle el depósito y considerar las posibilidades. Nuestro *stock* se concentra sobre todo en Picasso, Klee, Lé-

9. Para conocer las ideas de Beyeler, véase Ernst Beyeler, *La passion de l'art* (Gallimard, París, 2003).

ger, Max Ernst». ¹⁰ Y añadía: «Pero una exposición de, por ejemplo, “Dibujos de Picasso” podría organizarse completa desde 1900 hasta hoy en día».

José Luis Yuste contestó rápidamente (10 de julio) a la carta de Blum, señalando que Capa ya le había comentado la conversación que mantuvieron en la inauguración de la exposición dedicada a Kokoschka y que «por nuestra parte, estamos vivamente interesados en los artistas que nos ofrece, en su carta del 1 de julio». Y le pedía más información. El día 15 de julio, Blum contestaba mencionando que estaban enviando unos pocos dibujos de Picasso a Estados Unidos para una exposición en otoño y que sugerían «que nuestra primera colaboración sea una exposición en la Fundación March dedicada a Max Ernst».

En los meses siguientes continuaron los contactos, incluyendo una visita de Blum a Madrid a primeros de octubre y otra de Yuste a Basilea en noviembre. A su regreso a Madrid, el director de la Fundación escribía, el 25 de noviembre, a Beyeler agradeciéndole el trato recibido y recapitulando las posibilidades que habían surgido:

— Exposición Dubuffet, en firme, para febrero y marzo de 1976. De esta muestra esperamos recibir de Vds. el libro de Dubuffet, con la relación de las obras, así como los filmes para su reproducción...

— A partir del mes de octubre de 1976 podríamos disponer de una exposición de pintura americana, que quizá podríamos exhibirla en Madrid a partir de enero de 1977. También a partir de esa fecha tendrían Vds. disponible la exposición de «Natures Mortes du XX^e siècle».

10. En 1966, Beyeler visitó a Picasso en Mougins. Éste le permitió elegir libremente 26 obras del depósito. Más tarde se le permitió seleccionar dibujos para la exposición «Noventa trabajos sobre papel» que se celebró en 1971, con ocasión del nonagésimo cumpleaños de Picasso.

La exposición dedicada a Dubuffet se celebró, efectivamente, en las fechas mencionados por Yuste. El propio artista fue invitado a la inauguración, aunque finalmente no pudo asistir (el catálogo de la muestra incluyó un texto suyo). Sin la ayuda de la Galería Beyeler la exhibición no habría podido, evidentemente, tener lugar. En este punto surge, inevitablemente, una cuestión que ya nos apareció, de pasada, en el capítulo anterior, en relación con los agentes de Motherwell: una galería de arte desea —tiene que—, naturalmente, vender obras. ¿Cómo se compagina esto con colaborar con una fundación que únicamente desea organizar exposiciones?

La cuestión surgió, difícilmente podía ser de otra manera, pronto en las relaciones entre la Fundación Juan March y Ernst Beyeler, como se deduce del siguiente pasaje incluido en una carta que Capa dirigió al marchante suizo el 30 de diciembre de 1975:

Obra gráfica de Dubuffet. Sobre la venta, paralelamente a la exposición, debo decirle que no es posible. Como ya le dije en Basilea los antecedentes me inclinaban a decir que no, pero otros problemas que yo desconocía, de tipo fiscal principalmente, nos exigen no simultanear ambas cosas, debiendo Vds. posponer esta operación de venta después de la exposición. Créame que el asunto es muy delicado para nosotros y que podía ocasionarnos serios problemas y originar susceptibilidades que pueden ser evitados. Por otra parte, Vds. pueden recoger un mes después de acabada la exposición en la Fundación el eco e interés que Dubuffet habrá despertado en Madrid.

En otras palabras: la Fundación March podía ofrecer publicidad a la Galería Beyeler exponiendo obras suyas, pero no servir de lugar de venta. Puede pensarse que esto constituía una pobre compensación para una galería comercial de arte; es posible, pero el hecho es que aun así colaboró, prestando obras suyas, al igual que su experiencia y conexiones. Y la Galería Beyeler no fue la única. José Luis Yuste me señaló que también ayudó mucho el que por entonces España, que estaba saliendo del largo régimen dictatorial de

Franco, era mirada con simpatía en muchos países extranjeros, en los que no faltaban personas (como, por ejemplo, Beyeler) que deseaban ayudarla.¹¹

En cuanto a compras por parte de la Fundación, no fueron muchas (hay que tener en cuenta, además, que la colección de la Fundación March es de artistas españoles). A Beyeler, por ejemplo, le compraron un Tàpies (*Brun et ocre*, 1959; sobre tela), por 170.000 francos suizos en febrero de 1976.

Tras la exposición dedicada a Dubuffet, Beyeler colaboró con la Fundación March organizando la exposición colectiva «Arte USA» (1977), que la galería suiza había presentado antes en su país (hasta enero de 1977) bajo el título «America-America».¹² Antes, sin embargo, ya se había comenzado a hablar de nuevo acerca de una exposición dedicada a Picasso (recordemos que se había comentado la posibilidad de una exposición de sus dibujos en los contactos de julio de 1975). El 16 de aquel mes, Ernst Beyeler informaba confidencialmente a Juan March Delgado (del que esperaba que le comprase, él o su Fundación, algún Picasso) que «tendremos la oportunidad de realizar una gran exposición de Pablo Picasso en España el mes de noviembre. Los organizadores estarán dispuestos a implicarse financieramente con una gran suma». Esos organizadores, cuyo nombre no mencionaba, estaban «decididos a comenzar sus actividades con una exposición Picasso y si no pueden colaborar con nosotros buscarán los cuadros en otras partes. Como se trata de un asunto muy importante yo desearía participar. Espero que comprenda mi decisión». Y añadía que si continuaba interesado en organizar en el futuro una exposición Picasso, «estaríamos

11. En cualquier caso, no hay que olvidar lo que el gran marchante Kahnweiler, al que ya me he referido en varias ocasiones, señaló: «las relaciones con el extranjero siempre fueron básicas en mi actividad, la organización de exposiciones en el extranjero». D. H. Kahnweiler, *Mis galerías y mis pintores*, *op. cit.*, p. 89.

12. La exposición «Arte USA» también se mostró en Barcelona.

naturalmente interesados en trabajar con ustedes al igual que en otras exposiciones importantes». Era, como vemos, el mundo de comercio artístico en toda su compleja naturalidad.

Juan March le contestó (22 de septiembre) señalando que comprendía perfectamente lo que le decía, y que «aunque la Fundación había comenzado ya a estudiar la organización de una exposición similar, con la colaboración de Vds., para el año próximo, es natural que pospongamos esta idea hasta ver el resultado de la exposición que Vd. me anuncia en su carta».

Tal exposición no se terminaría celebrando, y la Fundación March retomó su idea primitiva. Así, el 25 de febrero de 1977, José Luis Yuste escribía a Beyeler mencionando que «me gustaría comentarle nuestros proyectos porque éste es el momento en el que preparamos nuestra programación de exposiciones para el año próximo. Nos gustaría comenzar con la exposición Picasso que exigirá una preparación especial, y cuidado de nuestra parte, porque como usted sabe, será la primera gran exposición Picasso en España. Las fechas de la exposición podrían ser entre el 20 de septiembre y el 20 de noviembre, o bien durante los meses de marzo, abril y mayo». Habían revisado el catálogo de la exposición realizada por el Kunstmuseum el verano anterior, pero les parecía «que la base principal (y también la más importante) sería la colección de su galería, completada con otras obras si esto es posible». Enseguida (3 de marzo), un miembro de la Galería Beyeler, Claudia Neugebauer, respondía que las fechas de septiembre y octubre de 1977 les serían «probablemente posibles», aunque unos días después, el 22 de marzo, el propio Beyeler informaba a Capa que acababa de recibir «la visita de los organizadores de una gran exposición Picasso que tendrá lugar en cuatro ciudades de Japón del 15 de octubre de 1977 al 20 de marzo de 1978». Esto planteaba, obviamente, problemas para Madrid, que el marchante suizo se apresuraba a minimizar, indicando que si la Fundación March realizaba la exposición Picasso en octubre, él prestaría a Japón solamente dos o tres cuadros (finalmente, y ante la perspectiva —no segura— de

vender algunos de sus Picassos a la Fundación, reservó todos sus cuadros importantes para Madrid). Y así se puso en marcha la exposición dedicada a Picasso, que finalmente se inauguró en septiembre, como se había previsto, prestando la Galería Beyeler 25 obras. Se pensó en trasladarla después bien a Sevilla bien a Barcelona, con preferencia a la capital andaluza. Aunque a la postre no fue así, celebrándose esa segunda muestra en Barcelona.¹³

Y ahora ya es el momento de pasar a la exposición dedicada a Picasso sobre cuya génesis he estado hablando.

PICASSO EN LA FUNDACIÓN JUAN MARCH

Aunque la de la Fundación Juan March no fuese, como hemos visto, la primera exposición dedicada a Picasso que se organizó en España después de 1939, en más de un sentido es posible argumentar que fue una de las más significativas, acaso la que representó más, la que más trascendencia social tuvo. Con ella se pudo decir que una de las heridas que aún quedaban abiertas de esa incivil contienda que nos obstinamos en continuar denominando Guerra Civil, se cerró o, mejor, comenzó realmente a cerrarse. Para que se cerrase completamente habría que esperar algo más: a, por ejemplo, que el *Guernica*, la gran, simbólica, dramática y conmovedora, obra de Picasso, el gran mural que representa el bombardeo del pueblo de Guernica el 26 de abril de 1937, y que es generalmente considerada como una de las obras artísticas más importantes del

13. «Barcelona», escribía Yuste a Beyeler el 2 de septiembre (1977), «al contar con el Museo Picasso tiene un acceso más fácil a la obra de Picasso, mientras que Sevilla, uno de los centros culturales y artísticos más importantes de España y cabeza de la región andaluza no tiene esta facilidad... El lugar en Sevilla podría ser el Museo de Arte Contemporáneo, entidad cultural de gran prestigio e independencia.»

siglo XX, fuese instalada en España. Terminado por su autor en menos de dos meses, el *Guernica* fue, como es bien sabido, exhibido en el pabellón español de la Exposición Internacional de París de 1937. Posteriormente fue trasladado a Nueva York, en cuyo Museo de Arte Moderno permaneció desde 1939 hasta 1981, año en el que regresó a España, ubicándosele primero en el Casón del Buen Retiro, junto al Museo del Prado, en Madrid, hasta que en 1992 se trasladó de nuevo, esta vez de manera definitiva, a su actual emplazamiento en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.

Durante los dos meses que estuvo abierta la exposición de obras de Picasso en la Fundación Juan March, la visitaron 105.400 personas y se vendieron 7.300 catálogos. Las colas que se formaron para visitar la exposición dan fe del interés del público.¹⁴ Datos como éstos muestran claramente el impacto de la exposición, pero es posible profundizar más. Para ello utilizaré lo que se escribió en la prensa sobre ella.

IMPACTO SOCIAL DE LA EXPOSICIÓN «PABLO PICASSO»

Comenzaré con lo que el director gerente de la Fundación March, José Luis Yuste, manifestaba en entrevista que concedió al periódico *ABC*. A la pregunta de «¿Con qué dificultades han tropezado a la hora de organizar la exposición?», Yuste contestaba: «Más que dificultades hemos tenido que pasar por los trámites burocráticos

14. *La Vanguardia* (19-10-1977): «La exposición ha sido visitada en Madrid, con largas colas de espera, por más de 30.000 personas, en los 15 primeros días». *ABC*, edición aérea (22-10-1977): «Desde el 25 de septiembre, centenares de madrileños esperan a la puerta de la Fundación March (Castelló, 77) para visitar la muestra antológica (treinta óleos y un *gouache*) de Pablo Picasso. Ésta es la muestra más completa que se celebra en nuestro país desde hace más de cuarenta años... Madrid se acerca, por fin, después de tantos años, a la pintura de uno de los españoles más universales de todos los tiempos».

lógicos. Hemos hecho gestiones ante las autoridades del Ministerio de Cultura de la Unión Soviética, con el Museo de Arte Moderno de Nueva York, con el español de Picasso en Barcelona, con el de Basilea, además de varias galerías privadas extranjeras y coleccionistas particulares de todo el mundo que nos permitieran cubrir alguna etapa importante en la obra de Picasso. Gestiones ineficaces muchas y otras fructíferas. Después de todo hemos comprobado que la burocracia de los museos es mucho más permeable que la capacidad de reacción de las entidades privadas».

En *El País* del 18 de septiembre, Santiago Amón (1927-1988), ensayista, crítico e historiador del arte, miembro del grupo fundador de ese diario, en el que ejerció la crítica de arte durante tres años, especialista en la obra de Picasso (prologó el libro *Guernica*, de Juan Larrea), autor de una biografía sobre Giotto y una monografía dedicada al arte de Chillida, Premio Nacional en 1976 a la mejor labor en defensa del patrimonio histórico-artístico, autor de la bandera y escudo de la Comunidad de Madrid, escribía:

Ya están en Madrid, aunque hasta el próximo día 23 no sean accesibles al público, los treinta óleos de Picasso que, junto con un *gouache* de 1909, constituyen una muestra antológica en sentido estricto. Seis son las décadas que de la infatigable actividad picassiana se recogen y ejemplifican en esta bien nutrida y bienvenida exposición. Y si ninguna de las obras que la integran puede decirse que sea *maestra*, las más de ellas dan pie a la trama de un claro y emocionante *curriculum* que permite al visitante pasar del concepto al afecto y reconstruir, *in vivo*, unos cuantos capítulos decisivos en la conformación de la *imagen de nuestro tiempo*.

En la noticia del inminente suceso, todo induce a elogio, salvo el anacronismo con que va a producirse y la consiguiente perplejidad de juicio que comporta. Pena es, en efecto, y también vergüenza, que una tan somera nota introductoria no haya tenido cabida, entre nosotros, a lo largo de estos cuarenta años. Inconfesables desdenes y explícitas prohibiciones oficiales han relegado, prácticamente, hasta el día de hoy la exhibición pública de un coherente puñado de

obras debidas al español más universal del siglo. Apenado, avergonzado y perplejo, voy a limitarme a apuntar uno solo de los nexos que en el cómputo global de la presente exposición facilita la *lectura viva* del buen hacer de nuestro hombre.

Y en este punto, el crítico comenzaba su análisis, del que yo puedo prescindir aquí, puesto que no es necesario en una obra como la presente explorar el tan conocido mundo picassiano.

Por su parte Javier Alfaya escribía en *Diez Minutos* («Picasso en Madrid», 22-10-1977):

No es la primera vez que Picasso viene a Madrid, pero ahora indudablemente es la vez que ha llegado con más honores. Hace unos quince años, el Museo de Arte Moderno presentó una soberbia exposición suya de grabados. Hace unos pocos años, una banda de delincuentes políticos arrasó su exposición en la Galería Theo. Pero ahora nos llega a la Fundación March una excelente antológica de su obra, que abarca una serie de óleos desde 1901 a 1968. Por supuesto no es la mejor exposición concebible de Picasso. Pero es más que suficiente como para que la gente se dé cuenta de algo sabido por todos, expertos y profanos: que un español llamado Pablo Ruiz Picasso ha sido el mayor pintor de nuestro siglo. ¡Ahí es nada! Tener a Goya en el siglo XIX y a Picasso en el XX. Simplemente el gran precursor del arte moderno y el que llevó a éste a su cumbre más alta. Un vigoroso y sensual aragonés, liberal e individualista; un andaluz sólido y vitalista, comunista y mundano. Dos genios. Los dos muertos —¿saben dónde?—: en el exilio. Triste historia la de este país. Picasso hubo de marchar a Francia para convertirse en el artista más admirado de nuestro tiempo. Hubiera podido volver. La guerra y lo de después se lo impidieron. Y el tesoro maravilloso de su obra, aunque una gran parte haya vuelto a España —sobre todo a Barcelona— se ha quedado en el país que supo ser hospitalario con él. Con Goya pasó algo por el estilo. Testigo del horror y el coraje de la Guerra de la Independencia, lo fue luego de la sádica venganza de Fernando VII contra los liberales que se habían dejado matar luchando por él. Tuvo asco y se fue. Sordo, genial y solitario. Ahora Picasso —repito—

está en Madrid. En esta ciudad donde debería haber una representación nutrida y abundante de su obra en cualquiera de sus museos. No la hay. Las razones son muchas, pero la principal es la política.

En *ABC*, Antonio Manuel Campoy («Picasso en Madrid», 16-10-1977), que había escrito el texto para el catálogo de la exposición dedicada a Picasso de la Galería Theo de 1971, señalaba:

Quienes no conocen la obra de Picasso encontrarán en esta muestra una extraordinaria introducción, a la manera que lo fue años antes, en la Galería Theo, la exposición de la *Suite Vollard*. Madrid, que guarda en su Museo del Prado lo más significativo de los grandes maestros españoles, no ha podido ver nunca una gran muestra de Picasso, y ello es grave. Ni una muestra ni una adquisición sería de obras para su Museo de Arte Contemporáneo, que hubiera sido factible en vida del pintor. No dice nada en favor de la capital de una nación que esto haya sido así, que sea así hasta ahora, que es lo que también sucede con Juan Gris. Pero nos parece muy cabal que sea una Fundación privada la que preste este servicio. Los españoles nos obstinamos en esperarlo todo del Estado. ¿Y por qué no han de ser las instituciones privadas las que acudan a suplir las dificultades, de toda índole, que en un país pobre como el nuestro han tenido y tendrán los organismos oficiales? Al recién nacido Ministerio de Cultura le vendrá muy bien la colaboración de las instituciones privadas con sentido de su responsabilidad, de las que es buen ejemplo la Fundación March.

Y no fueron sólo los periódicos madrileños los que se ocuparon de la exposición. En *Patria*, de Granada, María Ángeles García Suárez escribía («Después de 40 años de ausencia, Picasso en Madrid», 16-10-1977):

Por fin en España. Desde hace tres años, se ha venido negociando con «Ermitages», «Museos», «Galerías de Arte», de Francia, Inglaterra, URSS y Suiza así como con coleccionistas privados españoles para la recolección de estas obras, bajo la asesoría del secreta-

rio de Artes Plásticas de la Fundación y que, por fin, después de salvar mil trámites burocráticos, han sido cedidas durante dos meses que permanecerán expuestas al público. La Galería Beyeler de Basilea y la Galería Marlborough de Londres son dos de las que han hecho posible esta muestra... Precisamente por los miles de millones que se pueden encontrar reunidos en esta exposición, han aconsejado a sus organizadores establecer unas fuertes medidas de seguridad con objeto no sólo de prevenir robos sino también evitar deterioros en las obras y actuaciones de algún que otro enajenado mental.

Tampoco faltó a la cita periodística Francisco Umbral, quien en *El Norte de Castilla* del 20 de septiembre titulaba su «Crónica de Madrid»: «Picasso y March». «La temporada cultural», comenzaba su artículo Umbral, «ha empezado floja en teatro, con una cartelera llena de vodeviles desnudos o vestidos, pero la temporada cultural empieza fuerte en arte con la exposición Picasso que ha montado la Fundación March, y más concretamente su responsable de cultura, Andrés Amorós, profesor, crítico, ensayista, joven e insistente valor». Y en su párrafo final, Umbral que, como otros, no había perdido la ocasión para contraponer al comunista Picasso con los banqueros March («Picasso y March», escribía, «nombres antagónicos en la historia de España, reunidos ahora en un hecho cultural superior, porque la historia de España es contradictoria»), sentenciaba:

Picasso en la Fundación March. Los optimistas dicen que eso es la democracia. Los pesimistas, que el capitalismo juega una vez más a integrar la cultura, incluso la cultura subversiva. Sobre todo la subversiva. A mí me parece que Amorós, la Fundación o quien sea, nos ha hecho un favor cultural, porque el milagro de la cultura debe hacerse aunque la haga el diablo.

Quizá, en esto de la cultura, el diablo es el único que hace milagros.

También llegó la noticia al extranjero. Así, el periódico de Rotterdam, *NRC Handelsblad*, del lunes 3 de octubre de 1977, comentaba, a través de su corresponsal, Eppo Cansen (en holandés el original):

Madrid, 1 de octubre.— Picasso ha vuelto a Madrid. Para muchos, esto constituye un acontecimiento emocionante. Por la tarde, después del trabajo, están hasta el crepúsculo esperando en una larga cola de cien metros hasta que los dejan entrar en la sala de exposiciones, abierta hasta muy tarde.

En su interior se celebra la primera exposición antológica en la capital de España desde 1936 dedicada al maestro. Durante todo este tiempo, el pintor malagueño, que siempre demostró abiertamente su aversión al franquismo, fue completamente tabú en la capital, aunque ocasionalmente se han expuesto obras suyas. (En Barcelona, la tolerancia fue mayor, e incluso se pudo fundar un museo dedicado a Picasso.)

El resultado de esta situación ha sido que muchos madrileños apenas conocen la obra del hombre que posiblemente puede considerarse el pintor más importante de este siglo. De ahí que la confrontación con treinta óleos y un *gouache* expuestos en la Fundación Juan March, no está exenta de emoción.

Sobre el catálogo de la exposición, el periodista holandés señalaba: «La Fundación Juan March ha facilitado un catálogo realmente espléndido, que en sí mismo es ya una obra de arte. Aparte de reproducciones de las obras expuestas, se encuentran artículos sobre Picasso y poesías dedicadas al pintor, entre ellas una de Rafael Alberti, que en este momento es considerado el príncipe de los poetas españoles».

En Italia, el corresponsal del *Corriere Della Sera* del 25 de septiembre, Paolo Bugialli, titulaba un extenso artículo: «Picasso ritorna in Spagna».

RECHAZOS POLÍTICOS

Basta recordar lo que fueron aquellos primeros años de la reinstauración de la democracia en España, en los que no faltaron quienes se resistieron al nuevo universo político que se abría, para imagi-

nar que la exposición dedicada a Picasso suscitó también oposición. Así, en el número del 17 de diciembre de 1977 de la revista *Fuerza Nueva* y bajo el título «Pintura» se publicó un artículo del que reproduzco los siguientes pasajes:

Dejemos hoy uno de los apartados habituales de esta sección, por ejemplo, la televisión, por el arte pictórico. A lo mejor, visto el panorama presente, salimos ganando. Aunque no crean... Dada la época libertaria que nos apesta, la Cultura en el orden de los pinceles parece que sólo gira en torno a un nombre: Picasso. Hasta la Fundación March ha incurrido en el tópico y el sectarismo, dedicándole una exposición y una serie de conferencias, dignas de mejor causa. Porque ya es suficiente con la monserga de radios, periódicos y televisión en torno al cuadro «Guernica», que piden que vuelva adonde nunca estuvo, olvidando que su autor dejó dicho que sólo podría venir, no volver, a España cuando ésta fuera República. Aparte de la gracia que puede hacernos que venga un cuadro cuyo único valor es haberse convertido en bandera ideológica o rompecabezas ideológico.

EL CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN

Al igual que en todas las exposiciones de arte que a lo largo de su existencia ha organizado, la Fundación Juan March preparó y publicó un catálogo de la exposición «Pablo Picasso». Incluía, además de la reproducción de los cuadros expuestos, textos de Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, José Camón Aznar, Gerardo Diego, Juan Antonio Gaya Nuño, Ricardo Gullón, Enrique Lafuente Ferrari, Eugenio d'Ors y Guillermo de Torre.

De entre los textos de los poetas, merece la pena reproducir el de Gerardo Diego:

Fiel aliado del azar,
Picasso —época del «Bomba»,
malagueño de gayomba,
de chumbera y limonar—

sigue en sus trece: pintar,
porque él pinta, pinta
al óleo o al aguatinta,
—mancha, capricho o diseño—
toros de ojo o de sueño
como el Sordo de la Quinta.

Y del texto de Lafuente Ferrari, la cita de Picasso (tomada de su libro, *Revisión de Picasso*) con que comenzaba:

Cuando estoy solo, no me atrevo a creermelo un gran maestro en el verdadero y antiguo sentido de la palabra. Giotto, Tiziano, Rembrandt y Goya eran grandes pintores; yo sólo soy un animador público que ha comprendido a su época y ha zaherido, lo mejor que ha podido, la imbecilidad, la vanidad, la codicia de sus contemporáneos. La mía es una confesión más amarga de lo que parece, porque tiene el mérito de ser sincera.

Tras la exposición en Madrid, ésta se trasladó, como ya apunté, a Barcelona, patrocinada por la Fundación March junto al Ayuntamiento de Barcelona y el Museo Picasso. La sede fue el Palau Meca (Montcada, 19), anexo al Museo Picasso, cedido por La Caixa al patrimonio comunitario barcelonés para ampliar el Museo Picasso. La exposición constaba de 36 obras, de las cuales 31 procedían de la muestra madrileña.¹⁵

15. Recordemos que el Museo Picasso de Barcelona fue constituido por un acuerdo del Ayuntamiento de Barcelona el 27 de julio de 1960, y que abrió sus puertas al público en el Palacio Aguilar (Montcada, 15) el 9 de marzo de 1963. Sin embargo, sus colecciones se iniciaron mucho antes, en 1919, cuando Picasso donó a la ciudad su *Arlequín*, pintado en Barcelona en 1917. La donación tuvo lugar tras la Exposició d'Art organizada por el Ayuntamiento con otras siete obras del artista, varias de las cuales se pudieron reunir de nuevo en Barcelona al cabo de los años. Con éstas y otras en 1934 se inauguró una sala especial dedicada a Picasso en el Museo de Arte de Catalunya.

P O S D A T A

En 1978 la Galería Theo editó un libro no venal (con una tirada de ochocientos ejemplares, en papel verjurado Ingres) para conmemorar tres homenajes celebrados en ella: octubre de 1971, nonagésimo aniversario de Pablo Picasso; mayo de 1977, cincuentenario de la muerte de Juan Gris; mayo de 1978, octogésimoquinto aniversario de Joan Miró. *Tres homenajes*, se titulaba. Incluía textos de José Camón Aznar, Gabriel Celaya, Fernando Chueca Goitia, Gerardo Diego, Pedro Laín Entralgo y Luis Rosales. Abrían el libro unas pocas líneas firmadas por «Galería Theo». Quiero finalizar este capítulo con las últimas:

Los vientos están cambiando para el Arte y la Cultura en nuestro país, vientos que antaño quisieron arrancar a Picasso del lugar que por derecho ocupa. Y en el que sigue, con heridas que ennoblecen en todo caso.

Si así fuera, que nuestro esfuerzo haya servido para algo.

Sin duda que sirvió.¹⁶

16. Como tímido intento de mantener viva la memoria de lo que la Galería Theo aportó a la sociedad española, además de estas líneas incluyo en este libro una fotografía de una de las estampas dañadas en noviembre de 1971, la número 23, *Joven escultor trabajando* (datada el 25 de marzo de 1933, y que pertenece al grupo «El taller del escultor» de la serie). Junto a ella, incluyo la portada del catálogo de la Fundación Juan March, *Picasso. Suite Vollard*, que utilizó esta misma estampa, aunque no la rajada y manchada por aquellos salvajes que escondían su bestialidad bajo la máscara de una fascista ideología política, sino una procedente de la colección completa de *Suite Vollard* de la que la Fundación dispone, y que ha expuesto con gran éxito de público varias veces (*Picasso. Suite Vollard* [Museu d'Art Espanyol Contemporani, Fundación Juan March, Palma de Mallorca, 1996], con texto de Julián Gállego [«Picasso y la Suite Vollard»]).

Siempre nos quedará la palabra: las publicaciones de la Fundación Juan March

Ningún suceso político, eclesiástico o económico,
ni ningún movimiento sociológico, filosófico o
literario pueden ser entendidos por completo sin tener
en cuenta el influjo que la imprenta ejerció sobre ellos.

S. H. STEINBERG,
Five Hundred Years of Printing (1961).¹

PUBLICACIONES DIVERSAS

En el repaso que he estado haciendo hasta el momento de las actividades que a lo largo de su existencia ha realizado la Fundación Juan March ha faltado al menos un elemento, uno cuya existencia casi se da por supuesto que debe figurar, en alguna medida, de una u otra forma, en una institución cultural: las publicaciones. Y, efectivamente, la Fundación March ha cumplido a lo largo de su historia con esa cita obligada, la cita de dejar testimonio escrito para el beneficio de cuantos más mejor.

1. Citado en Elizabeth Eisenstein, *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea* (Akal, Madrid, 1994; versión original en inglés de 1983, p. 16).

Sería imposible reconstruir de manera ni siquiera medianamente completa las publicaciones que la Fundación ha llevado a cabo. Imposible y, además aburrido, por demasiado extenso. Me limitaré, por consiguiente, a un breve bosquejo, escorado, por otra parte, con la intención de hacerlo lo más ameno posible.

Y lo primero de lo que quiero dejar constancia es que la institución fundada por March Ordinas no sólo ha auspiciado nuevas publicaciones, sino que ha cuidado y cuida materiales bibliográficos valiosos. Dejando al margen la magnífica biblioteca del Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, hay que mencionar que en la sede de la calle Castelló existen unos fondos bibliográficos y documentales muy valiosos.

Uno de ellos es la Biblioteca Cortázar. En la primavera de 1993, por expreso deseo de su viuda y legataria universal, Aurora Bernárdez, la Fundación March recibió los casi cuatro mil libros que el escritor argentino Julio Cortázar conservaba en su casa de la calle Martel de París cuando falleció: ediciones y traducciones de su propia obra, libros que le dedicaron otros escritores (Alberti, Onetti, Lezama Lima, Neruda...), al igual que libros y revistas que dan cuenta de sus preferencias.² Entre los documentos donados por Aurora Bernárdez se encuentra el célebre capítulo 126 de *Rayuela*, conocido como «La araña», que Cortázar nunca incluyó en su novela.³

2. Blanca Berasategui («Cortázar. Orgía para mitómanos. El escritor dialoga con los autores de su biblioteca personal», *El Cultural*, 19 de febrero de 2002, pp. 6-9) ha escrito un excelente artículo en el que muestra algunos de los tesoros existentes en esta biblioteca.

3. En la edición definitiva de *Rayuela*, el capítulo 126 únicamente contiene un texto muy breve, extraído del libro *Isabel de Egipto*, de Achim von Arnim. En realidad, el capítulo suprimido debía abrir la novela, aunque después, cuando ésta fue cobrando vida, Cortázar se dio cuenta de que sobraba. En algunas ediciones anotadas de *Rayuela* se incluye como apéndice este capítulo original, que comienza, muy cortazariamente de la siguiente manera: «Empezó porque después de tomar el último trago de café. Hizo la señal pero lo miró inexpressi-

Están, asimismo, las Bibliotecas Españolas de Música y de Teatro Contemporáneos, que reúnen más de ciento cuarenta y cinco mil documentos de estas artes.⁴ Y también existe una Biblioteca de Ilusionismo, formada por 1.742 libros (entre los que se encuentran cinco del siglo XVIII, uno de ellos el libro más antiguo sobre magia editado en España, y veintiocho del siglo XIX), cuyo origen data de la donación (954 libros y 43 revistas) que en 1988 realizó a la Fundación el coleccionista de libros de magia José Puchol de Montís.

Dejando de lado, ahora ya sí, las bibliotecas y pasando a la edición de libros o monografías de diverso tipo, tenemos que la actividad de la Fundación ha sido amplia, variada y sin duda difusa, frecuentemente a través de coediciones con alguna editorial comercial. Y en este punto, como una empresa particularmente laboriosa y admirable, quiero recordar los dieciocho volúmenes que a lo largo de quince años (entre 1974, en que aparecieron los dos primeros tomos, correspondientes a Cataluña y Baleares, y 1988, cuando se publicó el último, dedicado a Navarra) la Fundación coeditó con la editorial Noguer: *Tierras de España*. Se trataba de una colección, formada por un total de 7.028 páginas, debidas a 63 autores, con 7.502 fotografías y cien mapas, en la que se estudiaba el arte de las distintas regiones y nacionalidades de España, sin olvidar los contextos geográficos, históricos y literarios. Da idea del éxito que tuvo la iniciativa el que la obra se reeditase seis veces, totalizando 215.789 ejemplares.

Otras obras ejemplares favorecidas por la Fundación fueron: la edición crítica del *Corpus Documental de Carlos V*, preparada por Manuel Fernández Miranda, coeditada con la Universidad de Sa-

vamente y fue a buscar el diario para leer las columnas necrológicas como corresponde después del café. Esperó un momento y dijo que iba a hacer más café porque se había quedado con ganas de tomar café de verdad y no el jugo blanquecino que preparaba so pretexto de que ya casi no quedaba café molido en la lata azul».

4. Véase *La Biblioteca de Música Contemporánea* (Fundación Juan March, Madrid 2001).

lamanca y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (1983); la edición crítica de *El libro de Apolonio* (tres volúmenes) preparada por Manuel Alvar (Castalia, Madrid, 1976); y la serie (coeditada con Castalia) «Pensamiento literario español», de la que formaron parte los siguientes títulos, *Don Quijote como forma de vida*, de Juan Bautista Avalle-Arce (1976), *Teatro y sociedad en el Madrid del siglo XVIII*, de René Andioc (1976), *El pensamiento de Ramón Llull*, de Miguel Cruz Hernández (1977), *Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX*, de María Cruz Seoane Couceiro (1977), *Razones de Buen Amor*, de Luis Beltrán (1978) e *Historia y literatura en Hispanoamérica*, de Mario Hernández Sánchez-Barba (1978).

EL BOLETÍN INFORMATIVO DE LA FUNDACIÓN

Recogiendo actividades o iniciativas propias, hay también que mencionar una serie de publicaciones de la Fundación. Comenzando con los *Cuadernos Bibliográficos*, editados entre 1974 y 1987, que recogían en forma de fichas breves resúmenes de los trabajos llevados a cabo por los becarios. Presentaciones más elaboradas son los cerca de cuatrocientos títulos de la llamada *Serie Universitaria* que incluía resúmenes de los trabajos de los becarios entre 1976 y 2003, al igual que de los contenidos de los *Workshops* organizados por el Centro de Reuniones Internacionales sobre Biología. Central, tanto para reconstruir las actividades de la Fundación al igual que una parte muy significativa de la cultura española del período que cubre, es la revista mensual que desde enero de 1972 publicó la Fundación, con el título de *Boletín Informativo de la Fundación Juan March* hasta diciembre de 2003, y de *Revista de la Fundación Juan March* a partir de enero de 2004.⁵ Además de noticias so-

5. Esta publicación se enviaba gratuitamente a ocho mil personas o instituciones, con otros dos mil puestos a disposición de los interesados.

bre las actividades de la institución, incluyendo resúmenes de las conferencias pronunciadas, el *Boletín* abría cada número con un artículo en el que un especialista abordaba una parcela de un tema general que se trataba a lo largo de varios números de la revista. Los temas abordados en esta serie, *Ensayos*, fueron: «Ciencia» (1972), publicado como libro por la editorial Rioduero en 1973, «Lenguaje» (1973; *Doce ensayos sobre el lenguaje*, Rioduero, 1974), «Arte» (1974), «Historia» (1975; *Once ensayos sobre historia*, Rioduero 1976), «Prensa (1976), «Biología» (1977-1978), «Psicología» (1978-1979), «Energía» (1980), «Europa» (1981-1982), «Literatura» (1983-1984), «Cultura en las Autonomías» (1984-1985), «Ciencia moderna: pioneros españoles» (1986-1988), «Teatro español contemporáneo» (1988-1989), «La música en España, hoy» (1990-1992), «La lengua, hoy» (1992-1994), recogidos luego (1995) en un libro por la propia Fundación, «Cambios políticos y sociales en Europa» (1995-1997), «La filosofía hoy» (publicado por la editorial Crítica en 2000), «Economía de nuestro tiempo» (1999-2002), y «Novelistas españoles del siglo XX» (2002-2003).

SABER/Leer

Otra publicación muy interesante de la Fundación March, aunque haya tenido una vida más breve que el *Boletín-Revista* ha sido la revista de comentarios de libros *SABER/Leer*, una, desde mi punto de vista, excepcional atalaya para familiarizarse con un parte sustancial de lo mejor de la intelectualidad española de las dos décadas durante las que se publicó la revista.⁶

Aunque, como ha sido norma en la institución, no se mencionan los principales responsables que asumen la carga principal de

6. Por la época en que la Fundación lanzó esta revista, la competencia era bastante fuerte ya que existían otras publicaciones si no idénticas sí del «campo»; como, por ejemplo, *El Urogallo*, *Ínsula*, *Poesía y Revista de Occidente*.

las tareas llevadas a cabo por la Fundación, en este caso una persona esencial en la génesis y desarrollo de la publicación fue el periodista y escritor (entre sus obras se cuenta *La gaznápira*, 1984) Andrés Berlanga, que se incorporó a la Fundación Juan March en 1974 como organizador del Gabinete de Prensa, asumiendo meses después la dirección de este servicio (director de Comunicación de la Fundación) y, como tal, miembro del equipo de Dirección.⁷ La idea de esta revista era que un autor seleccionase un libro para hacer de él no tanto una crítica, aunque también, sino para «hablar de algo», esto es, para expresar alguna idea o visión general del crítico, que así se convertía, junto al libro reseñado, en auténtico protagonista. Una iniciativa tal dependía en un grado aún mayor de lo que sucedía en otras revistas del crítico seleccionado. Y la selección impuesta por la Fundación pretendía ser rigurosa.

¿Cuál era el perfil del colaborador ideal de *SABER/Leer*? En un documento preparado por Andrés Berlanga se mencionaban diez requisitos:

1. De prestigio absoluto *en su área; uno de los cinco mejores*; respaldado por currículum universitario, académico, honorífico, etc.
2. Con *obra publicada, original* y reconocida.
3. Que su valía trascienda más allá del mundo de su especialidad; *que «suenen» a un profano*.
4. Que *no sea un profesional de las colaboraciones*; que no se prodigue en los medios.
5. Con *experiencia vital* (no solamente libresca) y por lo tanto con acicate como consejero experimentado.
6. La *calidad* de su comentario debe ser *notable; con capacidad divulgadora*, coherencia expositiva, *texto atractivo*, etc.
7. *Sin ningún interés personal (amistoso, político, artístico, editorial, etc.)*.
8. Español, para que la revista vaya haciendo historia de la intelectualidad del país; no debe ser un «Correo de la Unesco».

7. Berlanga abandonó la Fundación en 2003.

9. *Sin ningún compromiso de fijeza*; publicando como máximo 1 artículo cada seis meses; sobre un libro reciente (editado en el último año).

10. Comentarista *positivo*, que no elija un libro para denigrarlo; sin limitarse a la pura recensión; aportando su visión y conocimiento del asunto tratado en la obra escogida.

Lo que se señalaba en el punto 8 es particularmente interesante: «para que la revista vaya haciendo historia de la intelectualidad del país». En buena medida, algo, si no bastante, de ello consiguió, como intentaré demostrar en lo que resta del presente capítulo.⁸

El primer número de SABER/Leer

El número 1 de la revista apareció en enero de 1987. Estaba compuesto por artículos de Gonzalo Sobejano, Ricardo Gullón, Juan Benet, Francisco Rodríguez Adrados, Javier Muguerza, Guido

8. La carta que Berlanga dirigía a los colaboradores potenciales que se seleccionan para la revista era la siguiente:

«Estimado amigo:

La Fundación Juan March publica SABER/Leer, revista crítica de libros de carácter mensual, que abarca diferentes ramas del conocimiento. Estamos recabando la colaboración de distintas personalidades en diferentes áreas, científicas, artísticas y literarias, entre las cuales nos honraría poder contar con usted, con un trabajo original y exclusivo.

Si la idea le parece atractiva, nuestra petición se concretaría en los siguientes términos: que en el área de su especialidad, eligiera el libro más notable (español o extranjero, editado o no en España) publicado dentro de los últimos seis meses (excepcionalmente, hasta un año), y realizara un comentario del mismo, aportando su opinión sobre el estado del asunto abordado en el libro. Sin renunciar al rigor del tratamiento, el artículo debería ser divulgador, asequible a un público heterogéneo, aunque mayoritariamente universitario».

Y a continuación se especificaban cuestiones técnicas, como extensión, etc.

Brunner, Miguel Artola y Carlos Sánchez del Río. Una buena selección —bajo cualquier vara de medir— de intelectuales hispanos.

Gonzalo Sobejano (Murcia, 1928), el crítico que abrió aquel primer número de *SABER/Leer* era ya —y continúa siendo— uno de los hispanistas con más prestigio internacional (su especialidad es el estudio de la literatura española de los siglos XVII, XIX y XX), aunque, desgraciadamente, su magisterio lo imparta habitualmente en Estados Unidos, en la Universidad de Columbia de Nueva York, donde es catedrático de literatura española. Estudió en Madrid, fue discípulo de Dámaso Alonso y de Rafael Lapesa. A Columbia llegó tras un largo peregrinaje que le llevó primero, como becario, al Instituto Francés de París, pasando después, en 1951, a Heidelberg, Maguncia, Colonia y, en 1963, a Columbia, aunque entonces no se instaló allí definitivamente. De Nueva York, en efecto, se trasladó a Pittsburgh y luego a Filadelfia, desde donde regresó, en 1968, a Nueva York. Entre sus muchos libros figuran *El epíteto en la lírica española* (1959), *Nietzsche en España* (1967) y *Novela española de nuestro tiempo* (1970). Su edición de *La Regenta* de Clarín ha sido especialmente elogiada.

El libro que reseñó en *SABER/Leer* fue *A Theory of Parody. The Teachings of Twentieth-Century Art-Forms* (Methuen, Nueva York 1985), de Linda Hutcheon.

Inmediatamente después del artículo de Sobejano venía uno de Ricardo Gullón (1908-1989), el fiscal que un día (después de haber pasado aquel duro purgatorio que era ser separado —*depujado*— de su puesto de fiscal por haber servido en las filas republicanas; fue readmitido en 1941) se convirtió en crítico literario y profesor en Estados Unidos y Puerto Rico. El título del que se ocupaba era: *Federico García Lorca, heterodoxo y mártir. Análisis y proyección de la obra juvenil inédita* (Siglo XXI, Madrid, 1986), de Eutimio Martín.

Por su parte, Francisco Rodríguez Adrados (1922), el gran maestro de helenistas y lingüistas, que más tarde sería elegido miembro de las Reales Academias Española y de la Historia, co-

mentaba las virtudes y limitaciones de un libro colectivo, *The Oxford History of the Classical World* (Oxford University Press, Oxford 1986), dirigida por John Boardman, Jasper Griffin y Oswyn Murray. Y mientras lo hacía, aprovechaba la ocasión para señalar a sus lectores que:⁹ «Nunca se ha publicado más que en estos últimos años sobre temas de Antigüedad Clásica... Nuestro conocimiento de ciertos aspectos de la vida antigua ha mejorado enormemente gracias a la nueva documentación (inscripciones, papiros, incluso manuscritos), a las nuevas ediciones e interpretaciones de los textos, etc. Hay muchos campos en que nuestra visión se ha profundizado: mundo micénico, lírica griega, estudio formal de la literatura en general, Roma primitiva, religiones antiguas, relaciones con otros pueblos, etc.». Al fin y al cabo, se trataba no sólo de reseñar un libro, sino también, acaso sobre todo, de enseñar a los lectores. «Libros como excusa para que maestros enseñasen», ésa era, insisto, la verdadera idea que subyacía detrás de la revista.

El catedrático de Ética Javier Muguerza (1939), uno de los filósofos españoles más influyentes del último cuarto del siglo XX, se ocupaba de un libro —*Nuevas teorías del contrato social* (*John Rawls, Robert Nozick y James Buchanan*) (Alianza Editorial, Madrid, 1986)— de Fernando Vallespín Oña, todavía no catedrático de Ciencia Política y de la Administración de la Universidad Autónoma de Madrid, ni director del Centro de Investigaciones Sociológicas como es en la actualidad.

Por su parte, Carlos Sánchez del Río (1924), catedrático de Física Atómica y Nuclear en la Universidad Complutense, miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid, corporación que pasaría a presidir en 2002 (hasta abril de 2005), y personaje muy influyente en el desarrollo de la física española, especialmente desde su labor en la Junta de Energía Nuclear, analizaba los tres tomos de la traducción al español (Tecnos,

9. Francisco Rodríguez Adrados, «Una visión del mundo clásico», *SA-BER/Leer*, n.º 1, enero de 1987, p. 5.

Madrid 1984, 1985) del *Post Scriptum* a la *Lógica de la investigación científica* (*Logik der Forschung*; 1934), que Karl Popper publicó en inglés en 1982.

Guido Brunner sobre la política británica

Guido Brunner (1930-1997), entonces embajador de Alemania en España y el mejor puente imaginable para unir los mundos y culturas hispana y germana (nació en Madrid, donde se licenció en Derecho, doctorándose más tarde en Múnich), su sumaba a la lista de autores de aquel primer número comentando un libro de John Colville, *The Fringes of Power. 10 Downing Street Diaries, 1939-1955* (Hodder and Stoughton, Londres, 1986). Colville había entrado, en 1939, con solo veinticuatro años y recién ingresado en la carrera diplomática tras haber estudiado en Cambridge, en el gabinete del primer ministro británico como secretario particular. Durante nueve de los siguientes dieciséis años sirvió a tres primeros ministros: Chamberlain, Churchill y Attlee. En el libro que trataba Brunner, Colville repasaba sus servicios con aquellos políticos, y al leer la reseña uno no sabe qué es más interesante si la obra comentada o los comentarios del comentador, su propia versión de aquellos tres distinguidos políticos y de los períodos en los que sirvieron a su país. De especial interés era su visión de Churchill.¹⁰

En aquella crisis [la de la segunda guerra mundial], Winston Churchill se mereció el título de grandeza histórica porque supo conservar y defender lo que era precioso y viable en la sociedad que le vio crecer: la libertad. Así se convirtió en constructor del puente entre dos épocas de la historia: la protagonizada por Europa y la determinada por América, entre la época moderna y la época nuclear.

10. Guido Brunner, «Adiós a aquel mundo», *SABER/Leer*, n.º 1, enero de 1987, pp. 8-9.

«Un buen diario», señalaba Brunner, «es un diálogo del autor consigo mismo. Tiene la frescura de lo espontáneo, refleja el fluido vivir diario, no está constreñido por una exposición sistemática. Un buen diario nos dará una idea sobre el autor y su bagaje cultural sin que aquél se lo hubiera propuesto. Nos sugerirá el pensamiento y sentimiento, la forma de vivir y el acontecer de una época, más allá de lo que el diarista podía haber imaginado». «Un buen ejemplo de obra de este talante», concluía el embajador, «es el diario que nos ocupa, el de John Colville».

Miguel Artola sobre Vizcaya en la Edad Media

Tras Brunner venía ese maestro de historiadores que es Miguel Artola (San Sebastián, 1923). Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Madrid, miembro de número de la Real Academia de Historia, presidente del Instituto de España entre 1986 y 1995, Premio Nacional de Historia por la monumental *Enciclopedia de Historia de España* (Alianza Editorial, Madrid, 1988) que dirigió, Artola comentó una obra (de cuatro volúmenes) coordinada por José Ángel García de Cortázar: *Vizcaya en la Edad Media* (Aramburu Editor, San Sebastián, 1985), el «empeño historiográfico», sentenciaba Artola, «más importante desde que a finales del pasado siglo publicara Labayeu su *Historia general del Señorío de Vizcaya*». ¹¹ Como en todas sus obras, en las que la historia se hace verdaderamente científica, Miguel Artola destacaba aquellos aspectos más cuantificables y cuantificados de los textos dirigidos por García de Cortázar, como eran: número de documentos conocidos; «no son excepcionales», escribía Artola, «uno o dos siglos sin noticia ninguna, y en el caso de Vizcaya las referencias más antiguas se reducen a la simple mención de *Bizcai*, en

11. Miguel Artola, «El señorío de Vizcaya», *SABER/Leer*, n.º 1, enero de 1987, pp. 10-11.

el siglo VIII, y a mediados del siglo XI, el caudal de fuentes escritas directas de estos tres siglos... cabe en tres líneas y media». A la luz de datos como éstos cobran especial relevancia y significado los párrafos con los que Artola abría su artículo:

La doctrina del nacionalismo se sustenta sobre un cierto número de principios que apuntaban todos a la diferenciación presente y pasada del pueblo respecto a los vecinos. La afirmación de un pasado en que habrían disfrutado de una soberanía independiente o, al menos, de una amplia autonomía, es una constante en todos los movimientos nacionalistas europeos. Dado que el nacionalismo es un fenómeno que se inicia en el siglo XIX, en un momento en que la doctrina y la práctica política se basaban en la división de poderes y el sistema parlamentario, la historia, tanto la nacionalista como la contraria, se plegaron a este esquema y el debate se centró sobre el ejercicio del poder legislativo. Hoy, aunque sobreviven los epígonos del viejo conflicto, la historia reivindica el derecho a no subordinarse a ningún fin que no sea el del conocimiento, en tanto los movimientos políticos han desplazado los supuestos de una acción hacia principios menos tradicionales. El resultado es una historia más convincente al tiempo que más compleja que la anterior.

Toda una manifestación de lo que debe ser la buena historia.

*Juan Benet ensalza La ciudad de los prodigios
de Eduardo Mendoza*

Aunque no era el último de los artículos del número de *SABER/Leer*, he dejado para el final el artículo que el narrador, ensayista y dramaturgo Juan Benet (1927-1993) dedicó a una obra que hoy forma parte de lo mejor de la historia de la novela española del siglo XX: *La ciudad de los prodigios* de Eduardo Mendoza (Barcelona, 1943), que había visto la luz el año anterior, 1986. Las líneas iniciales de Benet muestran que él veía con extrema claridad, y no

menos belleza, lo que nosotros podemos constatar con el paso del tiempo: «Estoy convencido», escribía, «de que la gran mayoría de las novelas y relatos que forman el fluido censo de la “narrativa hispánica” de este particular momento pasará sin pena ni gloria, para volver a la oscuridad tras el fugaz destello provocado por su aparición. Pero en cambio *La ciudad de los prodigios* quedará; y a mí me gustaría que quedara como la pieza más conseguida de la narrativa hispánica de este particular momento —cuyos caracteres dominantes no seré yo quien los describa, convencido de que nunca serán las señales del alumbramiento de una obra singular— en que con tanto afán se buscan nuevos títulos y nombres para animar un escenario en el que los ya conocidos provocan un mal disimulado hastío».¹²

Antonio Domínguez Ortiz
y *El conde-duque de Olivares de John Elliott*

Fiel a su carácter mensual, el número 2 aparecía en febrero, encabezado por un artículo del sevillano Antonio Domínguez Ortiz (1909-2003). El libro que este gran historiador, miembro de la Real Academia de Historia, Premio Príncipe de Asturias en 1982 y Menéndez Pidal en 1986, eligió fue uno que demostraba su gran perspicacia, su visión del presente y del futuro: *The Count-Duke of Olivares. The Statesman in an Age of Decline* (Yale University Press, New Haven, 1986), del hispanista inglés, entonces afincado en Estados Unidos, John Elliott.

Decía que la reseña de Domínguez Ortiz mostraba su visión de presente y de futuro, porque valoraba, en el presente, su presente, una obra de gran valor para la historia, pero es que, además, se adelantaba a los acontecimientos: cuando la editorial Crítica pu-

12. Juan Benet, «La novela de los prodigios», *SABER/Leer*, n.º 1, enero de 1987, p. 4.

blicó la traducción en 1990 al español (*El conde-duque de Olivares*, 1991) de este libro, resultó ser un éxito de ventas, algo raro en una obra de historia. Por eso son más interesantes todavía los comentarios que don Antonio efectuó en las páginas de *SABER/Leer*. Seleccionaré algunos de sus párrafos:¹³

Este grueso volumen avalado por numerosas y selectas ilustraciones, es el resultado de más de veinte años de trabajos y meditaciones en torno a una de las grandes figuras de nuestra historia. No es la biografía un género que hoy se cotice mucho entre los historiadores profesionales; influidos por el auge de la historia social, por el protagonismo de las fuerzas colectivas, no faltan los que ven en la biografía un género menor, anecdótico, apto para el gran público pero incapaz de penetrar en la trama básica de los acontecimientos. Punto de vista discutible, exagerado; reacción desproporcionada contra un género que ensayistas y literatos como Emil Ludwig o Stefan Zweig han popularizado y también, en alguna medida, descreditado como instrumento de investigación histórica...

No se centra, por otra parte el trabajo de Elliott en un estudio psicológico del personaje, aunque hay en sus páginas multitud de datos y observaciones que completan el diagnóstico, en líneas generales exacto, que ya formuló Marañón: un carácter ciclotímico, sujeto a profundas depresiones pero con una tremenda capacidad de recuperación; de una capacidad de trabajo inmensa, de una megalomanía que, tal y como se manifiesta en su testamento, rayaba en la demencia; de una ambición que no ponía en primer término sus intereses personales y familiares, sino los del Estado, simbolizado en el monarca. Olivares lo sacrificó todo al Estado, pero, en cierto sentido, el Estado era él. Trabajando por la omnipotencia del Estado trabajaba por la suya propia; de este modo se concilian los aspectos contradictorios de su personalidad: egoísmo y sacrificio, ambición y renuncia.

13. Antonio Domínguez Ortiz, «El Conde-Duque y la España de su tiempo», *SABER/Leer*, n.º 2, febrero de 1987, pp. 1-2.

Domínguez Ortiz señalaba que el estudio de Olivares había requerido de Elliott «un esfuerzo inmenso debido a la amplitud del escenario y a la dispersión de las fuentes». Además, la pérdida (debido a depredaciones e incendios) de la mayor parte del archivo personal del conde-duque, había significado una gran dificultad, que Elliott había subsanado «con rebuscas en depósitos documentales de toda Europa». Archivos españoles como el Histórico Nacional, el de Simancas, y otros muchos en el extranjero: Archivo Secreto del Vaticano, British Library, Bayerischen Staatsbibliothek de Múnich, Archives Générales du Royaume, de Bruselas. «¿Qué imagen de conjunto nos proporciona este libro?», se preguntaba Domínguez Ortiz, para responder:

No descubre novedades sensacionales, lo que quiere decir no sólo que el autor huye de todo sensacionalismo, sino que los cimientos que la investigación reciente había sentado sobre Felipe IV, sobre su primer ministro y la España de su tiempo, son sólidos. Pero lo que en muchos aspectos era una silueta, un esbozo, ahora queda bien perfilado.

Luis de Pablo sobre György Ligeti

Tras Antonio Domínguez Ortiz venían otros igualmente destacados miembros de la intelectualidad española: el arabista Pedro Martínez Montávez, catedrático de Lengua y Literatura Árabes de la Universidad Autónoma de Madrid; Ignacio Sotelo, catedrático de Ciencias Políticas en la Universidad Libre de Berlín, quien se ocupaba de un libro de Habermas; el ensayista, poeta y traductor José María Valverde, catedrático de Estética en Barcelona, escribiendo acerca de un libro de George Steiner sobre Heidegger («Steiner», señalaba, en una fenomenal caracterización, «es famoso no precisamente como filósofo ni como historiador de la filosofía, sino como un peculiar crítico del lenguaje y, desde éste, de la literatura y de la

cultura en general»). También aparecía Carmen Martín Gaité, que escribía sobre la novela *Los delitos insignificantes* de Álvaro Pombo, a quien caracterizaba como «escritor obsesionado por la discutible identidad de los seres humanos y por la indagación de las fronteras entre apariencia y realidad, preocupaciones ambas que no ha dejado de transmitir a sus criaturas de ficción», además de como «impenitente cazador de paradojas». Y el músico Luis de Pablo (Bilbao, 1930), que se ocupaba de un libro (*Ligeti in Conversation*) con una serie de entrevistas realizadas con el compositor austriaco, de origen transilvano, György Ligeti (1923).

«Para Ligeti», escribía de Pablo, «ha habido una vuelta a un cierto nacionalismo: “El estilo internacional de los 50 y 60 ha sido sustituido hoy por otro, diferenciado por las lenguas: en los países de habla alemana la moda —estamos en 1978— es la neotonalidad, la música nostálgica. Pero en Francia los compositores siguen a Ovules y Xenakis... En América, la moda musical cambia cada dos o tres años: ahora —siempre en 1978— hay un equivalente al fotorrealismo en las artes visuales. Algunos compositores escriben música del siglo XIX sin ningún distanciamiento..., lo que encuentro estúpido”. Termina diciendo: “Se puede constatar cómo en historia nada ha sucedido como la gente se imaginaba. Sencillamente: no sabemos”». ¹⁴ Y en este punto el compositor español presentaba sus propios puntos de vista:

No está en mi estilo el sacar conclusiones precipitadas. Menos, cuando lo dicho no coincide al cien por cien con mi opinión. Pero si se me permite un comentario, también producto de mi experiencia como profesor de composición, a veces en los mismos países en los que Ligeti ha trabajado, diré que para mí no hay duda de ese resurgir de criterios nacionales en la composición de los últimos quince años, más o menos. Criterios nacionales que poco tienen que ver

14. Luis de Pablo, «Conversaciones con Ligeti», *SABER/Leer*, n.º 2, febrero de 1987, pp. 10-11.

con los nacionalismos del siglo XIX o principios del XX. Entre nosotros, por ejemplo, esa tradición nacional ha revestido dos formas, una lejana y otra próxima. La lejana se confunde con la citada música nacionalista. La próxima, con la corriente europea de los años 50 y 60, traducida a nuestra sensibilidad. El compositor español joven no parece —hasta hoy— sentirse atraído por una rememoración más o menos textual de la primera. Así, por ahora, parece haber optado por la continuación de la segunda, lo que curiosamente dota a la música contemporánea española de una continuidad de la que sólo parece disfrutar la francesa y la italiana —esta última con reservas—, aunque por distintas razones.

Finalizaba de Pablo con un párrafo que merece la pena reproducir, en tanto que se refería en él a apartados de la obra de un músico que pertenecen a sus más profundos arcanos:

El saber en este terreno [el musical] es siempre un «saber» cambiante, como el sentir que lo motiva. Y si un músico puede jugar a kantiano, yo haría una pequeña parodia, diciendo que nuestras preferencias intentan juzgar la tradición, sin lograrlo, no explicando ni siquiera nuestra obra en profundidad; esa obra que es nuestra verdadera respuesta a los estímulos con que tal tradición nos tienta. Me resisto a aceptar la idea de Ernst Jünger según la cual los maestros están siempre en las tumbas, aunque a veces uno tenga la impresión de que el margen de libertad que nos queda es angustiosamente estrecho. Pero en ese margen, por exiguo que pueda parecer a nuestras inevitables neurosis, siempre hay sitio para la obra personal. György Ligeti, junto con tantos otros, así nos lo muestra.

Francisco Ayala y la guerra civil

El escritor, sociólogo y académico Francisco Ayala (Granada, 1906), con sus entonces ochenta y un años a cuestas, y sin embargo todavía con toda una vida por delante, había seleccionado para

sus comentarios un libro de Julio Rodríguez Puértolas, *Literatura fascista española, I. Historia* (Akal, Madrid, 1986). Era, naturalmente, una buena oportunidad para dejar caer algunos recuerdos sobre su propio pasado.¹⁵

La guerra civil y el régimen político a que dio lugar ejercieron tal violencia sobre la sociedad española que sus efectos han sido traumáticos y sus huellas —contusiones y cicatrices— en la vida literaria del país resultan por lo demás evidentes, inocultables. Para empezar, impusieron el exilio —tanto el exilio propiamente dicho como el llamado exilio interior— a quienes por vocación y profesión se dedican al desempeño de las actividades culturales. Apenas hará falta subrayar cuáles fueron las consecuencias que ello tuvo. En cuanto al extrañamiento de los que hubimos de abandonar España, ésa fue una amputación más dañosa para España misma que para los que dejábamos nuestra tierra; pues, mal que bien, bajo condiciones de mayor o menor dificultad, pudimos ir saliendo adelante y cumpliendo en otro suelo la tarea que cada cual consideraba serle congenial, aunque —eso sí— con la penosa secuela de que nuestra obra, sólo tarde y mal conocida aquí, no ha tenido la eficacia que de otro modo hubiera sido lícito esperar, aparte de curiosa anomalía, en la historia de las letras patrias.

De Francisco Grande Covián a José Luis Sampedro

Como muestra de la variedad de artículos acogidos en *SABER/Leer* mencionaré que en aquel mismo número Francisco Grande Covián (1908-1995) comentaba un libro de su especialidad: *Human Nutrition and Dietetics* (Londres, 1986).

En el número 3 (marzo de 1987), Juan Marichal, entonces todavía en Harvard, donde ocupaba la cátedra Smith de Estudios

15. Francisco Ayala, «Política y literatura», *SABER/Leer*, n.º 2, febrero de 1987, p. 8.

Hispánicos, analizaba un libro de Braudel (*L'identité de la France: espace et histoire, I*, 1986), en un artículo hermosamente titulado «La Francia profunda de Fernand Braudel». También escribían: José Luis López Aranguren (1909-1996), Pedro Cerezo, Francisco Ynduráin (1910-1994), Alberto Sols (1917-1989), reseñando la autobiografía de Peter Medewar (*Memoir of a Thinking Radish*, 1986), Gustavo Bueno, que dedicaba su escrito a una obra magna, la *Historia de la matemática* de Carl Boyer, que acababa de traducir y publicar Alianza Editorial, y Federico Sopena (1939-1991). También Francisco Rico, que reseñaba las tres entregas de *Herrumbrosas lanzas* (1983, 1985 y 1986) de Juan Benet: «Benet es maestro», señalaba, «en sugerir dimensiones enigmáticas, apuntar a las zonas de sombras, entronizar incertidumbres», añadiendo que «los meandros de la sintaxis benetiana, deliberada y obviamente artificiosos», conducen a que «el narrador nos obliga a plegarnos a sus propias exigencias, para que no descuidemos que no hay más realidad ni más valor que la voz que cuenta... La singularidad estilística de la voz que cuenta se impone tan ineludiblemente al lector como el destino se impone a las personas. El estilo es el destino».¹⁶

En el número 4, aparecían las firmas de Elías Díaz, Julián Gállego, Ricardo Caballero Calero, Claudio Prieto y los académicos de la Real Academia Española Alonso Zamora Vicente y Fernando Lázaro Carreter (1923-2003). Todavía no era miembro de la RAE, aunque pronto lo sería, José Luis Sampedro, quien no había seleccionado para su artículo un libro de literatura sino, coherentemente con su profesión de economista (había sido catedrático de Estructura e Instituciones Económicas de la Universidad Complutense), uno de la Comisión de las Comunidades Europeas publicado por FUNDESCO y titulado *Europa 1995. Nuevas tecnologías y cambio social. Informe FAST* (1986). El libro del que se ocupaba Sampedro estaba centrado en un informe titulado FAST

16. Francisco Rico, «Unas lanzas por Benet», *SABER/Leer*, n.º 3, marzo de 1987, p. 8.

(de «Forecasting and Assessment in Science and Technology»). No entraré en él, pero sí es interesante reproducir las últimas líneas del artículo de Sampedro, ya que tocan un punto —y un problema— del que todavía no nos hemos librado.

En suma: la Comunidad es una «asignatura pendiente». Ése es el fondo de la cuestión y ésa es la gran lección del *Informe*, aparte de recoger los valiosos esfuerzos realizados por los técnicos para compensar las deficiencias institucionales comunitarias en el campo de la ciencia y la tecnología, logrando al menos un mínimo de coordinación. Con eso cierro mi comentario sobre el texto, pero no me resisto a asomar a mis lectores a otro problema todavía más radical y de fondo, a saber: esa apuesta comunitaria por la tecnología sobre todo lo demás, ¿es en verdad la vía de salvación para Europa? Porque dado un desfase histórico entre dos componentes en un sistema —el técnico y el institucional, en este caso— no parece que el equilibrio vaya a restaurarse acelerando aún más el desarrollo del componente adelantado, en vez de dedicarse a modernizar al máximo esas instituciones anacrónicas... Y aquí me detengo porque ése no es el problema de Europa, sino el problema vital de toda la humanidad y la reflexión más urgente y trascendental para salir de la crisis. Una reflexión, concluyo tristemente, que no parece pasárseles por la mente a quienes hacen de la técnica no un utilísimo instrumento, sino un fin en sí mismo.¹⁷

Eduardo García de Enterría sobre de Gaulle

También escribía en ese número el eminente catedrático de Derecho Administrativo de la Universidad Complutense y Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1984), quien tampoco tardaría en pasar a formar parte de la Real Academia Española,

17. José Luis Sampedro, «La Comunidad pendiente», *SABER/Leer*, n.º 4, abril de 1987, p. 3.

Eduardo García de Enterría (1923). Se ocupaba de la biografía en tres tomos que Jean Lacouture había dedicado a Charles de Gaulle: *De Gaulle. Le rebelle. Le politique. Le souverain* (París, 1984, 1985 y 1986). Es interesante reproducir algunos de los comentarios de García de Enterría.¹⁸

Si hay un ejemplo del poder de una sola persona en la historia, estamos quizá aquí ante su paradigma en nuestro tiempo, en un tiempo en el que la conciencia de los condicionamientos sociales y económicos y su extensión a la escena entera del mundo parecían justificar definitivamente la historia social y colectiva, «sin nombres propios». Nada más lejos de la historia que este libro nos cuenta (la de un hombre que durante treinta años cambia el curso de la historia de Francia en ocasiones sucesivas, diríase que ciclópeamente), nada más lejos de lo que Tocqueville llamaba «esos sistemas absolutos» que hacen depender todos los acontecimientos de la historia de grandes causas primeras, enlazándose las unas a las otras por una cadena fatal y que suprimen, por decirlo así, los nombres del género humano ...

No fue, ciertamente infalible en toda su acción pública, aunque el balance global resulte admirable. Hoy sentimos bien que fue, probablemente, el último representante del gran nacionalismo europeo, que puede decirse que desaparece definitivamente con él. Pero aun en este aspecto también su extraño genio de adaptarse a las circunstancias, como buen militar de maniobra, sabrá guiarle certeramente y será él mismo, precisamente, el que proclame, primero (Brazzaville, 1944), y realice, después, la descolonización, el que identifique los valores humanos del «tercer mundo», y no sólo para romper la bipolaridad de los grandes; comprenderá, finalmente, y en último extremo apoyará, la fórmula comunitaria europea, aunque sin rectificar totalmente su visión inicial en términos de hegemonía francesa. No acertará, sin embargo, con el diagnóstico de la crisis de 1968, y esta perplejidad (además de causarle uno de sus pocos desfallecimientos

18. Eduardo García de Enterría, «De Gaulle: la historia con nombre propio», *SABER/Leer*, n.º 4, abril de 1987, pp. 4-5.

conocidos, la famosa «huida» a Baden-Baden, desfallecimiento que le duró exactamente 89 minutos) le costará también su retirada política definitiva.

Si algo prueba la posibilidad de esta historia con nombres propios, como ésta singular sobre la que hemos intentado llamar la atención, es la indeterminación del cambio histórico, el hermetismo del futuro (el fin de todas las inocentes perspectivas y aun de los más esquemáticos planes económicos plurianuales así lo acredita; llevamos lustros navegando «a la estima» en casi todos los órdenes) y, por tanto, paradójicamente, la posibilidad misma de intentar forzarlo, como hizo ejemplarmente de Gaulle, convirtiendo la fe y la voluntad —ardientes, iluminadas, avasalladoras frente a todas las circunstancias adversas— en destino.

*Francisco Tomás y Valiente
y Carlos V y sus banqueros de Ramón Carande*

Podría seguir así, citando de los contenidos de los sucesivos números de la revista, uno tras de otro, ya que es raro no encontrar en ellos algo que merezca la pena recordar, sin embargo, me limitaré a citar unos pocos, últimos, ejemplos de algunos comentarios que, en mi opinión (y sin duda gusto particular) tienen algo de especial, tanto por el libro reseñado como por el autor de la reseña. Uno de estos artículos es el que publicó en 1988 el desaparecido Francisco Tomás y Valiente (1932-1996), que seleccionó para su análisis nada más y nada menos que el gran libro de Ramón Carande (1887-1984), *Carlos V y sus banqueros*, en una nueva edición que Crítica y la Junta de Castilla y León editaron en 1987.¹⁹ He aquí unos pasajes de la reseña de Tomás y Valiente:

19. Francisco Tomás y Valiente, «Carande y los banqueros de Carlos V», *SABER/Leer*, n.º 15, mayo de 1988, pp. 1-2.

Volver a leer un libro, por clásico, conocido, es tarea enriquecedora, porque una nueva toma de contacto con la obra permite descubrimientos y rescueta contenidos de conciencia. Teniendo por sabidas las tesis principales, la atención se desliza relajada sobre ellas y circula más despierta por caminos laterales, antes sólo entrevistos, y que en la obra de Carande constituyen una intrincada red de vericuetos tortuosos, pero gratificantes para quien los recorra con los ojos bien abiertos.

El libro de Carande es difícil. Está escrito en prosa nítida, y con cuidado exquisito, ironía y apasionamiento. Todo en él atrae, pero el tono narrativo resulta engañoso, porque las historias que cuenta y que nos maravillan son complejas, técnicamente oscuras, y si para el autor escribir estos tres volúmenes constituyó un esfuerzo colosal, su lectura requiere una colaboración activa y atenta. El lector que no sea un profesional de la historia puede prescindir quizá del aparato crítico («autoridades») situado al final de cada tomo. El especialista, o quien por la razón que sea pretenda sacar todo el jugo al trabajo de casi treinta años de esfuerzo magistral, debe caminar simultáneamente por el texto y por las páginas finales, minuciosas, eruditas y polémicas en ocasiones. Ir atrás y adelante, leer y discutir con el autor o asistir a sus debates con otros, comprobar de dónde saca tales datos o a qué carta («y perseverando en mi predilección por los textos epistolares») pertenece tal frase, es un ejercicio trabajoso, y hay especialistas perezosos en número superior al deseable.

La reedición íntegra, cuidada y muy bien presentada de la obra es magnífica... Su aparición casi ha coincidido con su traducción al italiano... Los clásicos se difunden. Y este libro lo es. Hay obras, como el *Erasmus* de Bataillon, el *Mediterráneo* de Braudel, la *Cataluña* de Pierre Vilar y el *Carlos V* de Carande, que constituyen la cima de las historiografías del presente siglo y que siendo, sin disputa posible, libros de historia de España, aun dedicándose, por ejemplo, Vilar y Carande a sólo Cataluña y Castilla respectivamente, se refieren a temas que ni importan sólo a españoles ni pertenecen sólo a nuestra historia, sin duda porque nunca, ahora tampoco, la historia de España fue la historia de España sola.

José Hierro opina sobre Gerardo Diego

Entre las joyas que guarda *SABER/Leer* se encuentran unos comentarios que José Hierro escribió a propósito de la publicación en 1989 de los dos primeros tomos de unas *Obras completas (Poesía, I y II)* de Gerardo Diego. Joya más preciada en tanto que, como es sabido, Hierro no fue un escritor demasiado prolífico. He seleccionado de ese escrito de Hierro las líneas en las que expresaba cómo veía él a su compañero de arte:²⁰

Gerardo Diego no fue nunca «el» maestro, no tuvo discípulos (aunque, gracias a eso, tampoco imitadores). Decía yo al principio que tal vez sea por su condición de poeta Jano.²¹ Pero es posible que haya más razones. En la poesía contemporánea el lector halla, en la mayoría de los casos, una cosmovisión implícita o explícita. Puede reducir a su ídolo a fórmulas, de acuerdo con los temas tratados en sus poemas. Pero en Gerardo Diego no es posible esto. Lo mismo que los poetas de los Siglos de Oro, se sentía atraído por todo lo que le rodeaba. No existía para él diferencia —desde el punto de vista de sus posibilidades poéticas— entre lo divino y lo humano, entre lo significativo y lo insignificante. No estableció —ni había por qué— jerarquías. Con el mismo entusiasmo escribía del amor que del juego de bolos. Para él, la poesía tenía validez por sus logros expresivos, no por la índole de los temas tratados.

Por otra parte, Gerardo fue siempre a su aire, un poco a contrapelo. Hace poesía de vanguardia —1918— cuando nadie en España la hacía. Y continúa escribiendo creacionismo cuando, para los amigos de la novedad por la novedad, el creacionismo ya ha pasado a la Historia. Después, en la posguerra, cuando la poesía quiere ser protesta, crítica, documento dramático de tiempos sombríos, Gerar-

20. José Hierro, «De perdidos, al río», *SABER/Leer*, n.º 35, mayo de 1990, pp. 1-2.

21. «Y es que», había señalado antes, «Gerardo era un poeta Jano, de doble cara, incapaz de clasificar.»

do Diego publica libros de un rigor y una contención extremos, como su *Alondra de verdad* o *Ángeles de Compostela*, que algunos consideran inmersos en la corriente garcilasista en trance de ser desbancada por el tremendismo. Y paralelamente continúa beneficiando su veta vanguardista, precisamente cuando la vanguardia es pasado (y es futuro, pues sería redescubierta más tarde).

Emilio Lledó y las humanidades

Emilio Lledó (Sevilla, 1927) fue otro de los autores que honraron con su pluma *SABER/Leer*. De lo que escribió allí he elegido una reseña que preparó de un volumen colectivo titulado *Geisteswissenschaften heute (Las ciencias del espíritu hoy)*.²² El tema que este maestro de la filosofía y del lenguaje, del pensamiento y de la palabra, eligió es uno que podríamos denominar si no inmortal sí probablemente sempiterno: el del papel de las humanidades en el mundo actual (lo califico de «sempiterno» porque ese «mundo actual» variará, pasará de ser uno a otro, pero siempre le afectará, creo, el problema del que Lledó se ocupaba). Veamos lo que dijo:

La crisis que las ciencias «humanas» parecen sufrir en nuestros días se agudiza por la aceleración en la que está inmersa la historia contemporánea, una parte de cuyos productos viene marcada por una insuperable consunción. El carácter efímero que, en consecuencia, los alienta exige también una incesante renovación en la que apenas hay tiempo para percibir «objetos», sino tan sólo el ritmo en que tales objetos se desplazan. Para ello es preciso que esos productos estén atados a la estructura misma de esa acelerada evolución, en la que la proximidad entre el nacer y el perecer ha hecho esfumarse, en cierto sentido, los períodos de desarrollo, de florecimiento, de gozo. Un tiempo acelerado quiere decir que, en la esencial apertura

22. Emilio Lledó, «El papel actual de las humanidades», *SABER/Leer*, n.º 62, febrero de 1993, pp. 8-9.

hacia el ser con que todas las criaturas nacen, la inminente presencia de su aniquilación, de su nada, vuelve más febril el ansia de «tener» y más acuciante la producción de «otra» cosa, para compensar el vacío de aquello en cuya posesión está ya insinuada y necesitada su pérdida...

Pero las «ciencias del espíritu», precisamente porque están sustentadas en una cadena temporal, al otro lado del tiempo de los latidos y del ansia de lo inmediato, acaban por constituir, en su propia temporalidad sin tiempo, en su teórica sucesión sin mudanza, en su presencia paradójicamente nutrida de pasado, una serie de constelaciones ideales y, aparentemente, «anacrónicas». Su anacronismo consiste, sobre todo, en que los saberes de la memoria no urgen y acosan en el tiempo de la consunción inmediata, en el suceder de la materia fungible. Por ello se quedan, al parecer, situados en una prescindible constelación que, saturada de memoria, es, sin embargo, pasto fácil del olvido. El espejo de ese universo sin otro aliento que el que el hombre y su vida pudiera poner en ellos, acaba por desaparecer si ya nadie se acerca a esa contemplación, que precisa otro tiempo más lento y más silencioso que el horrisono vendaval sin rostro de los días presentes.

En un mundo dominado por un avance científico y técnico vertiginoso, en el que el «desarrollo de la ciencia ha sido orientado por intereses que no se plantean esos problemas que tienen que ver con la ética, cuyos principios podrían incluso ser obstáculo al “liberal” despliegue de la ciencia», las ciencias del espíritu, argumenta Lledó, podrían desempeñar un saludable, necesario, papel integrador, purificador:

Es posible que su «forma» de conocimiento no sea, fundamentalmente, «científica», porque no pretenda tanto precisar y delimitar respuestas cuanto ampliar el contexto de las preguntas. Y las preguntas pueden parecer muchas veces «no científicas», porque se hacen en esa frontera que los saberes científicos han establecido con claridad. Preguntar es aceptar, más allá de esos límites, la posibilidad de seguir pensando, aun a riesgo de tener que habérnoslas con la inseguridad.

Estremecen tanto la lucidez del análisis, vertido en un lenguaje deslumbrante, como el diagnóstico implícito, y desalentador, que Emilio Lledó efectuaba del mundo en el que vivimos, y para el que reclamaba, acaso como última esperanza, el auxilio de las «humanidades», de disciplinas milenarias como la filosofía o la historia, por nombrar algunas.

*José-Carlos Mainer y «la razón desesperada»
de Rafael Sánchez Ferlosio*

En 1993 Sánchez Ferlosio publicaba *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*, un libro misceláneo que recogía notas y reflexiones realizadas a lo largo de muchos años. El año siguiente, José-Carlos Mainer (Zaragoza, 1944), colaborador no infrecuente de la Fundación March, de cuyo Consejo Asesor formó parte entre 1997 y 1999, publicaba una reseña-comentario de esta obra, que contiene algunos pasajes en mi opinión memorables, en los que el catedrático de Literatura Española de la Universidad de Zaragoza ofrecía una lúcida caracterización del pensamiento de Sánchez Ferlosio. Pasajes como aquellos en los que se refería a la «sombria y lúcida desesperación que inspira este libro y que, por cierto, viene siendo sustancia tan ajena a la literatura de nuestro tiempo», tras lo cual continuaba de la siguiente manera:²³

Pocas veces ha alcanzado la desesperación más completa plenitud que en este apóstrofe: «Señor, ¡tan uniforme, tan impasible, tan lisa, tan blanca, tan vacía, tan silenciosa como era la nada, y tuvo que ocurrírsete organizar este tinglado horrendo, estrepitoso, incomprensible y lleno de dolor!». No es la queja de un Job airado sino el sordo rencor de un ateo que estaría dispuesto a aceptar la existencia

23. José-Carlos Mainer, «La razón desesperada», *SABER/Leer*, n.º 80, diciembre de 1994, pp. 6-7.

de Dios con la sola condición de poder echarle la culpa de todo: lo había dicho ya en el bello prólogo que precedía a *La homilía del ratón* (1985) y lo reitera aquí, a propósito de la posible mala voluntad intrínseca del Creador, «como si la sola idea de un Dios bueno y providente no fuese maligna y venenosa para todos». ¿Y qué decir de lo que llamamos «vida» con el vago ánimo de justificar sus mudanzas y de conformarnos con su arbitrariedad?: «La vida —leemos en otra página— es un claudicante encubrimiento, la convivencia un ingenuo o indigno disimulo, la compañía un desesperado sucedáneo. ¡Sabéis muy bien de qué!». El apóstrofe final, que nos implica tan bruscamente, intensifica y no oculta la soledad, la incompreensión, la muerte... Cosas, en cualquier caso, nada heroicas, si es que alguien pudo pensar que la desesperación es un privilegio romántico. En otro lugar, nos recuerda que la muerte no es el acceso al reino de la nada, asociado largamente con las tinieblas, sino la obturación del ser: «Donde me veo no es en las tinieblas sino en la opacidad; las tinieblas serán oscuras y espantables, pero están vacías, tienen distancias infinitas, por las que uno se puede precipitar o vagar eternamente. La opacidad empieza a medio centímetro de la superficie de mi cuerpo y es de pared maciza y tan infinitamente gruesa como honda la tiniebla, pero de cal y canto».

No es sorprendente, dicho lo dicho, que Mainer concluya: «Este inquilino del mundo está harto de cuanto lo constituye: de la Naturaleza porque su pretendida imparcialidad resulta cruel, de la Historia porque es una secuencia de muerte y torpeza..., del Tiempo porque transcurre sin remisión».

*Gregorio Salvador sobre Antonio Muñoz Molina
y el genio literario*

Gregorio Salvador (Cúllar-Baza, Granada, 1927) no sólo es un espléndido lingüista sino también un crítico perspicaz y elegante, como mostró, entre muchas otras ocasiones en que escribió para

SABER/Leer, al comentar la novela *Plenilunio* (1997) de Antonio Muñoz Molina. De lo que entonces escribí he seleccionado unas líneas en las que, al mismo tiempo que se refiere a la novela de Muñoz Molina, nos habla acerca de lo que es la verdadera, inmortal, literatura:²⁴

Plenilunio es, sobre todo, una novela pero que es algo más que una novela, porque toda gran obra literaria es siempre, además, otra cosa, va más allá de lo que pretende ser y eso es lo que le da su dimensión de grandeza, lo que le otorga consistencia y perdurabilidad, lo que mantiene viva su lección. Y para ello no basta con la brillantez del estilo ni con la habilidad narrativa ni con el interés objetivo de la materia tratada, si la genialidad literaria que todo eso representa no la sentimos finalmente movida por un impulso moral. No hay estética sin ética, se ha dicho alguna vez jugando con los dos parónimos de estirpe helénica; digámoslo más por lo derecho: no hay literatura sin conciencia moral. Literatura comprometida, si queremos llamarla así, pero siempre que el compromiso del escritor sea consigo mismo, con su propio entendimiento, no con juicios que le vengan dados sino con su personal estimación del bien y del mal.

Y concluía:

«Las buenas novelas, como las canciones o las películas, nos transforman y uno no es igual antes que después de haber leído *Fortunata y Jacinta*; eso es lo que ocurre con las novelas de verdad», ha dicho también él [Muñoz Molina]. Y eso es lo que nos pasa a los lectores de *Plenilunio*, creo; que después de leerla ya no nos sentimos iguales, somos algo mejores.

24. Gregorio Salvador, «Genio literario y certidumbre moral», *SABER/Leer*, n.º 116, junio-julio de 1998, pp. 4-5.

«UNA ETAPA CUMPLIDA»

Pienso que las palabras que acabo de recuperar bastan, con creces, para dar idea del talante y valor de *SABER/Leer*, una revista cuyo último número —el 170— apareció en diciembre de 2003. Luis Mateo Díez, Guillermo Carnero, José María Martínez Cachero, Olegario González de Cardenal y Ramón Pascual escribieron en aquella ocasión. Bajo el título «Una etapa cumplida», se incluía un editorial en el que además de exponer las razones por las que la Fundación March había decidido abandonar la publicación de la revista (ya existían, se argumentaba, muchas otras publicaciones que incluían críticas de libros), se reconocía la importancia de la labor que ésta había llevado a cabo y se agradecía la participación de todos aquellos que con sus escritos la habían hecho posible. «En enero de 1987», comenzaba este editorial, «la Fundación Juan March iniciaba una nueva actividad y ponía en la calle una revista crítica de libros, una publicación periódica que quería ser un escaparate de lo que se editaba en todas las áreas del saber. Por aquel entonces, el volumen de libros publicados crecía año tras año y, entre tanta abundancia editorial, el objetivo era ofrecer al lector una selección realizada de firmas de prestigio». «En estos años», se añadía «han coexistido —sin más coincidencia que la calidad e importancia de la obra elegida— reseñas de Arte con comentarios sobre Matemáticas, Literatura con Física, Teología con Cine, Arquitectura con Biología, Filología con Filosofía, Derecho con Historia, y un amplio etcétera».

Y en este punto, se agradecía «a todos los colaboradores e ilustradores de la revista su participación: su sola enumeración, en esta misma página, es, para la Fundación, motivo de legítimo orgullo».

Y, efectivamente, allí aparecían, a continuación, los nombres de los 185 autores y 49 ilustradores que habían hecho posible la revista (muchos, naturalmente, con diversas contribuciones), las 1.142 reseñas y 1.377 ilustraciones. Nombres, sin repetir los ya nombrados, señeros de la cultura española: Emilio Alarcos, Gon-

zalo Anes, Juan Antonio Bardem, Miguel Beato, Valeriano Bozal, Victoria Camps, Juan Luis Cebrián, Antonio Córdoba, Elías Díaz, Armando Durán, Javier Echeverría, Luis Enjuanes, Antonio Fernández Alba, Fernando Fernán-Gómez, José Ferrater Mora, Alberto Galindo, José Luis García Delgado, Carlos García Gual, Francisco García Olmedo, Domingo García-Sabell, Salvador Giner, Luis Goytisolo, Manuel Gutiérrez Aragón, José Hierro, Carmen Iglesias, José Jiménez Lozano, José María Jover, Pedro Laín Entralgo, Rafael Lapesa, José María López Piñero, Julián Marías, José María Mato, Fernando Morán, Raúl Morodo, Víctor Nieto Alcaide, Vicente Palacio Atard, Joseph Pérez, José Luis Pinillos, Sixto Ríos, Francisco Rubio Llorente, Felipe Ruiz Martín, Antonio Saura, Miguel Siguán, Gabriel Tortella, Eugenio Trias, Javier Tusell, Joaquín Vaquero Turcios, Vicente Verdú, Darío Villanueva y Francisco José Ynduráin, entre muchos otros. No es mala nómina.

Con su decisión, la Fundación March cerró una puerta, como en el pasado se cerraron otras (las becas, por ejemplo, o los premios). A algunos nos puede doler, convencidos como estamos del valor de aquello que nos es más querido, ya sea la crítica literaria o la biología, pero siempre podremos consolarnos con el recuerdo —en este caso, la relectura— de aquello con lo que tanto disfrutamos. Siempre nos quedará la palabra.

APÉNDICE

Como muestra de los campos que fueron tratados en *SABER/Leer*, a continuación incluyo un cuadro de las especialidades sobre las que versaban los artículos que se publicaron en esta revista entre 1997 y 2001.

ARTÍCULOS PUBLICADOS EN *SABER/Leer*
(1997-2001)

		1997	1998	1999	2000	2001	Total	%
H	Arte	2	3	2	5	2	14	
U	Cultura		1	3			4	
M	Educación		1	1			2	
A	Filología	8	2	2	6	3	21	
N	Filosofía	6	2	1	3	4	16	
I	Fotografía					1	1	
D	Historia	8	6	11	7	11	43	
A	Humanidades		1				1	
D	Música	2	5	1	1	3	12	
E	Pensamiento		3	2	2	7		
S	Psicología	1		1	1		3	
	Religión	1					1	
	Retórica			1			1	
	Teatro				1	1	2	
	Teología	1	2	1		1	5	
							149	45,57%
C	Agricultura			1			1	
I	Biología	3	2	1	1	4	11	
E	Ciencia	7	6	7	6	7	33	
N	Física	3	1	1	1	3	9	
C	Geografía	1	1	1			3	
I	Matemáticas	2	1	1	4	2	10	
A	Medicina		2	3		1	6	
S	Nutrición				1		1	
	Química				2		2	
							76	23,25%
LENGUA	Lingüística		1	2			3	
	Literatura	11	15	12	9	11	58	
							61	18,65%
CIENCIAS SOCIALES	Periodismo		1	1			2	

	Política	4	4	4	2	1	15	
	Sociedad	1		1	1		3	
							20	6,12%
ECONOMÍA	Economía	1	2	1	3	3	10	3,05%
ARQUIT.	Arqueología					1	1	
	Arquitectura	1	2			1	4	
	Urbanismo				1		1	
							6	1,83%
DERECHO	Derecho		2		2	1	5	1,53%
TOTALES		67	69	66	62	63	327	100%

El Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales

Debe entenderse por Sociología... una ciencia que pretende entender, interpretándola, la acción social para, de esta manera, explicarla causalmente en su desarrollo y efectos.

MAX WEBER,
Wirtschaft und Gesellschaft (1909-1922).

LA SOCIOLOGÍA EN ESPAÑA

Al contrario que otras disciplinas, como pueden ser la filosofía, la historia o las ciencias de la naturaleza, la sociología es una disciplina joven, su origen se sitúa en el siglo XIX, siempre que no la confundamos (no todos lo hacen) con materias como la antropología social. En España, la primera cátedra de Sociología surgió en 1899, dentro de los estudios de doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, y como asignatura optativa. El primer catedrático, al que forzosamente hay, pues, que recordar cuando se habla de la sociología española, fue Manuel Sales y Ferré (1834-1910), autor de obras como *Estudios de Sociología, evolución social y política* (primera parte; 1889), *Tratado de Sociología, evolución social y política* (segunda parte; 1885-1897) y *Sociología general* (1912). Como sociólogo fue, no obstante, una figura «de transición», empleando la denominación introducida por Maria-

no Yela.¹ A Sales y Ferré le sucedió, aunque en 1916, en la cátedra madrileña Severino Aznar (1870-1959), un reformista radical vinculado a los movimientos del catolicismo social que, aunque fundó publicaciones, se distinguió probablemente más como político que como sociólogo (fue el promotor principal de la creación en 1918 de la Democracia Cristiana, y en 1922, del Partido Social Popular). Según Luis González Seara, que reafirma lo que antes manifestó Julio Iglesias de Ussel, Aznar «apenas ejerció como sociólogo teórico, sus obras no muestran familiaridad alguna con el análisis sociológico y, a pesar de su excelente posición institucional, no dejó obras representativas, ni instituciones, ni escuela. La Sociología permaneció ausente de la sociedad española, porque, si bien se contaba aún con [Adolfo] Posada, éste era visto más como un jurista y un teórico del Estado y del sistema constitucional».² Por su parte, Salustiano del Campo añade que «cuando en 1916 accede a la cátedra, Aznar tiene por objeto delante la misma tarea [que se encontró al ocuparla], empezar desde el principio, consolidar la sociología como disciplina universitaria e impulsar la investigación. Una labor gigantesca sin duda, que ni pretendió asumir ni siquiera realizó parcialmente. Se instaló como sociólogo, pero sus efectos institucionales en la disciplina fueron muy reducidos».³

1. Mariano Yela, «Las ciencias humanas. Psicología, Sociología, Pedagogía», en José María Jover Zamora, dir., *Historia de España. Ramón Menéndez Pidal*, tomo XXXIX (*La Edad de Plata de la cultura española (1898-1936)*), vol. II («Letras. Ciencia. Arte, Sociedad y Culturas») (Espasa Calpe, Madrid, 1994, pp. 253-285; p. 274).

2. Luis González Seara, «Sociología, política y comunicación», en *La Universidad Internacional Menéndez Pelayo en la historia intelectual del siglo XX* (Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Santander, 2003, pp. 155-173; p. 160). Adolfo Posada (1860-1944), que González Seara recuerda en esta cita, fundó desde su cátedra de Derecho Político de la Universidad de Oviedo, la *Revista de Derecho y Sociología* y escribió obras como *Principios de sociología* (1908).

3. Salustiano del Campo Urbano, «Las tres institucionalizaciones de la Sociología española», en Vicente Palacio Atard, ed., *Memoria académica del siglo XX* (Instituto de España, Madrid, 2002, pp. 169-183; p. 178).

No ayudó tampoco a la sociología hispana el que Francisco Ayala, Luis Recaséns Siches y José Medina Echevarría abandonasen España, instalándose al otro lado del Atlántico, víctimas del dramático exilio producido por la guerra civil. Del primero, más recordado y honrado hoy por su labor literaria, escribió Enrique Gómez Arboleya, en un artículo clásico sobre la historia de la sociología en España, lo siguiente:⁴

Francisco Ayala está dotado para el análisis de los fenómenos humanos de la sutileza del pensador político, unida a la rara capacidad de ensamblar los trozos dispersos en un conjunto plástico y vivo. De aquí que sus obras nos ofrecen los dos gozos: el intelectual y el artístico. En su *Sistema de la Sociología* [1947], en tres volúmenes, se plantea el problema de nuestra ciencia. La disciplina científica llamada Sociología no es, para él, otra cosa que un producto humano, una creación de cultura, consistente en la organización dentro de ciertos principios de un esfuerzo llevado a cabo por los hombres para adquirir el conocimiento de determinado orden de realidades, esfuerzo estimulado en su origen por una determinada situación.

En cuanto a Luis Recaséns, se dedicó sobre todo a la filosofía del derecho, lo que no le impidió realizar una importante aportación a la sociología, en la que destacan numerosos artículos en la *Revista Mexicana de Sociología*, sus *Lecciones de sociología* (1948) y su *Tratado general de sociología* (1956). Finalmente, el caso de José Medina Echevarría no fue demasiado diferente al de Recaséns, ya que compatibilizó los estudios de filosofía del derecho con los de sociología.

4. Enrique Gómez Arboleya, «Sociología en España», en Luis Moreno y Salvador Giner, comps., *Sociología en España* (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1990, pp. 17-50; pp. 38-39). Este artículo fue publicado antes en inglés en *Contemporary Sociology*, J. S. Roucek, ed. (Philosophical Library, Nueva York, 1958), y en español en la *Revista de Estudios Políticos*, n.º 98 (1958).

A partir de 1939, esto es, una vez instalado en el poder el general Franco, la sociología hispana padeció vicios similares a los que se daban en otras disciplinas; acaso, incluso en ciertos casos, alguno más que en otras, dada su naturaleza, de clara relevancia sociopolítica. Salvador Giner ha tratado ese difícil período de la sociología en España en un fervoroso, y no por ello menos lúcido, artículo, lo que me exime de intentar siquiera la tarea de resumir lo que entonces sucedió.⁵ Simplemente diré que, como también ocurrió en otros casos, junto a sociólogos «colaboracionistas», utilizando la terminología de Giner, coexistieron otros «no colaboracionistas», que «durante los años sesenta iniciaban sus armas en aulas prestadas, escuelas “críticas” de corta y azarosa vida, instituciones privadas precariamente protegidas por las siglas S.A. o por el más seguro paraguas eclesial, amén de otros lugares de la más peregrina condición».⁶ Entre los primeros, aunque aquí el calificativo «colaboracionista» sería engañoso, dado que la ideología política del personaje le hacía totalmente afín al nuevo régimen, podríamos citar a Severino Aznar, quien a pesar de jubilarse de su cátedra en 1940 no dejó de estar activo: en 1943, al crearse en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas el Instituto Balmes de Sociología, Aznar fue nombrado director, orientando el centro —que contó con algunos recursos importantes, como la *Revista Interna-*

5. Salvador Giner, «La sociología española durante la dictadura franquista», en L. Moreno y S. Giner, comps., *Sociología en España, op. cit.*, pp. 51-69. Publicado también en VV.AA., *La cultura española bajo el franquismo* (Ediciones de Enlace, Barcelona, 1977).

6. *Ibid.*, p. 54. En relación con el «paraguas eclesial» que mencionaba Giner, hay que señalar que en 1951, por iniciativa del cardenal Herrera Oria, comenzó a funcionar en Madrid el Instituto Social León XIII, con un plan de estudios de ciencias sociales que incluía una enseñanza continuada de doctrina social católica; posteriormente este instituto se integró como una sección de la Universidad Pontificia de Salamanca, convirtiéndose en Facultad de Ciencias Sociales de esa Universidad en 1971. Fuera de la capital, la Iglesia creó y mantuvo en Barcelona un Instituto Católico de Estudios Sociales.

cional de Sociología— básicamente hacia los estudios demográficos y de historia social.

Por otra parte, al ir pasando los años, las relaciones que se establecieron entre España y Estados Unidos favorecieron que algunos estudiantes —de sociología entre ellos— fuesen a formarse allí, y no hay que dejar de tomar en cuenta que la mejora socioeconómica del país exigió la elaboración de estudios, encuestas o informes sociológicos, creando así una demanda, tanto por parte de los diferentes departamentos públicos como por empresas privadas, de sociólogos. Tal fue el caldo de cultivo, con frecuencia ambivalente, del que surgieron sociólogos posteriormente tan influyentes como Juan Linz, autor junto a Francisco Murillo de un voluminoso *Estudio socioeconómico de Andalucía*, financiado por el Instituto de Desarrollo Económico, dependiente de la Comisaría del Plan de Desarrollo, o Amando de Miguel, que dirigió los dos primeros *Informes sobre la situación social en España* (Euramérica, 1966 y 1970), promovidos por FOESSA (Fondo de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada), «cuyo control», según Giner, «por miembros de la ACNP [Asociación Católica Nacional de Propagandistas] no es secreto para nadie».⁷

Pero con ser todo esto importante, no fue lo que más ayudó a que la sociología se institucionalizase y modernizase realmente en España. Lo que produjo esa institucionalización fueron acontecimientos que se produjeron en el sistema universitario español.

La Ley de Ordenación de la Universidad Española de 1943 estableció la creación de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, en la que se introdujo la enseñanza (con sus correspondientes cátedras) de la sociología. En 1952, se convocaron a oposición dos cátedras de Sociología para ella, ganando la única que se cubrió Enrique Gómez Arboleya (1919-1959). A pesar de que puso fin a su propia vida apenas siete años después de lograr la cátedra, su

7. *Ibid.*, p. 55.

aportación a la sociología en España fue intensa y productiva.⁸ Tras su muerte, su cátedra no se convocó rápidamente a oposición, aunque sí se dotaron otras dos, una en Barcelona y otra en Bilbao, que finalmente se cubrieron en 1962. Una década después se produjo otro acontecimiento decisivo en el devenir de la sociología: la división en dos de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas: una de Ciencias Económicas y Empresariales y otra de Políticas, a la que se terminó añadiendo una sección y licenciatura de Políticas, pasando a denominarse Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, de la que Luis González Seara (La Mezquita, Orense, 1936), que como enseguida veremos figuró entre los asesores de la Fundación Juan March a comienzos de la década de 1970, fue impulsor y primer decano de la primera facultad de ese tipo, en la Complutense de Madrid.⁹ Se considera que fue precisamente entonces, inicios de la década de 1970, cuando quedó institucionalizada definitivamente la sociología en España.¹⁰

8. «Muy probablemente», escribe Luis Moreno, «la pobreza y mezquindad intelectual de los años de la posguerra franquista, junto a su espíritu atormentado y difícil, le llevase en un momento de profunda depresión al suicidio acaecido en su casa de Madrid el 21 de diciembre de 1959». L. Moreno, «La sociología en la España finisecular», en Luis Moreno y Salvador Giner, comps., *Sociología en España, op. cit.*, pp. 279-103; p. 81. Arboleya había sido miembro de la republicana Federación Universitaria Española. Con respecto a su aportación a la sociología hispana, uno de sus discípulos, Salustiano del Campo, ha escrito que «su imagen y su influencia superan con mucho la aportación que hizo en su obra escrita al desarrollo de la sociología española, entre otras razones, porque a ella le dedicó solamente la última década de su vida, que estuvo antes consagrada a la Filosofía del Derecho». Salustiano del Campo Urbano, «Las tres institucionalizaciones de la Sociología española», *op. cit.*, p. 179.

9. González Seara, que en 1965 recibió una beca de la Fundación March en el área de comunicación social, había sido director del Instituto de la Opinión Pública, que en 1977 se convirtió en el Centro de Investigaciones Sociológicas (C.I.S.)

10. La primera Facultad de Sociología se creó en la Universidad Complutense (1973), siguiéndola en la década de 1980 la Autónoma de Barcelona

Y ahora es el momento de regresar a la Fundación Juan March y ver qué papel desempeñó en la institucionalización de la sociología en España.

LA SOCIOLOGÍA
EN LA FUNDACIÓN
JUAN MARCH ANTES DE 1986

En el capítulo 3 vimos que en 1972, siendo director Cruz Martínez Esteruelas, la Fundación March decidió iniciar otras actuaciones, en «un intento de dar más coherencia a la acción de la Fundación mediante la *atención especial a determinados sectores científicos y culturales*», y que «tras una serie de consultas y análisis de especialistas, se seleccionaron como Planes Especiales la Biología y Sociología». Naturalmente, surge inmediatamente la pregunta de por qué se seleccionaron precisamente estas materias, y no otras; la física, por ejemplo, entonces, años setenta, en la cima de su prestigio y poder, tanto científico como socioeconómico y político, o la economía, en la que interés intelectual y relevancia sociopolítica se yuxtaponían. Fueron precisamente las novedades que con relación a la sociología estaban teniendo lugar en la universidad española lo que más influyó en esa decisión. Eso y que se considerase la sociología, por decirlo de alguna manera, «la más científica de las humanidades», algo que ayudaría a que se desease promoverla al mismo tiempo que se continuaba apoyando a la literatura, teatro, poesía, filosofía, historia y otras ciencias humanas. Con claridad, así se decía en los *Anales de la Fundación Juan March*, 1973: «El Plan de Sociología prevé entre sus objetivos la formación de especialistas en

(1986), UNED (1987), Granada (1988), País Vasco (1988) y Alicante (1989). También hubo estudios oficiales de sociología en las universidades (privadas) de Deusto y León XIII (Pontificia, Madrid).

este campo para hacer frente a una necesidad derivada del creciente auge de la Sociología en España, del marcado interés por estos estudios y de la reciente institucionalización de los mismos en el marco de la Universidad española.

Naturalmente, no hay que olvidar tampoco la influencia de personas concretas, como González Seara. De hecho, algunos años después, el director de la Fundación, José Luis Yuste, se refirió a algunos de estos puntos al inaugurar, el 26 de abril de 1977, la I Semana de Biología. Dijo entonces Yuste: «En el año 1972, y tras consultar a un amplio grupo de científicos, la Fundación puso en marcha dos Planes Especiales, uno dedicado a la Sociología y otro a la Biología, áreas que se seleccionaron en virtud de su situación en España en aquel momento, del interés inmediato de las mismas, y de su carácter interdisciplinar».

En realidad, la sociología, junto al derecho, la economía y la comunicación, figuraba en un conjunto de disciplinas que fueron apoyadas por la Fundación Juan March inmediatamente después de su creación. En ese ámbito, si no totalmente homogéneo, sí algo, entre 1956 y 1980, la ayuda de la Fundación se materializó en cuatro premios y seis ayudas a la investigación, cinco programas, 287 becas de estudios en España y 229 en el extranjero. Pero fue el Plan Especial de Sociología de 1972, de cinco años de duración inicial, y que luego fue prorrogado, el que marcó la diferencia, dando lugar a convocatorias de becas de investigación sobre el «Cambio social y político» en la España del momento, de las que fueron beneficiarios numerosos equipos científicos e investigadores individuales. El jurado que tomaba las decisiones pertinentes estuvo constituido inicialmente por Juan Díez Nicolás, entonces catedrático de Sociología de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Málaga (más tarde pasó a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense), que era asesor secretario del Departamento de Ciencias Sociales de la Fundación; Rodrigo Fernández Carvajal, catedrático de Derecho Político de la Facultad de Derecho de la Universidad de Murcia; Luis

González Seara, catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense y decano de la misma; José Jiménez Blanco, catedrático de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid, y Juan Velarde Fuertes, catedrático y director del Departamento de Estructura Económica de la Universidad Complutense, a quienes se añadieron posteriormente Miguel Martínez Cuadrado, Juan Linz y José María Maravall. Además de estas convocatorias de becas, se organizaron diversas reuniones científicas sobre «Transición de los sistemas autoritarios a los sistemas pluralistas» y sobre «Grupos de presión».

Entre esos primeros becarios o receptores de ayudas de investigación mencionaré a los siguientes: Emilio Lamo de Espinosa (beca para el extranjero en 1971; tema: «Metodología de las ciencias sociales»; centro de trabajo: Universidad de Yale, en Estados Unidos, 1973; «Estudios de sociología del derecho», Universidad de California, Santa Barbara y Berkeley);¹¹ Carlos Moya Valgañón (ayuda de investigación, 1971; «La dinámica empresarial en el desarrollo español», con la ayuda de Manuel Sánchez Ayuso y José María Maravall); Luis González Seara (ayuda a la investigación, 1972; «La utopía y la planificación del futuro», con un equipo de colaboradores formado por José Sánchez Cano y Jaime Boneu Farré); José Jiménez Blanco (ayuda de investigación, 1972; «El papel social del científico en la sociedad española actual», junto a un equipo formado por Luis García Ballester, José María López Piñero y José Juan Toharia Cortes); Ramón García Cotarelo (beca en el extranjero, 1973; «Examen crítico de las teorías de la convergencia en los sistemas racionales», London School of Economics);

11. En lo que se refiere a las becas de sociología en el extranjero, la idea era (*Anales de la Fundación Juan March, 1973*) «contribuir a formar especialistas en centros extranjeros de reconocida autoridad con vistas a su posterior incorporación a la docencia o a la investigación en España. Con una duración máxima de dos años, estas Becas admiten la posibilidad de una prórroga de otros dos, orientada a la reinserción profesional del becario».

Amando de Miguel (beca en España, 1973; «El condicionamiento espacial de la estructura social española», con un equipo colaborador formado por Amparo Almarcha, Jaime Martín Moreno, Jesús Martínez Paricio, Juan Salcedo e Isabel Sebastián Gil); José Enrique Rodríguez Ibáñez (beca en el extranjero, 1973; «Estudios de sociología política», Universidad de California, Santa Barbara); y José María Maravall (beca en España, 1974; «El quehacer sociológico. Popper, Kuhn y el conocimiento científico»)¹²

Tenemos, en resumen, que de los sociólogos que habitualmente más se mencionan cuando se habla de la sociología en España a partir de la década de 1970, sólo investigadores y profesores como Juan Linz, Salvador Giner, Manuel Castells o Salustiano del Campo no se beneficiaron directamente, en aquellos años cruciales, de la acción de la Fundación Juan March (algunos de ellos, como Linz, establecerían más tarde, buenas relaciones con la Fundación).¹³ Y hay que tener en cuenta que algunos de los que acabo de men-

12. Cuando recibieron estas ayudas de la Fundación Juan March, Emilio Lamo de Espinosa (Madrid, 1946), licenciado en Derecho (1967) y en Económicas (1972) por Madrid, era, desde 1968, profesor ayudante de Filosofía del Derecho en la Facultad de Derecho y de Sociología en la de Ciencias Políticas, Madrid; Carlos Moya Valgañón (Córdoba, 1936) era (desde 1967) profesor encargado de cátedra de Filosofía Social en la Facultad de Ciencias Económicas y Políticas de la Universidad Complutense; Amando de Miguel (Pereruela, Zamora, 1937), doctor en Ciencias Políticas por la Universidad de Madrid, era catedrático contratado en la Universidad Autónoma de Madrid; y José María Maravall (Madrid, 1942) era doctor en Derecho por la Universidad Complutense y Research Fellow en Sociología en St. Anthony's College de Oxford.

13. Una muestra de estas buenas relaciones entre J. J. Linz y la Fundación Juan March es que en 2000 Linz, por entonces profesor emérito de Ciencia Política y Sociología de la Universidad de Yale, donó a la Fundación su archivo personal de prensa, con más de sesenta mil recortes correspondientes al período 1973-1989, seleccionados por él mismo de trece diarios españoles. Con tal material el Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales de la Fundación March inició en 2002 un proyecto multidisciplinar titulado *El archivo hemerográfico del profesor Juan J. Linz: la transición española en la prensa*

cionar, notablemente Juan Linz (Bonn, 1926) y Manuel Castells (Medellín, 1942), que se establecieron en el extranjero (en Estados Unidos, Linz, y en Francia y Estados Unidos, Castells), ayudaron desde allí a los sociólogos españoles (especialmente Linz).¹⁴

Continuando con la aportación de la Fundación March, tenemos que en 1981 ésta puso en marcha otros dos Planes de Trabajo, de cuatro años de duración, relativos al estudio de las Autonomías Territoriales y de la Comunidad Económica Europea. Uno y otro plan se concretaron sobre todo en convocatorias anuales de becas: las de Autonomías Territoriales, para estudios en el extranjero y, preferentemente, en países con administración descentralizada, regionalizada o federal (García de Enterría, Rubio Llorente y Sureda Carrión fueron los especialistas que tuvieron la mayor responsabilidad en el control de este programa); en cuanto a las segundas, se concedieron para estudios, en España o en el extranjero, sobre materias relacionadas con la entonces próxima integración de España en la Comunidad Económica Europea (el jurado estuvo compuesto por Hermenegildo Baylos, José María Jover, Juan Sardá, Luis Ángel Rojo y Jaime Carvajal). Obviamente la realidad política imponía la agenda de los programas que se apoyaban, que buscaban ayudar a clarificar y orientar a la sociedad española. El hecho es, en cualquier caso, que la Fundación había contribuido al desarrollo de la sociología en España. Y todavía quedaba más.

(1973-1989), con el objetivo de crear un espacio virtual (esto es, digitalizado y accesible a través de la red) para la investigación de lo que fue la transición democrática en España en el período indicado, que propicie la formación e investigación en transiciones a la democracia en general, y sobre la transición española en particular, y cuyo diseño pueda llegar a aplicarse a otros proyectos y disciplinas.

14. Desde la Universidad de Columbia y más tarde desde la Universidad de Yale, en Estados Unidos, Linz ejerció su magisterio sobre sociólogos como Amando de Miguel, José Castillo, José Cazorla y Juan José Toharia.

EL INSTITUTO JUAN MARCH
DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES

Un paso decisivo para que la Fundación March ampliase su actuación en el ámbito de la sociología fue la creación en noviembre de 1986 del Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, que constituye el fundamento legal y organizativo básico para las actividades en el fomento de la investigación de la Fundación. Conviene recordar brevemente la idea que subyacía en aquella entidad. Recurriendo a los *Anales* de la Fundación (volumen correspondiente a 1986), era caracterizada de la forma siguiente: «De ámbito nacional, carácter privado y finalidad no lucrativa, el Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones tiene por objeto la realización y promoción de estudios e investigaciones científicas o técnicas de postgrado en cualquier rama de la ciencia, la cultura y del saber humano. Para cumplir este fin, el Instituto se propone la creación sucesiva de diversos Centros de estudios avanzados o altos estudios; cada uno de los cuales estará dedicado a realizar o promover tareas de estudio, enseñanza, formación e investigación en una determinada área».

Aunque en principio podía dar cabida a «cualquier rama de la ciencia, la cultura y el saber humano», se utilizó el marco de ese Instituto para promover únicamente dos disciplinas: la sociología y la biología. Se crearon, en efecto, dos departamentos: el Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales y el Centro de Reuniones internacionales sobre Biología, aunque no al mismo tiempo. El primero en ser establecido fue —en marzo de 1986— el Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales (CEACS), mientras que el de Biología tuvo que esperar hasta enero de 1992. Como veremos en el próximo capítulo, en 1986 la biología era claramente apoyada por la Fundación, pero no se consideró conveniente dedicar un centro a ella dentro del nuevo instituto, aunque ya en enero de 1989, una vez concluido en 1988 el anterior Plan de Biología Molecular y sus Aplicaciones, se estableció un Plan de Reuniones Internacionales de Biología.

EL CENTRO DE ESTUDIOS AVANZADOS
EN CIENCIAS SOCIALES

Como reconoció José Luis Yuste en su intervención durante el acto de entrega de diplomas a los alumnos del CEACS, que tuvo lugar el 19 de febrero de 1993, «diversos profesores y expertos nos ayudaron a diseñar este Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, concretamente don Miguel Artola, don Francisco Rubio Llorente, don Luis Ángel Rojo y don Víctor Pérez Díaz». Precisamente se eligió a este último como primer director del Centro (1987). Víctor Pérez Díaz, catedrático de Sociología de la universidad Complutense, doctor en Sociología por las Universidades de Harvard y de Madrid, al igual que de Derecho en esta última, mantendría el puesto hasta 1992. En cuanto a las funciones, el nuevo centro pretendía «cumplir un triple objetivo. En primer lugar, realizar tareas de enseñanza y formación de investigadores en Ciencias Sociales y Políticas, sobre todo en el campo del estudio de los Estados y las sociedades contemporáneas, entendido en un sentido amplio e interdisciplinar. En segundo lugar, promover tareas de investigación. Y, por último, participar en el debate intelectual y público suscitado por estos temas en España».

Para llevar a cabo estos objetivos se acordó organizar programas de estudios y seminarios, con profesores nacionales al igual que extranjeros, que impartirían cursos a estudiantes seleccionados (en algunos casos también a un público más amplio), que podrían recibir becas y estarían «obligados a realizar investigaciones». Se trataba, en definitiva, de «formar un conjunto de estudiosos capaces de contribuciones significativas a la vida científica española en el campo de las ciencias sociales».

En cuanto a la presencia del CEACS en «el debate intelectual y público» español, la idea era que tal presencia se «plasmara en diferentes realizaciones, dentro del carácter predominante de estudio, investigación y formación. Entre otras figurará la pu-

blicación de una revista científica,¹⁵ con aportación de los profesores y estudiantes; organización regular de conferencias con intervención de los residentes, edición de libros y celebración de coloquios o conferencias de destacado interés». Esta dimensión de «presencia en el debate intelectual y público» en España, ha permanecido en un lugar muy secundario en las actividades del Centro hasta la fecha, un hecho acertado en mi opinión, habida cuenta de los riesgos que implica penetrar en el con frecuencia turbulento mundo de esos debates. Se optó, como la mejor forma para que la Fundación cumpliera con los fines para los que fue creada, contribuir a fomentar la excelencia —la profesionalidad (según criterios internacionales) al menos— en áreas de conocimiento específicas.

En julio de 1996, el Patronato del Instituto nombró director académico del Centro a José María Maravall, quien desde 1992 era miembro del Consejo Científico. Con Maravall, catedrático de Sociología de la Universidad Complutense, con una larga experiencia académica en Oxford (de cuya universidad, al igual que de la Complutense, es doctor), y también política (fue ministro de Educación en el primer gobierno del PSOE presidido por Felipe González), se reforzó la dimensión docente e investigadora del CEACS, dando asimismo una inclinación un tanto diferente a los contenidos (una orientación más «cuantitativa» y analítica, se podría tal vez decir, aunque no sea un término exacto, y atenta a las técnicas y problemas estadísticos). Javier Gomá, actual director de la Fundación, se le uniría como secretario general, puesto que había desempeñado hasta entonces, desde enero de 1992, cuando se creó el cargo, Leopoldo Calvo-Sotelo Ibáñez-Martín, quien tuvo que dejarlo al haber sido nombrado en mayo de 1996 subsecretario del Ministerio del Interior.

15. Esa revista anunciada nunca llegó a aparecer, aunque sí una serie de publicaciones: los *Estudios/Working Papers* y las *Tesis doctorales*, que reflejan lo esencial de las actividades del Centro.

El núcleo del CEACS ha sido un programa destinado a la obtención de los grados de *maestro*, primero, y de *doctor*, después. Para poder acceder a ese programa es preciso ser becario del Instituto Juan March, convocándose cada año seis plazas, que pueden alcanzar la duración de cuatro años: los dos primeros destinados a la obtención del grado de *master* («Maestro de Artes en Ciencias Sociales»), y, si se supera ese período satisfactoriamente, los dos años restantes para elaborar y redactar una tesis doctoral.¹⁶ Aquellos estudiantes que superan satisfactoriamente los estudios en el Centro, obteniendo el grado de doctor, pasan automáticamente a ser nombrados «doctores miembros del Instituto Juan March», con una serie de derechos (básicamente, disfrutar de las ventajas de que gozan los estudiantes-becarios). Desde su creación, en 1987, han sido 54 los alumnos que han completado sus tesis doctorales, mientras que 97 obtuvieron el título de *master*. Entre las tesis doctorales se encuentran títulos como los siguientes: «Políticas medioambientales y diseños institucionales en España y Alemania: la Comunidad Europea como escenario de negociación de una nueva área política» (Susana Aguilar Fernández, 1992), «La Organización Nacional de Ciegos: un estudio institucional» (Roberto Garvía Soto, 1992), «La oposición dentro del PRI y el cambio político en México (1982-1992). Crisis y transformación de un régimen autoritario» (Helena Varela Guinot, 1993), «Una teoría sobre el escándalo político. Conflictos en la esfera pública de la España del siglo XX» (Fernando Jiménez Sánchez, 1994), «Los partidos políticos de Grecia, Portugal y España ante la Comunidad Europea: explicación comparada del consenso europeísta español» (Berta Álvarez-Miranda Navarro, 1994), «La memoria histórica de la Guerra Civil española (1936-1939): un proceso de aprendizaje político» (Paloma Aguilar Fernández, 1995), «Políticas de reforma universitaria española:

16. En cuanto a la dotación de las becas, en el curso 1986-1987 era, por poner un ejemplo, de 90.000 pesetas mensuales, mientras que en el de 1997-1998 había ascendido a 135.000 pesetas.

1983-1993» (Leonardo Sánchez Ferrer; 1996), «La evolución silenciosa de las dictaduras. El régimen de Franco ante la prensa y el periodismo» (Elisa Chuliá Rodrigo; 1997), «Democracia y conflicto moral: la política del aborto en Italia y España» (Belén Barreiro Pérez-Pardo, 1998), «Convergencia y redes de políticas: la reconversión de la siderurgia integral en Gran Bretaña y España (1977-1994)» (Gabriel Saro Jáuregui, 2000), «Factores externos e internos en la transformación de los partidos políticos» (Elena María García-Guereta Rodríguez, 2001), o «Análisis comparado de las políticas sanitarias hacia las poblaciones de origen inmigrante en el Reino Unido, Francia y España» (Francisco Javier Moreno Fuentes, 2003).¹⁷

Naturalmente, un programa de este tipo necesita de un profesorado, y el CEACS ha contado con uno, formado por profesores, españoles o extranjeros, de otras universidades, que han desarrollado bien cursos completos o seminarios. La presencia de profesores extranjeros en el campo de la política comparada y la sociología política ha sido constante; así, por poner un ejemplo, durante los primeros cinco cursos que tuvieron lugar, veintidós dictaron cursos, y el doble aproximadamente, seminarios de investigación o conferencias (entre ellos, investigadores tan notables como Daniel Bell o Raymond Carr). Junto a los profesores hay que destacar la magnífica biblioteca del Centro: los fondos de la biblioteca son verdaderamente singulares en el panorama español. En el año 2000 eran 51.425 los volúmenes catalogados, incrementándose a un ritmo de algo más de tres mil cada año (aproximadamente la mitad donaciones), y recibéndose 554 publicaciones periódicas.

Con relación a la investigación que se realiza (recordemos que entre las funciones que le fueron asignadas al ser fundado aparece

17. Para más información sobre las actividades del CEACS durante su primera década de existencia, véase *Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales. Una década: 1987/1988-1996/1997* (Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, Madrid, 1997).

la de «producir trabajos propios y estimular trabajos ajenos de investigación en ciencia social»), destaca la producción por parte de los alumnos. No es habitual en el ámbito de las ciencias sociales la frecuencia de publicación, en revistas o libros nacionales y sobre todo internacionales, en doctorandos (es mucho más normal en el dominio de las ciencias experimentales). Un indicador de la calidad —y de los contactos, como negarlo, de los responsables del Centro— de las tesis finalizadas se encuentra en el dato de que trece de ellas hayan sido publicadas por editoriales comerciales o públicas abiertas al mercado.

Evaluar más a fondo la actividad del CEACS significaría entrar en cuestiones tan delicadas y complejas como si los doctores que produce están contribuyendo de manera significativa a mejorar la situación de la sociología en la universidad española, algo que va más allá de las metas del presente libro en el apéndice al capítulo siguiente presentaré alguna información relevante para abordar este tema, ahora simplemente diré que algunos de los graduados del CEACS ya han logrado instalarse en diversas universidades (nueve son ya profesores titulares —en las universidades Complutense [2], Carlos III, Salamanca [2], UNED, Burgos, Oviedo y Málaga—, dos profesores titulares interinos, ocho profesores asociados y cuatro profesores ayudantes). Lo que sí quiero resaltar es que el Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales representa una novedad en las actividades desarrolladas por la Fundación Juan March, que nunca hasta este caso tomó a su cargo un programa educativo, con alumnos, profesores y biblioteca, teniendo todo ello lugar en su propia sede del edificio de la calle Castelló.

La Fundación Juan March y la Biología

... el progreso científico, lejos de achicar el ideal humano, lo eleva y dignifica, poniéndolo en el total dominio de las fuerzas cósmicas, en la redención de la ignorancia, en el perfeccionamiento físico y moral de la especie humana, en la suspensión del dolor, en el retardo, y ¡quién sabe si en la desaparición! de la muerte natural.

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL,
*Fundamentos racionales y condiciones técnicas
de la investigación biológica* (1897).

Vivimos en la actualidad inmersos en una revolución científica, que tiene en su epicentro a las ciencias biomédicas, en general, y a las biológico-moleculares en particular. Prácticamente todos los días leemos en los periódicos noticias que nos muestran, con una claridad estremecedora, que estamos adentrándonos en nuevos territorios, territorios, además, que nos afectan especialmente puesto que tienen que ver con la vida, incluyendo, claro está, la vida humana. Consecuentemente, las ciencias biológicas ocupan hoy un lugar preferente en el panorama científico mundial. Y aunque cuando se repasa la historia de las ciencias biológicas del último siglo y medio se puede llegar fácilmente a la conclusión de que, al fin y al cabo, no es tan sorprendente que se haya producido, finalmente, semejante estallido científico en este campo, de hecho no po-

demos olvidar que hasta hace muy poco eran las ciencias físicas, que conocieron un desarrollo extraordinario a lo largo del siglo XX (física relativista y cuántica, cosmología, física de la materia condensada, electrónica, etc.), las que reinaban en el universo de la ciencia mundial. Sin duda de ninguna clase, cuando nació la Fundación Juan March, la física era la ciencia más atractiva y poderosa. Cuando nació, y durante unas cuantas décadas más también. Y sin embargo, cuando se repasa la historia de la Fundación es difícil no concluir que las ciencias biológicas, biomédicas, disfrutaron en ella de una situación de privilegio, situación que se reforzó especialmente a partir de la década de los años setenta, cuando ya era más fácil adivinar el futuro tan deslumbrante que esperaba, o mejor, del que ya comenzaban a gozar, esas disciplinas, particularmente las ramas biológico-moleculares.

¿Por qué, nos podemos preguntar, tal situación de privilegio en el apoyo de la Fundación? En realidad, no poseo una respuesta totalmente segura, absolutamente fiable, a esta cuestión, aunque, de todas maneras, aventuraré una explicación, que tiene que ver con el pasado científico español, con una tradición que a pesar de ser castigada, se resistió a morir.

LA (MALTRATADA) SOMBRA DE RAMÓN Y CAJAL ES ALARGADA

Santiago Ramón y Cajal, la gran figura de la ciencia española, en mi opinión, el único hijo de esta tierra nuestra que forma parte del exclusivo panteón de los grandes de la ciencia de todos los tiempos, aquellos cuyo recuerdo superará las fronteras del tiempo y del espacio, murió, recordemos, en 1934 (había nacido en 1852). Próximo el comienzo de la guerra civil, una contienda que acaso habría herido su corazón de patriota español mucho más que a la mayoría de sus compatriotas. Pero dejó discípulos, y un centro bien dotado: el Instituto Cajal. De la suma de ambos, discípulos e institu-

to, habría cabido esperar, y aun a pesar de aquella sangría que fue el exilio, que continuaran prosperando las ciencias neurohistológicas en España, extendiendo de esta manera la huella del maestro en el ámbito de la ciencia internacional.

De entre los discípulos de Cajal, el más unido a él fue Francisco Tello Muñoz (1880-1958). Cuando el maestro se jubiló, el 1 de mayo de 1922, su cátedra de Histología e Histoquímica y Anatomía Patológica de la Facultad de San Carlos no fue a parar, sin embargo, a él, sino, después de un concurso de traslado entre catedráticos de la misma disciplina, a Luis del Río y Lara (1855-1939), catedrático hasta entonces en Zaragoza. Al jubilarse éste, en 1925, la cátedra pasó ya a Tello. Todo parecía a punto para que el discípulo pudiera desempeñar el papel de Cajal en la dirección de su escuela: de hecho, fue designado director del Instituto Cajal a la muerte de éste, permaneciendo a su frente durante la guerra (con la ayuda de Fernando de Castro logró que continuase funcionando, a pesar de las duras condiciones, que incluían la presencia de milicianos: consiguieron, incluso, que se publicase el tomo correspondiente a 1937 de los *Trabajos del Laboratorio de Investigaciones Biológicas*). Pero tras la guerra, Tello fue separado de la dirección del Instituto y de su cátedra por una orden ministerial de 4 de octubre de 1939, mediante la cual se le incoó expediente de depuración, esgrimiéndose en su contra su ateísmo, no haber bautizado a sus hijos y haber desempeñado cargos en Madrid durante la guerra. No sería rehabilitado hasta septiembre de 1949, y de hecho más que una rehabilitación fue una medida de gracia para que pudiese cobrar una pensión: fue, en efecto, repuesto a una cátedra de Histología y Embriología General, que comenzó a ocupar el 1 de octubre de 1949, pero el 23 de abril de 1950 llegó la hora de su jubilación. En semejantes circunstancias, está claro que poco pudo hacer Tello para continuar la herencia de Cajal, aunque desde 1945 pudiese entrar en el Instituto Cajal (para ganarse la vida, recurrió, como otros represaliados, a trabajar para los laboratorios farmacéuticos IBYS).

Además de Tello, y más jóvenes que éste, la «escuela de Cajal» contaba en la época de la guerra civil con otros dos investigadores sobresalientes: Fernando de Castro (1896-1967) y Rafael Lorente de No (1902-1990). El segundo nada aportaría a la ciencia neurológica española de después de la guerra, y sí mucho a la de Estados Unidos, país al que se exilió y del que hizo su hogar. En cuanto a de Castro, también fue depurado en 1939, aunque rehabilitado rápidamente (en octubre del mismo año). Desde entonces hasta que en 1951 sucedió a Tello en su cátedra de la Facultad de Medicina, permaneció agregado al Instituto Cajal. Estaba, en consecuencia, en inmejorable situación para mantener la presencia de la escuela cajaliana en aquel centro. Y debería haber sido su director. Pero nunca lo fue.

El primer director del Cajal después de la guerra fue Enrique Suñer, que en 1937 había publicado (en Burgos) un libro, titulado *Los intelectuales y la tragedia española*, que contiene una de las muestras más flagrantes de revanchismo y desprecio a la labor de la Junta para Ampliación de Estudios (a la que sustituyó, por decreto, en 1939 el Consejo Superior de Investigaciones Científicas) que conozco. Pero estuvo poco tiempo en el cargo, ya que falleció en 1940. Le sustituyó un ¡ingeniero agrónomo!: Juan Marcilla Arrazola, catedrático de Microbiología y Enología de la Escuela de Agrónomos de Madrid desde 1924, y tras la guerra jefe de la Sección de Fermentaciones del Instituto. Marcilla dirigió el Cajal hasta 1946, cuando al crearse el Instituto de Microbiología pasó a él. Julián Sanz Ibáñez, hasta entonces secretario, fue designado nuevo director.

Sanz Ibáñez estaba mejor capacitado que sus predecesores, no siendo ajeno a la escuela de Cajal (había trabajado, por ejemplo, con Tello en el Instituto Nacional de Higiene, donde instaló una sección de cultivo de tejidos, y ampliado estudios en Viena; después de ocupar cátedras de Histología e Histoquímica, Técnica Micrográfica y Anatomía Patológica en Santiago y Valencia, en diciembre de 1944 obtuvo la de Anatomía Patológica en Madrid).

Parece, por consiguiente, difícil negar que los discípulos más directos de Cajal no fueron favorecidos, y que a consecuencia de ello

su escuela sufrió un grave quebranto. Así lo reconoció Pedro Laín Entralgo en su conocido libro de 1976, *Descargo de conciencia*, en el que señaló que las consecuencias del tratamiento que se estaba dando al Instituto Cajal no eran ignoradas por las autoridades del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, mandarín de la ciencia española de la época. Refiriéndose al secretario general de la institución, José María Albareda, Laín escribió:¹ «Más de una vez le oí decir a Fernando de Castro», quien «no como director del Instituto Cajal, que nunca lo fue, sino como máximo representante de la escuela cajaliana, se creyó en la obligación de exponer al Secretario General del CSIC la penosa situación en que por falta de recursos se encontraba dicho Instituto, “Que el Cajal se nos muere, Albareda”. A lo cual éste respondió algo que en un gerente de la ciencia española en la segunda mitad del siglo XX resulta punto menos que increíble: “Qué quiere, Castro; todo en la historia se muere alguna vez”».

Y terminó muriéndose. O, por lo menos, transformándose radicalmente. De entrada, porque el edificio, el Instituto Cajal, del cerro de San Blas pasó a otro ministerio (Obras Públicas) y a otras funciones. En su lugar, el Consejo construyó un Centro de Investigaciones Biológicas (comúnmente denominado «el Cajal»), que abrió sus puertas oficialmente el 8 de febrero de 1958, con Gregorio Marañón —ya de regreso de su exilio parisino y bien instalado en la España oficial— de director. Aunque el nuevo centro nació para dedicarse a la investigación neurofisiológica, neuroquímica y microbiológica (pero sin apenas restos directos de la escuela de Cajal), resultó ser uno de los lugares —acaso el principal, ciertamente no el único— desde los que se impulsó el desarrollo de la bioquímica en España. Tal desarrollo tuvo allí su instrumento de materialización en Alberto Sols

1. Pedro Laín Entralgo, *Descargo de conciencia* (Alianza Editorial, Madrid, 1976, p. 284). Para más detalles acerca del Instituto Cajal y su herencia científica, véase María Jesús Santesmases, *Entre Cajal y Ochoa. Ciencias Biomédicas en la España de Franco, 1939-1975* (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2001).

(1917-1989), quien con el apoyo de Albareda encontró acomodo en el Centro de Investigaciones Biológicas, inicialmente como colaborador científico del Consejo, tras haber pasado tres años (con becas del CSIC y de la Universidad norteamericana) en el grupo de Carl Cori en la Universidad de Washington.² Aunque Sols no era un discípulo de Cajal, en cierto sentido era heredero indirecto de la tradición que él, más que ningún otro, había establecido. Y es que las tradiciones científicas que en algún momento se establecen con firmeza y excelencia son difíciles de erradicar completamente. Su sombra es muy alargada. Su recuerdo permanece en formas muy diversas; por ejemplo, en cátedras o institutos que no desaparecen de la noche a la mañana. Todo esto, junto al hecho evidente de que las ciencias biomédicas no son comparables a otras, en lo que a la atención que reciben, históricamente, de un país (un Estado puede vivir —malamente, es cierto— sin físicos, químicos o matemáticos, pero no sin médicos), ayuda a comprender que en una nación atrasada científicamente como era España a mediados del siglo XX las ciencias biológicas se encontrasen en una situación, institucional e individual, mejor que otras disciplinas, no importa que podamos mencionar físicos, químicos o matemáticos brillantes, e independientemente de que la física fuese una ciencia especialmente apreciada socialmente.

Y falta un elemento más. Un elemento que tiene nombre y apellido: Severo Ochoa (1905-1993), quien, por cierto, se decidió a estudiar Medicina, en la Universidad Central de Madrid, por el ejemplo de Cajal (su desilusión fue grande cuando se encontró con que el maestro ya se había jubilado y no podía por tanto recibir sus enseñanzas directas en la cátedra).³ Como es bien sabido, Ochoa abandonó España, convirtiéndose en un exiliado más, en 1936, ins-

2. Sobre Sols, véase María Jesús Santesmases, *Alberto Sols* (Instituto Juan Gil-Albert, Alicante, 1998).

3. «Los descubrimientos del gran histólogo español Santiago Ramón y Cajal», manifestó Ochoa en un artículo autobiográfico, «me habían impresionado y soñaba con tenerle como profesor de histología cuando entré en la Fa-

talándose finalmente en Estados Unidos, cuya nacionalidad adoptó (como ciudadano de ese país recibió en 1959 el premio Nobel de Fisiología y Medicina). Pero Ochoa no olvidó sus orígenes, y así acogió en su laboratorio del Departamento de Bioquímica de la Universidad de Nueva York a jóvenes investigadores españoles, como Margarita Salas (1938) o Eladio Viñuela (1937-1999), que además de contribuir a que la biología molecular española prosperase, en su momento contribuirían a orientar las actividades en la promoción de la biología de la Fundación March, formando parte de sus consejos asesores.⁴

Es posible, de hecho, imaginar algo así como una posible, aunque indirecta, «conexión» Ochoa-Eladio Viñuela-Margarita Salas-Fundación Juan March.

cultad después de un año previo de estudios de física, química, biología y geología. No puedo describir lo decepcionado y triste que me sentí cuando me di cuenta de que Cajal se había retirado de su cátedra a pesar de que continuó investigando en el laboratorio que el gobierno español le había proporcionado en Madrid». Severo Ochoa, «The pursuit of a hobby», *Annual Review of Biochemistry* 49, 1-30 (1980). He utilizado la versión al español: «La persecución de un hobby», en Severo Ochoa, *Escritos* (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1999, pp. 51-92; p. 52).

4. Eladio Viñuela y Margarita Salas se licenciaron en Ciencias Químicas en la Universidad de Madrid en 1960. El año siguiente empezaron a trabajar en el Centro de Investigaciones Biológicas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Viñuela bajo la dirección de Sols y Salas bajo la de Eugenio Ortiz de la Vega, jefe del laboratorio de Genética, aunque ambos debieron bastante a Sols (por ejemplo, los ocho primeros artículos científicos que Margarita Salas publicó —en revistas extranjeras, 1963-1965— fueron en colaboración con Sols y Viñuela). Una vez que obtuvieron sus doctorados, en 1964 (se habían casado en 1963), se incorporaron al laboratorio de Bioquímica de Ochoa (del que Salas era pariente) en Nueva York. Allí, y hasta 1967, año en que regresaron a España, Margarita Salas trabajó en biosíntesis de proteínas y Eladio Viñuela en replicación del ARN. Durante su primer año de estancia en Estados Unidos ambos fueron becados por la Fundación March (los años siguientes lo fueron por los National Institutes of Health y por la Jane Coffin Childs Memorial Fund for Medical Research).

En 1959, Severo Ochoa recibía el premio Nobel de Fisiología o Medicina, compartido con Arthur Kornberg, «por su descubrimiento de los mecanismos en la síntesis biológica del ácido ribonucleico (ARN) y del ácido dextrirribonucleico (ADN)». Y aunque por entonces ya era un súbdito estadounidense, su galardón fue recibido casi como propio en el país que le había visto nacer. De hecho, la concesión del premio Nobel a Ochoa «debe considerarse otro factor que contribuyó al establecimiento de la bioquímica en España y al reconocimiento que esa disciplina obtuvo de la comunidad científica e investigadora española». ⁵ Y no sólo fue un apoyo disciplinar, también, cuando tuvo oportunidad, Ochoa apoyó a individuos concretos.

Una de esas oportunidades llegó en 1967, año en el que, entre el 8 y el 12 de mayo, Severo Ochoa desarrolló un curso sobre «Base molecular de la expresión del lenguaje genético» en la Sociedad de Estudios y Publicaciones, creada en 1947 por iniciativa de Juan Lladó, consejero delegado del Banco Urquijo. Era el primer curso que Ochoa dictaba en la España de Franco y fue recibido con gran interés, tanto por el público que asistió a las sesiones como por la prensa. Como ha recogido María Jesús Santesmases, ⁶ en una de las entrevistas que concedió (*ABC*, 13 de mayo de 1967), Ochoa «aprovechó su estancia en España para informar sobre los temas de investigación que le ocupaban a él y a sus colaboradores en Nueva York —en especial sobre el ARN de los virus y su multiplicación— y para reclamar medios para la investigación en España: «Actualmente —dijo— España no cuenta con medios suficientes para abordar estudios de biología molecular similares a los que se realizan hoy en una veintena de centros norteamericanos y en el Instituto Pasteur en París y en la Universidad de Cambridge en Europa... Sin embargo, estos estudios tendrán pronto inicio aquí por una serie de

5. María Jesús Santesmases, *Entre Cajal y Ochoa*, *op. cit.*, p. 119.

6. María Jesús Santesmases, *Severo Ochoa. De músculos a proteínas* (Síntesis, Madrid, 2005, pp. 295-296).

jóvenes científicos españoles que se han formado en mi laboratorio de Nueva York”». «Con aquellas declaraciones públicas de Ochoa», añade Santesmases, «el grupo de primeros investigadores dedicados a la biología molecular en España obtuvo esta extraordinaria publicidad. Jaume Palau y Juan Antonio Subirana en Barcelona. David Vázquez, Margarita Salas y Eladio Viñuela —por ser precisamente a los que Ochoa se refirió como “formados en mi laboratorio”—, en Madrid, pueden considerarse introductores de la biología molecular en España, y Ochoa se confirmaba como mentor del grupo. Su imagen de promotor, basada en el reconocimiento científico que había logrado fuera de España, se hacía explícita con el aviso que daba de los próximos inicios de la biología molecular. Si ya había investigaciones bioquímicas, y el apoyo de Ochoa estaba siendo fundamental aunque escaseara el apoyo económico público para la investigación en España, como él mismo estaba diciendo, se daría, afirmaba, otro paso en la actualización de la investigación en España, cuando, según sus palabras, apenas había “una veintena de centros” dedicados a la biología molecular en Norteamérica y Europa».⁷

No es imposible, ni mucho menos, suponer que, de una u otra manera, bien las declaraciones de Ochoa o el ambiente que éstas generaron, junto con su propio prestigio y esa «herencia cajaliana» a la que me he referido, constituyesen elementos importantes que

7. Datos biográficos de algunos de los científicos mencionados aquí se encuentran en María Jesús Santesmases y Emilio Muñoz, *Establecimiento de la bioquímica y de la biología molecular en España* (Fundación Ramón Areces, Madrid, 1997). David Vázquez (1930-1986), premio Príncipe de Asturias de Investigación Científica y Técnica de 1985, falleció, prematuramente, el 15 de febrero de 1986. Era profesor de investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, miembro de la Real Academia de Ciencias y fue uno de los fundadores del Centro de Biología Molecular, del Consejo y la Universidad Autónoma de Madrid, que también dirigió durante dos años. Ochoa escribió una sentida necrológica de él en el diario *ABC* («David Vázquez Martínez», 26 de febrero de 1986), reproducida en Severo Ochoa, *Escritos, op. cit.*, pp. 207-208.

ayuden a entender por qué la Fundación Juan March decidió apoyar en un momento determinado, cuando no era evidente que esa apuesta sería la ganadora, a las ciencias biológico moleculares.⁸ Y que Eladio Viñuela y Margarita Salas formasen parte del grupo de sus asesores más destacados.

Y ahora sí, pasemos a detallar la relación de la Fundación Juan March con la biología.

LA BIOLOGÍA SE ABRE CAMINO EN LA FUNDACIÓN JUAN MARCH

Aunque hasta 1970 no existió un departamento con el nombre específico de biología, las ayudas y becas concedidas desde 1957 en áreas denominadas Ciencias Naturales, Ciencias Médicas, Ciencias Químicas o Ciencias Agrícolas trataron con frecuencia de temas directamente relacionados con la biología. Mención especial merece, dentro de estas iniciativas, el Plan Especial de Biología, iniciado en 1973 y que permaneció vigente durante cinco años, coexistiendo con la concesión de las ayudas y becas antes mencionadas. Dentro de ese Plan se abrieron distintas convocatorias de becas, para España y para el extranjero, especializadas en «Neurobiología, Genética, Métodos Físicos Aplicados a la Biología y Estudios sobre Especies y Medios Biológicos Españoles».

8. Tampoco hay que olvidar que Ochoa prestó su prestigio y experiencia —como también otro exiliado, Juan Oró, que en alguna ocasión tomó la tribuna de la Fundación March— para colaborar en las reformas que el ministro de Educación José Luis Villar Palasí se propuso hacer en la universidad española a finales de la década de los años sesenta. Fruto de estas iniciativas sería el establecimiento del Instituto de Biología Fundamental de Barcelona (1970) y del Centro de Biología Molecular en el campus de la Universidad Autónoma de Madrid, un centro que ha contribuido de manera importante al desarrollo de la biología molecular en España, y en el que trabajaron Eladio Viñuela y Margarita Salas.

Una vez que, en 1975, la Fundación se trasladó al edificio de la calle Castelló, se comenzaron a organizar algunos cursos universitarios sobre temas relacionados con la biología. En aquellos primeros cursos, compuestos habitualmente por cuatro lecciones públicas, fueron conferenciantes José María Rodríguez Delgado, Juan Oró, Francisco Grande Covián, Josep Laporte Salas, Santiago Grisolia y Alberto Sols.⁹ Además de estas lecciones, se organizaron también reuniones científicas. Así, en 1975 se celebró un Seminario sobre la «Investigación científica en la Universidad», en el que participaron Severo Ochoa, Julio Rodríguez Villanueva, Carlos Sánchez del Río, Alberto Sols, Manuel Losada, Antonio González y Federico Mayor Zaragoza.

El mismo año, en septiembre, tuvo lugar un coloquio sobre «Avances en la Bioquímica en España», en homenaje a Ochoa, con comunicaciones de 26 científicos. Durante el acto de inauguración del coloquio (29 de septiembre de 1975), el director gerente de la Fundación, José Luis Yuste, pronunció unas palabras que no sólo intentaban honrar a don Severo, sino también recalcar el interés que la institución tenía por las ciencias biológicas:

Con este acto científico que ahora comienza, la Fundación Juan March quiere asociarse públicamente al homenaje que la ciencia y la sociedad española tributa en estas fechas al Dr. Ochoa... En la vieja polémica de la ciencia española, el ejemplo y el mérito de D. Severo Ochoa sirve de estímulo y fuerza a la reflexión. Solo la efectiva participación de España en la cultura occidental nos puede granjear el respeto y consideración de otros pueblos y naciones, como sucedió en nuestros mejores siglos. Y en estos momentos puede confortar

9. Grisolia (Valencia, 1923), se licenció en Medicina en Madrid en 1944, incorporándose el año siguiente al laboratorio de Ochoa en Nueva York. Su relación y aprendizaje durante un año con Ochoa le abriría las puertas del mundo científico estadounidense: se doctoró en la Universidad de Chicago, pasando en 1947 a la Universidad de Wisconsin, en Madison, donde permaneció siete años, tras los cuales se convirtió en profesor de Bioquímica en la Universidad de Kansas.

asistir a una reunión como la presente donde aquí y ahora se va a hablar un lenguaje universal, que es el lenguaje del rigor, el lenguaje de la ciencia...

Al asociarse la Fundación Juan March a este homenaje, quiere incluir también en él sus más queridas realizaciones en el campo de las investigaciones biológicas, al que dedica en la actualidad uno de sus más ambiciosos Planes de actuación. Una gran institución nacional como es ésta, ha de emplear los recursos económicos de que dispone —siempre limitados en relación a las necesidades a atender— en iniciativas que redunden en provecho para el presente y el futuro del país. Como todas las instituciones humanas, las fundaciones están necesitadas de una constante justificación, y es responsabilidad propia de sus administradores rendirla ante la sociedad a la que sirven.

Pues bien: el interés y el esfuerzo desplegado por esta Fundación en propiciar y fomentar la investigación biológica española ha sido constante desde hace ya muchos años. Un dato revelador y que —no hay por qué ocultarlo— nos ha llenado de satisfacción es el siguiente: tras de mi intervención en este lugar, tienen anunciada su lectura de comunicaciones, según el programa libremente confeccionado por los organizadores de este encuentro científico sin previo concierto con la Fundación, 26 ponentes, investigadores y profesores reputados; 18 de ellos, más del 70 por ciento, han sido becarios de esta casa, en España o en el extranjero, en años valiosos de su formación o importantes para la coronación de sus investigaciones en curso...

La sociedad española ha de despertar a ese sentir científico y debe desterrar la pereza y el conformismo. Si cualquier ocasión es buena para recordarlo, la presencia de Vd. en este acto, Dr. Ochoa, ha de ser memorable para esta Fundación, que honrándole a Vd. se honra a sí misma.

Continuando con esta somera y superficial recapitulación de las actividades desarrolladas por la Fundación en el campo de la biología, tenemos que en 1977 tuvo lugar la «I Semana de Biología», en la cual se presentaron resultados de algunas investigaciones promovidas durante el Plan Especial de Biología promovido por la Fundación. Con análogo objetivo se organizó en 1979 la «II Se-

mana de Biología». En ambas reuniones actuó como moderador David Vázquez. Sin embargo, el apoyo específico de la Fundación a la Biología no adquirió una intensidad mayor hasta comienzos de la década de 1980, cuando se decidió abandonar la política de becas para, en principio, cualquier campo, pasando a seleccionar lo que se podía denominar como «áreas prioritarias». Conviene recordar lo que a este respecto se decía en los *Anales de la Fundación Juan March 1981*:¹⁰

Planes especiales

Con objeto de concentrar su atención en áreas específicas de trabajo que permitan obtener resultados apreciables y eviten la dispersión de esfuerzos, la Fundación Juan March, que venía convocando becas y ayudas en veintidós campos científicos y humanísticos, inició en 1981 el proyecto de impulsar, durante cuatro años, tres Planes de actuación dentro de las áreas de ciencias experimentales y de ciencias sociales. Estos Planes, que en el período 1981-1984 sustituirán a las convocatorias generales de becas, tienen por objeto la Biología Molecular y sus aplicaciones, las Autonomías Territoriales y los Estudios Europeos.

Más específico es lo que se lee en el *Boletín Informativo*:¹¹

A lo largo de los últimos años, la Fundación Juan March ha venido desarrollando un Plan Especial de Biología que ha apoyado mediante becas y ayudas diversas investigaciones y actividades científicas en Genética, Neurobiología, Especies y Medios Biológicos Españoles y Métodos Físicos Aplicados a la Biología. A la vista de los satisfactorios resultados alcanzados, la Fundación promueve ahora un nuevo Plan, circunscrito en esta ocasión al ámbito de la Biología Molecular, con lo que se trata de concentrar los recursos disponibles en una especialidad seleccionada en razón de su impor-

10. Página 13.

11. Número 100 (enero de 1981).

tancia intrínseca, su potencial de crecimiento, su amplia gama de repercusiones prácticas y su grado de desarrollo actual en España.

El propósito era contribuir al desarrollo de la biología molecular a través de dos vías concretas: la formación del personal investigador especializado en estas materias (las primeras becas —trece para el extranjero y cuatro para España— se concedieron aquel mismo año 1981; entre 1981 y 1985 la Biología fue favorecida con un total de 104 Becas y Ayudas de Planes Especiales —24 en España y ochenta en el extranjero—, frente a 31 —todas en el extranjero— en el campo de «Autonomías territoriales» y 44 —19 en España y 25 en el extranjero— para «Estudios europeos») y el intercambio de conocimientos e ideas entre los distintos grupos o laboratorios que se dedicaban a ellas en España o en el extranjero.

Con el fin de ayudar a la formación del personal investigador y para contribuir al intercambio de conocimientos e ideas entre españoles y extranjeros, pronto comenzaron a celebrarse ciclos de conferencias dedicadas a desarrollar diversos temas de biología. El primero de estos ciclos tuvo lugar entre el 10 y el 31 de mayo de 1982. Antonio García-Bellido, Rodney Porter, César Milstein y Sydney Brenner fueron los conferenciantes, en un curso titulado «La nueva biología». Algunos de ellos desempeñarían en el futuro, como veremos, un papel destacado, como asesores, en las actividades de la Fundación March en el dominio de la biología. Tras este curso vinieron: 1983, «La nueva neurobiología» (David H. Hubel, Roger Guillemin, A. Claudio Cuello y Leslie L. Iversen); 1984, «ADN y cáncer» (Frederick Sanger, perteneciente al selecto y reducido grupo de los que han obtenido dos premios Nobel —los recibió, ambos de Química, en 1958 y 1980—, el también Nobel Aaron Klug, George Klein y Manuel Perucho);¹² 1985, «ADN y expresión genética» (Margarita Salas, Walter Gilbert, premio No-

12. En el capítulo 3, a propósito del Programa Cultural Albacete, me referí a la conferencia que Perucho dictó en la Fundación dentro de este ciclo.

bel, John B. Gurdon, Piet Borst y Yuri Ovchinnikov); 1986, «Medicina molecular» (Max F. Perutz, Eladio Viñuela, Christian de Duve y David J. Weatherall); 1987, «Receptores celulares y señales químicas» (Michael J. Berridge, Jean-Pierre Changeux, Pedro Cuatrecasas, Miguel Beato, Leo Sachs y Gerald M. Edelman); 1988, «La nueva inmunología» (Brigitte A. Askonas, Roberto J. Poljak, Susumu Tonegawa y Baruj Benacerraf).

Junto a estos cursos, y añadiendo fuerza a la atención creciente que la Fundación dedicaba a la Biología, durante los dos últimos años citados se organizaron unas actividades más avanzadas: en 1987, por un lado un curso, de cinco días de duración, sobre «Bases genéticas del desarrollo», dirigido por Enrique Cerdá, que tuvo como profesores principales a José Antonio Campos Ortega y Michael Brand y al que asistieron 24 jóvenes biólogos de distintas universidades españolas, y por otro un simposio en homenaje a Antonio García-Bellido, en el que presentaron ponencias Sydney Brenner, Gunther S. Stent, Edward B. Lewis, David S. Hogness, Eric H. Davidson, John B. Gurdon y François Jacob. Severo Ochoa presentó el acto. En 1988 se celebraron otras dos actividades similares: un curso «Evolución del genoma», organizado por Eladio Viñuela, de una semana de duración, que contó con diez lecciones básicas a cargo de Russell F. Doolittle, y una serie de diez conferencias-colloquio por otros diez científicos extranjeros. Asistieron 33 especialistas hispanos. La segunda actividad fue un simposio de tres días de duración y quince ponencias sobre la «Base celular de la morfogénesis», organizado conjuntamente con la CIBA Foundation, institución a la que volveré a referirme más adelante.

No es difícil ver en actividades como éstas el germen de la idea de crear un centro que se ocupase sistemáticamente de seleccionar temas y participantes en reuniones sobre temas de biología, especialmente de biología molecular. Ahora bien, había otras posibilidades, que también se exploraron. Como la de que el fin de los ciclos no fuese tanto el tema a tratar, sino algo así como una «excusa» para traer a Madrid a distinguidos biólogos, que además de sus

conferencias en la sede de la Fundación participasen en seminarios, al igual que en otros intercambios en centros y laboratorios afines a sus especialidades. De esta forma la Fundación Juan March rendiría un valioso servicio a la comunidad biológica española. Sin embargo, y aunque, como he señalado, se tomaron algunas iniciativas en semejante dirección, no sería este el camino que se adoptó finalmente.

No lo he dicho todavía, pero es necesario mencionarlo ya, antes de continuar avanzando. Me refiero a la participación, fundamental, de Andrés González en la orientación, control y desarrollo de las actividades de la Fundación March en el dominio que estoy tratando en el presente capítulo. González, ingeniero industrial, se había incorporado a las tareas de la Fundación en 1974, siendo inicialmente director de los servicios administrativos, administrador del Museo de Arte Abstracto de Cuenca después, y finalmente director del Centro de Biología, primero, y del Centro de Reuniones Internacionales de Biología cuando éste se creó, puesto en el que permanecería hasta su jubilación en 2003. No era, como vemos, un biólogo, pero obtendría una visión de conjunto y conocimientos concretos de las ciencias biológicas que ya querrían para sí muchos profesionales. Además, y por encima de todo, tejería una red de contactos internacionales del más alto nivel que fueron esenciales para los logros que la Fundación conseguiría.

CONSIDERANDO CAMINOS POSIBLES

En el archivo de la Fundación existe un documento sin firmar (todo parece indicar, sin embargo, que fue preparado por Andrés González) que nos sirve para entender tanto los caminos de actuación en el ámbito de la biología, como los procedimientos de asesoramiento que se utilizaban. Tal documento es, asimismo, vital para entender la creación del Centro de Reuniones Internacionales de Biología. Lo cito a continuación:

Conversaciones sobre un posible Instituto de Biología Molecular en la Fundación Juan March.

Dr. Gerald Edelman,¹³ 4 de abril 1987.

La idea del Instituto surgió en conversación con él, al comentarle el deseo de la Fundación de continuar trabajando en Biología Molecular, superando la etapa de concesión de becas, y en una actividad que no presuponga la necesidad de laboratorios propios.

Nos propuso tomar como ejemplo su Instituto de Neurociencias en Nueva York, con un contenido de actividad que se resume en páginas adjuntas a este informe.

Aceptó enseguida mi argumento de que la Neurociencia no es el área de trabajo apropiada en España, por la falta de masa científica crítica. El sector de Biología del Desarrollo le pareció muy bien para centrar el trabajo del Instituto, porque tiene capacidad de expansión futura y hay buenos grupos españoles que trabajan en él.

Sugirió comentar la idea con los Drs. Milstein y Brenner, a cuyas opiniones se somete gustoso. Caso de coincidir ambos en la misma apreciación de que esta iniciativa es posible, sugiere una reunión (quizá en Nueva York, en su Instituto) en que ellos tres, con la incorporación de A. García-Bellido y las personas responsables de la Fundación, pudiesen trazar las grandes líneas de trabajo de nuestro nuevo Instituto.

Dr. César Milstein,¹⁴ 17 de mayo de 1987.

Estudiamos de modo muy pormenorizado el tipo de actividad que podría desarrollar el Instituto. Sus ideas ya van incorpo-

13. Gerald Edelman obtuvo el premio Nobel de Fisiología o Medicina en 1972, compartido con Rodney Porter (quien, como ya hemos tenido la oportunidad de comprobar, también participó en actividades de la Fundación), por «sus descubrimientos relativos a la estructura química de los anticuerpos».

14. César Milstein, argentino que tuvo que exiliarse por razones políticas de su país, instalándose en el Reino Unido, país cuya nacionalidad terminaría adquiriendo, obtuvo el premio Nobel de Fisiología o Medicina en 1984, compartido con Niels K. Jerne y Georges J. F. Köhler, por «sus teorías relativas a la especificidad en desarrollo y control del sistema inmunológico y su descubrimiento del principio para la producción de anticuerpos monoclonales».

radas en las páginas adjuntas, que se redactan tras la conversación con él.

Particularmente propuso cautela al definir la «etiqueta» de identificación del Centro, ya que si éste nace con carácter abierto (por ejemplo, con un nombre tan amplio como Biología Molecular) no se vería constreñido a excluir en el futuro actividades que puedan parecernos de interés. Podrían decidirse, dentro del título amplio central, campos prioritarios de trabajo (por ejemplo, Biología del Desarrollo) que tendrían duración inicial determinada, prorrogable, y que podrían ir variando con el tiempo.

Sugirió que no abandonemos del todo las becas, reservando en los presupuestos alguna cantidad, aunque sea pequeña, para apoyar a científicos prometedores que puedan necesitarlo.

Dr. Aaron Klug,¹⁵ 20 de julio de 1987.

Le expliqué con cierto detalle la idea del Instituto, que le pareció muy razonable. Insistió en que el sector biológico de actividad que escojamos para centrar el Instituto, sea cual fuere, esté científicamente consolidado en España, lo que deja fuera a la Neurobiología sin duda ninguna. Debemos apoyar lo que tenga cierta consistencia, con lo que claramente le parece que la Biología del Desarrollo es una opción seria a considerar. Si decidimos elegir este sector, habríamos de hablar con A. García-Bellido cuanto antes.

No cree conveniente que abandonemos definitivamente las becas. Deberíamos conservar algún pequeño número de éstas, o una reducida parte del presupuesto del Instituto, para apoyar a científicos jóvenes. Esto no tiene por qué ser contradictorio con la actividad general que tenemos planteada.

Convendría llegar a algún acuerdo con un buen laboratorio español (mencionó como posible el CBM) para, a cambio de cualquier tipo de ayuda, poder utilizar en caso necesario sus instalaciones, su biblioteca, etc.

15. Aaron Klug obtuvo el premio Nobel de Química en 1982, por «su desarrollo de la microscopía electrónica cristalográfica y haber elucidado la estructura de importantes complejos biológicos de proteínas ácidonucleicas».

Como recomendación final me animó a ver físicamente el Instituto del Dr. Edelman, del que sólo tenía por ahora noticia documental.

Dr. Sydney Brenner,¹⁶ 21 de julio de 1987.

Le parece claro que la actividad del Instituto debe centrarse en Biología del Desarrollo. Es razonablemente fuerte en España, está creciendo muchísimo en todo el mundo y lo va a hacer todavía más en el futuro. Es un campo de inmensas posibilidades.

Recomienda enfocar con mucho cuidado las iniciativas fundamentales del Instituto (me recuerda, por ejemplo, que hay un congreso anual de *Drosophila* que ya se celebra regularmente en Creta, y no deberíamos entrar a competir con ese tipo de cosas). Subraya la posibilidad de objetivos de carácter *européo*: hay buenos grupos de Biología del Desarrollo en Suiza, Francia, Alemania, quizá haya algo interesante en Portugal. Si lográramos organizar alguna reunión, quizá cada año, de ámbito europeo, podríamos además obtener apoyos financieros en algunos de estos países.

Hemos de incluir en nuestro proyecto la Biología del Desarrollo en *plantas*. Está empezando ahora y es un campo importantísimo, que en España tendrá buena base y puede dar mucho juego.

Recomienda, finalmente, que no desechemos del todo las becas. En conexión con la actividad normal del Instituto, siempre surgirán necesidades de apoyo a gente joven que no deben quedar imposibilitadas.

A continuación se incluía un «Presupuesto de gastos y recursos para las nuevas iniciativas en el Centro de Biología». Comenzaba con unas previsiones para el bienio 1989-1990, en el que «la capacidad de ejecución de las iniciativas del Centro... estará en fase de rodaje y puesta a punto». En concreto, para el primer año (1989)

16. Sydney Brenner recibió el premio Nobel de Medicina o Fisiología de 2002, compartido con Robert Horvitz y John Sulston, por «sus descubrimientos relativos a la regulación genética del desarrollo de órganos y la muerte programada de células».

parecía «razonable» que pudiese acometerse un programa que incluyese las siguientes actividades: un curso del tipo «Genome Evolution» («Evolución genómica»; cuatro millones de pesetas), un curso del tipo «La Rábida» (dos millones), dos «seminarios informales, más reducidos» (cuatro millones), un ciclo de conferencias de alto nivel (tres millones), dos becas de un año y una de dos años (doce millones), cuatro reuniones «a iniciativa de laboratorios españoles» (seis millones), y dos profesores visitantes por un año sabático (seis millones). A todo esto habría que añadir, en lo que al presupuesto se refiere, otras actividades no previsibles (diez millones), infraestructura informática (tres millones), publicaciones (dos millones) y Consejo Científico (cinco millones, incluidos viajes y gastos). En total, el presupuesto para 1989 sería de 59 millones de pesetas. Para 1990, se preveían unos gastos parecidos (67 millones). Es cierto que desaparecerían los desembolsos iniciales de infraestructura informática, pero se pensaba que tal vez se podría organizar un «simposio del tipo CIBA, con un coste de diez millones de pesetas, y subirían las publicaciones de dos a cinco millones».

Para el bienio siguiente (1991-1992), «y alcanzada su velocidad de crucero», cabía «imaginar que se aumenten de modo notable sus iniciativas». En consecuencia, se preveía un presupuesto de 134 millones de pesetas para cada uno de los dos años. Cabe señalar que también se suponía que el desarrollo de la actividad del centro implicaría algunos gastos adicionales dentro de la propia Fundación Juan March (una persona con conocimientos específicos de biología, y una secretaria bilingüe, además de gastos de viajes).

EL EJEMPLO DE LA FUNDACIÓN CIBA

A los anteriores contactos y sugerencias se unió un elemento más, que tuvo que ver con una fundación inglesa que había sido formal-

mente creada en 1949, debido a la idea de Robert Käpelli, director ejecutivo y más tarde presidente de CIBA Limited (que, como hemos visto, aparecía mencionada en la última cita). Los objetivos específicos esta fundación habían sido establecidos antes, en una especie de declaración de intenciones preliminar firmada el 25 de septiembre de 1947. Según aquella declaración, se trataba de «establecer un centro en Londres y mantenerlo para que contribuyese a hacer avanzar y a promover el estudio y conocimiento general de, y la investigación en, todas las ramas de las ciencias de la química, medicina y cirugía, y en particular para hacer avanzar y promover la cooperación internacional en las investigaciones médicas, químicas, biológicas y farmacéuticas y dominios afines».

En la época a la que me voy a referir, esta fundación inglesa era conocida sobre todo por las reuniones científicas que organizaba y por las publicaciones que se derivaban de ellas. Las reuniones —o simposios— eran de carácter internacional (la institución tenía entre sus fines promover la cooperación internacional), interdisciplinares con frecuencia y limitadas a 25 participantes, todos por invitación. Se celebraban ocho cada año. En la memoria de la Fundación correspondiente a 1988 se indicaba que hasta entonces habían participado científicos de 69 países. Aunque generalmente los simposios se celebraban en Londres ocasionalmente tenían lugar fuera del Reino Unido. Y en este punto entra la Fundación Juan March en escena.

El 2 de marzo de 1987, Sergio Erill, de la Fundación Doctor Antonio Esteve, de Barcelona, escribía a José Luis Yuste lo siguiente:

Querido José Luis:

En el curso de la reunión del pasado 25 de febrero mencioné los Ciba Foundation Symposia y su contribución a las «ciencias de bata blanca». Hace poco les escribí para interesarme por la organización de estos symposia y pienso que la documentación que recibí de ellos, de la que te adjunto copia, puede serte de interés de cara a posibles futuras actividades de la Fundación Juan March.

Entre la documentación que Erill envió a Yuste se encontraba la copia de una carta (19 de diciembre de 1986) que él había recibido de la Ciba (parece que la Fundación pasó entonces de escribir CIBA a utilizar Ciba), en la que se le enviaba el borrador del programa de un simposio («Tumor necrosis factor and related cytotoxin») que la Fundación estaba organizando y sobre el que Erill había preguntado. En la carta se explicaba a Erill que «los simposios de la Fundación Ciba son reuniones “cerradas” pequeñas en las que se participa solamente por invitación personal, y que se limitan a 25 personas. Tenemos una sala de conferencias que fue especialmente diseñada para acoger ese número de personas, de manera que se dará cuenta de que no podemos aumentar el número de admitidos ni permitir que asistan observadores a las reuniones».

Es evidente que José Luis Yuste vio inmediatamente las posibilidades que el modelo tenía para ser aplicado en la Fundación March, que además estaba apoyando desde hacía tiempo las ciencias biológicas. Así, entabló contacto con David C. Evered, el director de la Fundación Ciba, con quien se entrevistó durante una visita de éste a Madrid en mayo de 1987. En ella Yuste le ofreció las dependencias de la Fundación Juan March para celebrar un simposio que la Fundación Ciba estaba preparando para celebrar en Madrid en octubre de 1988. Evered agradecía la oferta en una carta a Yuste del 21 de mayo de 1987, en la que mostraba su disposición a la colaboración. El mismo día escribía a Andrés González con detalles concretos de la organización (en esta carta, Evered mencionaba a Antonio García-Bellido «y otros amigos míos españoles»).

El acuerdo definitivo llegó pronto, como muestra la carta que Evered envió a González el 17 de julio (1987), en la que le confirmaba que «el Simposio de la Fundación Ciba sobre “Cellular Basis of Morphogenesis” puede tener lugar en la Fundación March durante la semana que comienza el 17 de octubre de 1988. Yo y los demás miembros del Consejo de la Fundación estamos muy agradecidos por esta amable oferta».

Con respecto al simposio, el papel de la Fundación March era claramente secundario, algo, por otra parte, natural. La Fundación Ciba tenía una larga experiencia, y los británicos pertenecían a una comunidad científica claramente superior a la española. Lo que la Fundación Juan March iba a hacer era aprender para luego, tal vez, utilizar el mismo, o parecido, modelo. Cabe mencionar en este sentido que durante todos estos contactos, Evered fue nombrado segundo secretario (que en realidad designaba al director ejecutivo) del Medical Research Council, una institución clave en la promoción y control de las ciencias biomédicas en Gran Bretaña, de manera que la relación que los responsables de la Fundación March estaban manteniendo era una de privilegio desde todos los puntos de vista, organizativos al igual que científicos, algo que Yuste reconocía en la carta que envió, el 8 de febrero de 1988, a Evered, felicitándole por el nombramiento: «El MRC [Medical Research Council] goza de reputación universal por sus laboratorios, sus científicos y sus programas de investigación, y tu promoción a la dirección del mismo constituye, sin duda, un paso muy importante en tu carrera profesional». Y añadía: «Estoy seguro de que vuestra reunión será un éxito y que la cooperación de la Fundación Juan March será satisfactoria para todos vosotros; para nosotros, como ya te he dicho en alguna otra ocasión, la reunión de octubre constituirá una experiencia muy positiva».

Para comprobar más de cerca como trabajaba la fundación inglesa, Yuste se planteó viajar a Londres. En este sentido, escribía a Evered el 21 de junio de 1988:

Querido David:

Tengo ya organizado mi viaje a Londres durante el próximo mes de julio. Me gustaría mucho, si fuera posible, reunirme contigo en la Fundación Ciba, ya que uno de los objetivos de mi viaje es conocer personalmente el tipo de trabajo que desarrolla vuestra Fundación, con vistas al Simposio del próximo mes de octubre, y con vistas también a las actividades futuras de la Fundación March en el campo de la Biología Molecular.

Yo estaré libre todas las tardes los días 18 a 21 de julio, ambos inclusive. ¿Sería posible que alguna persona de tu Fundación me recibiera durante esas tardes y que pusiera a mi disposición la información conveniente? Sería bueno para mí aprovechar el tiempo de mi estancia en Londres para familiarizarme con el trabajo que vosotros venís desarrollando en la Fundación Ciba de forma tan brillante y desde hace tantos años.

Finalmente, el simposio «Las bases celulares de la morfogénesis», el número 144 de la Fundación Ciba, se celebró en Madrid, organizado conjuntamente con la Fundación Juan March. Aunque los actos comenzaron el lunes 17 de octubre (1988), con un concierto y una recepción de bienvenida, el simposio propiamente dicho se celebró a puerta cerrada los días 18, 19 y 20, bajo la presidencia del doctor Lewis Wolpert y con la asistencia de otros 23 investigadores precedentes de cinco países diferentes (Inglaterra, Estados Unidos, Japón, Alemania y España). El día 21 de octubre tuvo lugar una sesión abierta al público en general en la que pronunciaron sendas conferencias seis de los participantes en el simposio.

Antonio García-Bellido y Ginés Morata fueron los únicos españoles que participaron como conferenciantes.¹⁷

EL CENTRO DE REUNIONES INTERNACIONALES SOBRE BIOLOGÍA

Con la experiencia tomada de la Fundación Ciba, en general, y del simposio de octubre, en particular, además de la propia extraída de

17. Antonio García-Bellido y Ginés Morata han sido colaboradores asiduos de los programas de Biología de la Fundación Juan March, tanto como asesores como conferenciantes. Son dos de los mejores e internacionalmente más reputados investigadores españoles en el mundo de la biología, especialmente, en su caso, en la biología del desarrollo.

muchos años favoreciendo a la biología, la Fundación March decidió establecer un Plan de Reuniones Internacionales sobre Biología, que entró en funcionamiento oficialmente en enero de 1989. Es instructivo reproducir lo que se señalaba en uno de los folletos en los que la Fundación presentaba el nuevo programa:

Al concluir, con el año 1988, el Plan de Biología Molecular y sus Aplicaciones, la Fundación Juan March ha podido constatar:

a) Continúa siendo de interés la permanencia de su acción en el campo de la Biología. Esa disciplina se ha fortalecido considerablemente en España en los últimos años, y sigue siendo, al mismo tiempo, uno de los campos en que la ciencia ofrece una evolución más prometedora en el porvenir inmediato.

b) El apoyo a la ciencia experimental por medio de la concesión de becas para formación de personal investigador se ha incrementado en España de modo notable en los años recientes. Las iniciativas, tanto públicas como privadas, que ofrecen financiación a los jóvenes científicos son cada vez más abundantes, y esto aconseja a la Fundación Juan March la búsqueda de nuevos caminos de apoyo a la Biología avanzada.

c) Con el vigoroso crecimiento que las investigaciones biológicas han tenido en España en los últimos años, han aumentado las necesidades de interacción con la comunidad científica internacional. Parece aconsejable, por tanto, tratar de que se intensifiquen las conexiones de los científicos españoles con sus colegas extranjeros más relevantes.

A la vista de lo apuntado, y teniendo en cuenta la experiencia en organización de cursos y reuniones científicas que la Fundación Juan March ha venido acumulando durante años, esta institución ha decidido emprender un *Plan de Reuniones Internacionales sobre Biología* que, a lo largo del trienio 1989-1991, se ocupará de promover activamente los contactos de la Biología española con la internacional.

El concepto de Biología se entenderá en sentido amplio, poniendo énfasis el Plan en las investigaciones de frontera y en aquellos aspectos de la Biología avanzada que la relacionan con otras disciplinas.

Quiero llamar la atención sobre lo que se decía en el punto b), porque resume de manera magnífica una de las ideas que han guiado, en mi opinión, a la Fundación Juan March a lo largo de su historia: buscar campos de actuación que otras instituciones —especialmente las públicas— no cubrían o desatendían, y que se consideraban vitales para el futuro del país (becas primero, fomento de la investigación en campos como la biología), y cuando estos objetivos se habían cumplido o habían surgido las ayudas públicas antes inexistentes, reorientar su política hacia otros dominios que se consideraban importantes pero que no recibían la atención necesaria. Es desde esta perspectiva desde la que debemos entender ese punto b), que merece la pena repetir: «El apoyo a la ciencia experimental por medio de la concesión de becas para formación de personal investigador se ha incrementado en España de modo notable en los años recientes. Las iniciativas, tanto públicas como privadas, que ofrecen financiación a los jóvenes científicos son cada vez más abundantes, y esto aconseja a la Fundación Juan March la búsqueda de nuevos caminos de apoyo a la Biología avanzada».

Entre las actividades que debía promover este Plan figuraban: «cursos teóricos», dirigidos a estudiantes graduados y a científicos establecidos, «con la colaboración de un laboratorio en cuyas instalaciones puedan desarrollarse los experimentos necesarios»; «seminarios» de breve duración, «organizados aprovechando la estancia en España de algún visitante de particular relieve científico»; *workshops*, «de duración y organización análogas a las de los cursos, que permitan congregarse a un número de expertos españoles e internacionales con aportaciones significativas en el tema monográfico a tratar»; «conferencias» y «simposios», además de financiar con carácter extraordinario «estancias en el extranjero de científicos españoles».

Siguiendo este tipo de esquema, en 1989 se llevaron a cabo: un ciclo de conferencias («Membranas y compartimentos celulares»), dos cursos («Bases moleculares del sistema inmune» e «Interacción

de proteínas y ADN») y tres *workshops* (acerca de los mecanismos e implicaciones de la tolerancia, las proteínas PR en plantas y el diagnóstico molecular del cáncer).

Finalmente, y tras unos pocos años, se decidió concentrarse en el mecanismo de los *workshops*, reuniones de trabajo a las que asisten un número reducido de investigadores, seleccionados previamente (también se celebran, aunque en un número mucho menor, y aprovechando la asistencia a los *workshops* de científicos especialmente destacados, sesiones abiertas al público). El 1 de enero de 1992, se creó, para servir a tal fin, un «Centro de Reuniones Internacionales sobre Biología», que sustituyó al «Plan de Reuniones Internacionales sobre Biología», y que formaba parte orgánicamente del Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, al que ya me he referido en el capítulo 9.

Básicamente, las actividades del Centro han sido las de organizar —apoyándose en las recomendaciones de un consejo científico, que fija sus líneas de actividad y propone cualquier tipo de iniciativas y analiza las propuestas recibidas— una serie de reuniones centradas en temas de especial relevancia y actualidad, en las que participan como conferenciantes científicos que son protagonistas destacados en el campo, y a las que asisten, además, en torno a treinta investigadores. De estos asistentes, que obviamente se benefician de las enseñanzas de los conferenciantes, con los que interaccionan de muy diversas formas (coloquios, conversaciones), una parte importante, mayoritaria, son españoles.

Para fijar las líneas de actividad del Plan (y luego del Centro) se creó, como antes indicaba, un consejo científico, el primero de los cuales estaba formado por Sydney Brenner (Medical Research Council, Cambridge), Antonio García-Bellido (Centro de Biología Molecular, Universidad Autónoma de Madrid-Consejo Superior de Investigaciones Científicas), Francisco García Olmedo (E.T.S. de Ingenieros Agrónomos, Universidad Politécnica de Madrid), César Milstein (Medical Research Council, Cambridge) y Eladio Viñuela (Centro de Biología Molecular, Universidad Autónoma de

Madrid-Consejo Superior de Investigaciones Científicas). En 1991 este Consejo sufrió algunos cambios, entrando Miguel Beato (Institut für Molekularbiologie und Tumorforschung, Marburg, Alemania) y Margarita Salas (Centro de Biología Molecular, Universidad Autónoma de Madrid-Consejo Superior de Investigaciones Científicas) en sustitución de Eladio Viñuela.¹⁸

Al contrario de consejos asesores que poco ayudan al responsable del día a día del centro en cuestión (en este caso Andrés González), el Consejo del Plan-Centro de Reuniones Internacionales sobre Biología participó muy activamente en sus tareas, en la mejor tradición de los organismos más avanzados. Para comprobar cómo se funcionaba, a continuación ofreceré algunos ejemplos de la actividad de miembros de ese consejo, ya que representa un ejemplo a seguir en la organización y control de la investigación científica en nuestro país. Por otra parte, los datos que presento poseen el valor añadido de ofrecer opiniones de dos de los líderes mundiales en la biología contemporánea: César Milstein y Sydney Brenner.

Como muestra de que la organización de las Reuniones Internacionales de Biología no era algo que se limitase a recibir propuestas, decidiendo a favor o en contra para su realización, sino que implicaba una verdadera y consciente política científica, esto es, que los miembros del Consejo Asesor también tomaban iniciativas dictadas por su gran experiencia científica, citaré en primer lugar una carta que César Milstein dirigió (en inglés) el 2 de agosto de 1990 al Dr. Francisco Sánchez Madrid, del Servicio de Inmunología del Hospital de la Princesa en Madrid:

18. Eladio Viñuela falleció, prematuramente, unos pocos años después, en 1999. Su muerte significó una gran pérdida para la ciencia española. Diversas facetas de su personalidad y contribuciones científicas se tratan en un libro que se preparó para recordarle: *El fago θ 29 y los orígenes de la biología molecular en España*, Jesús Ávila, Manuel Perucho y Carlos López-Otín, eds. (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2003).

Querido Sánchez-Madrid:

En una reciente reunión de la Fundación Juan March propuse que las reuniones sobre inmunología organizadas por la Fundación, interesantes como son, se estaban centrando en un área de la inmunología, muy amena, pero algo restringida en sus perspectivas. Propuse que deberíamos intentar atraer [personas] de otras áreas y temas, y sugerí su nombre para que presentase una propuesta. Mi idea es que usted contacte con algunas personas del extranjero, acaso McMichael y Kishimoto, para ver si ellos quisieran ayudarle en la organización de algo en las líneas de «Lymphocyte receptors and triggering». La reunión podría incluir también aspectos más estructurales, en los que López de Castro podría implicarse. Puede pedir a Roberto Poljak que le haga sugerencias para participar en los contactos iniciales, con López de Castro como la persona de España de contacto. No sé si Andrés González se ha puesto en contacto con usted sobre esto, pero permítame explicarle el mecanismo. Lo primero que hay que hacer es presentar una propuesta preliminar muy general, a al menos una de las personas mencionadas antes. Si ellas están de acuerdo, entonces pueden ustedes preparar una nueva propuesta incluyendo los nombres que querrían invitar —¿digamos quince o veinte?— con un programa. La extensión total de todo esto no debería exceder de las dos o cuatro páginas. Entonces usted debe enviar esto como una propuesta preliminar a la Fundación, probablemente telefoneando a Andrés incluso antes de enviarla, para pedirle alguna ayuda. ¡Por supuesto, sé que usted prefiere trabajar en el laboratorio en lugar de organizar reuniones! Pero si está dispuesto, adelante. Si no, ¡yo he cumplido con mi deber!

Con mis mejores saludos,

CÉSAR MILSTEIN

Cc Andrés González

Para completar la información relativa a este caso, diré que la sugerencia de Milstein prosperó. Sánchez Madrid presentó una propuesta, que, como el científico anglo-argentino indicaba, fue sometida a algunos cambios. Así, el 19 de octubre Andrés González escribía a Milstein informándole que Sánchez Madrid había ido a

verle el día anterior «con la nueva propuesta para su reunión, ya adaptada a las recomendaciones que le habíamos hecho en nuestro Consejo Científico». «Como verás», continuaba, «ha reducido bastante el número de invitados procedentes de Estados Unidos (son ahora 11, contra 17 en la propuesta inicial) y ha incluido 2 nombres de españoles, además del suyo propio. Con esto me parece que ya podemos darle la aprobación definitiva, pero no quiero hacerlo sin saber antes que tú estás de acuerdo».

La reunión se celebró finalmente, bajo el título de «Receptores de adhesión en el sistema inmune», aunque en lugar de en la sede de la Fundación, como fue la norma habitual en los *workshops* organizados, en la sede de Cuenca de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, entre el 13 y el 15 de junio. Sánchez Madrid y Timothy A. Springer, del Center for Blood Research, afiliado a la Universidad de Harvard, fueron los organizadores.

Francisco Sánchez Madrid, catedrático de Inmunología de la Universidad Autónoma de Madrid y jefe de sección de inmunología del Hospital de La Princesa, por cierto, sería el tercer receptor, en 2003, de la Ayuda Juan March a la Investigación Básica, dotada con 901.518 euros (150 millones de pesetas) para apoyar durante un período de tres a cinco años las investigaciones de un científico español de menos de cincuenta años que esté trabajando en España. El tema de la investigación al que dedicó la beca es el de las enfermedades inflamatorias. Él mismo ha resumido sus trabajos realizados durante el primer año de la ayuda señalando que «se han circunscrito al estudio de los mecanismos de integración de las señales inflamatorias por parte de los leucocitos, que protagonizan una de las etapas principales en las enfermedades inflamatorias».¹⁹ La primera la obtuvo, en 2000, José López Barneo, catedrático de Fisiología Médica y Biofísica de la Universidad de Sevilla y coor-

19. «Francisco Sánchez Madrid. Balance de la Tercera Ayuda March a la Investigación Básica», *Revista de la Fundación Juan March*, n.º 342, noviembre de 2004, pp. 26-27; p. 27.

dinador de investigación del Hospital Universitario Virgen del Rocío, cuyas investigaciones están encaminadas al desarrollo de una nueva terapia para tratar el mal de Parkinson y la identificación de moléculas implicadas en la detección del oxígeno.²⁰ La segunda recayó (2001) en Jorge Moscat, profesor de investigación del Centro de Biología Molecular Severo Ochoa, de la Universidad Autónoma de Madrid y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que ha resumido sus trabajos de la siguiente manera: «La adecuada comprensión de los mecanismos de señalización celular permite establecer dianas terapéuticas apropiadas para el diseño de nuevos fármacos. Trabajos en marcha en nuestro laboratorio van a dar respuesta a una serie de interrogantes muy interesantes sobre las alteraciones oncogénicas producidas en la célula tumoral, fundamentalmente en los fenómenos de supervivencia y apoptosis que pueden tener implicaciones para la terapia anti-cancerosa».²¹

La relación que Andrés González mantenía con los miembros del Consejo era intensa. Ha quedado testimonio de muchas de ellas en las notas que preparó para su uso interno dentro de la Fundación. Así, en una de esas notas, titulada «Charla con César Milstein sobre posibles ciclos de conferencias para 1992 y años anteriores. 20 de septiembre de 1990», se refería como posibles temas de *workshops* a uno sobre «Expresión genética», que le gustaría que estuviese «basado en [David] Baltimore», que acababa de ser nombrado presidente de la Universidad Rockefeller, y en el que también participasen científicos como Paul Berg (que podría sustituir en la dirección de la reunión —bien con el mismo tema o con el de

20. «José Lopez Barneo. Balance de la Primera Ayuda March a la Investigación Básica», *Revista de la Fundación Juan March*, n.º 341, junio-septiembre de 2004, pp. 26-27.

21. «Jorge Moscat. Balance de la Segunda Ayuda March a la Investigación Básica», *Revista de la Fundación Juan March*, n.º 342, octubre de 2004, pp. 26-27; p. 27.

animales transgénicos— a Baltimore, si éste rechazaba la oferta). Baltimore y Berg (ambos premios Nobel), para aquellos que lo ignoren, son dos nombres capitales en la biología molecular de la segunda mitad del siglo XX, particularmente ligados a los desarrollos, en torno a 1970, que condujeron a lo que se denomina ADN recombinante (las técnicas que permiten cortar y pegar trozos de cadenas de ADN, produciendo nuevos tipos de material genético, incluyendo transgénicos). Mencionaba González, asimismo, como otra posibilidad de reunión, una sobre «ADN humano. Hacia el Genoma Humano», con conferenciantes posibles, entre otros, James Watson y John Sulston. Como «Otros temas para el futuro», señalaba los de «Inflamación, ácido araquidónico» e «Inmunoterapia».

De Sydney Brenner he seleccionado un documento preparado por Andrés González titulado: «Conversación con Sydney Brenner en su viaje a Madrid el 25-9-91». Entre otros temas que abordaron, analizaron juntos varias sugerencias de títulos para el nuevo Centro que iba a constituirse, después de superar una etapa provisional. Los nombres que barajaron fueron:

Centre for (Theoretical) Studies on Biology.

Centre for Study of Complex Biological Systems.

Centre for Study of Biological Complexity.

Centre for Studies and (International) Meetings on Biology.

Centre for International Meetings on Biology.

El último fue el que finalmente se adoptó.

En cuanto a la duración de la nueva etapa, Brenner se inclinaba por decidir nuevamente un período de tres años, sin alterar sustancialmente el contenido que tenía entonces, para tener flexibilidad de nuevos enfoques a partir de 1995. Es interesante también, aunque no tenga que ver directamente con la historia de la Fundación Juan March, ver qué se indicaba acerca de la situación personal de Brenner, ya que estamos hablando de un científico extremadamente distinguido e influyente en la biología contemporánea:

En Inglaterra debe retirarse definitivamente dentro de seis meses, y se cerrará la unidad en que trabaja. Como no desea dejar la investigación, se ha organizado un pequeño grupo de unos seis científicos dispuesto a trasladarse a La Jolla, donde también se integrarán en el Scripps. Mencionó la posibilidad de investigaciones conjuntas con Edelman cuando éste llegue allí. Por ahora, está financiando al grupo prácticamente de su bolsillo, con el último premio científico que le han concedido el año pasado.

Su trabajo gira alrededor del genoma. Convencido de que la mayor parte de lo que hagan Watson *et al.* va a ser tiempo y dinero tirado, ha vuelto a imaginar un enfoque original: va a estudiar el genoma de un pez (el pez venenoso que vive en aguas del Japón) que tiene un genoma de tamaño 10 por ciento del humano, muy poco repetitivo y con muy pocos intrones. Está convencido de que la mayoría de los genes del pez estarán conservados en organismos superiores (quizá también en el hombre), lo que facilitará su búsqueda posterior, y permitirá importantes conclusiones acerca de la evolución.

El trabajo básico de secuenciación lo hará en California, donde calcula permanecer unos seis meses al año, durante el invierno, debido a su enfisema.

Al mismo tiempo tendrá otro equipo trabajando en Singapur, con poca presencia personal suya, estudiando aspectos complementarios de otra especie de pez. Cree que no tendrá que pasar allí más que unas pocas semanas al año.

Está abierto a dedicarnos (con gran generosidad de enfoque) algún tiempo cada año, en épocas de clima suave. Quizá pueda empezar con un par de semanas en 1992, y llegar hasta un mes en 1994.

Estudiaron también el calendario de 1992, manejando ideas como la de un «curso de alto nivel dedicado a graduados recientes» que tendría periodicidad anual, «y que serviría para detectar chicos que, en el futuro, pudieran quizá integrarse en un programa como el de Edelman. En 1992 podría tratar sobre evolución». Aparte de esos cursos, para años sucesivos González le propuso «(y creo que

le gustó) organizarle durante sus estancias en España diversos seminarios en los mejores laboratorios, primero en Madrid y luego en otras ciudades, esto nos permitiría pulsar de cerca la calidad de los mejores trabajos españoles, y conocer bien a los investigadores de más relieve, siempre con la vista puesta en un posible Centro futuro que pueda promover nuestro Instituto. También le podríamos ofrecer algún ciclo de conferencias en la Fundación».

Como cualquiera puede darse cuenta, aquellas informaciones y opiniones eran oro puro.

Las propuestas que llegaban, de manera espontánea o inducida eran detalladas, siendo evaluadas de la misma manera. Veamos un ejemplo, el de la propuesta presentada por Manuel Perucho (California Institute of Biological Research) acerca de un curso sobre transferencia génica, oncogénesis y genética molecular del cáncer:

El desarrollo de métodos para la introducción eficiente de genes en células animales en cultivo (transferencia génica), está contribuyendo de forma crítica al avance espectacular en varios aspectos de la Biología Molecular de los organismos eucariotes superiores que estamos presenciando en la década actual. Por ejemplo, la transferencia génica permite el aislamiento de ciertos genes cuyas funciones se pueden detectar o seleccionar, y a su vez, la transferencia génica en conjunción con experimentos de mutagénesis *in vitro* permite el estudio de las señales reguladoras de la expresión de los mismos genes. La comprensión de otros procesos básicos en Genética Molecular, como son la recombinación, la amplificación, la mutación y la mutilación génicas, también está siendo facilitada enormemente por la aplicación de metodologías de transferencia génica *in vitro*. Mención especial merece la contribución esencial de las técnicas de transferencia de genes al estudio de los mecanismos moleculares del cáncer al permitir la detección, identificación, aislamiento y caracterización de los primeros oncogenes humanos al comienzo de la década actual. La identificación de oncogenes nuevos usando básicamente las mismas técnicas, continúa siendo el objetivo de in-

investigación por numerosos grupos, demostrando así la actualidad de las mismas.

La extensión de la transferencia génica al organismo intacto mediante la generación de animales transgénicos proporciona otras perspectivas al estudio de la expresión génica, la división y diferenciación celular y la tumorigénesis. La inactivación de genes definidos mediante mutagénesis de inserción o por recombinación homóloga, está empezando a proporcionar información crítica para conectar el genotipo con el fenotipo en organismos eucarióticos superiores. Finalmente, la posibilidad de atacar ciertas deficiencias metabólicas y otras enfermedades hereditarias mediante experimentos de terapia génica, se podría considerar como la aplicación última de las metodologías de transferencia génica.

El objetivo del curso será pasar revista al desarrollo y evolución de las técnicas de transferencia génica y sus aplicaciones al estudio de una serie de problemas en Genética Molecular, incluyendo el aislamiento de genes. Énfasis especial se hará en la aplicación de la transferencia génica, tanto *in vitro* como *in vivo*, al estudio de la Genética Molecular de la transformación neoplástica. En este contexto, otras técnicas recientes asociadas con el desarrollo y progresión tumorales, así como con ciertas enfermedades hereditarias, serán también objeto de discusión.

La justificación del curso es por tanto el hacer accesible a posgraduados trabajando en temas relacionados o interesados en los mismos, estos aspectos tanto metodológicos como básicos relacionados con la transferencia génica y su relevancia en el análisis de la transformación oncogénica, de importancia obvia pero que por su novedad o complejidad técnica no se encuentran en general en libros de texto.

El curso se dividirá en cinco sesiones intensivas (tres mañanas y dos tardes, ver programa provisional adjunto) con un total de alrededor de 18 horas de las cuales se prevee que de dos a cuatro se dediquen a discusión informal entre los participantes. Se cuenta con la participación de Ángel Pellicer que se ha comprometido a dar un total de alrededor de cuatro horas de exposición sobre los temas de animales transgénicos, terapia génica y activación oncogénica por

carcinogénesis química y de radiación en sistemas animales modelo. Además, se tiene planeado añadir dos charlas individuales especializadas sobre las aplicaciones de la transferencia génica en biotecnología. Como candidatos para las mismas se propone a Juan Ortín y Juan Jordano, aunque todavía no han sido contactados.

Milstein contestó rápidamente a la petición de informe que le había hecho González. El 28 de diciembre escribía desde su laboratorio de Biología Molecular del Medical Research Council de Cambridge (original en inglés):

Propuesta de Manuel Perucho.

El tema es muy importante y muy probablemente su enseñanza es muy pobre en España. Sería, por consiguiente, muy útil para joven investigadores.

Aunque soy muy favorable, y creo que [la propuesta] debe seguir adelante, me gustaría una mayor participación de los estudiantes y, si es posible, uno o dos españoles que dictarán conferencias en el curso. Por supuesto, Barbacid sería de gran ayuda, pero tal nivel de enseñanza sólo está justificado si se puede unir a un alto nivel de los estudiantes y mucho menos trabajo formal elemental durante el curso.

Hasta finales de 2004, el Centro de Reuniones Internacionales de Biología organizó un total de 200 reuniones (*workshops*), en las que intervinieron como conferenciantes 3.764 científicos, siendo los asistentes 5.864 científicos. Si la biología española es mejor hoy, no creo que sea aventurado sostener que una parte se debe a este centro de la Fundación Juan March.

A comienzos de 2003, Andrés González se jubilaba. En más de un sentido, había sido un hombre afortunado (aparte de capaz), ya que los años que trabajó para la Fundación March coincidieron con una época maravillosa en la historia de la biología, y unos años en los que la ciencia española avanzó mucho. En el acto público en

el que se homenajeó en la Fundación a González, el presidente de la Fundación, Juan March Delgado, pronunció unas palabras en las que además de agradecerle sus servicios, se refirió a la relación que había mantenido su institución con la biología, al igual que al espíritu que animaba a la Fundación. Recordó entonces que desde su nacimiento la Fundación que preside había prestado «señalada atención» a las ciencias biomédicas, «tanto cuantitativamente (774 becas y ayudas y otras muchas promociones de convocatoria nacional) como cualitativamente». Tras lo cual añadía:

Todas estas actividades han tenido, en nuestro propósito al menos, carácter paliativo de alguno de los defectos más visibles que en cada momento presentaba la organización científica española. Así, por ejemplo, en los años cincuenta a setenta, el mayor problema era la falta de becas, sobre todo para ir al extranjero; en los años setenta y ochenta, la Fundación prestó un impulso decidido a la emergente biología molecular española; en los ochenta y noventa, hemos facilitado centenares de contactos internacionales de primer nivel a los laboratorios e investigadores españoles; y en el momento presente, estamos iniciando un programa de ayuda financiera a los jóvenes líderes de la investigación biológica básica. De esta manera hemos tratado de ir cubriendo, en una pequeña medida, y dentro de nuestras posibilidades reales, algunos de los defectos más visibles de la biomedicina nacional. A medida que esos defectos iban desapareciendo o se iban reduciendo, la Fundación Juan March ha ido dejando atrás sus políticas tradicionales para ir incorporando a sus actividades nuevas iniciativas con las que servir a las necesidades de la comunidad científica española... Desde 1982 la Fundación Juan March organizó cada año, en su sede de Madrid, unas conferencias sobre biología, en ciclos abiertos al público, en los que participaron científicos de relieve internacional, muchos de ellos galardonados con el premio Nobel. Un total de 77 conferenciantes, a lo largo de 18 años, hasta 1999 en que estos ciclos concluyeron, expusieron los resultados de sus investigaciones, presentados en cada ocasión por un colega español de primer rango.

Continuando con su recapitulación de lo que la Fundación había intentado ofrecer a la comunidad de biólogos españoles, Juan March recordaba que «simultáneamente a estas presencias internacionales, que comúnmente eran acompañadas de breves estancias de los profesores extranjeros en algún laboratorio, la Fundación Juan March puso en marcha un Plan de Reuniones Internacionales sobre Biología, con el fin de intensificar las relaciones de la Biología española con la del resto del mundo. Este Plan, que duró hasta 1991, se centró en la organización de *workshops*, cursos teóricos y experimentales, seminarios, simposios y conferencias, además de seguir promocionando la presencia de científicos extranjeros en España». «La conciencia de que esta plataforma de encuentros internacionales estaba teniendo una positiva influencia en el nivel de información y contactos de los laboratorios y departamentos universitarios españoles», continuaba, «decidió a la Fundación a dar un carácter estable al Plan de Reuniones Internacionales sobre Biología, que mantuvo las principales líneas de trabajo del Plan anterior, aunque centrado ya en el mecanismo de los *workshops*. Básicamente, las actividades del Centro han sido las de organizar, apoyándose en las recomendaciones de un Consejo Científico que fija sus líneas de actividad y analiza las propuestas recibidas, una serie de reuniones (de doce a catorce cada año) en temas de especial relevancia y actualidad. En ellas participan como *speakers* entre quince y veinte científicos que son protagonistas destacados en su especialidad; y a ellas asisten además en torno a otros 25-30 investigadores. De estos asistentes, que se benefician de las enseñanzas de los *speakers*, con quienes interaccionan de muy diversas formas (coloquios, conversaciones, posters) durante los 3 días que duran las reuniones, la mayor parte son españoles. Desde su creación en 1991 hasta diciembre de 2002, siempre bajo la dirección de Andrés González, el Centro ha organizado un total de 176 *workshops*, en los que han intervenido 3.291 *speakers* (de ellos 479 españoles), y han participado además otros 5.134 científicos (de ellos 2.608 españoles). De cada reunión se publica un opúsculo con resumen de las inter-

venciones, que se envía a más de 400 laboratorios de España y el extranjero. Las revistas internacionales de mayor renombre (*Cell*, *Neuron*, *Science*, *Nature*, *Inmunology Today*, etc.) suelen enviar editores a nuestras reuniones y publican con regularidad amplias reseñas de las mismas. Hasta hoy se han publicado 74; 13 de ellas en *Cells*. Y recordaba a los miembros del Consejo Científico que tutelaba las actividades del Centro. A los que en aquel momento lo formaban: los españoles, Ginés Morata, Ramón Serrano y Margarita Salas, y dos europeos, ambos titulares del premio Nobel, John Walker, de Cambridge, y Erwin Neher, de Gotinga. Y también a los que formaron parte de él en el pasado: el desaparecido Eladio Viñuela, Miguel Beato, Antonio García-Bellido, Francisco García Olmedo, José Antonio Campos Ortega y Gregory Gasic. Tuvo unas palabras especiales de recuerdo para Milstein y Brenner:

Desde 1982 hasta su fallecimiento, en marzo del año 2002, formó parte de este Comité, de manera permanente, el Dr. César Milstein, destacado investigador argentino, exiliado en Cambridge, descubridor de los anticuerpos monoclonales, también galardonado con el Nobel. Su colaboración con la ciencia española a través de la Fundación Juan March ha sido muy destacada y valiosa. Su fallecimiento ha sido una pérdida muy sentida, para nosotros y para la ciencia internacional. Y también durante varios años, concretamente desde 1989 a 1994, el Dr. Sydney Brenner nos hizo el honor de participar activamente en los trabajos de nuestro Comité Científico. Antes había intervenido también en algunos de nuestros ciclos de conferencias y simposios, tanto en Madrid, como en las Universidades de Granada, Córdoba, Sevilla y Valencia. Pero fue en 1989 cuando se incorporó al grupo de científicos que nos ayudaron a organizar el Plan de Reuniones Internacionales sobre Biología y después el Centro que vino a sustituirle.

Fue la de Juan March una buena recapitulación en una ocasión apropiada. Y con un cierto sabor si no a punto final, sí a final de

una etapa. En 2005, la Fundación decidió no proseguir con los *workshops* que organizaba en su sede, aunque ha continuado apoyando, como copatrocinador, un número mucho más reducido de reuniones similares en el complejo de centros de biología existentes en el campus de Cantoblanco de la Universidad Autónoma de Madrid (Centro de Biología Molecular Severo Ochoa y Centro Nacional de Biotecnología), aparte de seguir gestionando las tres Ayudas Juan March a la Investigación básica aún en curso. La idea, que ha gobernado muchas de las actuaciones de la Fundación a lo largo de su historia, es que después de ofrecer un modelo de funcionamiento de un centro de excelencia, la institución privada que es la Fundación Juan March pasa el testigo a un instituto público de investigación y financia su puesta en marcha.²² Si existirá más adelante otro tipo de la relación de la Fundación March con las ciencias biológicas es algo que el futuro dirá.

APÉNDICE

En los dos últimos capítulos he tratado de las actividades que a favor de la sociología y la biología ha desarrollado la Fundación Juan March. Ahora bien, si una institución se involucra en la ayuda a una o unas disciplinas, lo hace con la intención de que su situación mejore; más aún, diría yo, no improbablemente con el propósito de que esas disciplinas, que ha considerado especialmente relevantes, se constituyan en referentes académicos e investigadores. No es posible, creo yo, ofrecer un dictamen claro, preciso, con respecto a este punto en el caso de la biología y sociología españolas, comparadas con otras disciplinas (entre otros motivos porque la «com-

22. La primera reunión de esta serie (Cantoblanco *workshop*) se llevó a cabo en mayo de 2005, aunque entonces la Fundación March aún no actuó como copatrocinador, únicamente prestó apoyo logístico.

Participación de España en la producción científica mundial

	1996-2000		1993-1997	
	% artículos en los que figura España	Impacto relativo comparado con el resto del mundo	% artículos en los que figura España	Impacto relativo comparado con el resto del mundo
• Astrofísica	5,24	+ 9	4,13	-21
• Ciencias Agrícolas	4,71	+10	3,72	- 3
• Matemáticas	4,18	-16	3,46	-17
• Microbiología	4,14	-29	3,41	-30
• Química	3,94	+ 1	3,47	- 5
• Botánica y Zoología	3,59	-12	3,11	-19
• Ecología/Ciencias Ambientales	3,19	-23	2,76	-19
• Farmacología	2,91	-28	2,84	-34
• Física	2,82	+11	2,46	+ 2
• Biología y Bioquímica	2,74	-35	2,53	-42
• Inmunología	2,63	-35	2,26	-44
• Ciencia de Materiales	2,54	- 2	1,93	+ 9
• Neurociencia	2,45	-24	2,16	-25
• Biología Molecular	2,45	-35	2,24	-46
• Medicina Clínica	2,41	-21	2,09	-33
• Ciencias Geológicas	2,25	-25	1,74	-40
• Economía y Negocios	1,76	-31	1,14	-34
• Ingeniería	1,75	+ 3	2,16	+40
• Ciencias de la Computación	1,61	-26	1,32	-10
• Psicología/Psiquiatría	1,53	-52	1,18	-59
• Ciencias Sociales	0,61	-12	0,46	- 6
Participación Global de España	2,7		2,4	

paración» en este caso tiene muchas y variadas facetas). La siguiente tabla (elaborada por el Instituto de Información Científica de Filadelfia), que incluye otras disciplinas, puede ayudar a situarse en este sentido.²³

23. Obsérvese las diferencias existentes en los dos indicadores utilizados, el «tanto por ciento de artículos» y el «impacto» (obtenido dividiendo el número de citas que se hacen de un artículo por la media de citas); con respecto a este último indicador, durante el período 1996-2000, las ciencias sociológicas aparecen 12 puntos por debajo de la media, mientras que la biología molecular se encuentra 35 puntos por debajo de la media. Nótese, sin embargo, que con anterioridad, en el período 1993-1997, las ciencias sociales estaban 6 puntos por debajo, lo que quiere decir que su situación ha empeorado, no obstante haber aumentado el porcentaje de artículos con que contribuye a la producción mundial, mientras que la biología molecular ha mejorado en ambos casos: su impacto era antes 46 puntos por debajo de la media. Algo parecido sucede en el caso de las entradas «Biología y Bioquímica» e «Inmunología». Hay, asimismo, que tener en cuenta que en esta tabla la sociología aparece dentro de un grupo, «Ciencias sociales», que no coincide necesariamente con los ámbitos sociológicos (en los que la sociología política desempeña un papel destacado) cultivados en el Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales de la Fundación Juan March.

Epílogo

¿Dónde acabará todo esto? No lo sé... pero puesto que hay que trabajar, trabajemos. ¡Con el arado al campo para encontrar el tesoro! Y si no hay tesoro, no importa: la tierra nos dará patatas.

JACQUES VILLON,
Réflexions (1950).¹

En la lección magistral que pronunció en el acto de apertura del curso académico 1986-1987 y de la inauguración de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Castilla-La Mancha, Gustavo Torner, un artista muy ligado, como hemos tenido la oportunidad de comprobar, a la Fundación Juan March, manifestó: «Cultura no es la suma de actividades culturales, es mucho más».² Palabras las suyas que se pueden aplicar especialmente a la labor que la Fundación Juan March ha realizado durante ya medio siglo. Han sido,

1. Citado en Fernando Zóbel, *Cuaderno de apuntes. Colección de citas sobre la pintura y otras cosas* (Ediciones Aldeasa, 2003; versión original de 1974 [Galería Juana Mordó, Madrid], p. 32). Jacques Villon (1875-1963), cuyo nombre verdadero era Gaston Duchamp (adoptó el de Jacques Villon como tributo al poeta medieval François Villon, en 1895), fue un pintor y grabador neocubista francés. Era hermano de Marcel Duchamp.

2. Gustavo Torner, «Reflexiones de un artista de hoy sobre el arte y la cultura», reproducido en *Gustavo Torner. Retrospectiva, 1949-1991* (Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, Ministerio de Cultura, Madrid, 1991, pp. 51-58; p. 54).

es verdad, incontables las actividades culturales que ha promovido, directa o indirectamente, la institución constituida hace medio siglo por el banquero Juan March Ordinas. Si cultura fuera sólo eso a lo que aludía en primer lugar Torner, la suma de actividades culturales, no habría ninguna duda de que la Fundación madrileña habría contribuido con creces a la cultura. Pero cultura es, efectivamente, algo más: es, entre otras muchas cosas, el deseo de alcanzar la excelencia en el arte, la ciencia, la literatura, la filosofía, al igual que en cualquier otra disciplina o actividad que tenga que ver con la creación y con el conocimiento. Es, asimismo, el deseo, la ambición, el ansia de transmitir a otros la afición, el gusto por todas esas creaciones humanas, de educarlos en ellas, de transmitirles sus saberes. Y en todos estos sentidos, la Fundación Juan March también se ha distinguido a lo largo de su existencia. Tanto que, sostengo, no es posible escribir la historia de España del último medio siglo, en ámbitos tan diferentes como el científico, artístico (pintura y música), literario, universitario, incluso político, sin tener en cuenta no lo que quiso hacer, que ya sería importante, sino lo que realmente hizo.

¿Y acerca del futuro, qué? Un libro que estudia la historia de una institución no es, naturalmente, el lugar para intentar responder a esta pregunta. Sin embargo, por otra parte, el mismo hecho de recapitular lo que ya ha ocurrido puede producir, acaso, una impresión engañosa, y la historia es mirar al pasado, sí, pero, como muchos grandes historiadores han resaltado, con la intención de comprenderlo para orientar el futuro. En este sentido, tal vez no sea impropio que insista en que a lo largo de su existencia la Fundación Juan March ha dado pruebas sobradas de que cuando cerraba una puerta, abría otra, y que ha sabido acomodarse —esto es, variar sus objetivos— al paso del tiempo bastante bien; amoldarse a cómo cambiaban las circunstancias de su entorno. Recientemente, por ejemplo, se ha cerrado una puerta, la del Centro de Reuniones Internacionales sobre Biología, que permitió a muchos investigadores españoles acceder a vastos dominios de sus disciplinas, pero cabe

esperar que se abran otras. Los retos que impone el siglo XXI, en el que se habrá de cumplir, esperemos, su primer centenario, son, desde luego, muchos e importantes. Aunque no se debe olvidar que en una institución familiar como es la Fundación Juan March las personas que ocupan cargos ejecutivos poseen una importancia relativa, no es posible dejar de mencionar que para intentar afrontar esos retos del nuevo siglo cuenta ahora con un nuevo director, Javier Gomá (Bilbao, 1965), que sustituyó el 17 de junio de 2003 a José Luis Yuste, quien entonces dejó el puesto que con tanta dedicación, distinción y habilidad desempeñó.³

La historia, repito, reconstruye el pasado, no vaticina el futuro, aunque sí sea un valioso instrumento para ayudar a conformarlo, así que sobre la labor que en el futuro llevará a cabo el nuevo director no es posible decir demasiado. Simplemente mencionar que, como él mismo ha escrito en diversas ocasiones, pretende esforzarse en buscar nuevos objetivos que se ajusten a un mundo que en muy diversos aspectos es, ciertamente, bastante diferente al que existía cuando se creó, hace medio siglo, la Fundación que hoy dirige.⁴ Un mundo globalizado, en el que, además, la posición internacional de España, como miembro de la Unión Europea, es diferente a la de hace cincuenta años, teniendo que adoptar, en muy diversos apartados, nuevos comportamientos. Un mundo más profesionalizado y, consiguientemente, más especializado, y en el que existen, en España, muchas más fundaciones (bien dotadas económicamente) que antes.

En ese mundo —en el que ya nos encontramos— acaso será difícil seguir atendiendo al mismo tiempo tantos frentes (desde

3. Javier Gomá, licenciado en Filología Clásica y en Derecho, doctor en Filosofía y letrado del Consejo de Estado, trabajaba ya, como hemos tenido oportunidad de ver, para la Fundación, en el Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, como secretario general. Poco después de acceder a la dirección de la Fundación, Gomá obtenía el Premio Nacional de Ensayo por su libro *Imitación y experiencia* (Pre-Textos, Valencia, 2003).

4. Véase especialmente, Javier Gomá, «Lo público, más allá de lo estatal», *Nueva Revista*, n.º 91, enero-febrero 2004, pp. 22-37; p. 32.

la biología a las exposiciones artísticas, pasando por la sociología o la música) como ha estado atendiendo la Fundación March. Habrá, seguramente, que repartir esfuerzos en la siempre necesaria tarea de promover la cultura y la investigación. Y de eso se trata, a fin de cuentas, de buscar nuevos objetivos, de vencer la tentación que representa mantenerse junto al cálido, acogedor, seguro fuego de lo que ya se ha hecho, de lo que ya se sabe hacer.

Y termino. Cincuenta años, medio siglo, es poco y mucho tiempo a la vez; poco cuando se piensa en escala histórica, mucho cuando tenemos en cuenta lo cambiante y veleidosa que es a veces esa misma historia, más aún en un país como el nuestro en el que tantas veces hemos tenido que volver a empezar. Ya sólo el que haya existido durante medio siglo una institución que se dedicó al fomento de la ciencia y las humanidades constituye un gran éxito, un motivo de regocijo para todos. Si además el fruto de esos cincuenta años de actividades es positivo, si se ha dejado alguna huella en la sociedad a la que intentó servir, ¿se puede pedir más?

Índice onomástico

- Abbat, Per, 180
Achucarro, Nicolás, 22 n.
Aguilar Fernández, Paloma, 351
Aguilar Fernández, Susana, 351
Aguilera Cerni, Vicente, 142
Alarcón, Enrique, 146
Alarcos, Emilio, 82, 332
Albareda, José María, 23, 62, 359
Alberti, Rafael, 20, 227, 235, 299-300, 304
Alcalá Zamora, Niceto, 61
Aldecoa, Ignacio, 84, 164
Aleixandre, Vicente, 300
Alfaro, Andreu, 245, 261
Alfaya, Javier, 296
Alfonso VII, rey, 200
Almarcha, Amparo, 346
Alomar Esteve, Gabriel, 46, 206
Alonso, Dámaso, 75, 79, 270, 310
Altolaquirre, Manuel, 20
Alvar, Manuel, 306
Álvarez de Sotomayor, Fernando, 66
Álvarez Junco, José, 271
Álvarez Vara, Ignacio, 162, 223 n.
Álvarez-Miranda Navarro, Berta, 351
Amezúa, Ramón González de, 61
Amón, Santiago, 295
Amorós, Andrés, 150-151, 154, 229-230, 266, 270, 298
Andioc, René, 306
Anes, Gonzalo, 84, 333
Anglada Camarasa, Hermenegildo, 70
Ansón, Luis María, 85
Arana, Sabino, 76
Aranguren, José Luis, 191
Areilza, José María de, 28
Argullol, Rafael, 82
Aristóteles, 7, 115 y n.
Arruga, Hermenegildo, 58, 60
Arteche, José, 77
Artola, Miguel, 82, 83, 270, 272, 310, 313-314, 349
Askonas, Brigitte A., 369

- Attlee, Clement, 312
 Aub, Max, 20
 Avalle-Arce, Juan Bautista, 306
 Avia, Amalia, 212 n., 241, 284 n.
 Ayala, Francisco, 20, 94, 270, 272, 319-320, 339
 Ayuso Marazuela, Teófilo, 66
 Aznar Embid, Severino, 66, 338, 340
 Azorín, José Martínez Ruiz, 58, 60, 70

 Bach, Johann Sebastian, 263
 Bacon, Francis, 222, 243
 Balanzat, Manuel, 21
 Baltá Elías, José, 61, 103, 105, 107
 Baltimore, David, 385-386
 Barbacid, Mariano, 390
 Barce, Ramón, 82, 265, 271
 Barceló, Miquel, 247, 261
 Bardem, Juan Antonio, 333
 Baroja, Pío, 58, 60
 Barraquer, doctor, 60
 Barreiro Pérez-Pardo, Belén, 352
 Bas y Rivas, José, 207 n.
 Bataillon, Marcel, 325
 Baylos, Hermenegildo, 347
 Beato, Miguel, 333, 369, 382, 393
 Béjar, Eulalia, 10
 Bell, Daniel, 352
 Bello, Andrés, 200-201
 Beltrán, Luis, 306
 Benacerraf, Baruj, 369
 Benedicto Vives, Manuel, 61, 72
 Benet, Juan, 94, 270, 272, 309, 314-315, 321
 Benzo, Miguel, 82
 Beoltenstern, Eric, 190
 Berg, Paul, 385-386
 Bérnago Llabrés, Alejandro, 39, 56, 61, 62, 76, 112, 116, 119, 133, 137-138, 144, 183-185, 187, 190, 195, 206, 212, 256, 269
 Berlanga, Andrés, 10, 93, 121, 171, 308
 Bernaldo de Quirós y González-Cienfuegos, Ignacia, 181
 Bernaola, Carmelo, 262, 265
 Bernárdez, Aurora, 304
 Berridge, Michael J., 369
 Beyeler, Ernst, 288-293
 Blackett, Patrick, 72
 Blanch, Antonio, 79
 Blecua, José Manuel, 83
 Bleyl, Fritz, 240 n.
 Blum, Peter, 288-289
 Boardman, John, 311
 Boccherini, Luigi, 264
 Boguslawski, Jan, 191
 Boguslawski, Marcin Lucjan, 191
 Bohr, Niels, 124, 133
 Bolívar, Cándido, 21
 Bolívar, Ignacio, 20, 22 n., 61
 Bonet, Juan Manuel, 82, 228, 260
 Boneu Farre, Jaime, 345
 Bonnard, Pierre, 223, 243
 Borau, José Luis, 271
 Bores, Pablo, 282
 Borst, Piet, 369
 Bousoño, Carlos, 79, 84, 94
 Boyer, Carl, 321
 Bozal, Valeriano, 82, 333
 Brand, Michael, 369
 Braque, Georges, 142, 241
 Braudel, Fernand, 321, 325

- Brenner, Sydney, 368, 369, 371, 373
y n., 381, 382, 386, 393
Bru, Luis, 84
Brunner, Guido, 309-310, 312-313
Buen, Odón de, 21
Bueno, Gustavo, 321
Buen Lozano, Rafael de, 21
Buero Vallejo, Antonio, 75
Bugialli, Paolo, 299
- Caballero, José, 212 n.
Caballero Bonald, José Manuel, 79
Caballero Calero, Ricardo, 321
Cabrera, Blas, 22 y n., 24, 61, 73
Calandre, Luis, 22 n.
Calés, Francisco, 263, 265
Calvo Serraller, Francisco, 242
Calvo-Sotelo Ibáñez-Martín, Leopoldo, 350
Cambronero, Pilar, 271
Camón Aznar, José, 300, 302
Campano, Miguel Ángel, 261
Campo Urbano, Salustiano del, 338, 346
Campos Ortega, José Antonio, 369, 393
Campoy, Antonio Manuel, 283 n., 297
Camps, Victoria, 333
Cano Lasso, arquitecto, 207
Canogar, Rafael, 212 n., 244
Cánovas del Castillo, Antonio, 181
Cansen, Eppo, 298-299
Capa, José, 10, 222 y n., 288-290
Carande, Ramón, 324-325
Cardona Castro, Manuel, 102-107, 148
Cardoso, Amadeo de Souza, 264
- Carnegie, Andrew, 36
Carnero, Guillermo, 82, 332
Caro Baroja, Julio, 272
Carr, Raymond, 352
Carra, Manuel, 262
Carrasco, Pedro, 22
Carvajal, Francisco Javier, 204
Carvajal, Jaime, 347
Casals, Pau, 264
Casanova Colas, José, 128, 129 n., 133-134
Casares Gil, José, 66
Casares, Julio, 60
Castán Tobeñas, José, 58, 60, 66
Castells, Manuel, 346-347
Castilla del Pino, Carlos, 19, 173, 272-273
Castro, Américo, 20
Castro, Fernando de, 22 n., 357-358
Castro, Guillén de, 200
Castro Bravo, Federico de, 74
Catalá de Alemany, Joaquín, 123-136
Catalán, Miguel, 22 n., 23-24, 63, 70, 124
Catalán Menéndez-Pidal, Diego, 67, 83
Cebrián, Juan Luis, 333
Cela, Camilo José, 94, 270
Celaya, Gabriel, 96, 277, 302
Cerdá, Enrique, 369
Cerdeja Olmedo, Enrique, 86
Cerezo, Pedro, 82, 272, 321
Cernuda, Luis, 20
Chacel, Rosa, 94
Chagall, Marc, 225, 243
Chamberlain, Neville, 312

- Changeux, Jean-Pierre, 369
 Chillida, Eduardo, 142, 208-210 y n., 213 n., 245, 247, 256, 261
 Chirino, Martín, 210, 213 n., 245, 249 n., 256
 Chueca Goitia, Fernando, 279-280, 302
 Chuliá Rodrigo, Elisa, 352
 Churchill, Winston, 312
 Cirici Pellicer, Alexandre, 273
 Civit Breu, Antón, 82, 207 n.
 Clará, José, 61, 70
 «Clarín», Leopoldo Alas, 310
 Clavé, Antoni, 212 n., 260, 282
 Colmeiro, Antonio, 282
 Colville, John, 312-313
 Comellas, Gonçal, 262
 Corberó, Xavier, 213 n.
 Córdoba, Antonio, 86, 333
 Coria, Miguel Ángel, 265
 Corneille, Pierre, 200
 Corro, Juan del, 191
 Cortázar, Julio, 304
 Cossío, Pancho, 282
 Costero, Isaac, 20
 Cremerius, Johannes, 273
 Cruz Hernández, Miguel, 306
 Cuatrecasas, Pedro, 369
 Cuello, A. Claudio, 368
 Cuixart, Modest, 212 n.
- Dahmer, Helmut, 273
 Dalí, Salvador, 260
 Davidson, Eric H., 369
 De la Hoz, Rafael, 207
 De la Sota, Alejandro, 207
 Delaunay, Robert, 142
 Delgado, Álvaro, 212 n.
- Delgado Rosas, Carmen, 49
 Delibes Setién, Miguel, 82, 84, 116-123
 Delvaux, Paul, 240
 Díaz, Elías, 84, 321, 333
 Díaz de Vivar, Rodrigo, 182, 189, 200
 Díaz-Caneja, Emilio, 74
 Diego, Gerardo, 74, 79, 300-302, 326
 Díez Canedo, Enrique, 61
 Díez Corral, Luis, 272
 Díez Nicolás, Juan, 344
 Doménech, J., 125, 134 n.
 Domínguez, Óscar, 282
 Domínguez Ortiz, Antonio, 84, 272, 315-317
 Doolittle, Russell F., 369
 Dou, Alberto, 83
 Dubuffet, Jean, 224 n., 241, 290
 Duperier Vallesa, Arturo, 22 y n., 72
 Durán, Armando, 333
 Duve, Christian de, 369
- Echegaray, José, 39
 Echeverría, Javier, 333
 Edelman, Gerald M., 369, 371 n., 373
 Einstein, Albert, 71-72, 101
 Elliott, John H., 315-317
 Encinar, José Ramón, 262
 Enjuanes, Luis, 333
 Entrambasaguas, Joaquín de, 25
 Erill, Sergio, 82, 375-376
 Ernst, Max, 239, 243, 289
 Esteban, Carmen, 10
 Etayo, José Javier, 83
 Evered, David C., 376-378

- Falla, Manuel de, 264
 Farreras, Francisco, 212 n.
 Febrer, profesor, 103
 Feito, Luis, 212 n., 244, 256
 Felsenstein, Walter, 148
 Fenosa, Apelles, 282
 Fermi, Enrico, 24
 Fernández Alba, Antonio, 82, 86, 271, 333
 Fernández Almagro, Melchor, 75
 Fernández Álvarez, Manuel, 83
 Fernández Carvajal, Rodrigo, 344
 Fernández Cid, Antonio, 262
 Fernández del Amo, José Luis, 279
 Fernández Enríquez de Salamanca, 66
 Fernández Miranda, Manuel, 305
 Fernández Rañada, Antonio, 102
 Fernández Rodríguez, Obdulio, 74
 Fernández Santos, Jesús, 164
 Fernando VII, rey, 200
 Fernán Gómez, Fernando, 333
 Ferrater Mora, José, 148-154, 272, 333
 Fonseca, arquitecto, 190
 Ford, Henry, 36
 Fortún, Elena, 176
 Fraile, Medardo, 164
 Francés, Juana, 212 n., 244
 Franco, Francisco, general, 19, 20, 23, 25, 73, 79, 168, 169, 195, 196, 228, 281, 340
 Franco, José María, 265
 Freud, Sigmund, 115 n., 273-274
 Fuentes Quitana, Enrique, 271
 Fusi, Juan Pablo, 244
 Gabino, Amadeo, 213 n., 245, 256
 Galindo, Alberto, 85, 333
 Galison, Peter, 127
 Gallard del Canyar, familia, 259
 Gallego, Antonio, 10, 266-267, 269
 Gállego, Julián, 272, 321
 Gallego Burín, 192
 Gallo, José Luis, 204 n.
 Ganivet, Ángel, 67
 García, Félix, 118, 120, 121
 García Ballester, Luis, 345
 García Banús, Antonio, 21
 García Benito, Mariano, 204
 García Berlanga, Luis, 29
 García Blanco, Miguel, 118
 García Calvo, Agustín, 164, 272
 García Chonet, Perfecto, 262
 García Condoy, Honorio, 282
 García Cotarelo, Ramón, 345
 García de Cortázar, Fernando, 85
 García de Cortázar, José Ángel, 313
 García de Diego, Vicente, 118
 García de Enterría, Eduardo, 82, 84, 272, 322-324, 347
 García de la Concha, Víctor, 157-158, 160
 García de Paredes, José María, 191
 García Delgado, José Luis, 82, 271, 333
 García Gómez, Emilio, 61, 272
 García Gual, Carlos, 272, 333
 García Lomas, arquitecto, 190
 García Lorca, Federico, 20, 35, 146, 249
 García Moliner, Federico, 83
 García Olmedo, Francisco, 85, 271, 333, 393
 García Sabell, Domingo, 333
 García Sevilla, Ferran, 261
 García Suárez, María Ángeles, 297

- García Valdecasas, Alfonso, 71
 García Velarde, Manuel, 85
 García Yebra, Valentín, 85
 García-Bellido, Antonio, 84, 368, 369, 371, 372 n., 376, 378 y n., 381, 393
 García-Guereta Rodríguez, Elena María, 352
 García-Ochoa, Luis, 212 n.
 Gargallo, Pablo, 282-283
 Garma, Ángel, 20
 Garriga, Ramón, 35-36
 Garvía Soto, Roberto, 351
 Gascón y Marín, José, 61, 74
 Gasic, Gregory, 393
 Gaille, Charles de, 323-324
 Gaya Nuño, Juan Antonio, 300
 Gayangos, Pascual de, 181, 197
 Genovés, Juan, 212 n.
 Giacometti, Alberto, 224-225, 241, 283
 Gilbert, Walter, 368
 Ginastera, Alberto, 265
 Giner, Salvador, 333, 340-341, 346
 Giotto di Bondone, 301
 Gniewiewki, Bohdan, 191
 Goicoechea Romano, Cesáreo, 183-184, 186
 Gomá, Javier, 10, 37, 350, 399 y n.
 Gombau, Gerardo, 262
 Gómez, Julio, 265
 Gómez Arboleya, Enrique, 339, 341-342
 Gómez de la Serna, Ramón, 75, 137
 Gómez Martínez, Miguel Ángel, 262
 Gómez Moreno, Manuel, 66
 Goñi, Javier, 10
 González, Andrés, 93, 96, 156-157, 160, 161 n., 370, 376, 382-383, 385, 390-392
 González, Elvira, 10, 281, 285
 González, Felipe, 121, 350
 González, Joan, 282
 González, Julio, 222, 227, 243, 260
 González de Cardenal, Olegario, 332
 González González, Antonio, 82
 González Seara, Luis, 84, 338, 342 y n., 344-345
 González Valcárcel, M., 196
 Gordillo, Luis, 247, 256
 Goya, Francisco de, 93, 247, 296, 301
 Goytisoló, Luis, 333
 Granados, Enrique, 264
 Grande Covián, Francisco, 22 n., 94, 271, 272, 320, 365
 Griffin, Jasper, 311
 Gris, Juan, 254, 260, 282, 297, 302
 Grisolia, Santiago, 365 y n.
 Gubern, Román, 86, 271
 Guerra, Alfonso, 121
 Guerrero, José, 212 n., 228, 245, 247, 256
 Guillemin, Roger, 368
 Guillén, Claudio, 82, 271
 Guillén, Jorge, 20
 Guillermo IX, duque de Aquitania, 199
 Guinjoan, Joan, 262, 265
 Guinovart, Josep, 212 n., 245
 Gullón, Ricardo, 300, 309-310
 Gurbindo, José Fermín, 265
 Gurdon, John B., 369
 Gutiérrez Aragón, Manuel, 333

- Gutiérrez Soto, Luis, 190, 204 n.
Guzmán, Miguel de, 86
- Haldeman, Paul, 251
Halffter, Cristóbal, 84, 262, 265
Halffter, Ernesto, 265
Halffter, Rodolfo, 265
Haro, Juan, 213 n.
Heckel, Erich, 240 n.
Heidegger, Martin, 317
Herder, Johann Gottfried, 200
Hermoso, artista, 61
Hernández, Feliciano, 213 n.
Hernández, Miguel, 20
Hernández Gil, Antonio, 271
Hernández Mompó, Manuel, 212 n.
Hernández Pijuan, Joan, 212 n.
Hernández Sánchez-Barba, Mario, 306
Hernández-Pacheco, Eduardo, 22 n.
Herrera, Emilio, 61
Hierro Real, José, 75, 78-79, 82, 94, 272, 326-327, 333
Hockney, David, 240, 243
Hoffeld, Jeffrey, 237-238
Hogness, David S., 369
Holzmeister, Clemens, 191, 193, 196
Homero, 182
Hopper, Edward, 177, 239, 243
Horvitz, Robert, 373 n.
Hoz, Rafael de la, 195
Hubel, David H., 368
Hugué, Manolo, 282
Hutcheon, Linda, 310
- Ibáñez de Aldecoa, Rafael, 189
Ibáñez Martín, José, 62, 69
- Ibáñez Menta, 122
Iglesias de Ussel, Julio, 338
Iglesias, Carmen, 333
Isasa, Fernando Nicolás, 250
Isbert, José, 29
Iversen, Leslie L., 368
- Jacob, François, 369
Jakobsen, Arne, 190
Jerne, Niels K., 371 n.
Jiménez, Juan Ramón, 20
Jiménez Blanco, José, 345
Jiménez de Parga, Manuel, 83
Jiménez Díaz, Carlos, 60, 74
Jiménez Lozano, José, 333
Jiménez Sánchez, Fernando, 351
Joliot, Frédéric, 133
Jordano, Juan, 390
Jover, José María, 84, 270, 333, 347
Juan Carlos de Borbón, 196, 240
Juan de Borbón, 71
Jünger, Ernst, 319
Jurado, Pilar, 262
- Kahnweiler, Daniel-Henri, 279, 283 n.
Kandinsky, Wassily, 142, 225-226, 243
Käpelli, Robert, 375
Kirchner, Ernst Ludwig, 240 n.
Klee, Paul, 142, 288
Klein, George, 98, 368
Klimt, Gustav, 240, 243
Klug, Aaron, 98, 368, 372 y n.
Köhler, Georges J. F., 371
Kokoschka, Oskar, 214, 220-221, 240, 243, 288, 289
Kornberg, Arthur, 362

- La Hoz, Rafael, 190
 Lacouture, Jean, 323
 Laffón, Carmen, 212 n., 261
 Lafita Babio, Felipe, 76, 207 n.
 Lafita Pardo, Alfredo, 215
 Lafita Pardo, Felipe, 206
 Lafuente Ferrari, Enrique, 279, 300-301
 Laín Entralgo, Pedro, 70, 94, 108-115, 118, 143 n., 271, 272, 302, 333, 359
 Lalique, Madame, 147
 Lamo de Espinosa, Emilio, 86, 345, 346 n.
 Lapesa, Rafael, 70, 270, 272, 310, 333
 Laporte, Josep, 82, 365
 Lara, Diego, 223
 Larrea, Juan, 295
 Lavilla, Landelino, 271, 272
 Lawrence, Ernest O., 132 y n.
 Lázaro Carreter, Fernando, 271, 272, 321
 Leblanc, Tony, 29
 Léger, Fernand, 239, 243, 288-289
 Leszczynska, Marja, 191
 Leupold-Löwenthal, Harald, 273
 Lewis, Edward B., 369
 Lezama Lima, 304
 Lichtenstein, Roy, 239, 243
 Ligeti, György, 317-319
 Linz, Juan José, 271, 341, 345, 346 y n., 347
 Líster, Enrique, 67
 Lladó, Juan, 362
 Llaguno y Amírola, Eugenio, 181
 Lledó, Emilio, 82, 271-272, 327-329
 Lobo, Baltasar, 282-283
 López Anglada, Luis, 79
 López Aranguren, José Luis, 272, 321
 López Barneo, José, 384
 López Cobos, Jesús, 85, 262
 López García, Antonio, 84, 142, 209, 212 n., 261
 López Hernández, Julio, 142, 213 n., 261
 López Ibor, Juan José, 71
 López Piñero, José María, 86, 270, 272, 333, 345
 López-Calo, José, 262
 Lora Tamayo, Manuel, 47, 84, 191, 193, 196
 Lorente de No, Rafael, 22, 358
 Lorenzo, Antonio, 253
 Lorrain, Jean, 223 n.
 Losada, Manuel, 365
 Lozano de la Fuente, Rodrigo, 250, 251, 253
 Lozano, Francisco, 212 n.
 Luca de Tena, Torcuato, 287
 Ludwig, Emil, 316
 Luque, Antonio, 84
 Machado, Antonio, 17
 Machi, Marisa, 10
 Macho, Victorio, 61
 Madariaga, Salvador de, 20, 61
 Madinaveitia, Antonio, 22 n.
 Magaz, Antonio, 249 n.
 Magritte, René, 239, 243
 Mainer, José-Carlos, 14, 20, 82, 271, 329-330
 Mallo, Cristina, 282
 Malraux, André, 228

- Manrique, César, 256
Marañón, Gregorio, 60, 61, 67, 70, 316, 359
Maravall, José Antonio, 272
Maravall, José María, 345, 346, 350
March Delgado, Carlos, 10, 207 n.
March Delgado, Juan, 10, 47, 203, 206, 207 n., 213, 215, 219, 259, 291-292, 391, 392
March Ordinas, Juan, 17-18, 19, 27, 28-33, 38, 40, 42, 44-45, 47, 50, 53, 79, 123, 183, 204 n., 210, 222, 259, 304, 398
March Servera, Bartolomé, 36, 40, 47 n., 50, 62-64, 193
March Servera, Juan, 36, 40, 47-49, 50, 187-188, 193, 206, 214
Marchán Fiz, Simón, 271
Marcilla Arrazola, Juan, 358
Marco, Joaquín, 270
Marco, Tomás, 82, 86, 262, 265
Marías, Julián, 269, 272, 333
Marichal, Juan, 272, 320
Martí, Marcel, 213 n., 256
Martín, Abel, 250, 253
Martín, Eutimio, 310
Martín Gaite, Carmen, 94, 162-177, 272, 318
Martín Moreno, Jaime, 346
Martín Santos, Luis, 83
Martínez Cachero, José María, 156, 158, 270, 332
Martínez Cuadrado, Miguel, 345
Martínez Esteruelas, Cruz, 207 n., 212, 215, 343
Martínez Montávez, Pedro, 317
Martínez Paricio, Jesús, 346
Martínez Risco, Manuel, 22 y n.
Martínez Torner, Eduardo, 272
Marx, Karl, 274
Mas Colell, Andrés, 86
Mateo Díez, Luis, 82, 275, 332
Matisse, Henri, 142, 227, 239, 243
Mato, José María, 333
Matute, Ana María, 84
Maura, Antonio, 181
Mayalde, conde de, 190
Mayor Zaragoza, Federico, 83, 365
Medewar, Peter, 321
Medina Echevarría, José, 339
Mellon, Andrew, 36
Méndez, Diego, 192
Mendoza, Eduardo, 314-315
Menéndez, Aurelio, 82
Menéndez Pelayo, Marcelino, 25
Menéndez Pidal, Jimena, 70
Menéndez Pidal, Ramón, 58, 60, 61, 66-70, 188-189, 197, 201
Miguel, Amando de, 84, 341, 346 y n.
Milá i Fontanals, Manuel, 201
Millares, Manuel, 212 n., 244, 247, 256-257, 261
Milstein, César, 368, 371 y n., 381, 382-383, 385, 390, 393
Miró, Joan, 230, 254, 260, 283, 302
Mitscherlich, Margarete, 273
Modigliani, Amedeo, 142
Moles, Enrique, 22 n., 61
Molina Foix, Juan Antonio, 223 n.
Mompó, Manuel H., 245, 247, 256, 261
Mompou, Federico, 85, 262, 264
Mondrian, Piet, 142, 239, 243
Moneo, Rafael, 82
Monet, Claude, 243

- Montaña, Francisco, 282
Montesinos, Rafael, 79
Montejo y Torrónategui, Fermina, 248
Montsalvatge, Xavier, 262, 265
Moore, Henry, 283
Morales Casas, Rafael, 79, 82, 207 n.
Morales Nieva, Francisco, *véase* Nieva, Francisco
Morán, Fernando, 333
Morán, Manolo, 29
Morata, Ginés, 378 y n., 393
Mordó, Juana, 142, 249
Moreno, Luis, 342 n.
Moreno Barberá, Fernando, 191, 193-194, 195 n., 196
Moreno Fuentes, Francisco Javier, 352
Moreno Galván, José María, 284 n.
Moreno Torroba, Federico, 191
Moreno Villa, José, 20
Morodo, Raúl, 333
Moscat, Jorge, 385
Moshinsky, Marcos, 102
Mosterín, Jesús, 85
Motherwell, Robert, 227-238, 241, 243, 290
Mott, profesor, 129
Moya Valañón, Carlos, 345, 346 n.
Moya, Luis, 192
Muguerza, Javier, 82, 84, 272, 309, 311
Muñoz, Emilio, 84
Muñoz, Lucio, 142, 212 n., 247, 256, 261
Muñoz Molina, Antonio, 271, 272, 330-331
Muñoz Molleda, José, 265
Murillo, Francisco, 341
Murray, Oswyn, 311
Navarro, V., 125, 134 n.
Navarro Baldeweg, 86
Navarro Oliva, José María, 206
Navarro Tomás, Tomás, 20, 61, 272
Navascués, José María, 256
Negrín, Juan, 22 n.
Neher, Erwin, 393
Neruda, Pablo, 55, 304
Neugebauer, Claudia, 292
Nieto, Gratiniano, 190, 192, 196, 206
Nieto Alcaide, Víctor, 82, 333
Nieva, Francisco, 94, 144-148
Nolde, Emil, 240, 243
Nonell, Isidro, 282
Nuño, Fernando, 253
O'Keeffe, Georgia, 240, 243
Ochoa, Severo, 20, 22 n., 360-362, 364 n., 365
Ocón, M.^a Fernanda, 122
Olaria, Ana María, 262
Olavide, Gonzalo de, 265
Oliver, Ángel, 265
Oliver, Antonio, 79
Onetti, Juan Carlos, 304
Oró, Juan, 270, 364 n., 365
Oro Giral, Luis, 86
Ors, Eugenio d', 69, 300
Ors, Mauricio d', 223 n.
Ortega Muñoz, Godofredo, 209, 212 n., 282
Ortega y Gasset, José, 123, 159
Ortín, Juan, 390
Ortiz, María Ángeles, 282

- Ortiz Berrocal, Miguel, 210, 213 n.
 Oteiza, Jorge de, 256, 261
 Otero Pedrayo, Ramón, 75
 Ovchinnikov, Yuri, 369
- Pablo, Luis de, 85, 262, 265, 317-319
 Palacio Atard, Vicente, 85, 333
 Palacios Martínez, Julio, 22 n., 23,
 24, 62-63, 69, 70, 72
 Palau, Jaume, 363
 Palazuelo, Pablo, 142, 209, 245, 256,
 261
 Palencia, Benjamín, 282
 Panero, Leopoldo, 84
 Parker, Geoffrey, 271
 Pascual, Ramón, 332
 Paul, William, 105, 107
 Pavón, Jesús, 71
 Peces-Barba, Gregorio, 121
 Peinado, Joaquín, 283
 Pellicer, Ángel, 389
 Pemán, José María, 60, 70
 Pérez, José, 93
 Pérez, Joseph, 333
 Pérez de Ayala, Ramón, 74
 Pérez Díaz, Víctor, 349
 Pérez González, Blas, 206
 Pérez Puig, Gustavo, 94
 Pérez Sánchez, Alfonso Emilio,
 247, 272
 Pérez Vitoria, Augusto, 21
 Pérez-Madero, Rafael, 222
 Perón, Juan Domingo, 28
 Perucho, Manuel, 95-98, 368, 388-
 390
 Perutz, Max F., 369
 Pi Calleja, Pedro, 21
 Pi i Sunyer, Augusto, 20
- Picardo Castellón, José Luis, 204,
 206-207 y n., 208
 Picasso, Pablo Ruiz, 10, 225-226,
 239, 241, 243, 254, 260, 277-302
 Pidal, Pedro José, 181
 Pidal, Roque, 181, 184, 186
 Pidal Bernaldo de Quirós, Carlos,
 186-187
 Pidal y Mon, Alejandro, 181, 186-
 188
 Pidal y Toro, Rosario, 186-187
 Pinillos, José Luis, 82, 94, 270, 333
 Pita Andrade, José Manuel, 82
 Pittaluga, Gustavo, 20
 Pla, José, 75
 Planes, José, 282
 Platón, 115
 Poljak, Roberto J., 369
 Pollock, Jackson, 241
 Pombo, Álvaro, 318
 Pombo Angulo, Manuel, 286
 Ponç, Joan, 212 n.
 Ponti, Gio, 190
 Pontón, Gonzalo, 10
 Popper, Karl, 312
 Porter, Rodney, 368
 Posada, Adolfo, 338
 Powell, Cecil Frank, 126-129, 134 n.
 Prieto, Claudio, 265, 321
 Puche Álvarez, José, 20
 Puchol de Montís, José, 305
 Puig Adam, 60
 Pujiula, Padre, 60
- Quintero, Daniel, 261
- Ráfols Casamada, Albert, 245
 Ramírez, Pablo, 142

- Ramírez Gómez, Francisco, 82
 Ramón y Cajal, Santiago, 22 n., 355, 356-360
 Recaséns Siches, Luis, 339
 Recatero, Mara, 94
 Reguera, Alberto, 121
 Reinoso, Fernando, 83
 Rembrandt, Harmensz van Rijn, 301
 Rey Pastor, Julio, 22 n., 24, 58, 60, 66
 Richards, Michael, 28
 Rico, Francisco, 321
 Río Hortega, Pío del, 22 n.
 Río y Lara, Luis del, 357
 Rioja, José, 21
 Rioja Lo-Blanco, Enrique, 21
 Ríos, Sixto, 333
 Riquer Morera, Martín de, 75, 182
 Rivera, Manuel, 212 n., 244, 247, 256
 Rockefeller, Nelson A., 36
 Rodin, Auguste, 283
 Rodrigo, Joaquín, 265, 267-269
 Rodríguez, Josefina, 164
 Rodríguez Adrados, Francisco, 83, 271, 309, 310
 Rodríguez Candela, José Luis, 111
 Rodríguez Delgado, José María, 270, 365
 Rodríguez Ibáñez, José Enrique, 346
 Rodríguez Lafora, Gonzalo, 22 n.
 Rodríguez Marín, Felipe, 206
 Rodríguez Moñino, Antonio, 164
 Rodríguez Puértolas, Julio, 320
 Rodríguez Sastre, Antonio, 207 n.
 Rodríguez Villanueva, Julio, 365
 Rodríguez-Acosta, Miguel, 215
 Rodríguez-Neyra, Carlos, 66
 Rof Carballo, Juan, 270
 Rojo, Luis Ángel, 82, 121, 270, 347, 349
 Rojo Alaminos, Juan Manuel, 85
 Romay Beccaría, José Manuel, 83
 Rosales, Luis, 79, 94, 302
 Rostrópovich, Mstislav, 264
 Rothko, Mark, 237-239, 241, 243
 Royo Villanova, Segismundo, 61, 116
 Rubert de Ventós, Xavier, 86
 Rubio, Jesús, 186, 192
 Rubio Camín, Joaquín, 256
 Rubio Llorente, Francisco, 333, 347, 349
 Rubio y García Mina, Jesús, 280
 Rueda, Gerardo, 141, 209, 212 n., 244, 247, 249, 250, 252-253, 256, 257, 261
 Ruiz Giménez, Joaquín, 70, 192, 195 n.
 Ruiz Martín, Felipe, 333
 Rújula, Álvaro de, 85
 Rutherford, Ernest, 124
 Sachs, Leo, 369
 Sáenz de Oiza, Francisco Javier, 207
 Sáinz de la Maza, Regino, 265
 Sáinz Rodríguez, Pedro, 25-26, 69
 Salas, Margarita, 82, 84, 361, 363-364, 368, 382, 393
 Salcedo, Juan, 346
 Saldaña, Joaquín, 204 n.
 Sales y Ferré, Manuel, 337-338
 Salinas, Pedro, 20
 Salvador, Gregorio, 82, 330-331

- Sampedro, José Luis, 82, 321-322
Sánchez, Tomás Antonio, 181
Sánchez Agesta, Luis, 83
Sánchez Arjona, José María, 192-193
Sánchez Ayuso, Manuel, 345
Sánchez Cano, José, 345
Sánchez del Río, Carlos, 82, 310, 311, 365
Sánchez Ferlosio, Rafael, 154-162, 164, 329-330
Sánchez Ferrer, Leonardo, 352
Sánchez Granjel, Luis, 84
Sánchez Harguindey, Ángel, 149, 154
Sánchez Madrid, Francisco, 382-384
Sánchez Martín, Marta, 173
Sánchez Ron, José Manuel, 82
Sánchez Verdú, José María, 262
Sánchez-Albornoz, Claudio, 20
Sanger, Frederick, 98, 368
Sans Cardús, Juan, 135
Santaló, Luis, 21, 22 n.
Santesmases, María Jesús, 362-363
Sanz Ibáñez, Julián, 358
Sardá, Juan, 347
Saro Jáuregui, Gabriel, 352
Sartre, Jean-Paul, 225
Sastre, Alfonso, 164
Satué, Enric, 223 n.
Saura, Antonio, 212 n., 240, 244, 247, 249 n., 256, 333
Savall Bernadet, Jordi, 85, 262
Schiele, Egon, 240, 243
Schmidt-Rottluff, Kart, 240 n.
Sebastián Gil, Isabel, 346
Seco Raymundo, Manuel, 82, 171, 175, 272
Sempere Juan, Eusebio, 141-144, 209-210, 212 n., 245, 247, 249 n., 250, 253, 256-257, 261, 284 n.
Sender, Ramón, 20
Senén, Victoria, 10
Senent Pérez, Fernando, 128 y n., 133-134
Seoane Couceiro, María Cruz, 306
Serna, Ismael de la, 283
Serrano, Pablo, 84, 209-210, 213 n., 244, 256
Serrano, Ramón, 393
Serrano Aguilar, Francisco, 207 n.
Servera Melis, Leonor, 40
Sicilia, José María, 261
Siguán, Miguel, 333
Sloan, Alfred, 36
Snow, Charles, 14
Sobejano, Gonzalo, 309-310
Sofía, princesa, 196
Solana, Javier, 92
Solana, José G., 282
Soler, Josep, 82, 265
Sols, Alberto, 83, 271, 321, 359-360, 365
Sommerfeld, Arnold, 23
Sopeña, Federico, 94, 265, 321
Sorolla, Joaquín, 282
Sota, Alejandro, 191
Sotelo, Ignacio, 317
Soto, Vicente, 270
Sotomayor, Carlos, 61
Springer, Timothy A., 384
Steinberg, S. H., 303
Steiner, George, 317
Stent, Gunther S., 369
Suanzes, Juan Antonio, 47-48, 74

- Suárez Molezún, Manuel, 209, 211
 Suárez, pintor de El Paso, 244
 Subirachs, José María, 143, 213 n.
 Subirana, Juan Antonio, 363
 Sulston, John, 373 n., 386
 Suñer, Enrique, 358
 Sureda, José Luis, 82-83
 Sureda Carrión, 347
- Tàpies, Antoni, 209, 230, 245, 256-257, 261, 291
 Teixidor de Otto, Jordi, 209, 223 y n., 256, 260
 Tello Muñoz, Francisco, 22 n., 357-358
 Tiziano Vecellio, 301
 Tocqueville, Charles-Alexis Henry Clérel de, 323
 Toharia Cortes, José Juan, 345
 Tomás de Aquino, santo, 25
 Tomás y Valiente, Francisco, 271, 272, 324-325
 Tonegawa, Susumu, 369
 Torner, Gustavo, 10, 85, 141, 210, 212 n., 222 y n., 223, 229, 232-234, 244, 247-248, 250-253, 256-257, 261, 288, 397, 398
 Torre, Guillermo de, 300
 Torrente Ballester, Gonzalo, 75, 84, 94, 136-141, 166, 270, 272
 Tortella, Gabriel, 333
 Toulouse-Lautrec, Henri-Marie-Raymond de, 240, 243
 Tovar, Antonio, 70, 94, 164
 Trias, Eugenio, 333
 Trillas, Enrique, 86
 Turina Gómez, Joaquín, 194-195, 265
- Turner, Joseph Mallord William, 243
 Tusell, Javier, 333
- Umbra, Francisco, 298
 Unamuno, Miguel de, 166, 188, 287
 Uría, Rodrigo, 83, 121
- Vago, Pierre, 190
 Valdeón, Julio, 85
 Valencia Remón, Antonio, 118
 Valente, José Ángel, 176
 Valle Inclán, Ramón María del, 146
 Vallespín Oña, Fernando, 311
 Vallicrosa, José María, 72
 Valverde, Antoni, 282
 Valverde, José María, 267, 272, 317
 Vaquero Turcios, Joaquín, 209-210, 333
 Varela Guinot, Helena, 351
 Varela Ortega, José, 85
 Vázquez, David, 83, 85, 363, 367
 Vázquez Díaz, Pablo, 282
 Vázquez Molezón, Ramón, 191
 Vega Carpio, Lope de, 94, 198
 Vela, Vicente, 142
 Velarde Fuertes, Juan, 83, 345
 Velasco, J., 125, 134 n.
 Verdú, Vicente, 333
 Verhulst, Padre, 60
 Vicente, Esteban, 247
 Victoria, Salvador, 212 n.
 Vigón, Jorge, 67
 Vilar, Pierre, 325
 Vilardell, Francisco, 83
 Villa Rojo, Jesús, 265
 Villalonga Villalba, Ignacio, 207 n.
 Villanueva, Darío, 270, 333
 Villar Palasí, José Luis, 85, 364 n.

- Villon, Jacques, 397
Viñes, Herando, 283
Viñuela, Eladio, 84, 361 y n., 363-364, 369, 381-382 y n., 393
Viola, Manuel, 212-213 n.
Visconti, Luchino, 145
Vivanco, Luis Felipe, 79
Vollard, Ambroise, 283-284
Volterra, Vito, 24
Voltes, Pedro, 83
- Walker, John, 393
Warhol, Andy, 239, 243
Watson, James, 386-387
Weaherall, David J., 369
Weaver, Warren, 132
Weber, Max, 337
Weissenberg, Alexis, 263
Westerdahl, Eduardo, 226
Wilson, Charles Thomson Rees, 127 n.
Wolpert, Lewis, 378
Wols, Alfred Wolfgang Schulze, 241
Woolf, Virginia, 203
- Yakawa, Hideki, 128
Yela, Mariano, 270, 337-338
Ynduráin, Félix, 86
Ynduráin Hernández, Francisco José, 84, 118, 122-123, 321, 333
Yuste Grijalba, José Luis, 7-10, 93, 121, 149-153, 163, 173-175, 207 n., 215-217, 219, 231, 238, 245-248, 256, 289-290, 292, 294, 344, 349, 365, 375-377, 399
- Zabaleta, Nicanor, 265
Zabaleta, Rafael, 282
Zamora Vicente, Alonso, 83, 164, 270, 321
Zanetti, Miguel, 262
Zeffirelli, Franco, 145
Zóbel, Fernando, 83, 141, 142, 213 n., 222, 243-244, 247-258, 261
Zóbel, Mercedes, 249 n.
Zulueta, Antonio de, 22 n.
Zweig, Stefan, 316

Índice

INTRODUCCIÓN	7
1. LOS ORÍGENES: ESPAÑA <i>CIRCA</i> 1955	17
La cultura y la ciencia españolas <i>circa</i> 1955	19
Un país pobre.....	27
2. LA CREACIÓN DE LA FUNDACIÓN	
JUAN MARCH	35
Las fundaciones en España	37
Acta de Constitución de la Fundación	
Juan March.....	38
Las finanzas de la Fundación Juan March.....	47
3. DE LOS PREMIOS FUNDACIÓN	
JUAN MARCH A LAS AYUDAS	
A LA INVESTIGACIÓN Y BECAS.....	55
Los Premios Fundación Juan March.....	56
Recordando a Ramón Menéndez Pidal.....	66
Más galardones	70
Premios literarios	74

El caso de José Hierro y la poesía en la Fundación Juan March	78
Ayudas a la Investigación.....	79
<i>Nuevas políticas: los planes especiales</i>	88
¿Una Fundación exclusivamente madrileña?.....	90
<i>Cultural Albacete</i>	92
<i>Manuel Perucho (y los oncogenes) en Albacete</i>	95
<i>Albacete dejó de necesitar la Fundación March</i>	98
4. LA ACCIÓN DE LA FUNDACIÓN JUAN MARCH A TRAVÉS DE ALGUNOS EJEMPLOS	101
Manuel Cardona: un físico magnífico que nunca regresó	102
Pedro Laín Entralgo y la historia de la medicina ...	108
Miguel Delibes y <i>La hoja roja</i>	116
Joaquín Catalá de Alemany, pionero en España de la física nuclear y de partículas elementales	123
Gonzalo Torrente Ballester: «...a ninguno de ustedes se oculta que la posición social de los escritores en España hace necesario el mecenazgo».....	136
Eusebio Sempere: la Fundación March al servicio de la creación artística.	141
Francisco Morales Nieva, escenógrafo.....	144
José Ferrater Mora y su libro <i>De la materia a la razón</i>	148
Una ayuda especial para un hombre especial: Rafael Sánchez Ferlosio	154
Lo importante son las personas: Carmen Martín Gaité y los <i>Usos amorosos de la postguerra española</i>	162
<i>Posdata personal</i>	176

5. EL POEMA DE MÍO CID Y UNA NUEVA ÓPERA.	179
La compra del <i>Poema de Mío Cid</i>	180
Un proyecto frustrado: el Teatro Nacional de la Ópera	190
Apéndice: Intervención de Menéndez Pidal en el acto de entrega del <i>Poema de Mío Cid</i>	197
6. UN EDIFICIO PROPIO: EXPOSICIONES, CONCIERTOS Y CONFERENCIAS	203
Una sede propia	203
Incorporaciones a la Fundación: José Luis Yuste, nuevo director gerente	214
Exposiciones de arte en la Fundación	219
<i>Motherwell en la Fundación Juan March</i>	227
<i>Matisse</i>	239
<i>Más exposiciones</i>	239
La Fundación Juan March y el arte español. Fernando Zóbel. Los museos de Cuenca y de Palma.	243
<i>Zóbel y el Museo de Arte Abstracto Español de Cuenca</i>	248
<i>El Museu d'Art Espanyol Contemporani de Palma</i> .	258
La música y la Fundación Juan March	261
<i>El caso de Joaquín Rodrigo</i>	267
Conferencias en la Fundación	269
Epílogo.	274
7. PICASSO EN ESPAÑA	277
El inicio del <i>deshielo</i>	278
El asalto a la exposición Picasso de la Galería Theo (Madrid, 1971).	281

La ayuda de un buen marchante:	
Ernst Beyeler y la Fundación Juan March	288
Picasso en la Fundación Juan March	293
Impacto social de la exposición «Pablo Picasso»	294
Rechazos políticos	299
El catálogo de la exposición	300
Posdata	302
8. SIEMPRE NOS QUEDARÁ LA PALABRA:	
LAS PUBLICACIONES DE LA FUNDACIÓN	
JUAN MARCH	303
Publicaciones diversas	303
El <i>Boletín Informativo de la Fundación</i>	306
<i>SABER/Leer</i>	307
<i>El primer número de SABER/Leer</i>	309
<i>Guido Brunner sobre la política británica</i>	312
<i>Miguel Artola sobre Vizcaya en la Edad Media</i>	313
<i>Juan Benet ensalza La ciudad de los prodigios</i> <i>de Eduardo Mendoza</i>	314
<i>Antonio Domínguez Ortiz y El conde-duque</i> <i>de Olivares de John Elliott</i>	315
<i>Luis de Pablo sobre György Ligeti</i>	317
<i>Francisco Ayala y la Guerra Civil</i>	319
<i>De Francisco Grande Covián</i> <i>a José Luis Sampedro</i>	320
<i>Eduardo García de Enterría sobre de Gaulle</i>	322
<i>Francisco Tomás y Valiente y Carlos V</i> <i>y sus banqueros de Ramón Carande</i>	324
<i>José Hierro opina sobre Gerardo Diego</i>	326
<i>Emilio Lledó y las humanidades</i>	327
<i>José-Carlos Mainer y «la razón desesperada»</i> <i>de Rafael Sánchez Ferlosio</i>	329
<i>Gregorio Salvador sobre Antonio Muñoz Molina</i> <i>y el genio literario</i>	330

Una etapa cumplida	332
Apéndice	333
9. EL CENTRO DE ESTUDIOS AVANZADOS EN CIENCIAS SOCIALES	337
La sociología en España.	337
La sociología en la Fundación Juan March antes de 1986	343
El Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones.	348
El Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales	349
10. LA FUNDACIÓN JUAN MARCH Y LA BIOLOGÍA	355
La (maltratada) sombra de Ramón y Cajal es alargada.	356
La biología se abre camino en la Fundación Juan March.	364
Considerando caminos posibles.	370
El ejemplo de la Fundación CIBA	374
El Centro de Reuniones Internacionales sobre Biología.	378
Apéndice	394
EPÍLOGO	397
<i>Índice onomástico</i>	401

